



Stanislaw Lem

E D E N

Alianza Editorial

EDÉN

Stanislaw Lem

Título original: Eden
Traducción: Luis Pastor Puebla
© 1959 by Stanislaw Lem
© 1991 Alianza Editorial S.A.
ISBN: 84-206-0516-6
Edición digital: Arácnido

Capítulo Primero

Fue un error en los cálculos. No había sobrevolado la atmósfera, sino chocado contra ella. La nave espacial penetró como un taladro en la capa atmosférica con un formidable estruendo, que se expandió como un redoble de tambores. Sintieron, bajo sus asientos, el deslizamiento de los amortiguadores. Las pantallas anteriores llamearon y se extinguieron. El colchón de gases incandescentes, que presionaba contra el morro del cohete, cubría con un velo los visores exteriores. El dispositivo de frenado era insuficiente y había entrado en funcionamiento demasiado tarde. Un olor fétido a caucho quemado invadía por entero la cabina de mando. La presión del frenado los dejó ciegos y sordos. Era el fin. Pero ni siquiera en esto era capaz de pensar ninguno de ellos. No tenían fuerzas ni para respirar. Lo hicieron por ellos los inyectores de oxígeno, que siguieron funcionando hasta el último minuto. Les introducían aire a presión, como en los balones. De golpe cesó el estruendo.

Se encendieron las luces de averías. Seis por cada lado. En el tablero de mandos del propulsor brillaba la señal de alarma. El revestimiento había reventado y estaba tan arrugado como un acordeón. Pedazos de material aislante y fragmentos de plexiglás corrían veloces por el suelo. Ahora, en lugar del estrépito, lo llenaba todo un silbido sordo, cada vez más intenso.

—¿Qué ha sucedido? —gimió el doctor, al tiempo que escupía un trozo de chicle.

—¡Sigue echado! —le gritó el coordinador, que contemplaba la última pantalla que quedaba intacta.

El cohete dio una vuelta de campana, como si hubiera sido golpeado por un ariete. Las redes de nylon sobre las que descansaban vibraron como cuerdas de violín. Durante un instante todo se mantuvo en suspenso, como cuando un columpio alcanza el punto más alto de su balanceo..., y luego estalló un estruendo.

Los músculos, rígidos a la espera del choque final, se relajaron. El cohete descendió sobre la columna de fuego. Las toberas vibraron suavemente. Pero sólo durante algunos minutos. Luego, un estremecimiento sacudió las paredes. La vibración fue en aumento. Seguramente se habían aflojado las suspensiones de los soportes de las turbinas. Los hombres se miraron. Ninguno habló. Sabían que todo dependía de si los rotores aguantaban el esfuerzo.

La cabina se estremeció súbitamente, como si descargaran sobre ella los furiosos golpes de un martillo de acero. La gruesa lente convexa de la última pantalla se agrietó en una densa tela de araña y se extinguió su fosforescente cristal. Desde abajo ascendía el pálido resplandor de las luces de avería, que proyectaban contra las paredes las sombras agigantadas de los hombres.

El estruendo se convirtió en bramido. Debajo de ellos algo se roía, se rompía, se partía con estridencia metálica. El casco, atrapado en una terrible sacudida, siguió su vuelo a

ciegas, como muerto. Se encogieron, reteniendo el aliento. El caos y las tinieblas eran totales. De pronto, sus cuerpos se vieron impelidos hacia adelante en las largas cuerdas de nylon y estuvieron a punto de aplastarse contra los destrozados tableros de mandos. Y luego se balancearon, meciéndose suavemente, como pesados péndulos, en el espacio...

El cohete volteó como una montaña que se desploma. El estruendo parecía venir de lejos, con un débil retumbar. Masas de tierra violentamente removidas se deslizaron a lo largo de la coraza protectora exterior.

Sobrevino una quietud total. A sus pies siseaban los conductos. Algo gorgoteaba terriblemente, rápido, cada vez más rápido. El zumbido del agua que fluía, mezclado con el siseo ensordecedor, incesante, como de un líquido cayendo sobre una chapa incandescente.

—Seguimos con vida —dijo el químico. La oscuridad era total. No se veía absolutamente nada. Colgaba de su red de nylon, como de un saco atado con cuerdas por sus cuatro puntas. Dedujo que el cohete yacía de costado. Algo chasqueó. Una pálida llamita brotó del viejo encendedor de gasolina del doctor.

—¿Y la tripulación? —preguntó el coordinador. Se había roto una de las cuerdas de su red. Giró lentamente. Se hallaba totalmente exhausto. Intentó en vano sujetarse a la pared a través de las mallas.

—Uno —dijo el ingeniero.

—Dos —dijo el físico.

—Tres —el químico.

—Cuatro —el cibernético. Se sujetaba la frente con las manos.

—Cinco —se anunció, en último lugar, el doctor.

—Estamos todos. Lo celebro.

La voz del coordinador era tranquila.

—¿Los autómatas?

Silencio.

—¿Los autómatas?

No hubo respuesta. El doctor se quemó los dedos con la llama del encendedor. Se hizo de nuevo la oscuridad.

—Siempre he sostenido que estamos hechos de mejor material —dijo el doctor en medio de las tinieblas—. ¿Alguien tiene un cuchillo?

—Yo... ¿Para cortar las cuerdas?

—Si puedes salir sin cortarlas, mejor para ti. Yo no puedo.

—Lo voy a intentar.

El químico sacudió enérgicamente las cuerdas. Se le aceleró la respiración. Algo golpeó. Tintineo de cristales.

—Estoy abajo. Quiero decir, en la pared —dijo desde el pozo de tinieblas—. Doctor, alumbrame un poco para que pueda echarles una mano.

—Pero date prisa, porque la gasolina se acabará pronto.

Una vez más brotó la llama del encendedor. El químico intentó alcanzar el saco de dormir del coordinador, pero sólo llegó hasta las piernas. Finalmente, pudo abrir un poco la cremallera y el coordinador se dejó caer pesadamente sobre los pies. Entre los dos, el trabajo avanzó más rápidamente. Poco después, todos ellos estaban de pie sobre la inclinada pared de la cabina de mando, recubierta de material semielástico.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó el doctor. Apretó y unió los bordes de la herida de la frente del cibernético y la cubrió con un esparadrapo que se sacó del bolsillo. Siempre llevaba consigo pequeños adminículos de este tipo.

—Vamos a comprobar primero si podemos salir fuera —decidió el coordinador—. Ante todo, necesitamos luz. ¿Bien? ¿Ya? Doctor, alumbrame por aquí, a lo mejor hay todavía un poco de corriente en los extremos de los cables del tablero de mandos o al menos en el reóstato del sistema de alarma.

Esta vez, del encendedor sólo brotaron chispas. El doctor chasqueó hasta que le dolieron los dedos. Las chispas se desparramaron sobre los restos del destrozado tablero de conexiones, ante el que se afanaban, de rodillas, el coordinador y el ingeniero.

—¿Hay corriente? —preguntó el químico. Estaba detrás, de pie, porque no había sitio.

—De momento, no. ¿Nadie tiene cerillas?

—La última vez que vi cerillas fue hace tres años. En el museo —farfulló el ingeniero. Estaba intentando arrancar con los dientes el aislante de un extremo de la línea. Súbitamente, una pequeña chispa azul palpitó en las manos del coordinador, unidas en forma de concha.

—Aquí hay corriente —dijo—. Traigan una bombilla.

Encontraron una, intacta, en la señal de alarma sobre el revestimiento lateral. Una pequeña y penetrante llamita eléctrica iluminó la cabina, que producía la impresión de formar parte de un largo túnel de paredes oblicuamente ascendentes. Por encima de sus cabezas podía verse una puerta cerrada en lo que ahora era el techo.

—Siete metros de altura —dijo el químico, melancólicamente—. ¿Cómo vamos a subir allí?

—Una vez vi en el circo una torre humana: cinco hombres, uno encima de otro —insinuó el doctor.

—Es demasiado difícil en nuestro caso. Tenemos que llegar allí avanzando por la pared del suelo —decidió el coordinador. Pidió al químico el cuchillo e hizo anchas muescas en el recubrimiento plástico del suelo.

—¿Peldaños?

—Eso es.

—¿Por qué está tan callado el cibernético? —preguntó sorprendido el ingeniero, que se había sentado sobre las ruinas del tablero de mandos y conectaba un amperímetro a los cables que había arrancado.

—Se ha quedado viudo —contestó, riendo, el doctor—. ¿Qué es un cibernético sin autómatas?

—Eso tengo que averiguarlo —declaró el cibernético. Miraba por las rendijas de las desajustadas pantallas. La llamita eléctrica fue adquiriendo un tinte amarillento, cada vez más oscuro y macilento.

—¿También los acumuladores? —murmuró el físico.

El ingeniero se irguió.

—Eso parece.

Un cuarto de hora más tarde, la expedición, integrada por seis hombres, avanzaba hacia la profundidad o, mejor dicho, hacia la altura. Primero alcanzaron el pasillo y luego cada una de las habitaciones. En el camarote del doctor encontraron una linterna. El doctor sentía predilección por toda clase de cachivaches. Se la llevaron. Por todas partes encontraron destrozos. Los muebles, sólidamente atornillados al suelo, no habían sufrido daño, pero los aparatos, herramientas, vehículos auxiliares y material restante formaban un montón informe e indescriptible en el que se hundían hasta más arriba de las rodillas.

—Ahora vamos a intentar salir fuera —dijo el coordinador cuando se reunieron de nuevo en el pasillo.

—¿Y los trajes espaciales?

—Están en la cámara de presión. No les ha debido pasar nada. De cualquier forma, no los necesitamos. Edén tiene una atmósfera respirable.

—¿Ha estado alguien antes aquí?

—Sí. Hace diez u once años. La sonda cósmica de una patrulla de búsqueda y rescate. Fue cuando se perdió Altair con su nave espacial. ¿No lo recuerdan?

—Pero ningún ser humano.

—No, ninguno.

La escotilla interior de la esclusa aparecía, oblicuamente, sobre sus cabezas. Poco a poco se fue desvaneciendo la primera impresión de extrañeza, debida al hecho que contemplaban los lugares familiares en una posición completamente distinta: el suelo y el techo eran ahora las paredes.

—Sin una buena escalera no podremos llegar allí —dijo el coordinador, iluminando la escotilla con la linterna del doctor. La mancha de luz exploraba los bordes. Estaban herméticamente cerrados.

—No tiene mal aspecto —el cibernético tenía la cabeza muy echada hacia atrás, sobre la nuca.

—Desde luego.

El ingeniero reflexionaba: la enorme fuerza que había comprimido los soportes y reventado el tablero de mandos situado entre ellos quizá hubiera empujado la escotilla. Pero se guardó para sí estos pensamientos. El coordinador se volvió hacia el cibernético, y estaba a punto de pedirle que se pusiera de espaldas junto a la pared, cuando recordó el montón de hierro en que se habían convertido los autómatas. Dijo al químico:

—Separa bien las piernas y pon las manos en las rodillas; así es más fácil.

—Siempre he soñado con trabajar en un circo —afirmó el químico, y se inclinó. El coordinador puso el pie sobre sus hombros, se izó, se enderezó, se sujetó a la pared y comenzó a tantear con las puntas de los dedos la palanca de níquel, en forma de cuña, de la escotilla.

Se estiró cuanto pudo, saltó y, por fin, se colgó de ella. La palanca cedió chirriando, como si el mecanismo de cierre estuviera lleno de fragmentos de cristal. Giró un cuarto de vuelta y se detuvo.

—¿La estás girando hacia el lado correcto? —preguntó el doctor, que alumbraba desde abajo con la linterna—. El cohete está tumbado.

—Ya me he dado cuenta.

—¿No puedes girar más fuerte?

El coordinador no contestó. Estaba colgado pegado a la pared, con una mano en la palanca. Intentó aferrarla con la otra. La operación resultaba difícil, pero al fin lo consiguió. Ahora estaba suspendido como en un trapecio. Encogió las piernas para no chocar contra el químico, inclinado debajo de él, y tiró enérgicamente de la palanca varias veces, encogiéndose y dejándose caer a continuación con todo el peso de su cuerpo. Resoplaba cada vez que rebotaba contra la pared.

A la tercera o cuarta tentativa la palanca cedió un poco. Faltaban ya tan sólo cinco centímetros. El coordinador hizo acopio de todas sus fuerzas y se dejó caer de nuevo hacia abajo.

La palanca chocó contra el cerrojo con un tremendo chirrido. Se había corrido el pasador interior.

—Esto marcha como la seda —gritó el físico con alegría. Pero el ingeniero guardó silencio. Sabía dónde estaba el verdadero problema. Todavía quedaba por levantar la escotilla, y esto era mucho más complicado. Tiró con fuerza de la palanca del dispositivo hidráulico, pero sabía de antemano que no funcionaría. Los tubos se habían rajado en numerosos puntos y el líquido se había derramado. Cuando el doctor dirigió su linterna hacia arriba, la manivela con sus ruedecillas brilló sobre sus cabezas como un aureola. Estaba demasiado alta para sus posibilidades gimnásticas: más de cuatro metros.

Entonces trajeron de todas las habitaciones los instrumentos rotos, las almohadas, los libros, y los fueron apilando. La biblioteca demostró ser particularmente útil y, en especial, los atlas estelares, que eran maravillosamente gruesos. De esta forma construyeron, como si fueran ladrillos, una pirámide. Necesitaron casi una hora para acabarla. En una ocasión se les vino abajo todo un lado, de modo que a partir de entonces actuaron sistemáticamente bajo las directrices del ingeniero.

—El trabajo físico es una tortura —afirmó el doctor, jadeando. La linterna estaba colocada en una grieta del climatizador y les iluminaba el camino mientras iban a la biblioteca y volvían cargados de libros.

—Ni en sueños hubiera creído jamás que en un viaje a las estrellas pudieran darse condiciones tan primitivas —resopló el doctor. Era el único que hablaba. Finalmente, el coordinador, ayudado por sus compañeros, escaló cuidadosamente la pirámide y consiguió tocar la manivela con la punta de los dedos.

—No es bastante —dijo—. Faltan cinco centímetros. No puedo saltar, porque entonces se viene todo abajo.

—Aquí tengo la *Teoría de los vuelos rápidos*.

El doctor sopesaba en la mano un grueso mamotreto.

—Creo que es exactamente lo que necesitamos.

El coordinador asió la manivela. Desde abajo le alumbraban con la linterna. Sus sombras bailaban sobre la blanca superficie de plexiglás que recubría la pared, ahora convertida en techo. De pronto, la manivela le resbaló entre las manos, vaciló un instante y perdió el equilibrio. Ninguno siguió mirando hacia arriba. Se tomaron de las manos y se echaron sobre la bamboleante pirámide de libros para que no se derrumbara.

—Nada de juramentos ahora. Si empezamos con eso, nunca acabaremos —advirtió el doctor desde abajo. El coordinador asió de nuevo la palanca. De pronto, un chirrido y luego el sordo estrépito de los volúmenes desmoronándose. El coordinador estaba suspendido en el aire, por encima de ellos, pero la manivela a la que se mantenía aferrado había dado una vuelta completa.

—¡Hay que repetirlo otras once veces! —gritó mientras aterrizaba sobre el libresco campo de batalla.

Dos horas más tarde, la escotilla había completado su recorrido. Cuando se abrió, lentamente, estallaron en un griterío triunfal. La escotilla abierta proporcionaba una especie de puente levadizo a través del cual podían llegar sin mayores dificultades hasta la esclusa.

Los trajes espaciales colgaban intactos en el liso armario empotrado. Ahora estaban en posición horizontal. Ascendieron por él.

—¿Salimos todos? —preguntó el químico.

—Primero vamos a intentar abrir la puerta.

Estaba bloqueada, como fundida con el casco. Las palancas no avanzaron ni un solo milímetro. Empujaron los seis al mismo tiempo, intentaron aflojar las tuercas, tantearon una y otra vez, por un lado, por el otro, pero las tuercas no cedieron.

—Ya se ve que lo principal no es llegar, sino desembarcar —observó el doctor.

—Sano sentido del humor —farfulló el ingeniero. El sudor le corría por la frente. Se sentaron sobre el armario empotrado.

—Tengo hambre —confesó el cibernético en medio del silencio general.

—Pues a comer entonces.

El físico se ofreció a subir al almacén de provisiones.

—Es mejor ir antes a la cocina. Quizá algo del frigorífico...

—Solo no podré. Habrá que retirar primero media tonelada de chatarra para llegar hasta las provisiones. ¿Quién me acompaña?

Se ofreció el doctor. No sin cierta renuencia, se sumó el químico. Cuando sus cabezas desaparecieron tras la puerta abierta de la escotilla y se extinguió el último resplandor de la linterna que se habían llevado consigo, el coordinador empezó a hablar en voz baja:

—Preferiría no tener que decir nada. ¿Tienen idea de cuál es nuestra situación?

—Por supuesto...

El ingeniero tanteaba en las tinieblas, buscando con las manos las suelas de los zapatos del coordinador. Necesitaba este contacto.

—¿Supones que no podremos perforar la escotilla?

—¿Y con qué lo haríamos?

—Con un soplete eléctrico o de gas... Podemos cortarla con él y...

—¿Has oído hablar alguna vez de un soplete autógeno capaz de cortar un cuarto de metro de keramit?

Se sumieron de nuevo en el silencio. Desde las profundidades de la nave espacial llegaba un sordo retumbo, como de catacumbas de acero.

—¿Qué ocurre? —preguntó, nervioso, el cibernético. Oyeron crujir sus articulaciones. Se puso en pie.

—Siéntate —dijo suave, pero firmemente, el coordinador.

—¿Creen ustedes que la escotilla se habrá fundido con el blindaje?

—No necesariamente —dijo el ingeniero—. ¿Tienes idea de lo que ha ocurrido?

—A ciencia cierta, no. Hemos entrado a velocidad cósmica en la atmósfera en un punto en que no debería haberla. ¿Y por qué? El autómatas ha podido equivocarse.

—El autómatas no se ha equivocado. Nos hemos equivocado nosotros —replicó el coordinador—. Nos olvidamos de introducir la corrección de cola.

—¿Corrección de cola? ¿Qué quieres decir?

—La cola de gas que, en dirección opuesta a la de su movimiento, forma todo planeta que posee atmósfera. ¿No has oído hablar de esto?

—Sí, claro. ¿Hemos chocado con esa cola? ¿No debería ser muy tenue?

—Diez a menos seis —contestó el coordinador—. Algo de ese orden. Pero veníamos a más de setenta kilómetros por segundo, amigo. Ha sido como chocar contra una pared. Fue la primera sacudida, ¿recuerdan?

—Sí —prosiguió el ingeniero—, y cuando penetramos en la estratosfera todavía íbamos a diez o doce. En realidad, el cohete debería haberse desintegrado en mil pedazos. Es sorprendente que haya podido resistir.

—¿El cohete?

—Está calculado para una sobrecarga de veinte. Pero antes de romperse la pantalla vi con mis propios ojos cómo saltaba la aguja de la escala. Y la escala tiene un margen de reserva de hasta treinta.

—¿Y nosotros?

—¿Cómo nosotros?

—¿Cómo hemos podido resistir nosotros? ¿Intentas decir que la presión alcanzó treinta g?

—No de forma continuada. Sólo en los momentos de máxima presión. Los frenos actuaron a tope. Por eso se produjeron las vibraciones.

—Pero los autómatas lo equilibraron, y de no haber sido por los compresores... —replicó el cibernético con tono obstinado. Pero se detuvo, porque desde el fondo de la nave llegaba el ruido de un objeto. Sonaba como ruedas de hierro rodando sobre planchas de hojalata. Luego volvió el silencio.

—¿Qué querías de los compresores? —preguntó el ingeniero—. Cuando vayamos a la sala de máquinas te demostraré que han rendido cinco veces más de lo que podían. Además, son sólo instrumentos auxiliares. Primero, sus soportes saltaron en pedazos, y cuando empezaron las vibraciones...

—¿Te refieres a la resonancia?

—La resonancia es otra cosa. En realidad, deberíamos haber quedado destrozados en un trecho de pocos kilómetros, como le pasó a Frachter en Neptuno, ¿lo recuerdas? Te podrás convencer por ti mismo cuando veas la sala de máquinas. Te puedo adelantar ya lo que ha pasado.

—No me apetece lo más mínimo inspeccionar la sala de máquinas. ¡Maldición! ¿Por qué tardan tanto? Con esta oscuridad le duelen a uno los ojos.

—Pronto tendremos luz, nada de pánico —le animó el ingeniero.

Mantenía, al parecer sin darse cuenta, las puntas de los dedos en los pies del coordinador, que permanecía inmóvil y escuchaba en silencio la conversación.

—Vamos a ir a la sala de máquinas, aunque no sea más que por no aburrirnos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Crees en serio que no podremos salir de aquí?

—¡Ah, vaya! Lo he dicho sólo por diversión. Me gustan estas bromas.

—Déjenlo ya —dijo el coordinador—. Hay una salida de emergencia.

—¡Hombre! Está exactamente debajo de nosotros. Es evidente que el cohete se ha hundido muchísimo, y no estoy seguro de si el lado donde está la escotilla llegue al nivel del suelo.

—¿Y eso qué importa? Tenemos las herramientas necesarias para excavar un túnel.

—¿Y la escotilla de carga? —preguntó el cibernético.

—Está inundada —explicó lacónicamente el ingeniero—. He echado una ojeada a la sala de control. Uno de los contenedores principales ha debido agrietarse. El agua alcanza por lo menos dos metros. Y probablemente está contaminada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que ocurre siempre. Lo primero que se escapa es el agua de refrigeración del reactor. ¿Es que no lo sabes? Puedes olvidarte de la escotilla de carga. Sólo podemos salir por aquí, y eso si...

—Excavaremos el túnel —repitió el coordinador en voz baja.

—Técnicamente es posible —asintió el ingeniero. Volvió el silencio. Se acercó el rumor de pasos y en el corredor, debajo de ellos, brilló la luz. Entornaron los ojos.

—Jamón, galletas, lengua o algo parecido en lata. ¡Las últimas reservas! Aquí tenemos chocolate y ahí unos termos. ¡Sube eso!

El doctor fue el primero en llegar a la escotilla. Alumbró con la linterna cuando entraron en la cámara y depositaron las latas de conserva. También traían platos de aluminio.

Comieron en silencio, a la luz de la linterna.

—¡Así que los termos no se han roto! —dijo asombrado el cibernético mientras se servía café.

—Curioso, pero es así. Con las conservas, las cosas no están demasiado mal. Pero la instalación de refrigeración, el frigorífico, los hornos, el pequeño aparato de sintetización, la estación depuradora, los filtros de agua, todo se ha roto.

—¿También la estación depuradora? —preguntó preocupado el cibernético.

—Sí. Tal vez podríamos repararla, si tuviéramos las herramientas necesarias. Pero estamos en un círculo vicioso. Para poner en marcha cualquier aparato, hasta el más simple, necesitamos la corriente. Y para tener corriente debemos reparar antes los instrumentos auxiliares, y para esto necesitamos un semiautomata.

—¿Ya han analizado a fondo las posibilidades, ustedes, hombres de la técnica? ¿Cuál es el resultado? ¿Dónde hay un rayo de esperanza?

El doctor depositó una gruesa capa de mantequilla sobre la galleta y puso encima jamón. Prosiguió, sin esperar la respuesta:

—De joven leí tantos libros sobre astronáutica que creo que pesarían más que nuestra encallada nave espacial. Pues aun así, no conozco ni un solo relato, ninguna aventura, ni siquiera una anécdota, sobre lo que nos ha pasado a nosotros. No comprendo cómo ha podido ocurrir.

—Porque el tema es aburrido —dijo sarcásticamente el cibernético.

—Sí, desde luego, es algo nuevo. Un Robinson interplanetario —dijo el doctor desenroscando el tapón de su termo—. Cuando vuelva a casa intentaré escribirlo, si tengo suficiente talento para ello.

De pronto se hizo el silencio. Recogieron las latas de conservas. El físico propuso guardarlas en el armario, junto a los trajes espaciales. Entonces volvieron a la pared, porque la puerta del suelo no podía abrirse de otro modo.

—¿Saben una cosa? Hemos oído sonidos muy extraños cuando estábamos buscando en el almacén —dijo el químico.

—¿Qué sonidos?

—Gemidos y crujidos. Como si nos estuviera oprimiendo un peso.

—¿Crees que ha caído alguna roca encima de nosotros? —preguntó el cibernético.

—Es algo completamente diferente —explicó el ingeniero—. La capa exterior del cohete se ha recalentado mucho al penetrar en la atmósfera. Incluso es posible que la punta se haya fundido un poco. Algunas partes vuelven a solidificarse ahora, se desplazan, se producen tensiones internas y entonces se oye ese ruido. Podemos oírlo ahora mismo.

Callaron. Sus rostros estaban iluminados por la luz de la linterna colocada sobre una superficie lisa, encima de la entrada. Del interior de la nave espacial llegó un gemido penetrante, una serie de ruidos breves, cada vez más bajos. Y luego siguió el silencio.

—Quizá es un autómeta.

En la voz del cibernético afluía un hilo de esperanza.

—Lo has visto tú mismo.

—Sí, pero no hemos mirado todavía en la escotilla de emergencia.

El cibernético se inclinó en la oscuridad, y gritó desde el borde de la escotilla:

—¡Autómetas de reserva, escuchen!

La voz resonó en el vacío. No hubo respuesta.

—Ven aquí, vamos a examinar la entrada.

El ingeniero se arrodilló ante la abovedada plancha, acercó los ojos al borde e iluminó centímetro a centímetro las juntas. La mancha de luz se deslizó sobre los cierres herméticos, marcados con una fina red de grietas.

—Por dentro no hay nada fundido, lo que no tiene nada de extraño, ya que el keramit es un mal conductor del calor.

—Podríamos intentarlo de nuevo —sugirió el doctor, y agarró la manivela.

—Eso no tiene sentido —protestó el químico.

El ingeniero puso la mano sobre la plancha y se levantó de un salto.

—¡Muchachos! ¡Necesitamos agua, mucha agua fría!

—¿Para qué?

—Toca la plancha. Está caliente, ¿verdad?

Varias manos la tocaron a la vez.

—Tan caliente que quemara los dedos —dijo alguien.

—Ésa es nuestra salvación.

—¿Por qué?

—El casco se ha recalentado. Por tanto, la escotilla también se ha recalentado y dilatado. Si ahora la enfriamos bruscamente, se contraerá y tal vez pueda abrirse.

—El agua no es suficiente. Quizás queda hielo. Debe haber algo todavía en la instalación frigorífica —dijo el coordinador.

Uno tras otro se precipitaron al pasillo, que resonaba bajo sus pasos.

El coordinador se quedó, con el ingeniero, junto a la entrada.

—Cederá —susurró en voz baja, como para sí mismo—. Si no se ha fundido.

El ingeniero tanteaba los bordes con las manos como para comprobar el grado de recalentamiento.

—El keramit sólo se licua a partir de los 3.700 grados. ¿Observaste la temperatura de la cubierta al final?

—Al final, todos los relojes se habían vuelto locos. Si no me equivoco, cuando frenó teníamos dos y medio.

—Dos mil quinientos grados no es demasiado.

—Sí, pero luego...

Sobre la escotilla cerrada asomó el rostro sofocado del químico. En su cuello se balanceaba la linterna. La luz brincaba sobre los trocitos de hielo que sobresalían por encima de la cubeta. Se los entregó al coordinador.

—Espera, vamos a ver cómo la enfriamos...

El ingeniero hizo una mueca:

—Un momento.

Desapareció en la oscuridad. Volvieron a resonar pasos. El doctor venía cargado con dos cubetas, en las que flotaba el hielo. El químico alumbraba mientras el doctor y el físico bañaban la escotilla con agua, que fluía sobre el suelo del pasillo. El cibernético trajo un cubo con hielo picado y volvió a buscar más. Tras haber bañado por décima vez la escotilla, creyeron oír algo, un débil rechinar. Estalló un grito de júbilo. Apareció el ingeniero. Se había colocado delante del pecho un reflector, bastante potente, del traje espacial. Ahora se veía con más claridad. El ingeniero arrojó al suelo una brazada de tiras de plástico desde la cabina de mando. Amontonaron trozos de hielo sobre la escotilla y los apretaron firmemente con las tiras de plástico, los colchones neumáticos e incluso con los libros que, mientras tanto, había traído el físico. Al fin, cuando ya casi no podían enderezar la espalda y apenas quedaba algo del pequeño muro de hielo —tan rápidamente se diluía al contacto con la recalentada puerta de la escotilla—, el cibernético asió con ambas manos la manivela e intentó hacerla girar.

—Espera un momento —gritó agriamente el ingeniero. Pero ya la manivela había cedido un poco. Todos se pusieron en pie. La manivela giraba cada vez más rápidamente. El ingeniero agarró por el centro el mango de la triple barra que aseguraba la escotilla y tiró con fuerza. Se oyó un chasquido, como si se rompiera un cristal, y la escotilla presionó suavemente contra ellos. De repente estuvo a punto de arrastrar a los que se hallaban cerca. Una negra avalancha irrumpió violentamente desde las oscuras fauces y cubrió hasta las rodillas a los hombres que encontró a su paso. El químico y el coordinador salieron despedidos hacia un lado. La escotilla aprisionó al químico contra la pared lateral, de modo que no podía moverse, pero no resultó herido. El coordinador pudo saltar hacia atrás en el último instante y casi derribó al doctor. La linterna del doctor se había apagado y quedó sepultada en alguna parte. No tenían más luz que la del proyector que el ingeniero llevaba en el pecho.

—¿Qué es esto? —preguntó el cibernético con una voz que no parecía la suya. Se hallaba detrás de los demás, en último lugar, al borde de la pequeña plataforma.

—Una muestra del planeta Edén.

El coordinador ayudó al químico a liberarse de la puerta de la escotilla.

—Sí —confirmó el ingeniero—. La entrada está enterrada. Hemos debido barrenar un bonito agujero en el suelo.

—Éste es el primer aterrizaje bajo la superficie de un planeta desconocido, ¿no es verdad? —comentó el doctor.

Todos rieron. Al cibernético se le saltaban las lágrimas.

—¡Ya está bien! —exclamó—. No vamos a quedarnos aquí parados hasta mañana por la mañana. Vamos por herramientas para abrirnos paso.

El químico se inclinó y tomó un pesado terrón de la tierra que tenía a sus pies. Por la abertura oval seguía escurriéndose la tierra. De vez en cuando, rodaban al pasillo algunos negros terrones de brillo grasiento.

Todos retrocedieron al corredor, pues en la plataforma no había espacio suficiente para sentarse. Finalmente, también saltaron abajo el coordinador y el ingeniero.

—¿Cuánto nos habremos hundido en el suelo? —preguntó en voz baja el coordinador al ingeniero mientras avanzaban por el corredor. Muy delante de ellos, el cono de luz brincaba de un lado a otro.

—¿Cuánto? Eso depende de muchos factores. Tagerssen penetró ochenta metros.

—Sí, pero, ¿qué quedó de él y del cohete?

—¿Y la sonda lunar? Tuvieron que excavar una galería en la roca para abrirse paso.
¡En la roca!

—En la Luna hay púmex.

—¿Cómo podemos saber lo que hay aquí?

—Ya lo has visto. Parece marga.

—Sí, justo en la entrada. Pero luego...

La cuestión de las herramientas presentaba mal cariz. Como todas las naves espaciales, también ésta disponía de un equipamiento por duplicado de autómatas y semiautómatas dirigidos por control remoto de aplicación universal, incluyendo las tareas de remoción de tierra, para poder hacer frente a las condiciones de los diversos planetas. Pero todo el instrumental auxiliar se había averiado, y sin corriente eléctrica era impensable ponerlo en funcionamiento. El único aparato con que contaban, una draga alimentada por una micropila atómica, también necesitaba corriente eléctrica para el arranque. Por tanto, tuvieron que recurrir a las herramientas más primitivas: picos y palas. Y también su fabricación entrañaba dificultades.

Al cabo de cinco horas de fatigoso trabajo, la tripulación regresó a la esclusa por el pasillo. Traían consigo tres picos lisos, curvados por un extremo, dos barras de acero y grandes planchas de metal, con las que pretendían construir una especie de muro de contención. Poseían además cubos y varias grandes cajas de plástico para retirar la tierra, a las que habían sujetado cortos tubos de aluminio para facilitar el transporte.

Habían transcurrido dieciocho horas desde la catástrofe. Todos estaban ya al borde del agotamiento. El doctor decidió que debían dormir al menos un par de horas. Pero antes tuvieron que habilitar dormitorios provisionales, ya que las literas de los camarotes, sólidamente sujetas al suelo, estaban ahora en posición vertical. Desatornillarlas habría exigido demasiado esfuerzo. Por tanto, llevaron colchones neumáticos a la biblioteca. Era lo que menos costaba, porque antes ya habían trasladado al corredor casi la mitad de los libros.

Excepto el químico y el ingeniero, los demás no podían conciliar el sueño. El doctor se levantó y, alumbrándose con la linterna, fue a buscar somníferos. Tardó casi una hora, porque tenía que abrirse paso hasta la enfermería. El corredor se hallaba obstruido por montañas de aparatos y recipientes de laboratorio rotos. Todo el contenido de los armarios empotrados se había estrellado contra el suelo y formaba una barricada ante la puerta.

Por fin, cuando su reloj de pulsera marcaba ya las cuatro, en hora de a bordo, distribuyó las tabletas, apagó la luz y, al poco rato, la oscura estancia se llenó del rumor de respiraciones agitadas.

Se despertaron con inesperada rapidez, salvo el cibernético, que había tomado una dosis demasiado fuerte de somníferos y parecía como borracho. El ingeniero se quejó de fuertes dolores de espalda. El doctor le detectó una hinchazón, producida probablemente por desgarramiento muscular cuando tiraba de la manivela de la entrada.

Estaban de mal humor. Nadie hablaba, ni siquiera el doctor. No pudieron alcanzar las provisiones que habían dejado en la esclusa, porque sobre el armario en que estaban los trajes espaciales había un enorme montón de tierra. El físico y el químico se dirigieron al almacén de provisiones y regresaron con latas de conservas. Eran ya las nueve cuando acometieron la tarea de abrir una galería.

El trabajo avanzaba a paso de caracol. No podían moverse con soltura en la estrechez de la abertura oval. Los hombres de vanguardia desmenuzaban con los picos la tierra compacta y los que estaban detrás la amontonaban en el pasillo. Después de deliberar un poco, decidieron echar la tierra en la cabina de mando. Era el lugar más cercano y no había nada en ella que pudieran necesitar por el momento.

Cuatro horas más tarde, la tierra amontonada en la cabina llegaba a las rodillas, pero el túnel sólo había avanzado dos metros. La marga era viscosa y resistente. Las barras y los

picos se quedaban hincados en ella. Los mangos se doblaban bajo la firme presión de las manos de los hombres, que los asían con fuerza. El trabajo más eficaz corría a cargo del pico de acero del coordinador.

El ingeniero tomaba precauciones para que el techo no se derrumbara y ponía especial cuidado en entibarlo debidamente.

Al atardecer, cuando, totalmente embarrados, se sentaron para comer, el túnel, que ascendía con un desnivel de casi setenta grados en relación con la escotilla, apenas había avanzado cinco metros y medio.

El ingeniero miró una vez más el pozo a través del cual podía accederse a las habitaciones situadas más abajo, donde, a treinta metros de la entrada principal, se encontraba, empotrada en el blindaje de la nave, la puerta de carga. Pero sólo vio el negro reflejo del agua..., más alto que el día anterior. Algún recipiente se había resquebrajado y su contenido se escapaba poco a poco. El agua estaba contaminada con radiactividad, tal como había podido comprobar en el acto con un pequeño contador Geiger. Cerró el pozo y regresó junto a sus amigos, sin comunicarles su descubrimiento.

—Si todo va bien, podremos salir mañana o, lo más tarde, dentro de dos días.

El cibernético sorbió su tercera taza de café. Todos bebían mucho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el ingeniero admirado.

—Lo intuyo.

—Tiene intuición, lo que no tienen sus autómatas.

El doctor reía. Cuanto más declinaba el día, más aumentaba su buen humor. Cuando fue relevado por los otros en los trabajos de la primera línea recorrió las habitaciones del cohete y añadió al inventario de la tripulación dos linternas electromagnéticas, una maquinilla de cortar el pelo, chocolate vitaminado y una montaña de toallas. Todos estaban cubiertos de barro y sus trajes llenos de manchas. La falta de corriente eléctrica les impedía afeitarse y renunciaron a la maquinilla de cortar el pelo que había llevado el doctor. Por lo demás, tampoco él la utilizó.

También el día siguiente se consumió en los trabajos de excavación del túnel. En la cabina, la tierra alcanzaba tal altura que resultaba cada vez más difícil echarla a través de la puerta. Le llegó el turno a la biblioteca. El doctor manifestó alguna renuencia, pero el químico, con el que transportaba un cubo de hojalata, arrojó, sin vacilar, la tierra sobre los libros.

El túnel se abrió de una forma completamente inesperada. El suelo se había ido volviendo más seco y menos consistente, pero los demás no habían compartido esta observación del físico. La marga que iban echando al interior del cohete seguía teniendo el mismo aspecto que al principio. El ingeniero y el coordinador acababan de ocupar de nuevo la línea de vanguardia y, con las herramientas todavía calientes por las manos de sus predecesores, habían descargado los primeros golpes sobre el terrón que sobresalía de la tosca pared, cuando desapareció súbitamente la capa de tierra y una suave bocanada de aire penetró por la abertura que se había formado. Sintieron la leve corriente, porque la presión en el exterior era ligeramente más elevada que la del túnel y el cohete. Picos y barras de acero empezaron a excavar febrilmente. Nadie se preocupaba ya de transportar la tierra. Los hombres que no podían trabajar en primera línea, porque no había espacio suficiente, permanecían detrás, listos para intervenir. Tras los últimos golpes, el ingeniero se dispuso a trepar afuera, pero el coordinador le detuvo. Primero había que ensanchar la abertura de la salida. Además, hizo trasladar el último montón de tierra al cohete, para que el túnel quedara despejado. Al cabo de unos pocos minutos, los seis hombres pudieron alcanzar, a través de la irregular abertura, la superficie del planeta.

Irrumpió la luz crepuscular. El negro agujero del túnel se abría en la suave pendiente de una colina de unos pocos metros de altura. La ladera acababa muy cerca de ellos. Una amplia llanura se extendía a lo lejos, hasta donde alcanzaba la línea del horizonte, en el que brillaban ya las primeras estrellas. A una distancia considerable se perfilaban, en varios puntos, altas y delgadas formas imprecisas, parecidas a árboles. La escasa luz, que todavía dibujaba una tenue franja hacia el oeste, diluía los colores del entorno en un gris uniforme. A la izquierda se elevaba al cielo, inclinado y rígido, el redondo y poderoso casco del cohete. El ingeniero calculó su longitud en unos setenta metros. Así entonces, la nave espacial había penetrado cuarenta metros bajo el suelo de la colina. Pero en aquel momento nadie prestaba atención al enorme cilindro, que se destacaba en negro contra el firmamento, rematado por los tubos de las toberas de dirección, que sobresalían irregularmente. Aspiraron a pleno pulmón aquel aire frío, de un aroma indefinido, desconocido y apenas perceptible, y miraron mudos a su alrededor. Sólo entonces se apoderó de ellos un sentimiento de perplejidad y desorientación. Resbalaron de entre sus manos los mangos de hierro de los picos. Permanecían allí, de pie, y contemplaban el inconmensurable espacio, con las líneas del horizonte hundidas en la oscuridad y las indolentes estrellas titilando uniformemente en la altura.

—¿La estrella Polar? —preguntó el químico en voz baja, señalando un astro lejano que brillaba débilmente en lo más profundo del firmamento.

—No, no es visible desde aquí. Ahora estamos..., bien, ahora nos hallamos bajo el polo sur de la Vía Láctea. Un momento, desde aquí deberíamos ver la Cruz del Sur...

Con las cabezas echadas hacia atrás, todos ellos escudriñaban el cielo profundamente negro, en el que brillaban con intenso fulgor las constelaciones siderales. Pronunciaban nombres, señalaban con el dedo las estrellas. Esto les mantuvo excitados por algún tiempo. Las estrellas eran lo único que no les resultaba totalmente desconocido en aquella yerma y desolada llanura.

—Hace cada vez más frío, como en el desierto —dijo el coordinador—. Aquí no hay nada que hacer. Hoy no podemos emprender nada. Tenemos que regresar a la nave.

—¿Cómo? ¿Volver a esa tumba? —gritó indignado el cibernético.

—Sin esa tumba, en dos días seríamos hombres muertos —replicó fríamente el coordinador—. No se porten como chiquillos.

Sin añadir una sola palabra dio media vuelta y volvió lentamente y con pasos regulares hacia la abertura que, a pocos metros sobre el pie de la colina, apenas se dibujaba como una mancha oscura. Deslizó primero las piernas y a continuación introdujo el cuerpo. Durante algunos instantes todavía pudo verse su cabeza. Luego desapareció.

Los hombres se miraron en silencio.

—Vamos —dijo el físico, a medias interrogando y a medias afirmando. Le siguieron vacilantes. Cuando ya los primeros se arrastraban por la boca del túnel, preguntó el ingeniero al cibernético.

—¿Te has dado cuenta de lo extraño que huele aquí el aire?

—Sí. Es tan amargo... ¿Conoces la composición?

—Parecida a la terrestre, salvo algunas impurezas que no son nocivas. No lo sé con exactitud. Los datos están en el pequeño tomo verde que se encuentra en el segundo anaquel de la biblio...

Calló repentinamente, porque recordó de pronto que había sido él quien había sepultado la biblioteca bajo un montón de marga.

—¡Al diablo! —exclamó, no irritado, sino más bien entristecido, y se escurrió en el oscuro agujero.

El cibernético, que se había quedado al final, se sintió de pronto desazonado. No era miedo, sino más bien la sensación opresiva de hallarse perdido, de la terrible extrañeza

del paisaje. Además, aquel retorno a las profundidades de la arcillosa excavación tenía algo de humillante.

“Como si fuéramos gusanos”, se le ocurrió pensar.

Inclinó la cabeza y se deslizó, tras el ingeniero, por el interior del túnel. Pero aunque ya se había metido hasta los hombros, alzó una vez más la cabeza para despedirse con la mirada del suave parpadeo de las estrellas.

Al día siguiente algunos propusieron trasladar las provisiones a la superficie para desayunar allí. Pero el coordinador puso objeciones. Sólo acarrearía molestias innecesarias, afirmó. Así entonces, comieron a la luz de dos linternas, bajo la escotilla de entrada, y bebieron café frío. De pronto, el cibernético dijo:

—Escuchen. ¿Cómo es que durante todo este tiempo hemos tenido aire respirable?

El coordinador sonrió. Profundas arrugas se marcaban en sus hundidas mejillas.

—Los depósitos de oxígeno están intactos. El sistema de depuración ha salido peor librado. Sólo uno de los filtros funciona a ritmo normal, el químico, para los casos de averías. Los eléctricos han dejado de funcionar, por supuesto. Al cabo de seis o siete días habríamos muerto por asfixia.

—¿Lo sabías? —preguntó el cibernético lentamente.

El coordinador no contestó, pero hubo un cambio en su sonrisa. Durante un segundo fue una sonrisa cruel.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el físico.

Lavaron los utensilios en un cubo de agua.

El doctor secó el plato con una de sus toallas.

—Aquí hay oxígeno —dijo, mientras arrojaba con estrépito su plato de aluminio sobre los otros—. Lo cual significa que hay vida. ¿Qué sabes sobre esto?

—Prácticamente nada. La sonda cósmica tomó una prueba de la atmósfera del planeta y a eso se reducen todos nuestros conocimientos.

—¿Cómo? ¿Es que no aterrizó?

—No.

—Desde luego, esto sí que es un montón de novedades.

El cibernético intentaba lavarse la cara con alcohol que derramó de un frasquito en un trozo de algodón. El agua escaseaba y hacía ya dos días que no se lavaban. El físico contempló, a la luz de la linterna, el reflejo de su cara sobre la pulida superficie del climatizador.

—Eso ya es mucho —replicó suavemente el coordinador—. Si la composición atmosférica hubiera sido distinta, si no hubiera contenido oxígeno, habría tenido que matarles.

—¿Qué estás diciendo?

El cibernético estuvo a punto de dejar caer el frasco.

—A mí mismo también, naturalmente. No habríamos tenido ni siquiera una oportunidad entre mil millones. Ahora la tenemos.

Se hizo un profundo silencio.

—¿La existencia de oxígeno presupone que hay también plantas y animales? —preguntó el ingeniero.

—No necesariamente —respondió el químico—. En los planetas de alfa del Can Menor hay oxígeno, pero no hay ni plantas ni animales.

—Entonces, ¿qué hay?

—Lumenoides.

—¿Esas bacterias?

—No son bacterias.

—La cuestión no tiene mucha importancia.

El doctor colocó los utensilios y cerró las latas de los alimentos.

—Ahora tenemos otras cosas en qué ocuparnos. ¿No se puede reparar rápidamente el «protector»?

—Ni siquiera he podido echarle una ojeada —confesó el cibernético—. Es imposible llegar hasta allí. Todos los autómatas se han caído de sus soportes. Al parecer, necesitaríamos una grúa de dos toneladas para remover toda la chatarra. El «protector» está debajo.

—¡Pero en alguna parte debe haber armas! —la voz del cibernético expresaba una evidente preocupación.

—Tenemos el electrolanzador.

—Me gustaría muchísimo saber cómo lo cargas.

—¿No hay corriente en la cabina de mando? Antes había un poco.

—Ya no hay. Evidentemente, se ha producido un cortocircuito en los acumuladores.

—¿Y por qué no están cargados los electrolanzadores?

—Porque la ordenanza prohíbe el transporte de electrolanzadores cargados —intervino a regañadientes el ingeniero.

—¡Al diablo la ordenanza...!

—¡Basta ya!

El cibernético se alejó, encogiéndose de hombros, del coordinador. El doctor salió, mientras el ingeniero traía de su camarote una ligera mochila de nylon, en la que colocó cuidadosamente las delgadas latas de las raciones de reserva. El doctor regresó llevando en la mano un corto cilindro oxidado, provisto de un mango.

—¿Qué es eso? —preguntó, curioso, el ingeniero.

—Un arma.

—¿Qué clase de arma?

—Gas anestésico.

El ingeniero se echó a reír.

—¿Cómo sabes si lo que vive en este planeta se puede narcotizar con tu gas? Y, sobre todo, ¿cómo te vas a defender si te atacan? ¿Administrando unas gotitas al enemigo?

—Bueno, si el peligro es demasiado grande te puedes anestesiar tú mismo —sentenció el químico. Todos rieron, el doctor más estruendosamente que los demás.

—Con esto se puede dormir a cualquier criatura que respire oxígeno —declaró—, y por lo que hace a la defensa, mira.

Oprimió el gatillo. Un chorro de un líquido sofocante, fino como una aguja, salpicó el oscuro pasillo.

—Bien, de acuerdo... Mejor eso que nada —opinó el ingeniero, con actitud reservada.

—¿Vamos? —preguntó el doctor, mientras metía el tubo en el bolso de su traje.

—Vamos.

El sol se hallaba ya alto en el cielo. Era pequeño, estaba más lejos que el de la Tierra, pero también era más caliente. No obstante, hubo algo que llamó la atención de todos: no era completamente redondo. Lo contemplaron, entre los dedos, a través del papel rojo oscuro en que venían envueltos sus paquetitos antirradiación.

—Se ha aplanado a consecuencia de una rotación axial demasiado rápida, ¿no es eso?

—El químico dirigió una mirada interrogante al coordinador.

—Eso es. Podía observarse mejor durante el vuelo. ¿Lo recuerdas?

—Puede ser... Cómo quieres que te diga... Tal vez entonces no me fijé mucho.

Dieron la espalda al sol y elevaron los ojos hacia el cohete. El blanco casco cilíndrico se alzaba oblicuamente al cielo desde la pequeña colina en la que se había clavado. Tenía el aspecto de un enorme cañón. La capa exterior, lechosa en la sombra y plateada al sol, parecía incólume. El ingeniero se aproximó al lugar en el que el casco penetraba en la tierra, trepó por el terraplén que rodeaba al coloso y acarició el casco.

—No es mal material este keramit —murmuró sin volverse—. Si pudiera echar una ojeada a las toberas... Miró desconcertado a las bocas, que se alzaban sobre la llanura.

—Ya las veremos —dijo el físico—. Pero ahora vamos, ¿no? Una pequeña exploración.

El coordinador ascendió hasta la cima. Los demás le siguieron. Por todas partes se extendía ante ellos la llanura bañada por el sol. Era plana, descolorida; en la distancia destacaban las delgadas siluetas que habían visto el día anterior. Pero a la clara luz del día podía advertirse que no se trataba de árboles. Sobre sus cabezas, el cielo era azul como el de la Tierra, y en el horizonte se teñía de tonalidades verdosas. Minúsculos cirros se deslizaban casi imperceptiblemente hacia el norte. El coordinador estableció los puntos cardinales con ayuda de la brújula que colgaba de su muñeca. El doctor se inclinó y escarbó con el pie en el suelo.

—¿Por qué no crece nada aquí? —preguntó extrañado.

Todos se quedaron callados. En efecto, hasta donde alcanzaba la vista, la llanura era un yermo absoluto.

—Al parecer, esta zona está expuesta a la desertización —aventuró el químico—. Allá, más lejos, ¿ves la superficie? Hacia el oeste es cada vez más amarillenta. Supongo que hay allí un desierto y que el viento arrastra la arena hasta aquí. Porque esta colina es arcillosa.

—Eso ya lo hemos podido comprobar —observó el doctor.

—Tenemos que trazar al menos un plan general de exploración —dijo el coordinador—. Las reservas alcanzan para dos días.

—A duras penas. Nos queda poca agua —objetó el cibernético.

—Hasta que no encontremos agua, tenemos que ser muy ahorrativos. Si hay oxígeno, también debe haber agua. Creo que debemos proceder del siguiente modo: a partir del punto en que nos encontramos, haremos una serie de incursiones, avanzando siempre en línea recta y sólo hasta una distancia desde la que podamos regresar con seguridad y sin excesiva precipitación.

—Como máximo, treinta kilómetros en una dirección —anotó el físico.

—De acuerdo. Se trata sólo de una exploración inicial.

—Un momento.

El ingeniero se había mantenido un poco aparte, sumido al parecer en sombríos pensamientos.

—¿No les parece que estamos actuando como inconscientes? Acabamos de sufrir un accidente en un planeta desconocido. Hemos conseguido salir de la nave espacial. Pero en vez de dedicar todas nuestras energías a lo que es más importante, volver a poner en funcionamiento el cohete, reparar todo lo que se pueda y rescatar la nave y todo lo demás, nos dedicamos a planear excursiones, sin armas, sin ningún tipo de protección y sin tener la más mínima idea de lo que nos podemos encontrar.

El coordinador le escuchó en silencio y luego miró uno por uno a sus compañeros. Todos estaban sin afeitar. La barba de tres días ya les daba un aspecto salvaje. Era evidente que las palabras del ingeniero habían producido efecto. Pero nadie decía nada, como si esperaran la respuesta del coordinador.

—Seis hombres no pueden desenterrar el cohete, Henryk —dijo, eligiendo con sumo cuidado las palabras—. Lo sabes perfectamente. En la situación en que nos encontramos, poner en funcionamiento hasta el más pequeño aparato exige una cantidad de tiempo que ni siquiera podemos calcular. El planeta está habitado. Pero no sabemos nada sobre él. Ni siquiera hemos tenido tiempo de rodearlo antes de la catástrofe. Nos hemos aproximado a él desde el hemisferio nocturno y, a consecuencia de un error fatal, hemos chocado contra la cola de gas. En la caída hemos llegado hasta la línea del terminador. En la última pantalla que se resquebrajó vi (o me pareció ver) algo parecido a una ciudad.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —preguntó suavemente el ingeniero.

—Sí, ¿por qué no? —quiso saber también el físico.

—Porque no estoy seguro de mis observaciones. Para empezar, ni siquiera sé en qué dirección debo buscarla. El cohete giró sobre sí mismo. He perdido la orientación. Aun así, sigue existiendo una posibilidad, por pequeña que sea, a fin que podamos encontrar ayuda. No quería hablar de ello porque todos y cada uno de nosotros sabemos que tenemos pocas posibilidades. Además, necesitamos agua. La mayor parte de nuestras provisiones están en el piso inferior, bajo una capa de agua contaminada. Por tanto, creo que debemos asumir ciertos riesgos.

—De acuerdo —dijo el doctor.

—Yo también —añadió el físico.

—Cuenten conmigo —murmuró el cibernético y se alejó algunos pasos, en dirección sur, como si no quisiera oír el resto de la conversación. El químico asintió. El ingeniero guardó silencio. Descendió de la colina, se colocó la mochila a la espalda, y preguntó:

—¿Hacia dónde?

—Hacia el norte —respondió el coordinador—. El ingeniero emprendió la marcha y los demás se unieron a él. Cuando, al cabo de unos pocos minutos, miraron hacia atrás, apenas podían distinguir ya la colina. Tan sólo el casco del cohete destacaba contra el cielo como un cañón de campaña.

Hacía mucho calor. Sus sombras se proyectaban empequeñecidas. Los zapatos se hundían en la arena. Tan sólo se oían las pisadas rítmicas y la respiración rápida. Se acercaron a las delgadas formas que, a la luz crepuscular, habían tomado por árboles y retardaron el paso. Un tronco vertical se alzaba desde el suelo marrón, grisáceo como piel de elefante, con un débil resplandor metálico. El tronco, que en su base era apenas más grueso que el brazo de un hombre, se abría en un ensanchamiento en forma de cáliz a unos dos metros por encima del suelo. Desde donde se hallaban no podían distinguir si el cáliz estaba abierto. Se mantenía completamente inmóvil. Se pararon a algunos metros de aquella forma. El ingeniero se adelantó impulsivamente y alzó la mano para tocar el «tronco». Pero el doctor gritó:

—¡Quieto!

El ingeniero retrocedió, alarmado. El doctor le tomó del brazo para apartarle, recogió una piedra, no mayor que un guisante, y la arrojó a lo alto. La piedra descendió, describiendo una parábola muy pronunciada sobre la superficie caliciforme ligeramente ondulada. Todos retrocedieron sobresaltados ante la repentina e inesperada reacción. El cáliz se movió, se abrió con la velocidad del relámpago, se oyó un corto siseo, como si hubiera un escape de gas, y toda la grisácea columna, ahora temblorosa como acometida por la fiebre, se hundió, engullida por la tierra. Se formó en el suelo un agujero que, durante un instante, se llenó de una oscura y espumeante grasa; luego, grumos arenosos nadaron sobre la superficie, la capa se fue espesando, y al cabo de unos segundos no quedaba ni el menor rastro de la abertura. El suelo arenoso parecía tan liso como lo que había a su alrededor. Todavía no se habían recobrado de su estupor cuando el químico gritó:

—¡Miren!

Dirigieron las miradas a su alrededor. En un espacio de varias decenas de metros, donde hacía unos instantes podían verse tres o cuatro delgadas figuras de la misma altura, ahora ya no había ninguna.

—¡Se han hundido todos! —gritó el cibernético.

Por mucho que buscaron, no encontraron la más mínima huella de los cálices. El sol era cada vez más ardiente y resultaba difícil soportar el calor. Prosiguieron la marcha.

Avanzaron durante una hora en fila india, encabezada por el doctor, que llevaba la mochila, seguido por el coordinador. Cerraba la columna el químico. Todos ellos se habían desabrochado los trajes y algunos incluso se habían subido las mangas. Con los labios resecaos, empapados de sudor, se arrastraban a través de la llanura. En el horizonte centelleaba una larga franja horizontal.

El doctor se detuvo y esperó al coordinador.

—¿Cuántos kilómetros crees que hemos recorrido?

El coordinador volvió la cabeza contra el sol, hacia el lugar donde había quedado el cohete. Pero ya no se le veía.

—El planeta tiene un radio menor que el de la Tierra —dijo, carraspeó y se secó el sudor de la cara con un pañuelo—. Hemos debido caminar unos ocho kilómetros.

El doctor apenas podía ver nada a través de la ranura de sus hinchados párpados. Llevaba una gorra de tela sobre los ensortijados cabellos, negros como ala de cuervo. Se refrescó repetidas veces con el agua de su botella.

—Esto es insensato, ¿no crees? —y se echó a reír inmediatamente.

Ambos miraron hacia el punto donde hasta hacía poco todavía se dibujaba el cohete en el horizonte como una fina línea oblicua. Ahora sólo veían allí las tenues sombras de los cálices, de un gris pálido en la distancia. Habían reaparecido sin que ellos se dieran cuenta. Los demás se acercaron. El químico depositó en el suelo la lona enrollada de la tienda de campaña y se sentó o, mejor dicho, se derrumbó sobre ella.

—Curiosamente no se advierte el menor rastro de la civilización local.

El cibernético hurgó en sus bolsillos, encontró tabletas de vitaminas en un paquete aplastado y ofreció a todos.

—En la Tierra no hay desiertos así, ¿verdad? —preguntó el ingeniero—. Sin carreteras ni artefactos voladores.

—No supondrán que íbamos a encontrar, precisamente aquí, una copia fiel de nuestra civilización terrestre.

El físico miraba burlesco al ingeniero.

—El sistema estelar es estable aquí y la civilización ha podido desarrollarse en Edén durante más tiempo que en la Tierra, de modo que...

—A condición que sea una civilización de primates —le interrumpió el cibernético.

—Escuchen, ¿por qué nos detenemos precisamente aquí? Sigamos. En media hora habremos llegado allí —el coordinador señalaba una delicada banda lila en el horizonte.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé. Pero allí hay algo. Tal vez encontremos agua.

Crujieron las correas de los bultos sobre las espaldas, el grupo se colocó de nuevo en línea y avanzaron con pasos regulares sobre la arena. Pasaron junto a una docena de cálices y otras formas mayores, que parecían apoyarse en el suelo mediante lianas o vástagos, pero ninguna de ellas estaba a menos de doscientos metros y no querían apartarse de la dirección que habían tomado. El sol estaba casi en su cenit cuando cambió el paisaje.

Había cada vez menos arena. La tierra, quemada por el sol, centelleaba en largas y lisas ondulaciones de un color herrumbroso. Aquí y allá aparecían grises manchas de musgo reseco, que se desmenuzaba bajo las suelas como papel quemado. La franja lila se dividía claramente en grupos separados; su color se tornaba cada vez más claro. Era más bien verde, salpicado de azul pálido. El viento del norte arrastró hasta ellos un débil y delicado aroma, que aspiraron con receloso placer. Al acercarse a una parte ligeramente curvada, hecha de oscuras y extrañas formas, los primeros de la fila acortaron un poco el paso para dar tiempo a que se les unieran los demás. Juntos se aproximaron hasta hallarse ante un frente rígido de extrañas figuras.

A unos cien pasos de distancia todavía podrían haberlo tomado por un matorral, por arbustos llenos de grandes nidos grises de pájaros, no tanto porque lo parecieran realmente, sino más bien porque sus ojos intentaban constantemente relacionar aquellas extrañas formas con objetos conocidos.

—Podrían ser arañas —dijo, vacilante, el físico.

Y al momento se imaginaron ver criaturas como arañas, con pequeños torsos fusiformes cubiertos de espeso pelo, que hubieran recogido bajo su cuerpo sus secas y desmesuradamente largas patas.

—¡Son plantas! —exclamó el doctor, y se acercó lentamente a una de aquellas altas «arañas» de color verde grisáceo.

Comprobaron que las «patas» eran gruesos tallos, cuyos brotes, compactos y cubiertos de pelusa, podían fácilmente confundirse con las articulaciones de un artrópodo. Siete u ocho de aquellos tallos ascendían hacia arriba formando arco, configurando un «cuerpo» espeso, a modo de piña, que recordaba la parte posterior aplanada de un insecto y estaba rodeada de delicadas telarañas que brillaban bajo el sol. Aquellas «arañas vegetales» crecían densamente unas junto a otras, aunque se podía caminar entre ellas. Aquí y allá aparecían en los tallos brotes más claros, que tenían casi el color del laurel terrestre y acababan en capullos enrollados. El doctor lanzó una piedra contra uno de aquellos «cuerpos insectiformes», que se alzaba varios metros sobre el suelo. Como no sucedió nada, eligió un tallo y hundió el cuchillo en él. Brotó, en pequeñas gotas, un zumo amarillento y acuoso que empezó a espumar y adquirir una coloración naranja y herrumbrosa, hasta que, al cabo de algún tiempo, se solidificó en un coágulo en forma de corazón, que desprendía un fuerte aroma, muy agradable al principio, pero repulsivo después.

En esta curiosa plantación la temperatura era algo más fría que en la llanura. Los «cuerpos» bulbosos de las plantas arrojaban un poco de sombra. El matorral se iba espesando a medida que entraban en él. Procuraban no tocar los tallos, en especial los brotes blancos en que terminaban los retoños más recientes, porque despertaban en ellos una oscura repugnancia.

El suelo era blando y esponjoso y exhalaba un vaho húmedo que dificultaba la respiración. Sobre sus rostros y sus brazos se deslizaban las sombras de los «cuerpos insectiformes», unas veces más altas y otras más profundas, grandes o pequeñas. Estos «cuerpos» eran finos y delgados, con espinas de vivo color naranja, aunque los había también marchitos, resecos, muertos. Desde ellos descendían hasta el suelo finas telarañas. Cuando sobrevenía un golpe de aire brotaba desde la maleza un susurro sordo y desagradable, no como el murmullo suave de los bosques de la Tierra, sino como el rasposo sonido de miles y miles de trozos de áspero papel. De vez en cuando les cerraban el paso algunas plantas aisladas, con sus retorcidos brotes, y entonces tenían que dar un rodeo. Al cabo de cierto tiempo renunciaron a levantar la mirada hacia los espinosos «cuerpos» y tratar de descubrir semejanzas con nidos, piñas o capullos de gusanos de seda.

De pronto, el doctor, que marchaba a la cabeza, observó un grueso cabello negro que descendía verticalmente, delante de su cara, como si fuera un fuerte hilo brillante o un fino alambre esmaltado. Estaba a punto de apartarlo con la mano. Pero como nunca había visto nada parecido, alzó instintivamente la mirada y se quedó clavado en tierra, como si hubiera echado raíces.

Algo gris perla, que pendía a modo de bulbo sobre los tallos amalgamados en la base de uno de aquellos «capullos de gusano de seda», le contemplaba fijamente. Sintió sobre sí la mirada antes incluso de descubrir dónde tenía los ojos aquella deforme criatura. No se distinguían en ella ni cabeza ni patas. Tenía el aspecto de una piel hinchada en forma de saco, rellena por dentro de pálidas excrecencias que desprendían un suave brillo. De un oscuro y grueso embudo emergía el pelo negro, que probablemente alcanzaba los dos metros de longitud.

—¿Qué ocurre? —preguntó el ingeniero, que marchaba inmediatamente a continuación. El doctor no respondió. El ingeniero alzó la vista y también se detuvo asombrado.

—¿Cómo puede ver esa cosa? —preguntó maquinalmente, y retrocedió un paso ante la repugnancia que le inspiraba aquel ser, cuya ávida mirada, totalmente concentrada sobre él, parecía succionarle, aunque no podía ni ver ni adivinar dónde tenía los ojos.

—Sencillamente asqueroso —exclamó el químico.

Todos ellos se hallaban ahora detrás del ingeniero y del doctor, que también había retrocedido un paso ante aquella forma colgante. Los demás le hicieron sitio, en la medida en que se lo permitían los elásticos tallos. El químico sacó del bolsillo de su traje el bruñido cilindro, apuntó tranquilamente al pálido cuerpo, que brillaba más claramente que su entorno vegetal, y oprimió el disparador.

En una fracción de segundo sucedieron muchas cosas. Primero, se quedaron aturdidos por un súbito fulgor. Era tan vivo que los cegó, salvo al doctor, que había pestañeado en aquel preciso instante, y el centelleo duró justamente el tiempo que mantuvo cerrados los párpados. El fino rayo siguió su vuelo, los tallos se curvaron, crepitaron, les rodeó una condensación de negro vaho y la cosa se desplomó y chocó pesada y esponjosamente contra el suelo. Permaneció inmóvil durante un segundo, como un balón gris lleno de pequeños grumos que se hubiera desinflado. Tan sólo el negro cabello se movía y danzaba furiosamente sobre la criatura, azotando el aire con relampagueantes contracciones. Luego también el pelo desapareció y sobre el esponjoso musgo empezaron a desparramarse en todas las direcciones los informes miembros vesiculares de aquella criatura, con movimientos de babosa. Antes que ninguno de los hombres hubiera podido hacer un solo movimiento, había terminado la huida o, mejor dicho, la desintegración. Las últimas partículas de aquella cosa, pequeñas como orugas, se hundieron en el suelo..., que apareció de nuevo vacío ante los expedicionarios. Sólo les seguía quemando en la nariz un hedor intolerablemente dulce.

—¿Era un enjambre?

El químico alzó la mano y se restregó los ojos. Los demás parpadearon. Estaban cegados y seguían viendo manchas negras.

—«E pluribus unum» —replicó el doctor—, o mejor dicho, «ex uno plures». No sé si es un buen latín, pero eso era esa criatura múltiple, capaz de dividirse en caso de necesidad.

—Huele fatal —dijo el físico—. Larguémonos de aquí.

—Vamos —convino el doctor.

Cuando ya se habían alejado una docena de pasos, dijo bruscamente:

—Me pregunto qué habría pasado si hubiera tocado aquel pelo.

—La satisfacción de tu curiosidad podría habernos costado demasiado cara —le replicó el químico.

—Tal vez no. Sabes que muchas veces la evolución reviste a criaturas completamente inofensivas de formas aparentemente peligrosas.

—Dejen ya esta conversación. Allá adelante está más claro —dijo el cibernético—. ¿Por qué hemos tenido que cruzar precisamente por este bosque de arañas?

Oyeron el murmullo de un arroyo y se detuvieron. Cuando reemprendieron la marcha, el murmullo se hizo más perceptible, pero luego se debilitó hasta desvanecerse por completo. No fueron capaces de encontrar el arroyo. El matorral ya no era tan espeso, pero el suelo se iba tornando más blando, era como la corteza afelpada de una ciénaga y les dificultaba el avance. A veces algo chapoteaba bajo sus pies, como si fuera hierba empapada en agua, aunque no había señales de agua por ninguna parte.

De pronto se hallaron al borde de una concavidad circular de unos sesenta metros de diámetro. Se veían unas pocas plantas de ocho tallos, muy distanciadas unas de otras. Parecían muy viejas. Los tallos se separaban en la parte inferior, como si no pudieran soportar el peso compacto de la sección central. Recordaban a grandes arañas desecadas más aún que las que acababan de dejar a sus espaldas. El suelo estaba parcialmente cubierto por herrumbrosas piezas dentadas de una masa porosa que, en parte, se hundían en tierra y estaban cubiertas de brotes vegetales. El ingeniero

descendió por la empinada pendiente no demasiado profunda, y curiosamente, sólo cuando ya se hallaba abajo se les ocurrió a sus compañeros que esa concavidad tenía el aspecto de un cráter, como si en aquel lugar hubiera ocurrido alguna catástrofe.

—Como una bomba —murmuró el físico.

Se hallaba encima del terraplén y estaba viendo cómo el ingeniero se acercaba al matorral grande, delante de la mayor de las «arañas», y lo sacudía.

—¿Es hierro? —gritó el coordinador.

—No.

El ingeniero desapareció entre los deformados fragmentos de un matorral que recordaba a un cono truncado. Reapareció entre los altos tallos que se rompían crujendo cuando los apartaba y regresó con expresión sombría. Varias manos salieron a su encuentro, subió la pendiente y alzó los hombros ante los rostros expectantes.

—No tengo la menor idea de lo que puede ser. Está vacío. Ahí abajo no hay nada. Una corrosión muy avanzada. Aquí hay una vieja historia que ha podido pasar hace cien, trescientos años...

Bordearon el cráter en silencio y eligieron una senda por la parte donde el matorral era más bajo. De pronto, la maleza se redujo a ambos lados. En el centro se dibujaba una estrecha franja. Era tan angosta que apenas permitía el avance de un solo hombre, una especie de surco completamente recto. A la derecha e izquierda, los tallos aparecían cortados y machacados, los nudos en forma de piña estaban en parte desplazados hacia un lado, hacia las otras plantas-araña, y en parte aplastados contra el suelo. Sus cáscaras crujían bajo las suelas de los zapatos como la corteza reseca de los árboles. Decidieron avanzar en fila india por aquella senda abierta en la espesura. Tuvieron que comenzar por apartar a un lado los tallos secos, pero ahora avanzaban más rápidamente que al principio. La vereda se dirigía claramente, trazando un gran arco, hacia el norte. Al final, pudieron dejar a sus espaldas los últimos matorrales. Habían cruzado toda la maleza. Ante ellos se extendía de nuevo la llanura.

En el punto en que el sendero dejaba el matorral enlazaba con una pequeña pista. A primera vista creyeron que se trataba de una senda, pero no lo era. En el suelo aparecía excavado un pequeño surco de unos doce centímetros de profundidad y no mucho más de ancho. Estaba cubierto de líquenes de un verde plateado y suaves como el terciopelo. Este singular «césped», como lo llamó el doctor, conducía en línea recta a una especie de resplandeciente cinturón que se extendía como una muralla de un extremo a otro de la llanura y cerraba todo el horizonte a sus miradas.

Puntiagudas elevaciones, como torres góticas recubiertas de láminas de plata, brillaban por encima de aquel lienzo de muralla. Apresuraron la marcha y a medida que se acercaban iban descubriendo nuevos detalles. A un lado, se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros una superficie provista de arcos regulares, como la cubierta de un gigantesco hangar, si bien la bóveda de los arcos estaba vuelta hacia la parte inferior. Por debajo podía percibirse un gris chisporroteo, como si de las bóvedas se desprendiera un fino polvo o espolvoreara hacia abajo agua turbia. Cuando se detuvieron más cerca, el viento les trajo un extraño aroma amargo, pero agradable, como de flores desconocidas. Siguieron avanzando a corta distancia unos de otros. La estructura en forma de arcos se alzaba cada vez más alta; cada arco se estiraba, como el gigantesco pilotaje invertido de un puente, hasta casi un kilómetro de longitud. Allí donde, sobre el telón de fondo de las nubes, se unían dos arcos formando punta, había algo que brillaba intensamente con una luz de fulgor regular, como si espejos inmóviles reflejaran hacia abajo los rayos solares.

El muro que tenían ante ellos era móvil. Consistía en arroyuelos o cordones de color marrón y estaba dotado de una especie de movimientos peristálticos. De izquierda a derecha se desplazaban, a distancias uniformes, crestas onduladas. Parecía una cortina hecha de un extraño material, tras la que desfilaban, a intervalos iguales, elefantes; en realidad, animales más grandes que elefantes. Cuando llegaron finalmente al punto en

que acababa aquel estrecho sendero en forma de surco cubierto de aterciopelado musgo, el aroma amargo era ya insoportable.

—Tal vez sean emanaciones venenosas —dijo el cibernético, que acababa de sufrir un acceso de tos.

Durante un rato observaron el deslizamiento regular de las ondas. A algunos pasos de distancia, la «cortina» les parecía homogénea, como tejida con espesas fibras opacas. El doctor tomó una piedra y la lanzó contra ella. La piedra desapareció, como si se hubiera fundido o evaporado, sin haber llegado a tocar la ondulante superficie.

—¿Ha caído dentro? —preguntó, vacilante, el cibernético.

—No —exclamó el químico—. Ni siquiera la ha tocado.

El doctor tomó de nuevo un puñado de piedras y tierra, y las arrojó una tras otra. Todas desaparecieron unos centímetros antes de alcanzar la «cortina», sin llegar a tocarla. El ingeniero sacó una llave de un pequeño manajo y la lanzó contra la superficie en el momento en que ésta se hinchaba. La llave chirrió, como si hubiera chocado contra una plancha de metal. Y desapareció.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, desconcertado, el cibernético, mirando al coordinador.

Éste permanecía silencioso. El doctor se quitó la mochila, sacó una lata de conservas, cortó con el cuchillo un trocito de carne congelada y la arrojó contra la «cortina». El trozo congelado de carne quedó colgado en la opaca superficie, se mantuvo sujeto durante algún tiempo y luego desapareció lentamente, como si se hubiera fundido.

—¿Saben lo que es? —dijo con ojos brillantes—. Es un filtro, una especie de cortina seleccionadora...

El químico encontró en la anilla de su mochila un brote reseco y roto de una «planta araña», que se había prendido al cruzar la maleza, y lo arrojó, sin más, contra la ondulante cortina. El tallo seco chocó contra la pared y cayó al suelo delante de ella.

—Un selector —dijo, con tono indeciso.

—¡Por supuesto! ¡Sin duda!

El doctor se acercó hasta que su corta sombra en el suelo rozó el borde de la «cortina», extrajo su arma negra, apuntó y disparó. Apenas el chorro, fino como una aguja, tocó la abombada superficie, se produjo en ella una abertura lenticular. Detrás podía verse un espacio mayor, oscuro, en el que, arriba y abajo, saltaban chispas; más al fondo serpenteaban infinidad de pequeñas llamas rosadas. El doctor retrocedió jadeando y tosiendo. El aroma amargo le punzaba en la garganta y la nariz. Le alejaron de allí un buen trecho.

La abertura se redujo. Al acercarse a ella, las ondas se hacían más lentas, se desviaban hacia arriba y hacia abajo, y luego seguían su curso. La abertura se hacía cada vez menor. Súbitamente, desde el interior emergió algo negro, rematado en un apéndice a modo de dedo, recorrió como un relámpago los bordes de la abertura y ésta se cerró al instante. Se hallaron de nuevo desorientados ante aquella cobertura que se hinchaba a intervalos regulares.

El ingeniero sugirió que debían deliberar, lo que, en palabras del doctor, era prueba del hecho que no sabían qué hacer. Al final decidieron seguir avanzando a lo largo de la gran estructura. Recogieron sus cosas y reemprendieron la marcha. Caminaron así unos tres kilómetros. En el camino se cruzaron con una buena docena de surcos de césped que conducían a la llanura. Reflexionaron durante algún tiempo sobre lo que podrían significar. Renunciaron a la sugerencia que pudiera tratarse de cultivos, porque era demasiado disparatada. El doctor se tomó incluso la molestia de buscar algunos líquenes entre los surcos verdeoscuros. Recordaban un poco al musgo, pero tenían en las pequeñas raíces abultamientos como perlas en los que se insertaban pequeños y duros granos.

Hacía ya mucho tiempo que había pasado el mediodía. Acuciados por el hambre, hicieron un alto para recuperar fuerzas a pleno sol, porque no había ninguna sombra y no

sentían el menor deseo de retroceder ochocientos metros hasta la espesura. La maleza de arañas no les había causado precisamente una buena impresión.

—Según las narraciones que leí de joven —declaró el doctor, con la boca llena—, en esta maldita cortina debería aparecer ahora un agujero vomitando fuego, del que debería salir un individuo con tres manos y una sola y gruesa pierna, con un telecomunicador interplanetario bajo el brazo, presentarse como un telépata sideral y darnos a entender que es el representante de una civilización altamente desarrollada que...

—Deja de decir simplezas —le interrumpió el coordinador, vertiendo agua del termo en su vaso, que inmediatamente se cubrió de rocío—. Sería mejor que pensáramos en lo que vamos a hacer.

—Creo que deberíamos entrar ahí —dijo el doctor, y se levantó como si se dispusiera a hacerlo en el acto.

—Me gustaría saber cómo —replicó con calma el físico.

—¡Estás completamente loco! —exclamó el cibernético.

—No estoy loco. Por supuesto, podemos seguir caminando, a condición que alguno de esos individuos de una sola pierna nos eche algo de comida.

—¿Lo dices en serio? —preguntó el ingeniero.

—Por supuesto. ¿Y sabes por qué? Pues sencillamente porque ya estoy hartó.

Y se volvió.

—¡Quieto! —gritó el coordinador.

Sin prestarle atención, el doctor se dirigió a la pared. Los demás se precipitaron para detenerle. Pero mientras corrían, él ya había tocado con la mano la cortina.

La mano desapareció. Durante un segundo el doctor se quedó inmóvil, luego dio un paso adelante y se desvaneció. Los demás se detuvieron, estupefactos, en el lugar en que todavía podía percibirse la huella de su zapato izquierdo. De pronto, sobre la cortina emergió la cabeza del doctor. Su cuello parecía como cortado con un cuchillo, le lagrimeaban los ojos y estornudó un par de veces.

—El aire es un poco sofocante aquí dentro —dijo— y pica endemoniadamente la nariz, pero se puede aguantar bien un par de minutos. Parece gas lacrimógeno. Vengan. No hace daño. No se siente nada en absoluto.

Donde debían estar sus hombros apareció ahora su brazo izquierdo, suspendido en el aire.

—¡Tú sí que...! —empezó a decir el ingeniero, mitad enojado y mitad contento, y agarró la mano del doctor, que tiró de él, de modo que desapareció del campo de visión de los demás. Uno tras otro fueron entrando en la ondulante cortina. En último lugar el cibernético. Vacilaba, carraspeó, el corazón le palpitaba locamente. Cerró los ojos y dio un paso al frente. Le rodeó la oscuridad, y luego se hizo la luz.

Se hallaba, junto a los otros, en un amplio espacio, lleno de un jadeo fatigoso y asmático. Oblicua, vertical y horizontalmente, se cortaban perpendicular y lateralmente, giraban en torbellino y vibraban gigantescos cilindros, tubos y columnas de diferente grosor. En algunos lugares se ensanchaban y en otros se estrechaban. Desde las profundidades de este bosque de cuerpos brillantes en constante movimiento en todas las direcciones llegaba un chasquido precipitado, que cesaba súbitamente y era luego seguido de otros sonidos más suaves. La serie de sonidos se repetía sin cesar.

Era difícil soportar aquel olor amargo. Todos estornudaban. Les lagrimeaban los ojos. Tapándose la cara con pañuelos se alejaron un poco de la cortina que, vista desde el interior, ofrecía el aspecto de una catarata de líquido negro, espeso como el jarabe.

—¡Vaya! ¡Como si por fin hubiéramos vuelto a casa! ¡Una fábrica, una fábrica automatizada! —exclamó el ingeniero entre dos estornudos.

Las toses fueron cesando poco a poco, a medida que se iban habituando al amargo aroma. Se miraron unos a otros, con ojos lacrimosos y entrecerrados.

Tras caminar una docena de pasos por aquel suelo que cedía bajo sus pies como si fuera de goma elástica, aparecieron ante ellos negros pozos. Objetos brillantes saltaban hacia arriba en su interior, pero con tal rapidez que no podían distinguirse sus formas. Tenían el tamaño de cabezas humanas y parecían incandescentes. Volaban hacia la altura, donde una de las columnas, inclinada sobre los pozos como una pipa, los engullía sin dejar de girar. Los objetos no desaparecían instantáneamente, su fulgor rosa seguía brillando, cada vez más débil, a través de las temblorosas paredes de la columna, como si fuera un cristal oscuro. Podía verse cómo avanzaban en el interior.

—Producción en serie con ayuda de cinta transportadora —murmuró el ingeniero tras su pañuelo.

Rodeó cuidadosamente los pozos. ¿De dónde procedía la luz? La tapa era semitransparente; el brillo, gris y monótono, se perdía en el mar de cuerpos flexibles que se encogían, se retorcían y giraban como arroyuelos que se deslizaban en el aire. Todas aquellas formas elásticas parecían obedecer una orden, se movían a ritmo uniforme. Las fuentes lanzaban los brillantes objetos a gran altura y el juego se repetía a una altura mayor. También bajo la tapa, las rojizas burbujas de los rectángulos volantes dibujaban arcos en el aire, pero los rectángulos, allá arriba, eran mucho mayores.

—Debemos encontrar un almacén de productos acabados o al menos de lo que aquí se llame producción final —opinó el ingeniero.

El coordinador le tocó el brazo:

—¿De qué clase de energía se trata?

El ingeniero se encogió de hombros:

—No tengo la menor idea.

—Me temo que no encontraremos la producción final ni al cabo de un año. Esta nave tiene kilómetros de longitud —dudó el físico.

Curiosamente, cuanto más avanzaban en la nave más fácil les resultaba respirar, como si aquel aroma amargo fluyera de la «cortina».

—¿No nos extraviaremos? —el cibernético alzaba, preocupado, la cabeza.

El coordinador consultó su brújula.

—No. Marca bien. Es evidente que aquí no hay hierro ni electromagnetos.

Durante más de una hora avanzaron a lo largo del tembloroso bosque de aquella extraordinaria fábrica, hasta que, a su alrededor, se despejó algo más el espacio. Podía percibirse una bocanada de aire fresco, como si la atmósfera se hubiera enfriado. Disminuyó el número de rodillos que corrían en una y otra dirección. Se encontraron directamente ante una enorme espiral de forma abovedada. Desde la parte superior descendían ramificaciones curvadas en forma de S, que flotaban como trenzas. Estaban rematadas por romos y redondos nudos de los que caía sin interrupción una densa lluvia de objetos. Los negros cuerpos parecían recubiertos de un esmalte brillante y se precipitaban en la espiral en un punto que no podían ver, porque se hallaba a varios metros sobre sus cabezas.

De pronto, la grisácea pared de la espiral, curvada en forma lenticular, se ensanchó y avanzó en dirección a ellos, algo se estiró violentamente en su interior y se hinchó. Retrocedieron involuntariamente, porque aquella burbuja gris sucia que se inflaba tenía un aspecto amenazador. Se abrió silenciosamente y por la redonda abertura fluyó una corriente de cuerpos negros. En el mismo instante apareció abajo, en un ancho pozo, una pila de bordes arqueados y los objetos se precipitaron tumultuosamente en ella, como si chocaran con una gruesa almohada de goma. La pila brincó a extraordinaria altura, y se agitó y sacudió de tal forma que al cabo de pocos segundos los objetos negros habían formado un cuadro ordenado sobre su lisa superficie.

—¡Los productos finales!

El ingeniero corrió hacia el borde, se inclinó y agarró uno de aquellos objetos negros. En el último instante, el coordinador le sujetó por el cinturón y sólo gracias a esta

circunstancia el ingeniero no se cayó de cabeza en la pila, porque no estaba dispuesto a soltar su presa y él solo no habría podido sujetarla. El físico y el doctor le ayudaron a levantar la pesada carga.

El objeto alcanzaba las dimensiones de un tronco humano. Tenía segmentos más claros, semitransparentes, en los que centelleaban hileras de finos cristales fundidos, de brillo metálico. Tenía también pequeñas aberturas rodeadas de abultamientos de forma de oreja. Encima había un tosco mosaico de protuberancias que sobresalían de una masa violeta oscuro extremadamente dura, de color negro cuando se la exponía a la luz. En una palabra: se trataba de un objeto muy complicado. El ingeniero se arrodilló ante él, y lo tocó, palpó y golpeó durante un buen rato.

El doctor, mientras tanto, observaba lo que ocurría en la pila. Tras haberse formado en ella un cuadrado, fue izada lentamente mediante un pivote que se estremecía bajo el esfuerzo; de pronto se inclinó, pero sólo de un costado. Se convirtió en una gigantesca cuchara. Salió a su encuentro una gran trompa, que se abrió despidiendo un olor cálido y fétido. Las abiertas fauces engulleron con un espantoso chasquido de la lengua todos los objetos y se cerraron, como si los tragara. De pronto se iluminó el interior de aquella monstruosa maquinaria en forma de trompa. El doctor pudo ver el incandescente núcleo de fuego que disolvía los objetos. Se fundían y formaban una ardiente pasta uniforme de color naranja. El resplandor se debilitó y las fauces en forma de trompa se oscurecieron. El doctor se olvidó por completo de sus compañeros y rodeó dos grandes columnas que se elevaban a gran altura, y en cuyo interior flotaban ahora los ardientes núcleos como en un poderoso esófago. Se detuvo en el laberinto e intentó, restregándose de vez en cuando los lagrimosos ojos, seguir el camino de la incandescente pasta. Durante algún tiempo la perdió de vista, pero luego descubrió de nuevo su huella, porque volvió a brillar en estrechos y negros arroyuelos serpenteantes. Cuando llegó a un lugar que le pareció reconocer, vio volar los incandescentes cuerpos, ya parcialmente moldeados, hacia unas fauces y saltar hacia arriba, unos junto a otros, como si fueran arrojados desde el interior de los pozos. Grandes tubos negros, gruesos como trompas de elefante, descendían bamboleándose desde la altura y los devoraban. En el interior de estos tubos se disparaban a lo alto, como filas rosas, y se iban haciendo cada vez más pequeños. Con la cabeza echada hacia atrás, el doctor prosiguió su marcha, olvidándose de todo lo que le rodeaba. Los incandescentes cuerpos pasaban adelantándose, pero no le importaba, porque incesantemente les seguían otros. De pronto, estuvo a punto de caer y apenas pudo reprimir un grito: se hallaba de nuevo en el espacio abierto. Ante él se alzaba la pared cupular de la espiral. Desde arriba caía en su garganta una cascada de negros objetos, ya totalmente enfriados tras el largo recorrido. El doctor rodeó la espiral, porque ahora ya sabía el punto en que debía esperar el nacimiento. Y allí se reunió de nuevo con los otros, apiñados en torno al ingeniero, que seguía analizando aquel objeto negro, mientras que la gran burbuja escupía una vez más los «productos finales» en la pila que se había vuelto a formar.

—¡Hola! No se cansen más. Lo sé todo. Y voy a explicarles ahora mismo —gritó el doctor.

—¿Dónde te has metido? Me tenías preocupado.

El coordinador se había vuelto hacia el doctor.

—¿Has descubierto algo? Porque el ingeniero no ha sacado nada en limpio.

—¡Si no fuera nada, no me importaría! —farfulló éste, propinando un furioso puntapié a la cosa negra, y contempló al doctor con mirada malhumorada—. Bueno, ¿qué has descubierto?

—La cosa es como sigue —comenzó el doctor, esbozando una curiosa sonrisa.

—Esto de aquí es engullido allí —señaló las fauces de la trompa, que se abrían en aquel preciso momento—. Ahora se calienta por ahí dentro, ¿lo ven? A continuación, todos se funden, se mezclan, ascienden en porciones y allí arriba comienza su

elaboración. Cuando todavía están calientes, al rojo, vuelan hacia abajo, debajo del suelo, donde debe haber otro piso. Ahí debe pasarles algo, y luego regresan a través de estos pozos; ya apagados, pero todavía brillantes, caen en esta forma —mostró la espiral— y luego van al «almacén de productos finales». Desde allí retornan a la trompa, se funden, y así en un círculo interminable. Se funden, se separan, se moldean, se funden, se separan otra vez...

—¡Estás loco! —susurró el ingeniero.

Gruesas gotas de sudor le brillaban en la frente.

—¿No lo crees? Compruébalo tú mismo.

Lo comprobó. Dos veces. Todo ello exigió una larga hora. Cuando se encontraron de nuevo junto a la pila, que en aquel preciso momento se llenaba con una nueva remesa de «productos acabados», se hizo la oscuridad y la nave quedó sumida en un gris pálido.

El ingeniero parecía fuera de sí. Temblaba de ira. Crispaciones espasmódicas le cruzaban el rostro. Los restantes, aunque no menos asombrados, no parecían tan afectados por el descubrimiento.

—Tenemos que salir rápidamente de aquí. En la oscuridad podemos encontrar dificultades.

El coordinador tomó por el brazo al ingeniero. Éste se dejó llevar sin oponer resistencia, pero luego se soltó, se abalanzó sobre el objeto negro que había dejado en el suelo y lo izó con gran esfuerzo.

—¿Quieres llevártelo? —preguntó el coordinador—. Está bien, te ayudaremos.

El físico agarró el informe objeto por los salientes en forma de oreja y lo arrastró, junto con el ingeniero, hasta el ondulante límite de la nave. El doctor penetró tranquilamente en la pared de la «catarata», brillante como un jarabe, y se encontró fuera, en la llanura, bajo el fresco hálito del atardecer. Aspiró voluptuosamente el aire hasta el fondo de los pulmones. Los demás le siguieron. El ingeniero y el físico trasladaron su carga hasta el lugar en que habían dejado sus mochilas y se dejaron caer en el suelo.

Encendieron el hornillo, pusieron agua a calentar, disolvieron en ella el concentrado de carne y comieron en silencio y con excelente apetito. Mientras tanto, había caído la noche cerrada. Aparecieron las estrellas. Su brillo se hacía a cada instante más fuerte y compacto. Los difusos matorrales de la distante maleza se fundieron en la oscuridad. Sólo la azulada llama del hornillo, movida por una suave brisa, arrojaba algo de luz. A sus espaldas, la alta pared de la nave, hundida en la noche, no emitía el más mínimo rumor. No podía distinguirse si flotaban sobre ella las ondas.

—La noche se echa aquí con tanta rapidez como en los trópicos de la Tierra —dijo el químico—. Eso quiere decir que hemos caído en la zona ecuatorial, ¿no?

—Eso creo —contestó el coordinador—. Pero ni siquiera conozco el ángulo de inclinación del planeta respecto de la eclíptica.

—¿Y eso? Debería saberse.

—Por supuesto. Los datos están en el cohete.

Callaron. Se dejaba sentir el frío nocturno. Se taparon con las matas. El físico se dispuso a armar la tienda. Hinchó el toldo hasta que se mantuvo en pie, como una achatada semiesfera, con una pequeña entrada a ras del suelo. Buscó luego piedras por los alrededores para afianzar los bordes de la tienda de modo que no fuera arrastrada por el viento. Tenían estacas, pero nada con que poder hundirlas en el suelo. Sólo encontró algunas piedrecillas y regresó con las manos vacías hacia el azulado fuego.

De pronto, su mirada cayó sobre el negro objeto que habían traído de la nave. Lo levantó y lo puso sobre el borde de la tienda.

—Al menos la cosa sirve para algo —comentó el doctor, que observaba sus movimientos.

El ingeniero, acurrucado, con la cabeza entre las manos, parecía la viva estampa de la derrota total. No decía nada. Pidió su plato con un sonido inarticulado.

—¿Y ahora qué, amigos? —preguntó de pronto, irguiéndose.

—Vamos a dormir, por supuesto —respondió con calma el doctor.

Extrajo cuidadosamente un cigarrillo de un paquete, lo encendió y dio una voluptuosa chupada.

—¿Y mañana?

Se advertía bien que tras su tranquilidad aparente el ingeniero estaba extremadamente tenso.

—Te estás portando como un niño, Henryk —dijo el coordinador, que estaba limpiando la cacerola con tierra fangosa—. Mañana exploraremos la siguiente sección de esa nave. Hoy, según mis cálculos, hemos visto unos cuatrocientos metros.

—¿Y crees que encontraremos algo nuevo?

—No lo sé. Tenemos todavía un día por delante. Mañana por la tarde tenemos que volver al cohete.

—Esto me llena de un gozo inmenso —farfulló el ingeniero.

Se levantó, se desperezó y lanzó un suspiro.

—Me siento como si no tuviera un hueso sano en todo el cuerpo —confesó.

—A todos nos pasa lo mismo —replicó amablemente el doctor—. Escucha, ¿de verdad no tienes nada que decir sobre esto?

Con la punta del cigarrillo señaló el objeto que sujetaba el borde de la tienda.

—Puedo, claro que puedo. ¿Por qué no? Se trata de un dispositivo que sirve, en primer lugar, para...

—No, en serio. Tiene partes diferenciadas. No lo entiendo.

—¿Crees que yo lo entiendo? —resopló el ingeniero—. Es el producto de un loco. Una civilización de dementes. Es un Edén maldito. Lo que hemos vislumbrado ahí dentro ha sido producido a lo largo de una serie de procesos —añadió un poco más calmado—. Prensado, embutido en segmentos transparentes, sometido a tratamientos de terminación, pulimentado. Tienen que ser polímeros de elevado peso molecular y cristales inorgánicos. No sé para qué sirve todo ello. Es sólo una parte, no el todo. Pero incluso prescindiendo de ese demencial molino, me da la impresión que esta parte no tiene ningún sentido en sí misma.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el cibernético.

El químico puso los platos junto a las provisiones y desenrolló las mantas. El doctor apagó el cigarrillo y depositó cuidadosamente en la cajetilla la mitad no consumida.

—No tengo pruebas. Ahí dentro hay algunos eslabones. Pero no están unidos a nada. Algo así como un circuito eléctrico cerrado, pero cruzado por aislantes. Esto jamás puede resultar eficaz. Esa es la impresión que tengo. En definitiva, al cabo de los años uno adquiere algo así como instinto profesional. Puedo estar equivocado, por supuesto, pero preferiría no tocar el tema.

El coordinador se puso en pie. Los demás siguieron su ejemplo. Cuando apagaron el hornillo, se vieron envueltos en una oscuridad feroz. Las estrellas no despedían ninguna luz, sólo brillaban firmemente en un cielo curiosamente bajo.

—Deneb —dijo suavemente el físico.

Todos alzaron la mirada.

—¿Dónde? ¿Allí?

Hasta el doctor bajó inconscientemente la voz.

—Sí. Y la pequeña, al lado, es Gamma Cygni. ¡Condenadamente brillante!

—Tres veces más brillantes que en la Tierra —dijo el coordinador.

—Hace frío y el hogar está lejos —murmuró el doctor.

Nadie añadió una palabra. Uno tras otro fueron entrando en la inflada tienda. Estaban tan agotados que cuando el doctor, siguiendo una inveterada costumbre, les deseó las buenas noches en la oscuridad, sólo le respondieron las respiraciones de los hombres ya dormidos.

Pero él no podía conciliar el sueño. Advirtió que no habían actuado con la debida prudencia. Algo monstruoso podía atacarles desde la cercana espesura. Deberían haber puesto centinelas. Durante algún tiempo reflexionó si no debería asumir él personalmente esta función. Pero rió irónicamente en la oscuridad, dio media vuelta y suspiró. No se dio cuenta de cuándo se quedó dormido. Y durmió como un tronco.

La mañana amaneció soleada. En el cielo aparecieron algunos cúmulos más que el día anterior. Consumieron un frugal desayuno. Guardaron lo restante para la cena. Sólo en el cohete tenían más provisiones.

—Si por lo menos pudiera uno lavarse —se lamentó el cibernético—. Hasta ahora nunca me había ocurrido nada semejante. Olemos a sudor. ¡Horroroso! Tiene que haber agua en alguna parte.

—Donde haya agua, habrá un peluquero —replicó animosamente el doctor, mientras se contemplaba en su pequeño espejo.

Esbozó muecas escépticas y heroicas.

—Por lo demás —añadió—, me temo que en este planeta el peluquero primero te afeita y luego te vuelve a poner todos los pelos. Sería muy posible aquí, ¿no crees?

—Tú contarías chistes hasta en tu propia tumba —intervino el ingeniero. Luego, confuso, añadió—: Perdona, no quise...

—No importa —replicó el doctor—. En la tumba, no, pero mientras llega, sí. Bueno, nos ponemos en marcha, ¿no?

Empaquetaron las cosas, desinflaron la tienda y comenzaron a caminar, con su carga, a lo largo de la cortina uniformemente ondulante, hasta alejarse más de un kilómetro del punto en que habían pernoctado.

—No estoy muy seguro, y tal vez me equivoque, pero me da la impresión que aquí la cortina es más alta.

El físico contemplaba con ojos entrecerrados los arcos, que se extendían por ambos lados. Muy arriba, centelleaban sus puntas con fuego plateado.

Hicieron un montón con los paquetes y entraron en la nave. Como el día anterior, pudieron pasar sin dificultades. El físico y el químico se quedaron ligeramente rezagados.

—¿Qué piensas que son todas estas desapariciones? —preguntó el químico—. Aquí pasan tantas cosas que ayer me olvidé por completo de este asunto.

—Una especie de refracción —respondió el físico, no muy convencido.

—¿Y dónde se apoya el techo? Por supuesto, aquí no —y señaló la cortina, surcada por las ondas, a través de la que habían penetrado.

—No lo sé. Tal vez haya en el interior apoyos ocultos, o se encuentren en otro lugar.

—Alicia en el País de las Maravillas —les saludó desde dentro el doctor—. ¿Empezamos? Hoy estornudo menos. Tal vez sea simplemente adaptación. ¿Qué dirección tomamos?

El aspecto general era parecido al del día anterior. Pero ahora avanzaban con mayor rapidez y seguridad. Al principio, les parecía incluso que todo era exactamente igual. Las columnas, los pozos, el bosque de oblicuos «esófagos», pulsantes y vibrantes; el resplandor, el centelleo, toda la tumultuosa serie de procesos discurría al mismo ritmo. Pero después de haber contemplado los productos acabados, cuyos contenedores en forma de pilas encontraron al cabo de algún tiempo, descubrieron que eran distintos de los del día anterior, más grandes y con otras formas. Y eso no era todo. Los «productos» —que, por lo demás, también salían del mismo lugar y se insertaban en un circuito— eran de otro tipo. Parecían la parte superior de un huevo cortado por la mitad. Esta mitad presentaba claras muestras que debía acoplarse con otras piezas. Además, de ellos sobresalían nódulos a modo de cuernos, como embocaduras de un tubo, en las que vibraba una laminilla lenticular, como si fuera una válvula a presión. Después de comparar varios objetos, pudieron comprobar que algunos presentaban dos cuernos abiertos, otros tres o cuatro, y que estas protuberancias adicionales eran más pequeñas o, por así

decirlo, no habían sido totalmente acabadas, como si se hubiera interrumpido el proceso de elaboración. Las laminillas lenticulares llenaban a veces toda la embocadura y otras sólo una parte. En algunas faltaban por completo. En ocasiones, sólo veían algo así como un brote, un gránulo reducido, apenas mayor que un guisante. La superficie del «huevo» era en algunos ejemplares completamente lisa, mientras que en otros parecía algo rugosa. También tenía forma diferente, según los diversos objetos, la boquilla de la válvula de presión. En una encontraron incluso piezas gemelas, parcialmente fusionadas, que se comunicaban entre sí mediante una pequeña abertura, y las laminillas lenticulares tenían entonces la forma de un ocho. El doctor lo definió como mellizos siameses. Esta sección tenía ocho cuernecillos de distintos tamaño; los más pequeños todavía no se habían abierto.

—¿Qué opinas? —preguntó el coordinador al ingeniero.

Éste se había arrodillado a su lado y revolvía toda una colección que había tomado de la pila.

—De momento, nada. Sigamos.

El ingeniero se puso en pie. Daba la impresión que su humor había mejorado.

Pudieron comprobar que la nave estaba dividida en secciones, que sólo estaban separadas entre sí por la conexión interna de los ciclos. Las instalaciones de producción y el bosque ondulante y reptante, que se estremecía y contraía como la trompa de un elefante, eran por doquier los mismos.

Algunos centenares de metros más adelante tropezaron con una sección que ejecutaba los mismos movimientos que las anteriores: se retorció, jadeaba, resollaba, pero que no llevaba nada, absolutamente nada, en sus conductos, no arrojaba nada en los pozos abiertos, no dejaba caer nada desde la altura ni devoraba nada. Elaboraba, amontonaba, fundía..., nada.

Donde en las otras secciones habían podido observar productos semiacabados incandescentes o ya acabados y fríos, aquí sólo encontraban el vacío.

En un primer momento, el ingeniero se imaginó que tal vez el producto era tan transparente que no se le podía ver. Se inclinó profundamente sobre los aparatos expulsores para tomar entre las manos algo de lo que se suponía debía salir de aquellas fauces abiertas, pero no asió nada.

—Es demencial —murmuró el químico estupefacto.

Y siguieron la marcha.

Se acercaron a un lugar del que surgía un ruido enorme. Un ruido que sonaba blando y era, por eso mismo, tanto más ensordecedor, como si millones de pesadas y húmedas mantas de piel cayeran sobre un gran tambor poco tenso. De pronto, aumentó la claridad.

De docenas de espitas en forma de maza que pendían del techo descendía crepitando una verdadera lluvia de objetos negros que chocaban y resbalaban contra grises membranas transparentes, que se arqueaban sobre ellos, ora de un lado, ora de otro. Las membranas colgaban verticalmente y se henchían como burbujas, a un ritmo uniforme, como si estuvieran llenas de gas. A continuación, las piezas eran atrapadas a medio camino por brazos serpenteantes que trabajaban febrilmente, formando una especie de remolino, y caían abajo como granizo. Allí, los objetos se disponían ordenadamente, en líneas rectas, para formar cuadros regulares, mientras que desde el lado opuesto, y a distancias iguales, se arrastraba una poderosa masa aplanada como la cabeza de una ballena, y con un largo gorgoteo engullía de una sola vez varias filas de «productos acabados».

—El almacén —declaró flemáticamente el ingeniero—. Caen desde arriba, ya completamente acabados. Esto es algo así como una cinta transportadora, los toma y los devuelve de nuevo al circuito.

—¿Y cómo sabes que los devuelve? ¿No será otra cosa? —preguntó el físico.

—Porque el almacén está lleno.

Nadie entendió todo el alcance de la afirmación, pero callaron y prosiguieron la marcha.

Eran ya casi las cuatro de la tarde cuando el coordinador dio orden de regresar. Se encontraban en una sección dividida en dos partes. La primera producía gruesas chapas, que estaban provistas de asas en forma de orejas; la segunda cortaba estas asas y las sustituía por piezas de anillos elípticos. A continuación, las chapas pasaban a las cámaras del suelo, de donde regresaban «rapadas al cero», como decía el doctor, para empezar de nuevo el proceso de soldadura de las asas.

Cuando los expedicionarios salieron de nuevo a la llanura y, guiándose por el sol, todavía relativamente alto en el cielo, emprendieron el regreso en dirección al lugar en que habían dejado la tienda y sus pertenencias, dijo el ingeniero:

—Ahora las cosas se aclaran un poco.

—¿De veras? —preguntó el químico, con una punta de ironía.

—Sin duda —respondió el coordinador.

Y volviéndose hacia el doctor preguntó:

—¿Qué piensas tú?

—Un cadáver —contestó el doctor.

—¿Cómo que un cadáver? —se asombró el químico, que evidentemente no entendía nada.

—Un cadáver viviente —añadió el doctor.

Siguieron avanzando en silencio durante un rato.

—¿Podré enterarme alguna vez de lo que significa todo esto? —preguntó el químico ligeramente irritado.

—Un proceso teledirigido para la producción de diversas piezas que, con el tiempo, ha quedado enteramente fuera de control, porque carecía de un servicio de inspección —explicó el ingeniero.

—¡Ah! ¿Y cuánto tiempo crees que lleva así?

—No lo sé.

—Calculando muy aproximadamente, y con un gran margen de error, podría aventurarse la hipótesis que hace por lo menos sesenta años —dijo el cibernético.

—Tal vez más. Si descubro que sucedió hace doscientos años, no me extrañaría mucho.

—O tal vez miles de años —señaló negligentemente el coordinador.

—Como deberías saber, los cerebros electrónicos del sistema de inspección quedan fuera de control al cabo de un tiempo que depende del factor de irradiación —comenzó a decir el cibernético.

Pero el ingeniero le interrumpió:

—Pueden trabajar siguiendo principios distintos de los nuestros y, además, ni siquiera sabemos si se trata de sistemas electrónicos. Yo personalmente lo dudo. Los materiales son no metálicos, semilíquidos.

—Los detalles no tienen tanta importancia —dijo el doctor—. Pero, ¿qué sacan en limpio de todo esto? ¿Cuál es vuestro horóscopo? Yo lo veo bastante negro.

—¿Te refieres a los habitantes del planeta?

—Sí, a eso me refiero.

Capítulo Tercero

Era ya noche avanzada cuando llegaron a la colina sobre la que se destacaba el casco de la nave espacial. Para apresurar la marcha, y también para evitar el encuentro con los habitantes de la maleza, habían cruzado por un lugar donde los matorrales estaban distanciados entre sí por más de una docena de metros. Era como si un formidable arado hubiera despejado a ambos lados la espesura. En los terrones removidos sólo crecían ahora algunos líquenes aterciopelados.

Cuando el crepúsculo cayó repentinamente sobre la llanura, todavía se divisaba con claridad la silueta del cohete, de forma que pudieron prescindir de las linternas. Les atormentaba el hambre, pero más aún el agotamiento, así que decidieron montar la tienda fuera. Acuciado por la sed, porque durante el regreso habían agotado las reservas de agua, el físico se dirigió, a través del túnel, al interior del cohete. Estuvo ausente durante mucho tiempo. Habían acabado justamente de inflar la tienda, cuando oyeron gritos bajo el suelo. Se precipitaron hacia la entrada y le ayudaron a salir. Le temblaban las manos. Estaba tan excitado que apenas podía articular una palabra.

—¿Qué ocurre? ¡Tranquilízate! —le repetían.

El coordinador le sujetó firmemente por los hombros.

—Ahí —apuntaba al oscuro casco que emergía sobre sus cabezas—, ahí hay alguien.

—¿Qué?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quién está ahí?

—No lo sé.

—¿Cómo sabes que hay alguien?

—Por..., por las huellas. Sin darme cuenta, entré en la cabina de mandos. La habíamos llenado de arena, pero ahora no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada?

—No hay arena. Está prácticamente limpia.

—¿Y qué ha pasado con la arena?

—No lo sé.

—¿Has mirado en las demás habitaciones?

—Lo he hecho. Quiero decir que me había olvidado que en la cabina de mandos había tierra y, al principio, no me detuve a pensar en ello. Todo lo que quería era beber algo. Así que fui al almacén y encontré el agua, pero como no tenía con qué sacarla, me dirigí a tu camarote y..., y allí...

—¡Qué!, ¡por todos los diablos!

—Estaba todo cubierto de mucosidad.

—¿De mucosidad?

—Sí, de una mucosidad transparente, pegajosa. Seguro que todavía tengo algo en los zapatos. Al principio no vi nada, sólo noté que los zapatos se pegaban al suelo.

—A lo mejor los contenedores han perdido agua o se ha producido alguna reacción química. Sabes bien que se ha roto la mitad de los frascos del laboratorio.

—¡No digas tonterías! ¡Alumbra aquí, a mis pies!

La mancha de luz se movió hacia abajo. Los zapatos del físico brillaban en algunos puntos como si hubieran recibido una capa de barniz incoloro.

—Pero esto no prueba que haya alguien ahí —objetó el químico.

—Yo tampoco pensé en nada de eso al principio. Tomé un vaso y me volví al almacén. Sentí que las suelas de los zapatos se pegaban al suelo, pero no presté atención. Bebí el agua y, cuando ya estaba a punto de regresar, se me ocurrió la idea de ir a la biblioteca. No sé por qué. Desde luego, me sentía algo inquieto, pero no reflexioné en ello lo más mínimo. Abrí la puerta, alumbré dentro..., ¡y estaba limpio! ¡Ni rastro de arena! Y fui yo mismo quien la echó allí, por eso me di cuenta inmediatamente, y entonces recordé que había pasado lo mismo en la cabina de mandos.

—¿Y qué más? —preguntó el coordinador.

—Nada más. Eché a correr.

—Tal vez esté aún en la sala de navegación, o en el otro almacén —dijo en voz baja el cibernético.

—No lo creo —murmuró el coordinador.

La linterna que el doctor dirigía hacia abajo iluminaba un trozo de suelo. Formaban un círculo alrededor del físico, que seguía respirando agitadamente.

—¿Y si vamos a comprobarlo? —reflexionó en voz alta el químico.

Pero era evidente que no tenía muchas ganas de hacerlo.

—Enséñame los zapatos —pidió el coordinador.

Contempló atentamente la brillante capa reseca pegada al cuero. Estuvo a punto de chocar con la cabeza del doctor, que también se había inclinado.

—Tenemos que hacer algo —dijo el cibernético con tono vacilante.

—En realidad, no ha ocurrido nada. Algún representante de la fauna local ha entrado en la nave y ha desaparecido a continuación, al no encontrar nada interesante para él —decidió el coordinador.

—¿Alguna lombriz? ¿Del tamaño de un tiburón o dos? —dijo sarcásticamente el cibernético—. ¿Qué ha ocurrido con la arena?

—Eso es lo extraño. Tal vez...

Sin terminar la frase, el doctor empezó a examinar los alrededores. Pudieron seguir sus pasos por las sombras que proyectaba su linterna. El rayo luminoso unas veces iluminaba el suelo y otras se deslizaba lívidamente en la oscuridad.

—¡Aquí! —gritó de pronto—. Aquí, vengan. Lo tengo.

Corrieron hacia él. Se hallaba ante un terraplén de varios metros de longitud, cubierto en diversos puntos de jirones de una piel fina y resplandeciente.

—Parece justamente una especie de lombriz —tartamudeó el físico.

—Entonces tenemos que pasar la noche en el cohete —decidió de pronto el coordinador—. Primero registra la nave, para estar seguros, y luego cerramos la escotilla.

—¡Hombre! Esto nos va a llevar toda la noche —se lamentó el químico.

—Nunca hemos registrado todos los sectores.

—¡Pues hay que hacerlo!

Abandonaron la tienda inflada a su suerte y se sumergieron en el túnel.

Registraron la nave durante largas horas, iluminaron todos los ángulos y rincones. El físico creyó observar que en la cabina de mandos alguien había amontonado los fragmentos de los tableros de control, pero nadie pudo afirmarlo con entera seguridad. El ingeniero también empezó a tener dudas de si había dejado la herramienta que había utilizado para fabricar un pico en el sitio en que ahora se encontraba.

—Eso no tiene tanta importancia —dijo impacientemente el doctor—. No nos pongamos a jugar ahora a detectives. Ya son las dos.

Cerca de las tres se acostaron en los colchones que habían traído de los camarotes. Y eso gracias a que el ingeniero decidió no registrar los dos pisos de la sala de máquinas, sino simplemente echar el cerrojo a la puerta de acero que permitía el acceso. El aire, en el espacio cerrado, era asfixiante. Un olor desagradable flotaba en el ambiente. Pero estaban tan agotados, que apenas se quitaron los trajes y los zapatos, y apagaron la luz, se hundieron en un sueño profundo y agitado.

El doctor se despertó sobresaltado y completamente desvelado en la oscuridad. Puso el reloj ante los ojos. Durante algunos instantes fue incapaz de averiguar qué hora era. El tiempo se negaba a adaptarse a la oscuridad reinante. Se había olvidado que se encontraba bajo tierra, en el interior de la nave. Al final, gracias a las verdes chispas del cuadrante luminoso, descifró que eran las ocho. Se extrañó de haber dormido tan poco tiempo y se disponía a dar media vuelta cuando aguzó el oído.

Algo estaba ocurriendo en la nave. Podía sentirlo más que oírlo. Un ligero temblor sacudía el suelo. Muy lejos, algo tintineaba de forma imperceptible. Se incorporó al instante. El corazón le palpitaba tumultuosamente. ¡Estaba otra vez ahí! Pensaba en la criatura cuyas viscosas huellas había descubierto el físico. Estaba intentando empujar la escotilla de entrada, fue su primer pensamiento.

De pronto, el cohete se estremeció, como si una poderosa fuerza quisiera hundirlo aún más en la tierra. Uno de los hombres dormidos gimió inquieto. Durante un largo instante, el doctor creyó que sus cabellos se habían convertido en alambres incandescentes. ¡La

nave espacial pesaba 16.000 toneladas! Y el suelo se movía con una especie de temblor rápido e irregular. De pronto comprendió: ¡Era uno de los motores auxiliares! ¡Alguien estaba intentando ponerlo en marcha!

—¡Arriba! —gritó, y buscó en la oscuridad su linterna.

Los hombres se levantaron, chocaron entre sí en la absoluta oscuridad y gritaron confusamente. Por fin, el doctor encontró la linterna y la encendió. Resumió en pocas palabras lo que estaba pasando. El ingeniero, todavía medio dormido, espiaba los ruidos lejanos. El casco se estremeció con varias sacudidas, y un gran bramido llenó el aire.

—¡Los compresores de la tobera izquierda! —siseó el ingeniero.

El coordinador se estaba abotonando el traje sin decir una sola palabra. También el resto de la tripulación se vestía con rapidez. El ingeniero echó a correr por el pasillo tal como estaba, en camiseta y pantalón de deportes. A la carrera le arrebató la linterna al doctor.

—¿Qué te propones?

Corrieron tras él a la sala de navegación. Bajo sus pies, el suelo retemblaba y se estremecía.

—¡Va a romper las paletas! —bramó el ingeniero, y se precipitó en la sala de navegación, que el intruso había limpiado. Saltó hacia el tablero central y tiró de la palanca.

En la esquina brilló una luz. El ingeniero y el coordinador sacaron un electrolanzador del tabique de la pared, le quitaron la funda y lo enchufaron a toda prisa en los bornes de carga. El reloj central estaba roto, pero el largo y pequeño tubito de marcha tenía un brillo azulado. ¡Había corriente de carga!

El suelo temblaba. Todo lo que no estaba firmemente sujeto saltaba. Las herramientas metálicas producían estrépito en las estanterías. Un objeto de cristal cayó y se rompió en mil pedazos. Los restos del revestimiento plástico retumbaban con una enorme resonancia. Luego se produjo un súbito silencio y, al mismo tiempo, se apagó la única luz. El doctor encendió inmediatamente la linterna.

—¿Está cargado? —preguntó el físico.

—A lo sumo para un par de ráfagas, pero con eso hay bastante —gritó el ingeniero, mientras arrancaba, más que quitaba, los bornes.

Tomó el electrolanzador, dirigió hacia el suelo el tubo de aluminio y avanzó por el pasillo hacia la sala de máquinas. Estaban ya a medio camino, junto a la biblioteca, cuando resonó un infernal y persistente crujido. Varias convulsiones espasmódicas sacudieron la nave, algo se precipitó al suelo en la sala de máquinas con un estruendo espantoso y luego se hizo de nuevo un silencio sepulcral.

El ingeniero y el coordinador se acercaron, hombro contra hombro, a la puerta blindada. El coordinador alzó la tapa de la mirilla y miró dentro.

—La linterna —siseó.

El doctor se la entregó. No resultó fácil iluminar el interior a través de la estrecha abertura vitrificada y al mismo tiempo poder ver algo. El ingeniero recorrió la tapa de la segunda mirilla, apoyó los ojos en ella y contuvo el aliento.

—¡Ahí está! —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Quién? ¿Qué?

—Nuestro invitado. Alumbra mejor, más al fondo. ¡Ahí! No se mueve. No se mueve absolutamente nada. Es tan grande como un elefante —murmuró con voz sofocada.

—¿Ha llegado a las barras colectoras? —preguntó el coordinador.

No podía ver nada, porque la linterna le tapaba la mirilla.

—Ha debido llegar hasta los conductos rotos. Veo que las puntas sobresalen por debajo de él.

—¿Qué puntas? —preguntó impacientemente el físico.

—Las de los cables de alta tensión. Seguro, no se mueve. Entonces, ¿abrimos?

—No hay más remedio.

El doctor recorrió el cerrojo.

—A lo mejor está fingiendo —insinuó alguien, dubitativamente, a sus espaldas.

—Sólo un cadáver puede fingir tan bien.

El doctor aplastó la cara contra la segunda mirilla, hasta que el coordinador apartó la linterna.

Los cerrojos de acero se deslizaron suavemente. La puerta quedó abierta. Durante unos instantes nadie se atrevió a cruzar el umbral. El físico y el cibernético miraban por encima de los hombros de los que estaban delante. Al fondo, sobre la superficie de las pantallas rotas, yacía una masa encorvada, desnuda, que despedía un leve brillo bajo la luz, encajonada entre los tabiques de separación, violentamente desplazados. En algunos puntos, la masa se agitaba con un ligero temblor.

—Está vivo —musitó el físico con voz atragantada.

En el aire flotaba un olor fuerte y repugnante a quemado, como a pelo chamuscado. Un tenue hilo de humo gris azulado se deshacía en el cono de luz.

—Por si acaso —dijo el ingeniero.

Alzó el electrolanzador, apoyó la transparente culata en la cadera y apuntó a la informe masa. Se produjo un siseo. La descarga sin chispas hizo blanco bajo la joroba que se arqueaba en el centro del esponjoso cuerpo. La enorme criatura se distendió, se ahuecó y luego se desplomó y quedó tendida en el suelo, aun más aplanada que antes. Los bordes superiores de los blancos tabiques de separación temblaron, la gran masa los separó unos de otros.

—Asunto concluido —declaró el ingeniero y cruzó el alto umbral de acero.

Todos le siguieron. Buscaron inútilmente patas, órganos del tacto, la cabeza de aquella criatura. Yacía como una masa fofa sobre la destruida sección del transformador, sin forma. La joroba colgaba hacia un lado como un saco desatado lleno de gelatina. El doctor tocó el cuerpo muerto. Se inclinó.

—Esto seguramente es... —murmuró—. Huele esto.

Extendió la mano. Las puntas de los dedos brillaban con algo parecido a gotas de colapez. El químico fue el primero en vencer su repugnancia. Lanzó una exclamación de asombro.

—¿Sabes lo que es? —preguntó el doctor.

Todos olfatearon y reconocieron aquel amargo olor que llenaba las «naves de la fábrica».

El doctor encontró en un rincón una palanca que consiguió sacar de su eje. Deslizó el extremo más ancho por debajo del cuerpo e intentó desplazarlo a un lado. En un cierto momento resbaló, el extremo de la palanca agujereó la piel y el acero penetró casi hasta la mitad en el tejido.

—Esto ya es mala suerte —masculló con fastidio el cibernético—. Ahora no sólo tenemos una nave encallada, sino también un cementerio.

—Mejor sería que echaras una mano —refunfuñó el doctor, que se esforzaba, en solitario, por dar vuelta al cuerpo.

—Espera un momento, amigo —dijo el ingeniero—. ¿Cómo es posible que este pedazo de bestia haya podido poner en marcha un aparato auxiliar?

Todos le miraron estupefactos.

—Es verdad —farfulló el físico—. Pero eso, ¿qué importa? —añadió tozudamente.

—Aunque reventemos, tenemos que darle la vuelta, les digo que tenemos que hacerlo —ordenó el doctor—. Vengan todos. Por ese lado no. Así. ¡Nada de ascos ahora! ¿Qué ocurre?

—Espera.

El ingeniero salió y regresó al poco tiempo con los picos de acero que habían empleado para excavar el túnel. Los deslizaron, a modo de palancas, debajo del cuerpo

muerto y lo levantaron a una orden del doctor. El cibernético se estremeció. Su mano resbaló por el liso acero y tocó la desnuda piel de aquella criatura. Con terribles maldiciones se volvió pesadamente a un lado. Todos saltaron hacia atrás. Alguien gritó.

Como surgiendo de una ostra gigantesca, prolongada en forma de huso, se deslizó de los gruesos, rugosos y carnosos tegumentos, dispuestos a modo de alas, un pequeño torso con dos manos que, llevado de su propio peso, resbaló hacia abajo, hasta que los nudosos y pequeños dedos tocaron el suelo. Era apenas mayor que el torso de un niño. Se balanceaba en la piel, cada vez más alargada, de los pálidos y amarillentos colgajos. El balanceo fue disminuyendo poco a poco. El doctor fue el primero que, armándose de valor, se acercó y tocó una de las puntas de la blanca y articulada mano, y entonces el pequeño torso cruzado por pálidas venas se distendió y mostró un pequeño rostro plano, sin ojos, con abiertas aletas de nariz y una especie de desgarradura con aspecto de lengua, hendida en el lugar que en el rostro humano está la boca.

—Un habitante de Edén —dijo el químico con voz sorda.

El ingeniero, a quien la excitación no le permitía pronunciar una palabra, se sentó sobre el generador y se frotó inconscientemente las manos en el traje.

—¿Es un ser o dos? —preguntó el físico, que miraba de cerca cómo el doctor tocaba el pecho de aquel pequeño y desvalido torso.

—Dos en uno o uno en dos. ¿O tal vez son simbióticos? Sin excluir que se separen periódicamente.

—Sí, como aquella maldita cosa del pelo negro —opinó el físico.

El doctor asintió sin interrumpir su exploración.

—Esta criatura no tiene ni patas, ni ojos, ni cabeza, nada de nada —dijo el ingeniero y, lo que nunca hacía, se concedió un cigarrillo.

—Eso ya se verá —contestó el doctor—. Creo que ustedes no tendrán nada en contra para que le haga la autopsia. De todos modos, tenemos que trocearle, porque de lo contrario no podemos sacarle de aquí. Me gustaría contar con alguna ayuda, pero advierto que puede resultar desagradable. ¿Algún voluntario?

—Yo.

—Yo también.

Sonaron casi simultáneamente las voces del coordinador y del cibernético.

El doctor abandonó su postura de rodillas.

—Dos, mejor así. Voy a buscar el instrumental. Esto puede llevar algún tiempo. Debo confesar que nuestra estancia aquí tiene bastantes complicaciones. Un poco más de esto y necesitaremos toda una semana para limpiarnos un zapato. Se empieza, pero no se acaba nunca.

El ingeniero y el físico salieron al pasillo. El coordinador regresaba de la enfermería en aquel preciso instante. Se había puesto un delantal de goma, llevaba las mangas muy subidas y portaba una bandeja de níquel llena de instrumental quirúrgico. Se paró ante ellos.

—Saben cómo trabaja un depurador. Si quieren fumar, háganlo arriba.

Se encaminaron al túnel. El químico se unió a ellos. Precavidamente, llevaba consigo el electrolanzador que el ingeniero había dejado en la sala de máquinas.

El sol estaba alto en el cielo, pequeño y achatado como siempre. A lo lejos, la luz recalentada temblaba como gelatina sobre la arena. Se sentaron en las largas franjas de sombra del cohete.

—Un animal sumamente extraño y una historia muy rara esa de poder poner en marcha el generador.

El ingeniero se atusó la mejilla; ya no le picaban los pelos de la cara. Todos tenían barba y todos repetían que tenían que afeitarse, pero nunca encontraban tiempo para ello.

—Lo que más me alegra, dicho sea con toda franqueza, es que el generador produce corriente. Esto significa que al menos los bobinados están intactos.

—¿Y el cortocircuito?

—Eso no tiene ninguna importancia, ha saltado un seguro automático, pero no significa absolutamente nada. Por supuesto, que la parte mecánica está totalmente averiada, pero en eso ya sabemos lo que hay que hacer. Tenemos piezas de reserva en el almacén y sólo hace falta buscarlas. Naturalmente, también habríamos podido reparar las bobinas, pero sin las herramientas adecuadas nos habría resultado muy difícil. Ahora creo que si no he hecho nada para inspeccionar todo detenidamente es porque tenía miedo a que sólo encontráramos polvo, y ya pueden imaginarse lo que esto significa.

—El reactor —sugirió el químico.

El ingeniero hizo una mueca.

—Sí, por supuesto, también el reactor. También eso cuenta. Pero ante todo necesitamos tener corriente. Sin corriente no podemos hacer nada. La avería de la refrigeración se puede reparar en cinco minutos, pero hay que soldar los conductos. Y, para eso, volvemos a necesitar corriente.

—¿Es que vas a ponerte a trabajar en las máquinas? —preguntó el físico, con una punta de esperanza en la voz.

—Sí. Vamos a elaborar un plan para la secuencia de las reparaciones. Ya he hablado de esto con el coordinador. Primero tenemos que contar, al menos, con un aparato auxiliar en funcionamiento. Por supuesto, es inevitable asumir ciertos riesgos, porque tenemos que poner en marcha el aparato auxiliar sin energía atómica y el diablo sabe cómo. Seguramente con un cabrestante... Mientras no funcione el regulador eléctrico, no tengo la menor idea de lo que puede ocurrir en la pila.

—Nada especial. Las pantallas de neutrones funcionan también sin el control remoto —opinó el físico—. La pila atómica ha pasado por sí sola a marchar en vacío. A lo sumo, podría generar, al arrancar, una temperatura demasiado elevada, si el sistema de refrigeración...

—¡Muchas gracias! La pila puede fundirse y tú dices que «nada especial».

Se enzarzaron durante algún tiempo en una viva discusión; pero pronto empezaron a discutir con objetividad. Y como ninguno de ellos sentía el más mínimo deseo de descender al cohete, dibujaron esquemas en la arena. De pronto apareció en la entrada del túnel la cabeza del doctor.

Se pusieron en pie.

—¿Hay algo nuevo?

—En un sentido, poco, y en otro, mucho —respondió el doctor. Producía un efecto cómico al hablar, porque tenía la cabeza a ras del suelo—. Poco —continuó—, porque, por muy raro que pueda parecer, todavía no sé si se trata de un animal o de dos. En cualquier caso, es un animal. Tiene dos sistemas sanguíneos, pero no están totalmente separados. El animal grande, el portador, se desplaza, a mi entender, a saltos o a pasos.

—Pero eso es una gran diferencia —dijo el ingeniero.

—Sí y no —replicó el doctor—. Lo que parece una joroba contiene el esófago.

—¿El esófago en la joroba?

—¡No es una joroba! Cuando la corriente abatió al animal, cayó con el vientre hacia arriba.

—¿Qué? ¿Quieres decir que el pequeño, que parecía...?

El ingeniero se detuvo.

—¿Un niño? —completó tranquilamente el doctor—. Sí, en cierto modo cabalgaba sobre este portador. Es perfectamente posible. Pero no cabalgaba encima —se corrigió—. Probablemente lo más normal sea que se asiente en el centro del torso grande. Tiene allí algo así como un nido en forma de bolsillo. Lo único con lo que se le puede comparar es con la bolsa marsupial de un canguro, pero la verdad es que las semejanzas son muy escasas y ninguna de tipo funcional.

—Por tanto, ¿supones que se trata de un ser inteligente? —preguntó el físico.

—Por supuesto que tiene que ser inteligente si es capaz de abrir y cerrar puertas, por no hablar de su habilidad para poner máquinas en marcha —replicó el doctor, que se mostraba poco deseoso de subir arriba—. El problema es el siguiente: que no tiene sistema nervioso, tal como nosotros lo entendemos.

—¿Cómo puede ser?

El cibernético se había acercado a él en un abrir y cerrar de ojos. El doctor enarcó las cejas.

—Aquí no hay nada que hacer. Simplemente, es así. Tiene órganos, cuya función ignoro por completo. Tiene médula, pero en su cráneo, en su pequeño cráneo, no hay cerebro. Quiero decir que hay algo dentro, pero cualquier especialista en anatomía me llamaría ignorante si intentara decirle que se trata de un cerebro... Algún tipo de glándulas, más bien linfáticas, y entre los pulmones (de hecho, tiene tres pulmones) he encontrado la cosa más rara del mundo. Algo que no me gusta nada en absoluto. Lo he puesto en un baño de alcohol. Más tarde se lo enseñaré. Por el momento, tenemos cosas más importantes que hacer. Por desgracia, la sala de máquinas parece un matadero. Hay que sacarlo todo fuera y enterrarlo, porque en el cohete hace bastante calor. Pueden ponerse gafas oscuras y taparse la cara. El olor no es desagradable, pero tal cantidad de carne cruda...

—Tú bromeas... —dijo, inseguro, el físico.

—Nada de eso.

El doctor fue el primero en salir del túnel. Se había puesto sobre el delantal de goma otro delantal blanco, que aparecía manchado de rojo de arriba abajo.

—Es verdad que podemos caer derrengados. Me resulta muy desagradable, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Tiene que ser así. Vamos.

Dio media vuelta y desapareció. Los demás se miraron unos a otros y le siguieron por el túnel.

Hasta muy entrada la tarde no pudieron poner fin a su tarea de enterradores, como la calificó el químico. Trabajaron medio desnudos para no manchar los trajes, y deslizaron la horrible carga hacia arriba tal como estaba, troceada, en soportes de planchas metálicas. Enterraron las partes descuartizadas a unos doscientos pasos del cohete, en la cima de la colina, y, pasando por alto las recomendaciones del coordinador, gastaron cinco cubos de agua para lavarse. Hasta que se coagulaba, la sangre del gran animal se parecía a la humana, pero pronto adquiría un color rojo anaranjado y se secaba en forma de polvo amarillento que se dispersaba con gran rapidez.

El equipo descansaba, totalmente agotado, a los pies del cohete. A nadie se le ocurrió la idea de comer. Sorbieron ávidamente café y uno tras otro se fueron quedando adormilados, a pesar que habían decidido estudiar la primera fase de los trabajos de reparación. Cuando se despertaron era ya de noche. Una vez más tuvieron que regresar al cohete en busca de alimentos, tuvieron que abrir latas de conservas, calentarlas y lavar los platos después de haber comido. Para cuando acabaron era ya media noche. Como todos estaban despiertos, acordaron no acostarse, sino emprender de inmediato las tareas de reparación.

Sus corazones palpitaban cada vez más fuerte a medida que iban quitando los montones de restos de plástico y metal que habían quedado de la carcasa del generador dañado. Trabajaban con palanquetas y cabrias, y consumieron horas enteras para recuperar de entre los escombros de acero hasta la más pequeña pieza de recambio, la más mínima cosa, ya fuera un nivel o una llave. Revisaron completamente el generador lateral y cambiaron las piezas dañadas. Consiguieron que volvieran a funcionar las paletas del compresor más pequeño. Por lo demás, el ingeniero había procedido de una manera tan simple y primitiva como eficaz: dado que la reserva de paletas era muy escasa, partió la mitad de ellas en dos. Esto hacía que el rotor trabajara con menor efectividad, pero lo que importaba era que pudiera funcionar. Hacia las cinco de la

mañana, el coordinador anunció el fin de los trabajos. En su opinión, tenían que hacer algunas exploraciones, aunque no fuera más que para completar su provisión de agua. Todavía podían producirse algunas situaciones excepcionales, pero no debían alterar el ritmo de sueño y vigilia. Por consiguiente, debían dormir hasta el amanecer y reemprender a continuación los trabajos.

El resto de la noche transcurrió en calma. Tras el descanso, nadie sentía deseos de abandonar el cohete. Todos estaban dispuestos a reemprender el trabajo inmediatamente. El ingeniero había hecho un buen acopio de las herramientas más importantes y ya no necesitaban recorrer todos los camarotes en busca de cualquier nimiedad. Comenzaron por revisar el tablero de mandos, en el que se habían producido numerosos cortocircuitos. Prácticamente tuvieron que construirlo de nuevo. Repararon las averías a base de sustituir las piezas dañadas por otras que arrancaban sin el menor reparo de instalaciones que habían quedado fuera de servicio. A continuación, se dedicaron a poner en marcha el generador. El plan trazado por el ingeniero era bastante arriesgado: hicieron girar la dinamo con el compresor, convertido en turbina gracias a la propulsión obtenida mediante una botella de oxígeno. En condiciones normales habrían recurrido a vapor de agua a elevada presión, suministrado por el reactor, para impulsar todo el sistema de averías. De hecho, el reactor, el auténtico corazón de la nave, era el más resistente de cuantos mecanismos albergaba el cohete. Pero en las actuales circunstancias no se podía ni soñar en ello, porque toda la instalación eléctrica había quedado destruida. Por tanto, tuvieron que intentarlo con las reservas de oxígeno líquido. La idea consistía en que el consumo del inapreciable gas era sólo aparente. Contaban con la posibilidad de volver a llenar las botellas vacías con oxígeno atmosférico una vez que hubieran conseguido poner de nuevo en funcionamiento todas las instalaciones de la sala de máquinas. En realidad, no tenían otra opción. Poner en marcha la pila atómica sin corriente habría sido una locura. La verdad es que el ingeniero estaba dispuesto a ello si fracasaba el plan del oxígeno, aunque no lo había comentado con nadie. Lo cierto es que no podía predecirse si la reserva de oxígeno líquido duraría hasta que empezase a funcionar la pila. El doctor estaba en una pequeña galería situada bajo la parte superior de la sala de máquinas y leía en voz alta la decreciente presión de los manómetros de las botellas de oxígeno. Los otros cinco trabajaban arriba afanosamente. El físico se hallaba ante el panel de distribución provisional, montado con tal arte que a cualquier especialista de la Tierra se le habrían puesto los pelos de punta. Con la cabeza inclinada bajo la pesada carcasa del generador, el ingeniero aseguraba los aros de las escobillas. Estaba tan tiznado de grasa que parecía un negro. El coordinador y el cibernético tenían la vista clavada en el disco, todavía opaco, del contador de neutrones, y el químico corría de un punto a otro como un recadero.

El oxígeno silbó. El compresor zumbó agriamente, tintineó con suavidad y se estremeció, porque el rotor, tan bárbaramente tratado por el ingeniero, no tenía la suficiente compensación. Aumentaron las revoluciones del generador, el zumbido se convirtió en un sonido más agudo. Las bombillas, que se balanceaban en los cables tendidos provisionalmente bajo el techo, irradiaban ahora un fuerte brillo blanco.

—Doscientos dieciocho..., doscientos..., ciento noventa y cinco... —resonaba la voz monótona, desfigurada por el eco metálico, del invisible doctor.

El ingeniero reapareció bajo el generador y se secó la grasa y el sudor del barbudo rostro.

—¡Esto marcha! —jadeó.

Las manos le temblaban por el gran esfuerzo, pero no se sintió excitado cuando el físico anunció:

—Conecto la primera.

—Ciento setenta, ciento sesenta y tres, ciento sesenta... —seguía recitando el doctor con voz uniforme, dominando el silbido de la dinamo, que ya proporcionaba la corriente de

arranque al reactor y que cada segundo exigía más oxígeno para mantener el número de revoluciones.

—¡A plena carga! —gritó el ingeniero, que observaba los relojes eléctricos.

—¡Conexión total! —anunció el físico con voz quebrada e insegura. Se agachó como quien espera recibir un golpe y empujó hacia abajo, con ambas manos, las palancas.

Abrió la boca. Inconscientemente, el coordinador le oprimió el brazo. Tenían la mirada fija en la pantalla rectangular, de la que se había caído el cristal, y en las agujas enderezadas provisionalmente. Observaban los contadores de la densidad de corriente de los neutrones rápidos, el reloj de control de la circulación de las bombas electromagnéticas, los indicadores de impurezas de los isótopos y los vapores térmicos acumulados en el interior de la pila. El generador eléctrico gemía y bramaba. Saltaban chispas entre los anillos defectuosamente alineados. Tras el compacto y brillante blindaje de la pila reinaba un silencio sepulcral. Las agujas permanecían inmóviles. Súbitamente, ante la mirada del físico, todo se hizo borroso y desapareció. Se frotó los ojos y, cuando los abrió, todavía llenos de lágrimas, vio las agujas en las posiciones de trabajo.

—¡Hemos pasado el punto crítico! —gritó, sollozando y sin soltar las palancas.

Sintió la relajación de los músculos. Durante todo aquel tiempo había estado esperando una explosión.

—Las agujas se mueven, desde luego —dijo con calma el coordinador, como queriendo ignorar la excitación del físico. Apretaba con tal fuerza las mandíbulas que apenas le salían las palabras.

—Noventa, ochenta, setenta y dos —seguía anunciando el doctor.

—¡Ahora! —gritó el ingeniero, y con la mano envuelta en un gran guante rojo giró el interruptor principal.

El generador gimió y al instante disminuyeron las revoluciones.

El ingeniero se precipitó al compresor y cerró las dos válvulas de entrada.

—Cuarenta y seis, cuarenta y seis, cuarenta y seis —repetía con voz monótona el doctor.

A la turbina no le llegaba el oxígeno de la botella. Las bombillas palidecieron rápidamente. La oscuridad iba en aumento.

—Cuarenta y seis, cuarenta y seis, cuarenta y seis —seguía repitiendo el doctor desde la galería.

De pronto, las bombillas volvieron a brillar. El generador apenas se movía, pero allí había corriente, porque todos los relojes conectados mostraban que la tensión iba en aumento.

—Cuarenta y seis, cuarenta y seis —repetía incesantemente el doctor, que, en la galería de acero, ignoraba lo que estaba ocurriendo.

El físico cayó de rodillas en el suelo y se cubrió el rostro con las manos. El silencio era casi absoluto. El rotor del generador se movía cada vez más lentamente, traqueteó, osciló una vez y se detuvo.

—Cuarenta y seis, cuarenta y seis —insistía incansablemente la voz del doctor.

—¿Qué hay de la vía de agua? —preguntó el coordinador.

—Situación normal —respondió el cibernético—. Evidentemente algo se filtró cuando se alcanzó el punto de máxima presión, pero el autómatas cementó la brecha antes que pudiera producirse un cortocircuito.

No añadió nada más, pero todos pudieron comprender que se sentía orgulloso de aquellos autómatas. Con una de las manos sujetó a escondidas los dedos de la otra, porque temblaban.

—Cuarenta y seis... —seguía diciendo el doctor.

—¡Basta ya, hombre! —gritó de pronto el químico, dirigiéndose a la galería—. Ya no hace falta. La pila da corriente.

Siguió un corto silencio. La pila trabajaba tan silenciosamente como siempre. En la barandilla de acero apareció el pálido rostro del doctor, encuadrado en una negra barba.

—¿De veras?

Nadie respondió. Miraban los relojes, como si no se hartaran de contemplar las agujas que, sin un solo temblor, se habían clavado en sus posiciones de trabajo.

—¿De veras? —volvió a preguntar el doctor, y rió silenciosamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó agriamente el cibernético—. ¡Dilo ya!

El doctor se acercó y se puso en cuclillas junto al físico, a contemplar, como los demás, los relojes.

Nadie pudo precisar cuánto tiempo permanecieron así.

—¿Quieren que les diga una cosa? —preguntó el doctor con voz fresca y juvenil.

Todos le miraron como si despertaran de un sueño.

—Jamás me he sentido tan feliz —murmuró, y volvió la cara.

Capítulo Cuarto

Estaba ya muy avanzado el crepúsculo cuando el coordinador y el ingeniero salieron al exterior para respirar el aire fresco. Se sentaron sobre el montón de arena que habían sacado fuera y contemplaron el último limbo del disco solar, rojo como un rubí.

—Jamás lo hubiera creído —murmuró el ingeniero.

—Tampoco yo.

—No es mal trabajo el de la pila, ¿verdad?

—Un sólido trabajo terrestre.

—Parece imposible que haya aguantado.

Permanecieron silenciosos durante algunos minutos.

—Un buen comienzo —reanudó la charla el coordinador.

—Habrá que trabajar todavía muy duro —observó el ingeniero—. Esto es una carrera de fondo, ¿sabes? Dicho entre nosotros, hemos hecho aproximadamente una centésima parte de lo que tenemos que conseguir para...

—Lo sé. Por lo demás, tampoco es seguro que...

—¿El regulador gravimétrico, no es eso?

—Sí, pero no sólo. Están las toberas de dirección y toda la cubierta inferior.

—Lo conseguiremos.

—Sí.

Los ojos del ingeniero vagaban, sin mirar, sobre los alrededores hasta que se quedaron fijos, más allá de la colina, en el no muy elevado terraplén. Allí era donde habían enterrado los restos de la criatura.

—Lo había olvidado por completo —dijo asombrado—. Parece como si hubiera pasado un año. ¿Y tú?

—Yo no. He estado pensando en ello sin parar, es decir, en ese animal. Y en particular en aquel objeto que el doctor encontró en sus pulmones.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Dijo algo sobre eso. ¿De qué se trata?

—De una aguja.

—¿Qué?

—Bueno, tal vez no sea una aguja. Puedes verlo tú mismo. Está en el frasco, en la biblioteca. Es un tubito delgado, truncado, con un extremo muy puntiagudo, cortado en bisel, como las agujas para inyecciones.

—Pero, ¿qué puede...?

—No sé más.

El ingeniero se puso en pie.

—Es extraño, pero ni yo mismo comprendo por qué me interesa tan poco. Absolutamente nada, para ser sincero. ¿Sabes? Me siento como antes de emprender un viaje. O como el pasajero de un avión que aterriza durante un par de minutos en un aeropuerto extranjero, se mezcla con la multitud de los nativos y es testigo de una escena extraña, incomprensible, pero que sabe bien que él no pertenece a aquel lugar, que dentro de muy poco reemprenderá el vuelo a otra parte. Y por eso, todo lo que le rodea le parece extraño e incomprensible, le parece que viene de una gran lejanía.

—No vamos a reemprender el vuelo dentro de un par de minutos.

—Lo sé, lo sé. Pero ésa es la sensación que tengo.

—Vamos con los otros. No podemos descansar hasta que no hayamos dejado listas las primeras reparaciones. Además, hay que afianzar los seguros como es debido. Entonces la pila podrá trabajar al mínimo.

—De acuerdo, vamos.

Pasaron la noche en el cohete, sin apagar las bombillas pequeñas. De vez en cuando se despertaba alguno de ellos, comprobada, con ojos ausentes, si las luces permanecían encendidas y volvía a dormirse tranquilamente. Se despertaron temprano, con energías renovadas. Su primera tarea consistió en reparar el más sencillo de los semiautomatas de limpieza, que se atascaba cada dos minutos, porque se detenía impotente ante los montones de escombros que obstaculizaban el paso en todas direcciones. El cibernético andaba constantemente detrás de él con una herramienta, le sacaba, como a un perro raposero de la madriguera, quitaba los cascotes demasiado grandes para la capacidad de la cuchara autoprensora y le ponía de nuevo en marcha. El semiautomata arañaba y escarbaba y avanzaba infatigablemente; se arrojó a la siguiente montaña de escombros y todo empezó de nuevo. Acabado el desayuno, el doctor probó su máquina de afeitar, con el resultado que sus amigos creyeron que se había puesto una máscara marrón. La frente, la piel en torno a los ojos y la mitad superior de la cara estaban atezadas por el sol, mientras que la mitad inferior aparecía completamente blanca. Los demás siguieron su ejemplo y sus prominentes mandíbulas les daban tal aspecto de seres consumidos por el hambre que apenas se reconocían unos a otros.

—Tenemos que alimentarnos mejor —el químico contemplaba estupefacto su rostro en el espejo.

—¿Te apetece un asado de venado? —preguntó el cibernético.

El químico se estremeció.

—No, gracias. Y, por favor, no lo menciones. Ahora lo recuerdo. He estado soñando con ese..., ese...

—¿Con el animal?

—Quién sabe si es un animal.

—Pues, ¿qué entonces?

—¿Qué animal es capaz de poner en marcha un generador?

Los demás asistían en silencio a la conversación.

—Es un hecho comprobado que todos los seres, cuando llegan a una etapa superior de la evolución, inventan el vestido —dijo el ingeniero—. Ese doble ser, en cambio, estaba desnudo.

—¿Desnudo dices? —preguntó el doctor pensativamente.

—¿Es que lo dudas?

—De una vaca o de un mono tú no dirías que están desnudos.

—Porque tienen pelo.

—Un hipopótamo o un cocodrilo no tienen pelo y no por eso dices que están desnudos.

—¿Y eso qué importa? Lo he dicho por decir.

—Pues eso.

Callaron durante un rato.

—Son las diez —dijo el coordinador—. Creo que hemos descansado lo suficiente y, en mi opinión, deberíamos emprender la exploración en una dirección distinta. El ingeniero debería preparar los electrolanzadores. ¿Cómo está ese asunto?

—Tenemos cinco, y los cinco están cargados.

—Bien. La vez anterior marchamos hacia el norte. Ahora iremos hacia el este. Y, desde luego, con armas, aunque está claro que debemos procurar no utilizarlas. Sobre todo si encontramos esas dobles criaturas, como las ha llamado el ingeniero.

—¿Dobles? ¿Dobles? —repitió el doctor, descontento, como para ver qué tal sonaba el nombre—. Me parece poco afortunado, pero precisamente por eso se impondrá. Siempre ocurre.

—¿Vamos ya? —preguntó el físico.

—Creo que sí. Pero tenemos que asegurar la escotilla, para evitar nuevas sorpresas.

—¿No podríamos llevar el «todoterreno»? —propuso el cibernético.

—Difícilmente. Necesitaría como mínimo cinco horas para ponerlo en marcha —replicó el ingeniero—. A no ser que aplacemos la exploración hasta mañana.

Pero nadie deseaba renunciar a la expedición. Así entonces, a las once emprendieron la marcha, porque todavía les llevó algún tiempo preparar la impedimenta. Avanzaban por parejas, como si lo hubiesen concertado de antemano, a corta distancia unos de otros, aunque nadie había prefijado un plan. El doctor, que era el único que no portaba un arma, ocupaba el centro. Ya sea que el suelo ofrecía mejores condiciones para la marcha o que caminaban con más ánimo, lo cierto es que antes que hubiera transcurrido una hora, habían perdido de vista el cohete. El paisaje se iba transformando poco a poco. Surgían cada vez en mayor número los grises y esbeltos «cálices», que evitaban dando un rodeo. En la distancia, hacia el norte, se divisaba la silueta de las colinas, como cúpulas, que descendían sobre la llanura formando empinados surcos y fracturas, y estaban cubiertas, a la altura de su línea de marcha, de oscuras manchas de flora.

Bajo sus pies crujían líquenes secos, pardos, como cubiertos de ceniza, pero era su color natural. Sus brotes eran tubitos con estrías blancas, de los que surgían pequeñas vesículas en forma de perlas.

—¿Quieren saber qué es lo que falta aquí? —dijo de pronto el físico—. Hierba, simple y pura hierba. Nunca hubiera creído que... —buscaba la expresión adecuada—, pudiera ser tan imprescindible.

El sol abrasaba. A medida que se acercaban a la colina, percibían un murmullo uniforme y distante.

—Es curioso; no hay ni una brizna de viento y allí parece oírse como un susurro —observó el químico.

—Viene de allí.

El coordinador, que caminaba detrás de él, señaló con la mano la colina.

—Al parecer, el viento sopla más arriba. ¡Pero eso son árboles terrestres, árboles auténticos y verdaderos!

—Tienen otro color y brillan como si...

—No, son de dos colores —intervino el doctor, que tenía una excelente vista.

—Van cambiando alternativamente de color, unas veces violeta y otras azul con tonalidades amarillentas.

La llanura quedaba a sus espaldas. Afortunadamente, dieron con la ancha garganta de un desfiladero de paredes arcillosas y desmoronadas. Las laderas se hallaban en penumbra, envueltas por una tenue neblina que, contemplada de cerca, tenía el aspecto de una madeja o de una telaraña. Las opiniones se dividían. A algunos, aquellas formaciones les recordaban madejas flojas de fibra de vidrio, sólo débilmente asentadas en las pendientes. Alzaron la mirada, porque pasaban justamente bajo el primer grupo de árboles que crecían en el borde de la fractura, a una docena de metros por encima de sus cabezas.

—¡No son árboles! —exclamó desilusionado el cibernético.

Lo que habían tomado por árboles tenían gruesos troncos de fuerte brillo, como si hubieran sido frotados con grasa, y múltiples copas que se agitaban de forma uniforme: una vez más densos y oscuros; otra, más pálidos y transparentes. Estos cambios iban acompañados de un pesado rumor, como si alguien soplara repetidamente con los labios pegados a un material elástico «fsss-hhaaa-fsss-hhaaa». Cuando contemplaron uno de aquellos árboles más de cerca vieron vejigas del tamaño de plátanos que sobresalían de las retorcidas ramas, con protuberancias a modo de uvas que, al esponjarse, adquirirían un color más oscuro y, al desinflarse, brillaban y palidecían.

—¡Este árbol respira! —murmuró, asombrado, el ingeniero, escuchando atentamente el eco incansable que llenaba todo el desfiladero.

—Escuchen, cada uno tiene su propio ritmo —exclamó el doctor, como si el descubrimiento le hiciera feliz—. Cuanto más pequeños, más rápida es la respiración.

—¡Adelante, vamos, adelante! —apremió el coordinador, que ya se había adelantado un buen trecho.

Le siguieron. El desfiladero, bastante espacioso al principio, se iba estrechando poco a poco. El suelo ascendía suavemente, hasta desembocar en una colina con forma de cúpula entre dos grupos de árboles situados más al fondo.

—Si cierras los ojos, te da la impresión de estar a orillas del mar. Pruébalo —dijo el físico al ingeniero.

—Prefiero mantener los ojos bien abiertos —replicó.

Llegaron al punto más elevado de la colina, para lo que tuvieron que modificar ligeramente la dirección de la marcha. Ante ellos se extendía un paisaje rizado y policromo: masas articuladas de árboles respirantes, que brillaban con tonos verde oliva y castaño tostado; laderas color miel en la arcillosa colina, y manchas terrosas cubiertas de musgo con reflejos plateados a la luz del sol y tonos verdosos y pardos cuando les daba la sombra. La región estaba cruzada por delgadas líneas en diversas direcciones. Cruzaban el fondo de aquel valle encajonado, evitando las laderas que se alzaban como dedos. Algunas de las líneas eran ocre, otras casi blancas, a modo de senderos cubiertos de arena, y otras parecían casi negras, como manchadas de carbonilla.

—¡Son caminos! —exclamó el ingeniero, pero se corrigió inmediatamente—. No, son demasiado estrechos..., ¿qué puede ser?

—Detrás de los bosquecillos de arañas descubrimos algo parecido, aquel césped —dijo el químico, mirando con los prismáticos.

—No. Eran distintos —objetó el cibernético.

—¡Miren, miren!

Todos se sobresaltaron ante la exclamación del doctor. A algunos cientos de metros de distancia algo transparente se deslizaba sobre una amarilla estría que se abría paso por un ancho puerto entre dos colinas. La forma brillaba suavemente bajo el sol, como una transparente rueda de radios que girara a gran velocidad. Cuando, durante un instante, estuvo contra el telón de fondo del cielo, casi no se la podía divisar; sólo luego, muy lejos, a los pies del talud, volvió a resplandecer, más brillante aún; como un vibrante ovillo, se precipitó con enorme rapidez hacia abajo directamente, pasó junto a un grupo de árboles respirantes, contra cuyo oscuro fondo volvió a resplandecer de nuevo, y desapareció en la entrada de un lejano desfiladero.

El doctor miró a sus compañeros. Estaba pálido y sus ojos resplandecían.

—¿Interesante, no? —dijo, mostrando los dientes, como si riera, pero en sus ojos no asomaba la menor alegría.

—He olvidado mis prismáticos, déjame los tuyos —pidió el ingeniero al cibernético—. Gemelos de teatro —murmuró despectivamente al cabo de un rato, y se los devolvió.

El cibernético asió la cristalina culata del electrolanzador y pareció que calibraba su peso en la mano.

—Creo que estamos bastante mal armados —dijo vacilante.

—¿Por qué piensas ahora en una lucha? —preguntó el químico.

Callaron durante algunos instantes, registrándolo todo con la mirada.

—¿Seguimos?

El cibernético estaba ya impaciente.

—Por supuesto —respondió el coordinador—. ¡Ahí hay otra cosa! ¡Miren!

Un segundo fulgor aleteante. Avanzaba silbando, a mayor velocidad que el anterior, trazó un arco en S contra las colinas y un par de veces pareció volar sobre el suelo. Cuando se precipitó en dirección a ellos le perdieron completamente de vista. Sólo cuando volvió a trazar un arco vieron de nuevo el disco que giraba con gran rapidez y emitía un brillo nebuloso.

—Seguramente es un vehículo —murmuró el físico y tocó el brazo del ingeniero, sin apartar los ojos de aquella aparición, que se había perdido ya, cada vez más débil y más pequeña, en la ondulante espesura.

—He obtenido el título en la Tierra, en la Escuela Técnica Superior —dijo el ingeniero, que, por alguna razón, se había sentido súbitamente muy excitado—. En cualquier caso —añadió con alguna vacilación— en el centro debe haber algo, tal vez la espiga de un propulsor.

—Así es —confirmó el coordinador—. En el centro había algo que despedía un fuerte brillo. ¿Qué tamaño crees que puede tener ese objeto?

—Si los árboles que hay ahí abajo tienen la misma altura que los del desfiladero, por lo menos diez metros.

—¿De diámetro? Eso creo yo también. Diez metros por lo menos.

—Los dos han desaparecido por allí —el doctor señalaba la última y más alta cadena de colinas, que les cerraba el horizonte—. Por tanto, seguiremos avanzando en aquella dirección, ¿les parece?

Y, balanceando los brazos, inició el descenso de la pendiente. Los demás le siguieron.

—Tenemos que estar preparados para el primer encuentro —dijo el cibernético. Se mordía los labios, al tiempo que los humedecía.

—No podemos prever lo que va a ocurrir. La única pauta a la que debemos atenernos es la calma, la inteligencia y el dominio de nosotros mismos —declaró el coordinador—. Tal vez sea mejor que modifiquemos el orden de la marcha. Un dispositivo de seguridad delante y otro detrás. Además, tenemos que alargar un poco la fila.

—¿Debemos presentarnos abiertamente? Tal vez sea mejor tratar de observar todo cuanto nos sea posible, sin ser descubiertos —dijo el físico.

—Yo no aconsejaría que nos ocultáramos. Eso sólo despertaría recelos. Pero, naturalmente, cuanto más averigüemos, mayor provecho podremos sacar de ello...

Mientras discutían la táctica, descendieron al valle, y, al cabo de unos cientos de pasos, llegaron hasta la primera de aquellas misteriosas líneas.

Tenía un cierto parecido con el surco de un antiguo arado terrestre. El suelo aparecía ligeramente arañado, como desmigajado y echado a ambos lados del surco, que apenas tenía dos manos de anchura. Las franjas cubiertas de musgo, que ya habían encontrado en su primera expedición, tenían dimensiones parecidas, pero mostraban una diferencia verdaderamente esencial: allí, el terreno aledaño a los surcos era liso y pelado, mientras que el surco mismo estaba cubierto de musgo. Aquí, en cambio, ocurría al revés: una franja de terreno desmenuzado y desnudo avanzaba a través de una poblada capa de blancos líquenes.

—Curioso —murmuró el ingeniero, se levantó y se restregó en el traje los dedos manchados de arcilla.

—¿Saben lo que pienso? —dijo el doctor—. Supongo que los del norte son muy antiguos, hace tiempo no se utilizaban y, por consiguiente, se han recubierto de ese musgo azulado.

—Es posible —replicó el físico—. Pero, ¿qué es esto? Por descontado que no es una rueda. Una rueda deja una huella diferente.

—¿Tal vez algún tipo de máquina agrícola? —sugirió el cibernético.

—Pero entonces, ¿sólo cultivan el suelo en una anchura de diez centímetros?

Saltaron por encima de la línea y siguieron avanzando a campo traviesa, hasta las líneas siguientes. Cuando marchaban al borde de un matorral, cuyo pesado susurro les dificultaba incluso la conversación, percibieron a sus espaldas un penetrante y quejumbroso silbido. Instintivamente, saltaron tras los árboles. Desde su escondite percibieron sobre la llanura un torbellino vertical, relampagueante, que avanzaba en línea recta con la velocidad de un tren rápido. Sus bordes eran oscuros, mientras que el centro resplandecía con tonos naranja o violeta. Calcularon que el diámetro de este centro, abombado hacia los costados de forma lenticular, tendría de dos a tres metros.

Apenas el brillante vehículo los hubo sobrepasado y desaparecido, prosiguieron su marcha en la misma dirección. Habían dejado ya atrás todo el matorral, de modo que se veían obligados a avanzar por la llanura abierta y se sentían bastante inseguros. Miraban constantemente a su alrededor. Se hallaban ya cerca de las colinas, unidas entre sí por gargantas poco profundas, cuando volvieron a oír aquel penetrante y quejumbroso silbido. A falta de refugio, se arrojaron al suelo. A unos doscientos metros de ellos volaba un disco giratorio. Esta vez el abultamiento de su centro era de color azul celeste.

—¡Este tenía por lo menos veinte metros! —siseó excitado el ingeniero.

Se levantaron. Entre ellos y las colinas se abría un pequeño valle encajonado, curiosamente dividido en dos mitades por una franja policroma. Cuando se acercaron, comprobaron que se trataba de un arroyo, cuyo claro fondo arenoso brillaba a través del agua. Sus dos orillas resplandecían con toda clase de colores. Un cinturón de verde azulado enmarcaba el curso del agua, seguido hacia el exterior por una banda de rosa pálido; algo más lejos fulgían con brillo plateado plantas esbeltas, densamente cubiertas de bolas lanosas, del tamaño de cabezas humanas. Sobre cada bola se elevaba, blanco como la nieve, el cáliz trifoliado de una gigantesca flor. Asombrados ante aquel extraordinario arco iris retardaron la marcha. Cuando se aproximaron a las lanosas bolas, las «flores» comenzaron a temblar y se elevaron lentamente hacia la altura. Durante algún tiempo permanecieron suspendidas por encima de sus cabezas, como un enjambre de mariposas, emitiendo un suave tintineo, mientras el blanco de sus vibrantes «cálices» refulgía bajo el sol; luego se posaron al otro lado del arroyo, sobre la espesura de las brillantes bolas. En el punto en el que el surco desembocaba en el arroyo, un arco de una sustancia cristalina, que a distancias regulares mostraba aberturas redondas, unía ambas orillas. El ingeniero comprobó con el pie la resistencia del puente y luego caminó lentamente por encima. Pero apenas llegado al otro lado, volvieron a estremecerse ante él los grupos de blancas «flores» y se arremolinaron como una asustada bandada de palomas.

Se detuvieron junto al arroyo, para llenar de agua una cantimplora. Evidentemente, no era agua potable, y como no podían hacer allí mismo un análisis, necesitaban tan sólo una muestra para pruebas posteriores. El doctor arrancó una de las plantas más pequeñas, las que formaban la franja rosa, y se la colocó, como una flor, en el ojal. El tallo estaba enteramente cubierto, de principio a fin, de pequeñas bolas de traslúcido color carne, cuyo perfume calificó el doctor de delicioso. Aunque nadie lo dijo, todos se sintieron apenados por tener que alejarse de aquel hermoso paraje.

La ladera por la que iniciaron el ascenso estaba cubierta de musgo crujiente.

—¡En la cima hay algo! —exclamó de pronto el coordinador.

Sobre el fondo del cielo se movía, en un punto, una forma borrosa, que cada dos segundos les cegaba los ojos con un deslumbrante fulgor. A varios cientos de pasos de distancia de la cima, descubrieron que se trataba de una cúpula pequeña y baja, que

giraba en torno a un eje. Estaba revestida de sectores especulares, en los que se reflejaban los rayos del sol o secciones del paisaje.

Arriba, en la cumbre, dejaron resbalar la mirada sobre la curva del horizonte. Observaron entonces una segunda forma, parecida a la primera. También esta vez adivinaron su presencia por sus brillos y centelleos regulares. Descubrieron otros muchos puntos brillantes en todas las colinas, hasta perderse en el horizonte.

Desde el pequeño paso bajo la cumbre de la colina pudieron abarcar en toda su profundidad el terreno hasta entonces oculto a sus miradas. La pendiente descendía hacia campos ligeramente ondulados, sobre los que se alzaban largas filas de agudos mástiles. Desaparecían en la distancia, a los pies de una blanca construcción que centelleaba con un suave resplandor. Sobre los mástiles más cercanos temblaba el aire en pequeñas columnas verticales claramente perceptibles, como si estuviera muy recalentado. Entre las filas de los mástiles se abrían docenas de surcos que se juntaban, bifurcaban o entrecruzaban, y todos ellos marcaban la misma dirección: la línea oriental del horizonte. Allí se perfilaba un gran número de edificios, fundidos, debido a la gran distancia, en una masa de azulado brillo, un pálido mosaico de estrías y elevaciones irregulares, de puntiagudas agujas doradas y plateadas. En aquella dirección, el cielo parecía algo más oscuro. En algunos lugares se elevaban franjas de vapor lechoso que se abrían, como setas, para formar una ligera capa de niebla o de nubes en las que, mirando atentamente, aparecían y desaparecían pequeños puntitos negros.

—Una ciudad... —susurró el ingeniero.

—Es la que había visto —dijo el coordinador, también en voz baja.

Emprendieron el descenso. La primera línea de mástiles se cruzaba en su camino, al final de la ladera.

Su base, negra como el carbón, se elevaba de forma circular sobre el suelo. A unos tres metros de altura sobre la tierra, se alzaba, sobre esta base un mástil transparente, con un traslúcido núcleo metálico. El aire, por encima, se agitaba fuertemente y percibieron un zumbido pesado y regular.

—¿Es un propulsor? —preguntó el físico.

Tocaron cautelosamente la parte esférica principal. No se percibía ni el más mínimo movimiento.

—No, aquí no gira nada —dijo el ingeniero—. No se siente ninguna corriente de aire. Debe ser un emisor o algo así...

Avanzaron sobre una llanura de suaves pliegues. Habían perdido de vista la ciudad, pero ahora ya no podían extraviarse. Les marcaban la dirección no sólo los mástiles, sino también los numerosos surcos que cruzaban los campos. De vez en cuando pasaba veloz y luminoso un vibrante ovillo, ya por un lado, ya por otro, pero siempre a tal distancia que ni siquiera intentaban esconderse.

Pronto surgió ante ellos la mancha verde amarillenta de una espesura. Al principio se propusieron evitarla, tal como hacía la línea de los mástiles, pero se extendía demasiado por ambos lados, lo que les habría forzado a dar un gran rodeo. Decidieron, entonces, cruzar por medio de la maleza.

Árboles respirantes les rodearon. Hojas secas, como vejigas, que crujían desagradablemente a cada paso bajo las suelas de los zapatos, cubrían el suelo, en el que crecían pequeñas plantas como tubitos y musgo blanco. Aquí y allá aparecían, entre espesas raíces, las hojitas de carnosas flores pálidas, de cuyo centro surgían espinas a modo de finos punzones. Sobre la gruesa corteza de los troncos corrían gotas de resina. El ingeniero, que marchaba a la cabeza frenó el paso, y dijo de mal humor:

—¡Mierda! No deberíamos haber venido por aquí.

Entre los árboles se abrió una profunda zanja, cuyas arcillosas paredes estaban cubiertas de guirnaldas de largos líquenes serpentiformes. Pero habían avanzado ya tanto que no podían regresar. Se deslizaron por la pared, cubierta de flexibles lianas, hasta el

fondo de la zanja, en la que culebreaba un pequeño curso de agua. La ladera del otro lado era demasiado empinada, de modo que avanzaron a lo largo de la zanja, mientras buscaban un punto desde el cual poder escalar la vertiente. Caminaron así cerca de un centenar de pasos. La zanja se ensanchaba y sus orillas se iban allanando. Al mismo tiempo se fue haciendo un poco más de claridad.

—¿Qué es eso? —gritó de pronto el ingeniero, y se calló, con no menor rapidez.

El viento traía un débil y dulce aroma. Se detuvieron. Los cubrió un chaparrón de reflejos del sol y luego aumentó la oscuridad. Muy arriba, susurraba con apagado aliento la bóveda de los árboles.

—Tiene que ser algo —murmuró el ingeniero.

Desde donde estaban habrían podido alcanzar el otro borde de la zanja, pues el talud era bajo y poco escarpado, pero se mantenían muy juntos y caminaban, ligeramente inclinados, a lo largo de la pared del matorral, a través del cual brillaba de vez en cuando, al abrir el viento una brecha, una masa alargada y oscura. El suelo se tornó pantanoso. Los pies chapoteaban. Cuando separaron las ramas cubiertas de protuberancias en forma de uvas, vieron un calvero bañado por el sol. Los árboles habían retrocedido a derecha e izquierda y sólo mucho más adelante volvían a formar grupos, separados únicamente por una delgada hendidura, desde la que un surco conducía al calvero. El surco finalizaba en una fosa rectangular, rodeada por un muro de arcilla. Permanecieron como clavados al borde de la espesura. Tallos que serpenteaban indolentemente rozaban sus trajes, tocaban perezosamente, con los brotes en forma de uva, su calzado y luego parecían apartarse de mala gana. Los hombres permanecieron inmóviles y miraban a su alrededor. La encerada pared, al borde de la fosa, les dio, en un primer momento, la impresión de un sillar de piedra regularmente extendido. Un terrible hedor les cortó el aliento. Sólo a duras penas consiguieron distinguir las formas concretas. Algunas yacían con la joroba hacia arriba y otras de costado. Entre los aplastados músculos pectorales sobresalían pálidos torsos raquíticos, incrustados entre los otros, con las caras vueltas. Los grandes troncos, oprimidos, aplastados, mezclados con delgadas y pequeñas manos y nudosos dedos, estaban cruzados por amarillos arroyuelos. Las manos del doctor se clavaron dolorosamente en los brazos de los hombres que estaban junto a él. Hombro contra hombro avanzaron lentamente. Sus ojos se quedaron fijos en la masa que llenaba la fosa. Una fosa profunda.

Espesas gotas de un líquido acuoso se deslizaban sobre las enceradas jorobas y sobre los flancos, y se juntaban en los rostros macilentos y sin ojos. Casi se creería oír el sonido de las gotas al resbalar.

Les sobresaltó un silbido que se acercaba rápidamente. En un segundo se precipitaron en la espesura y se arrojaron al suelo. Las manos asieron automáticamente las culatas de los electrolanzadores. Las ramas se apartaron ante ellos cuando un disco, que giraba verticalmente sobre los árboles, al otro lado, brilló suavemente y se balanceó sobre el calvero.

A una docena de pasos de la fosa, el vehículo redujo la marcha, pero su silbido fue en aumento. El aire zumbó, sacudido por la rasante velocidad. El disco rodeó la fosa, se acercó a ella y súbitamente la arcilla saltó vibrando hacia arriba. Una herrumbrosa nube cubrió hasta casi la mitad el deslizante vehículo. Innumerables terroncillos cayeron como una granizada sobre la vegetación y los hombres, que se aplastaron contra el suelo. Se oía un sonido horrible y apagado, como cuando un poderoso espolón desgarró lienzo mojado. El disco girante se hallaba ya en el otro extremo del calvero, se acercó de nuevo y permaneció inmóvil un instante. Su temblorosa sonda se dirigió, como a propósito, ora a la derecha ora a la izquierda. De pronto, el disco aumentó la velocidad y el otro lado de la fosa se cubrió de una nube de arcilla ruidosamente removida. El disco zumbó, tembló y pareció hincharse. Distinguieron cúpulas especulares a ambos lados. Árboles y matorrales empequeñecidos se reflejaban en ellas. Algo se movía en su interior, como la

sombra de un oso. El sonido agudo y vibrante descendió de nuevo y el disco se deslizó rápidamente a lo largo del mismo surco por donde había venido.

En el calvero se alzaba ahora una pared de arcilla fresca, rodeada por un surco de casi un metro de profundidad.

El doctor miró a los demás. Se pusieron lentamente en pie y sacudieron con gestos mecánicos los restos de plantas y los hilos de telarañas de sus trajes. Luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, emprendieron el camino de regreso. Ya habían dejado a sus espaldas la garganta, los árboles y las filas de mástiles, y habían ascendido hasta la mitad de la colina de las centelleantes cúpulas especulares, cuando el ingeniero rompió el silencio.

—¿Y si son sólo animales?

—¿Qué somos nosotros? —preguntó el doctor, con un tono igual, como si fuera un eco.

—No. Quiero decir...

—¿Han podido ver quién se sentaba en el disco vibrante?

—Yo no he visto a nadie —dijo el físico.

—Yo sí. En el centro, naturalmente. Como en una góndola. La superficie está pulimentada, pero deja pasar algo de luz. ¿Lo has visto tú? —preguntó el coordinador al doctor.

—Lo he visto, pero no estoy seguro, quiero decir...

—Quieres decir que prefieres no estar seguro.

—Sí.

Siguieron caminando. Cruzaron en silencio la cadena de las colinas más elevadas. En el otro lado, junto al arroyo, se arrojaron de nuevo al suelo a la vista de un disco brillante que surgía de la espesura próxima.

—Los trajes tienen el color perfecto —dijo el químico, cuando se levantaron y reemprendieron la marcha.

—Con todo, resulta extraño que no nos hayan descubierto aún —dijo el ingeniero.

El coordinador, que había guardado silencio hasta entonces, se paró de pronto.

—El conducto inferior Ra no ha sufrido averías, ¿no es así, Henryk?

—Está en perfectas condiciones. ¿Qué estás pensando?

—La pila atómica tiene una reserva. Se podría sacar una parte.

—Unos veinte litros.

Por el rostro del ingeniero cruzó una torcida sonrisa.

—No comprendo —dijo el doctor.

—Pretenden sacar una porción de uranio enriquecido para cargar las armas —explicó el físico.

—¿Uranio?

El rostro del doctor tenía un color pálido.

—¿No estarán pensando...?

—No estamos pensando nada —le cortó el coordinador—. Después de ver lo que he visto, ya no pienso. Pensaremos después. Ahora...

—¡Atención! —gritó el químico.

Todos se arrojaron al suelo.

Un disco centelleante les sobrevolaba y se hacía cada vez más pequeño. En un determinado momento redujo la velocidad, describió un gran arco y se acercó de nuevo. Cinco tubos se alzaban sobre el suelo, diminutos como los cañones de una pistola de juguete comparados con aquella cosa enorme, que llenaba con su centelleo la mitad del firmamento. De pronto se detuvo, el estrépito aumentó y luego disminuyó. Del disco se deslizó un cuadrilátero, una forma recamada, que se inclinó de costado, como si fuera a desplomarse, pero fue sujeta y sostenida por dos brazos que surgieron rápidamente en sentido diagonal. De la góndola central, que mientras tanto había perdido su brillo

especular, surgió un pequeño ser peludo. Movía con la velocidad del relámpago sus patas, cubiertas con una rugosa piel. Se deslizó por los apoyos diagonales, saltó a tierra y, como arrastrándose sobre el vientre, se dirigió hacia los hombres.

Casi al mismo tiempo se abrió la góndola en todas las direcciones, como el cáliz de una flor, y un torso mayor y resplandeciente flotó en torno a un objeto que al principio era oval y espeso, luego se diluyó rápidamente y desapareció.

Abajo, la gran criatura se enderezaba lentamente en toda su estatura. Entonces la reconocieron, aunque se había transformado de una manera singular y aparecía recubierta de una sustancia de brillo plateado, que la envolvía enteramente, en forma espiral: arriba, en una cavidad encuadrada en color negro, aparecía un pequeño rostro plano.

El animal peludo que había saltado del disco en primer lugar se arrastraba rápidamente en dirección a ellos, sin apartarse del suelo. Sólo entonces descubrieron que arrastraba algo tras de sí, semejante a una gran cola en forma de pala.

—¡Voy a disparar! —dijo el ingeniero, echándose la culata a la cara.

—¡No! —gritó el doctor.

—¡Espera! —intentó decir el coordinador.

Pero ya el ingeniero había disparado toda una ráfaga. Había apuntado a la cosa reptante, pero falló. No podía seguirse con la mirada el trayecto de la descarga eléctrica, sólo percibían un débil siseo. El ingeniero aflojó el gatillo, pero sin retirar el dedo. La criatura de brillo plateado no se movió de su sitio. De pronto realizó un movimiento y silbó o, en todo caso, creyeron oír algo parecido.

El ser reptante se elevó inmediatamente del suelo y retrocedió de un solo salto al menos cinco metros. Mientras saltaba se enrolló sobre sí mismo, formando una bola, se erizó, se hinchó y desplegó la cola en forma de pala. En su cóncava superficie en forma de concha algo brilló débilmente y flotó, como arrastrado por el viento, hacia ellos.

—¡Fuego! —gritó el coordinador.

Una esfera, apenas mayor que una nuez, se movió en el aire, oscilando de un lado a otro, pero cada vez más cerca. Oyeron su siseo, parecido al de una gota de agua saltando sobre una plancha incandescente. Todos dispararon a la vez.

El pequeño animal, alcanzado por varios disparos, cayó y se dobló: su cola, parecida a un abanico, le cubrió enteramente y, al mismo tiempo, la llameante nuez fue arrastrada por el viento, como si hubiera disminuido de pronto su capacidad de dirección, y voló, alejándose de ellos a una distancia de una docena de metros, hasta que se perdió de vista.

El gigante plateado se enderezó, un delgado objeto apareció sobre él y comenzó a subir hacia la abierta góndola. Todos oyeron el estallido de las descargas que le alcanzaban. Se encogió y se precipitó pesadamente al suelo. Entonces se pusieron en pie y corrieron hacia él.

—¡Atención! —gritó el químico.

Del bosque surgieron dos discos brillantes que se dirigían a la cadena de colinas. Los hombres se aplastaron en una hondonada del terreno, dispuestos a todo. Pero, extrañamente, los discos pasaron de largo, sin reducir la velocidad, y desaparecieron tras las elevaciones de las colinas.

Segundos después se produjo un sordo estruendo. Se volvieron. El estruendo procedía de la espesura de los árboles respirantes. Muy cerca se desplomó un árbol, hendido por la mitad. Nubes de humo se agitaban sobre él.

—¡Rápido, rápido! —gritó el coordinador, y corrió hacia el peludo y pequeño animal, cuyas diminutas patas sobresalían bajo la carnosa y desnuda cola.

Dirigió hacia allí el cañón de su arma e hizo fuego durante un puñado de segundos, hasta reducirlo a cenizas. El ingeniero y el físico se acercaron a la masa que fulgía con

brillo plateado bajo el transparente cuadrilátero. El ingeniero tocó la joroba, que se había hinchado y daba la impresión que aumentaba poco a poco de tamaño.

—No podemos dejarlo así —exclamó el coordinador, que llegó a su lado. Estaba muy pálido.

—No puedes reducir a cenizas una masa de este tamaño —murmuró el ingeniero.

—Ya lo veremos —masculló entre dientes el coordinador, y disparó a dos pasos de distancia.

El aire tembló en torno al cañón. El plateado torso se cubrió inmediatamente de manchas negras. En el aire flotaba un humo negruzco, se expandió un espantoso olor a carne quemada y hubo un cloqueo. El químico lo estuvo contemplando durante un lapso con el semblante pálido, luego se volvió y se alejó corriendo, seguido por el cibernético. Cuando el coordinador vació totalmente su arma, extendió la mano hacia el electrolanzador del ingeniero.

El ennegrecido cuerpo se encogió, disminuyó de tamaño, el humo ascendió, negros copos se agitaron en el aire y el hervor se transformó en un chisporroteo, como leños de madera consumidos por el fuego. El coordinador, mientras tanto, seguía oprimiendo el gatillo con un dedo que ya se tornaba rígido, hasta que los restos del cuerpo se descompusieron en un informe montón de cenizas. Luego alzó el electrolanzador, golpeó con los pies los montones y empezó a esparcirlos.

—¡Ayúdame! —gritó con voz ronca.

—No puedo —farfulló el químico con los ojos cerrados.

El sudor le perlaba la frente. Se agarró con ambas manos la garganta, como si quisiera estrangularse. El doctor apretó los dientes hasta hacerlos crujir y saltó a la caliente ceniza, siguiendo el ejemplo del coordinador. Éste gritó:

—¿Es que crees que a mí me resultaba fácil?

El doctor no miraba a sus pies. Se limitaba a dar patadas. «Tiene que resultar cómico vernos danzar de este modo», pensaba. Dispersaron a puntapiés por el suelo los trozos pequeños no enteramente consumidos por el fuego, aplastaron la ceniza contra la arena y amontonaron luego tierra encima con las culatas, hasta que desaparecieron los últimos vestigios.

—¿En qué somos mejores que ellos? —preguntó el doctor, cuando se detuvieron, tosiendo y chorreando sudor.

—Él nos ha atacado —refunfuñó el ingeniero, y quitó, furioso y asqueado, las huellas de hollín de la culata de su electrolanzador.

—Pueden venir, ya ha pasado todo —gritó el coordinador.

Los demás se acercaron lentamente. En el aire flotaba un penetrante olor a quemado. Las musgosas manchas se habían carbonizado en un amplio círculo.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó el cibernético, señalando la transparente construcción que se levantaba a su lado, de una altura equivalente a un edificio de cuatro pisos.

—Vamos a intentar ponerlo en marcha.

El ingeniero abrió los ojos.

—¿Crees que resultará?

—¡Cuidado! —gritó el doctor.

Tres vibrantes discos surgieron, uno tras otro, desde el fondo de la espesura. Los hombres retrocedieron unos pasos y se arrojaron al suelo. Los discos pasaron de largo y prosiguieron su vuelo.

—¿Vienes?

El coordinador señalaba con un movimiento de cabeza la góndola, que pendía, a seis metros del suelo, sobre sus cabezas.

Sin decir una sola palabra, el ingeniero corrió hacia el vehículo, puso las manos sobre el asidero colocado junto a uno de los dos soportes, y comenzó a subir. El coordinador le

siguió. El ingeniero, que fue el primero en llegar a la góndola, empujó una palanca. Se oyó el chirrido de metal contra metal. Acto seguido se izó y desapareció en el interior. Tendió la mano al coordinador y le ayudó a entrar. Durante algún tiempo no sucedió nada. Luego se cerraron lentamente, y sin el menor ruido, los cinco paneles abiertos de la góndola. Los hombres que habían quedado abajo se sobresaltaron involuntariamente y retrocedieron.

—¿Qué clase de bola de fuego era? —preguntó el doctor al físico.

Ambos miraban hacia arriba. En la góndola se movían, como a través de la niebla, sombras confusas, como si se hubieran fusionado por mitades.

—Parecía como un relámpago esférico —dijo el físico.

—Sí, pero la lanzó el animal.

—Cierto, yo también lo vi... Tal vez haya aquí algún tipo de fenómenos eléctricos que...

Súbitamente, el rectángulo transparente se agitó, chirrió y, al mismo tiempo, giró sobre su eje vertical. Estuvo a punto de volcar, porque las patas que le mantenían diagonalmente se deslizaron sin resistencia. En el último instante, cuando ya el vehículo se inclinaba peligrosamente, algo chirrió de nuevo, esta vez con un tono agudo. Toda la construcción desapareció en un chispeante remolino, y un débil hálito de aire llegó hasta el rostro de los observadores. El disco giraba, unas veces más rápido, otras más lento, pero sin desplazarse de su sitio. Atronaba como el motor de un gran avión. Los trajes de los que se hallaban más cerca se agitaron bajo la irregular corriente de aire. Los hombres retrocedieron un buen trecho. Se elevó una de las patas de apoyo, a continuación se elevó también la otra y ambas desaparecieron en el brillante remolino. Súbitamente, el gran disco se lanzó como catapultado a lo largo del surco, se elevó, frenó de pronto, excavó y lanzó al aire la tierra con un terrible mugido, aunque avanzaba lentamente. Apenas estuvo de nuevo sobre el surco, se alejó a una increíble velocidad, y en el espacio de pocos segundos se convirtió en una temblorosa lucecilla sobre la pendiente del bosque.

A su regreso se salió de nuevo del surco y se arrastró penosamente como con un gran esfuerzo, lanzando a lo alto remolinos de arena y tierra.

Se produjo un estrépito, la construcción surgió de la resplandeciente tempestad de viento, se abrió la góndola, el coordinador se inclinó y gritó:

—¡Suban!

—¿Cómo?

El químico parecía estupefacto, pero el doctor había comprendido.

—Vamos a hacer un viaje con ellos.

—¿Hay sitio para todos? —preguntó el cibernético, y se agarró al apoyo de metal. El doctor ya estaba ascendido.

—De alguna manera habrá sitio para todos. Suban.

Dos discos se deslizaban rápidamente sobre la espesura, pero no parecían haberlos descubierto. Estaban muy apretujados; cuatro de ellos podían mantenerse de pie, pero no había espacio para los seis. Dos tuvieron que echarse al suelo. El amargo olor que ya conocían les picaba desagradablemente en la nariz. De pronto, todos se dieron cuenta de lo que había ocurrido y desapareció su animación. El doctor y el físico se tendieron sobre el piso. Tenían bajo ellos largas planchas, unidas como las de un bote; sobre sus cabezas retumbaba un penetrante sonido y sintieron que el vehículo se desplazaba. Desde el lugar que ocupaban no podían ver nada. Pero casi al mismo tiempo las planchas sobre las que estaban echados se hicieron totalmente transparentes y pudieron contemplar la llanura desde una altura equivalente a un edificio de dos pisos, como si la sobrevolaran en globo. Había ruido a su alrededor. El coordinador se comunicaba febrilmente con el ingeniero. Ambos tuvieron que adoptar una postura violenta, muy penosa, en la elevación que, a modo de aleta, tenía la parte anterior de la góndola, para poder pilotar el disco. Se relevaban cada dos minutos. Y ello en aquella angostura. El químico y el cibernético tenían que colocarse casi encima de los que estaban tendidos en el suelo.

—Pero, ¿cómo funciona esto? —preguntó el químico al ingeniero, que había puesto las dos manos en las profundas aberturas de la protuberancia a modo de aleta y mantenía al vehículo en línea recta.

Avanzaban rápidamente a lo largo del surco. Desde la góndola no se percibía en absoluto la rotación. Habría podido creerse que flotaban en el aire.

—No tengo ni la menor idea —farfulló el ingeniero—. Tengo un calambre; te toca a ti.

Hizo sitio, lo mejor que pudo, al coordinador.

El gigantesco y retumbante disco osciló, se elevó por encima del surco, frenó poderosamente y trazó una cerrada curva. El coordinador introdujo las manos por las aberturas del dispositivo de dirección. Al cabo de algún tiempo consiguió hacer regresar el enorme trompo zumbante, trazando una curva, al surco. Al instante, aumentó la velocidad.

—¿Por qué va esta cosa tan lentamente cuando está fuera del surco? —preguntó el químico, que, para conservar el equilibrio, se apoyaba en la espalda del ingeniero; bajo sus piernas abiertas yacía el doctor.

—Ya te he dicho que no tengo ni la más remota idea.

El ingeniero se daba masajes en los antebrazos, en los que aparecían marcas sanguinolentas en los puntos en los que había presionado con las muñecas sobre la máquina.

—Mantiene el equilibrio según el principio de un giróscopo, pero respecto de los demás no se me ocurre absolutamente nada.

Se hallaban ya detrás de la segunda cadena de colinas. Contemplado desde el aire, el paisaje parecía transparente. Por lo demás, ya lo conocían en parte, por su anterior exploración. Sobre sus cabezas y a sus pies silbaba casi imperceptiblemente el disco. El surco cambió súbitamente de dirección. Tenían que dejarle, si querían regresar al cohete. La velocidad disminuyó al instante. No avanzaban ni a veinte kilómetros por hora.

—Fuera de los surcos, estas cosas son realmente inútiles. Conviene no olvidarlo —gritó el ingeniero sobre los silbidos y zumbidos.

—¡Relevo, relevo! —pidió el coordinador.

Esta vez, la maniobra se desarrolló con cierta facilidad. Ascendieron por una empinada ladera, casi a un buen paso de marcha. El ingeniero descubrió a lo lejos el ya conocido desfiladero que llevaba a la llanura. Avanzaban en línea recta bajo los árboles que coronaban la arcillosa pendiente, cuando el ingeniero sufrió un calambre.

—¡Tómalo tú! —gritó mientras apartaba las manos de las aberturas.

El coordinador acudió al instante, pero el enorme disco ya se inclinaba de costado, acercándose peligrosamente a la herrumbrosa pendiente. Algo chirrió de pronto y se oyó un formidable crujido. El borde de la silbante aspa de molino chocó con la copa de un árbol. Ramas astilladas volaron por el aire. La góndola saltó hacia arriba y se derrumbó de costado, con un fragor infernal. El árbol, arrancado de raíz, azotaba con su copa el cielo. La segunda paleta, que todavía seguía girando, lo partió. Miles de hojas vesiculares estallaron burbujeando. Sobre el árbol abatido, cuyo tronco había formado un socavón en la pendiente, flotó, como si brotara de un hongo, una nube de semillas blancas. Y luego se hizo un silencio total. La góndola descansaba sobre la ladera por el lado aplastado.

—¿La tripulación? —preguntó mecánicamente el coordinador, y sacudió la cabeza.

Le parecía tener los oídos rellenos de algodón. Contempló asombrado las nubes de blancas motitas de polvo que volaban en torno a su nariz.

—Uno —farfulló el ingeniero, y se puso en pie.

—Dos —llegó desde abajo la voz del físico.

—Tres.

El químico apenas podía hablar. Tenía la mano delante de la boca y le resbalaba sangre por la barbilla.

—Cuatro —dijo el cibernético.

Había caído de espaldas, pero no estaba herido.

—Cin... co —estornudó el doctor.

Yacía sobre el suelo de la góndola, sepultado bajo los demás.

Súbitamente, todos estallaron en una estrepitosa carcajada.

Estaban amontonados los unos sobre los otros, cubiertos por una espesa capa de picantes y plumosas semillas, que caían sobre ellos por la fisura superior de la góndola. El ingeniero intentó abrir la barquilla con vigorosos golpes. Todos le ayudaron como mejor pudieron, y en lo que el angosto espacio les permitía, con hombros, manos y espaldas. La cubierta exterior se movió, se oyó un débil crujido, pero no consiguieron abrir la góndola.

—¿Una vez más? —preguntó tranquilamente el doctor.

Seguía echado sobre el suelo, sin poder moverse.

—Por si les interesa, empiezo a cansarme. ¡Eh!, ¿quién es? ¡Quítame los pies de encima ahora mismo!

Entre todos arrancaron el armazón anterior en forma de caballete y comenzaron a golpear rítmicamente con él, como si fuera un martinete, contra el techo. Se abolló, se curvó, se dobló, pero no cedió.

—Ya estoy harto —farfulló agriamente el doctor, y comenzó a levantarse lentamente.

En ese preciso instante, algo crujió en la parte inferior y todos cayeron el suelo, como peras maduras. Rodaron los cinco metros de altura de la pendiente, hasta la base del desfiladero.

—¿Le ha ocurrido algo a alguien? —preguntó el coordinador.

Estaba manchado de barro y fue el primero en ponerse en pie.

—No. ¡Pero tú estás cubierto de sangre! —exclamó el doctor.

Efectivamente, el coordinador tenía un corte profundo en la cabeza. La herida alcanzaba hasta la mitad de la frente. El doctor le vendó lo mejor que pudo. Los demás habían salido bien librados, con unos cuantos moretones. El químico escupía sangre, porque se había mordido los labios. Se pusieron en marcha en dirección al cohete. Ni una sola vez volvieron la vista atrás para contemplar el destruido aparato.

Capítulo Quinto

Cuando llegaron a la pequeña colina, el sol rozaba el horizonte. El cohete proyectaba una larga sombra que se perdía a lo lejos en la arena de la llanura. Antes de entrar registraron cuidadosamente los alrededores, pero no descubrieron huellas que indicaran que alguien había estado allí durante su ausencia. La pila atómica funcionaba sin problemas. Mientras tanto, el semiautómata había limpiado los pasillos laterales y la biblioteca, pero en el laboratorio había quedado aprisionado en una espesa capa de fragmentos de plástico y cristal.

Acabada la cena, el doctor tuvo que dar algunos puntos a la herida del coordinador, porque seguía sangrando. El químico, entretanto, analizó el agua que habían traído del arroyo y comprobó que era potable, aunque contenía una fuerte concentración de sales ferrosas, que le daban un sabor desagradable.

—Ha llegado el momento de deliberar sobre nuestra situación —declaró el coordinador.

Se sentaron en la biblioteca sobre cojines neumáticos. El coordinador, con un vendaje blanco en la cabeza, ocupaba el centro.

—¿Qué es lo que sabemos? —comenzó—. Sabemos que el planeta está habitado por seres inteligentes, que el ingeniero ha denominado «dobles». El nombre no responde con toda exactitud a la realidad, pero esto no debe preocuparnos por ahora. Hasta este momento hemos entrado en contacto con los siguientes elementos de esta civilización de dobles: primero, una fábrica automatizada, de la que pensamos que ha sido abandonada y ha quedado fuera de control, aunque ahora no estoy tan seguro de ello; segundo, cúpulas especulares en las colinas, cuya finalidad desconocemos; tercero, mástiles que

parecen irradiar algo, muy probablemente una especie de energía; cuarto, esos vehículos, de los cuales nos apoderamos de uno tras haber repelido un ataque. Lo dominamos, pero luego sufrimos un accidente; quinto, hemos visto su ciudad, pero tan de lejos que no poseemos ninguna información exacta sobre ella; sexto, el ataque que antes he mencionado se ha desarrollado de la siguiente manera: parece evidente que el doble azuzó contra nosotros a un animal, presumiblemente adiestrado para estas tareas. Este animal irradió una especie de relámpago esférico y fue capaz de guiarlo hasta que lo abatimos; séptimo y último, hemos sido testigos de cómo se tapiaba una fosa, una fosa llena hasta rebosar de habitantes muertos de este planeta. Esto es todo. Corríjanme, por favor, o completen mis datos, si he olvidado algo o lo he interpretado erróneamente.

—Básicamente eso es todo, o casi todo... —dijo el doctor—. Prescindiendo de lo que ocurrió ayer en la nave.

—Así es. Por lo demás, tenías razón. Aquel ser estaba desnudo. Tal vez intentaba ocultarse en algún lugar y, llevado por el pánico, se metió en el primer agujero que encontró. Y lo primero que encontró fue precisamente el túnel que lleva a nuestro cohete.

—Esta hipótesis es tan tentadora como arriesgada —replicó el doctor—. Nosotros somos seres humanos, asociamos las ideas y reflexionamos al modo terrestre, lo que significa que podemos incurrir en graves errores si aplicamos nuestros conceptos a fenómenos extraños, es decir, si pretendemos encajar a la fuerza ciertos hechos en los esquemas que hemos traído de la Tierra. Estoy completamente seguro que esta mañana todos hemos pensado lo mismo, o sea, que hemos topado con una fosa llena de víctimas de una muerte violenta, de criaturas asesinadas, pero, en realidad, no sé, no sabemos...

—Vuelves a repetir lo mismo, aunque ni tú mismo lo crees —dijo, irritado, el ingeniero.

—No se trata de lo que yo crea o deje de creer —le interrumpió el doctor—. Si en algún lugar están las suposiciones fuera de lugar, es precisamente aquí, en Edén. Tenemos, por ejemplo, la hipótesis en la que se ha «azuzado» a ese perro eléctrico...

—¿Cómo?

—¿Tú llamas a eso una hipótesis? Se trata de un hecho bien comprobado —exclamaron casi al unísono el ingeniero y el químico.

—Están equivocados. ¿Por qué nos atacó? Sobre este punto no sabemos nada. A lo mejor porque nuestro aspecto le recordaba a las cucarachas o las liebres de aquí. Y ustedes, perdón, nosotros, hemos relacionado este comportamiento agresivo con lo que habíamos contemplado antes y que nos causó tan terrible impresión que redujo nuestra capacidad de reflexionar con calma.

—Si hubiéramos esperado, en vez de disparar inmediatamente, ahora serían nuestras cenizas las que estarían en el bosquecillo, ¿o no? —replicó agriamente el ingeniero.

El coordinador guardaba silencio. Su mirada iba de unos a otros.

—Hicimos lo que debimos, aunque es muy posible que se produjera un error por ambas partes. ¿Creen ustedes que ahora encajan todas las piezas del rompecabezas? ¿Qué hay de la fábrica que, a nuestro entender, ha sido abandonada hace ya cientos de años y ha quedado fuera de control? ¿Qué hay de esto? ¿Dónde encaja esta pieza?

Callaron durante un buen rato.

—En mi opinión, hay mucho de verdad en lo que ha dicho el doctor —comenzó a decir el coordinador—. Todavía sabemos demasiado poco. La situación nos es favorable en el sentido que podemos partir del supuesto que ellos no saben nada de nosotros. Lo creo así principalmente porque ninguno de sus caminos, ningún surco, conduce cerca del lugar en que nos encontramos. Pero no podemos admitir que esto vaya a durar mucho tiempo. Querría pedirles que analicemos ahora nuestra situación desde este punto de vista y que expongan vuestras propuestas.

—De momento, nos hallamos prácticamente indefensos en nuestra nave. Si taponamos el túnel, moriremos como ratas. Así que debemos actuar con la máxima rapidez posible, pues podemos ser descubiertos en cualquier momento. Y aunque, al parecer, mi hipótesis

sobre la agresividad de los dobles es sólo fruto de mi imaginación terrestre —dijo el ingeniero, vehemente—, como no puedo pensar de otra manera, propongo o, mejor dicho, exijo que reparemos sin pérdida de tiempo todas las instalaciones y pongamos en funcionamiento el equipo auxiliar.

—¿Cuánto tiempo crees tú que necesitaremos para ello? —preguntó el doctor.

El ingeniero se quedó dudando.

—¿Lo ves? —dijo el doctor con hastío—. Entonces, ¿a qué viene hacernos ilusiones? Nos descubrirán antes que estemos preparados. Aunque no soy especialista en la materia, sí les puedo decir que pasarán largas semanas antes que...

—Por desgracia, es así —declaró el coordinador—. Además, tenemos que reponer nuestra provisión de agua. Por no hablar de todos los problemas que nos va a causar el agua contaminada que ha inundado el piso inferior. Por otra parte, ni siquiera sabemos si podremos hacer nosotros mismos todo lo necesario para reparar los daños.

—Indudablemente, es necesario que hagamos una nueva exploración —concedió el ingeniero—. Incluso varias. Pero podemos hacerlas por la noche. Además, algunos de nosotros, digamos la mitad, o al menos dos hombres, deben permanecer siempre junto al cohete. Pero, ¿por qué hablamos sólo nosotros?

Se volvió inmediatamente a los otros tres, que habían asistido en silencio a la discusión.

—La verdad es que deberíamos trabajar en el cohete con toda la intensidad posible y, al mismo tiempo, investigar esta civilización —dijo el físico prudentemente—. Pero estas tareas son incompatibles. El número de factores desconocidos es tan enorme que ni siquiera una cuidadosa planificación estratégica nos serviría de mucha ayuda. De todas formas, una cosa es indudable: sea cual fuere la decisión que tomemos, no podremos evitar enfrentarnos con un riesgo que fácilmente puede convertirse en catástrofe.

—Ya veo en qué va a terminar la cosa.

La voz profunda del doctor parecía cansada.

—Quieren convencerse del hecho que debemos emprender nuevas excursiones, porque podemos asestar unos cuantos golpes fuertes, es decir, atómicos. Por supuesto, en defensa propia. Y como, al proceder así, tendremos a todo el planeta contra nosotros, no siento el menor deseo de participar en esta aventura pírrica. Y será una victoria pírrica en el supuesto que ellos no conozcan la energía nuclear, algo de lo que, por lo demás, no tenemos ninguna certeza. ¿Qué tipo de motor propulsaba aquella rueda?

—No lo sé —replicó el ingeniero—. Pero, desde luego, no era atómico. De eso estoy casi seguro.

—Ese «casi» puede costarnos la vida.

El doctor se echó hacia atrás, cerró los ojos y apoyó la cabeza, en el borde de un anaquel de la biblioteca que colgaba torcido, con lo que daba a entender que no quería seguir tomando parte en la discusión.

—La cuadratura del círculo —murmuró el cibernético.

—¿No podríamos intentar..., eh..., comunicarnos con ellos? —propuso, vacilante, el químico.

El doctor se incorporó.

—Te lo agradezco. Ya me estaba temiendo que nadie lo diría.

—¡Intentar comunicarnos con ellos significa ponernos en sus manos! —gritó el cibernético, y se puso en pie de un salto.

—¿Por qué? —preguntó fríamente el doctor—. Tenemos armas, incluso nucleares. Pero no vamos a deslizarnos de noche y a escondidas en sus ciudades o en sus fábricas.

—Bien, veamos. ¿Cómo te propones llevar a cabo este intento de contacto?

—Sí, explícate, por favor —pidió el cibernético.

—Admito que no podemos intentarlo ahora —replicó el doctor—. Cuantos más aparatos reparemos en el cohete, tanto mejor. Debemos armarnos, aunque no

necesariamente con armas atómicas... Algunos de nosotros deberán permanecer siempre junto al cohete, mientras que los otros, digamos un grupo de tres, van a la ciudad. Dos de ellos se mantendrán siempre en retaguardia, sin perder de vista al que marcha en primer lugar. Éste intentará entrar en contacto con los habitantes.

—Tú lo tienes todo pensado con mucha exactitud. Naturalmente, sabes también quién va a ir a la ciudad —dijo el ingeniero, en un tono que no presagiaba nada bueno.

—Sí, lo sé.

—Y yo no te permitiré que te suicides ante mis propias narices —gritó el ingeniero.

Se puso en pie de un salto y se acercó al doctor, que ni siquiera alzó la mirada. Temblaba de pies a cabeza. Jamás le habían visto tan excitado.

—Si hemos sobrevivido todos juntos a esta catástrofe, si hemos conseguido liberarnos de la tumba en que se había convertido el cohete, si hemos salido sanos y salvos, y hemos asumido el incalculable riesgo de unas excursiones irresponsables, como si el planeta, un planeta desconocido, fuera algo así como una alameda de paseo, no ha sido para que un maldito cerebro desquiciado, con sus fantasías... —la ira estrangulaba los sonidos en su garganta—. Sé muy bien lo que pretendes —gritó cerrando los puños.

—¡La misión del hombre! ¡El hombre en las estrellas! ¡Estás loco con esas insensatas ideas tuyas! ¿Entiendes? ¡Nadie nos ha querido matar hoy! ¡No había fosas repletas de cadáveres! ¿Qué? ¿Acaso no es verdad?

Se inclinó sobre el doctor. Éste le miró y el ingeniero enmudeció.

—Han querido matarnos. Y es perfectamente posible que se tratara de una fosa repleta de seres asesinados —dijo el doctor.

Todos advirtieron el enorme esfuerzo que hacía por conservar la calma.

—Pero es necesario que vayamos a la ciudad.

—¿Después de todo lo que hemos hecho? —preguntó el coordinador.

El doctor se encogió de hombros.

—Bien, hemos quemado un cadáver... Concedido. Hagan lo que ustedes crean más conveniente. Tomen una decisión. Yo la acepto.

Se puso en pie, cruzó la puerta abierta horizontalmente y la cerró a sus espaldas. Todos aguardaron algunos instantes, como esperando que reflexionara y volviera.

—No era necesario que te excitaras de ese modo —dijo con voz queda el coordinador al ingeniero.

—Sabes muy bien... —empezó a decir éste, pero tras mirarle a los ojos concedió—. De acuerdo, no era necesario.

—En una cosa tiene razón el doctor.

El coordinador levantó el vendaje, que se le había deslizado hacia abajo.

—Lo que hemos descubierto en el norte no tiene nada que ver con lo que hemos encontrado en el este. Calculando muy aproximadamente, estamos a la misma distancia de la ciudad que de la fábrica: unos treinta o treinta y cinco kilómetros en línea recta.

—Más —dijo el físico.

—Es posible. Ahora bien, opino que hacia el sur y hacia el oeste, y a esta misma distancia, debe haber elementos de la civilización. De donde se deduce que hemos venido a caer en el centro de un «desierto de civilización» local, de un «vacío de civilización» de sesenta kilómetros de diámetro. Sería una coincidencia verdaderamente singular. ¿Opinan ustedes lo mismo?

—Yo sí —dijo el ingeniero sin mirar a nadie.

—Yo también.

El químico asintió, y añadió:

—Éste es el lenguaje que deberíamos haber utilizado desde el principio.

—Comparto las dudas del doctor —siguió diciendo el coordinador—, pero considero que su propuesta es ingenua y, en las actuales circunstancias, inoportuna. No es la adecuada para nuestra situación. Todos nosotros conocemos las reglas establecidas para

entrar en contacto con seres desconocidos. Desgraciadamente, estas reglas no prevén un caso como el que ahora nos toca vivir: náufragos poco menos que inermes, refugiados en el interior de una nave averiada y enterrada en la arena. Por supuesto, tenemos que reparar los daños que ha sufrido la nave. Pero, al mismo tiempo, se está produciendo una carrera entre ellos y nosotros por acumular información. Por ahora tenemos la delantera. Hemos aniquilado al que nos atacó. No sabemos la razón de su ataque. Tal vez le hayamos recordado a determinados enemigos; es una hipótesis que debemos comprobar en la medida que nos sea posible. Como no podemos contar con que la nave funcione de nuevo en un corto plazo de tiempo, debemos estar armados contra cualquier eventualidad. Si la civilización que nos rodea ha alcanzado un alto nivel de desarrollo, y me inclino a pensar que así es, entonces, lo que he hecho, lo que hemos hecho, sólo retrasará un poco, en el mejor de los casos, el momento en que nos descubran. Por consiguiente, debemos dedicar todos nuestros esfuerzos a procurarnos armas.

—¿Puedo decir algo? —preguntó el físico.

—Por favor.

—Me gustaría volver sobre lo que ha dicho el doctor, si se me permite decirlo; él es, ante todo, una persona emocional, pero hay también otros argumentos tras su punto de vista. Todos ustedes conocen perfectamente al doctor. Sé muy bien que no se sentiría precisamente entusiasmado por lo que voy a decir en apoyo de su propuesta, pero lo diré de todas formas. No es una circunstancia indiferente la situación en que vaya a producirse el primer contacto entre ellos y nosotros. Si son ellos los que se acercan a nosotros, lo harán siguiendo nuestras huellas. En tal caso, será difícil pensar en un entendimiento. Es indudable que tenemos que contar con que nos atacarán y nos veremos obligados a combatir para defender nuestras vidas. Pero si somos nosotros los que salimos a su encuentro, existe una posibilidad, aunque remota, de llegar a entendernos. Por consiguiente, desde un punto de vista táctico, es mejor conservar la iniciativa y la libertad de acción, dejando por completo aparte los juicios morales respecto a...

—Bien, de acuerdo, pero, ¿qué repercusiones tiene esto en la práctica? —le replicó el ingeniero.

En la práctica no se producirá de momento ningún cambio. Tenemos que procurarnos armas, y con la mayor rapidez posible. De lo que se trata es que, una vez armados, intentemos establecer contacto, pero no en la región que ya hemos explorado.

—¿Por qué? —preguntó el coordinador.

—Porque entonces será sumamente probable que nos veamos envueltos en un combate antes de alcanzar la ciudad. No puede establecerse contacto con seres que van de acá para allá montados en discos. Serían las peores circunstancias que se pueda imaginar.

—¿Y cómo sabes que nos iría mejor en otra parte?

—No lo sé. Lo que sí sé es que en el norte y en el este no tenemos nada que buscar. Al menos por ahora.

—Podemos estudiar esta propuesta —dijo el coordinador.

—¿Algo más?

—Deberíamos poner en marcha el protector —propuso el químico.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en conseguirlo? —El coordinador se dirigía al ingeniero.

—No puedo precisar. Sin los autómatas, ni siquiera podemos llegar hasta el protector. Pesa catorce toneladas. El cibernético tiene la palabra.

—Necesito dos días para revisarlo. Dos días como mínimo.

El cibernético subrayó las últimas palabras.

—Pero, ante todo, hay que reparar mis autómatas.

—¿En ese tiempo piensas reparar todos los autómatas?

En el rostro del coordinador se reflejaba la duda.

—¡Ah, no! Dos días me lleva sólo revisar el protector, y eso contando con que disponga de un autómata. El de reparaciones. Y además necesito otro, el de carga y descarga. Y para revisar éste necesito otros dos días. Eso sin mencionar que ni siquiera sé si podré repararlos.

—¿No se puede desmontar el núcleo del protector y colocarlo aquí arriba, tras un blindaje provisional, al amparo del casco del cohete?

El coordinador miraba al físico, que meneó la cabeza.

—No. Cada uno de los polos del núcleo pesa una tonelada. Además, no los podemos sacar por el túnel.

—Podemos ensanchar la excavación.

—Es que no caben por la puerta de entrada. Además, ten en cuenta que la puerta de carga está a cinco metros del suelo y ya sabes que se ha derramado el agua del contenedor de popa averiado.

—¿Has comprobado el nivel de contaminación del agua? —preguntó el ingeniero.

—Sí. Estroncio. Calcio. Cesio. Todos los isótopos del bario, todo lo que desees. No podemos verterla fuera. Contaminaríamos el suelo en un círculo de cuatrocientos metros. Y tampoco la podemos purificar mientras los antirradiadores no dispongan de filtros en buenas condiciones.

—Y yo no puedo purificar los filtros sin los microautómatas —añadió el ingeniero.

El coordinador, que había ido dirigiendo la mirada de unos a otros durante la conversación, dijo:

—La lista de nuestros «imposibles» es bastante larga, pero eso no importa. Ya es algo que podamos analizarla desde este punto de vista. Vuelvo ahora al tema de nuestro armamento. ¿Sólo nos quedan los lanzadores?

—No son lanzadores —replicó el ingeniero, con un asomo de irritación—. No nos engañemos a nosotros mismos. El doctor ha armado mucho ruido sobre esto, como si estuviéramos a punto de desencadenar una guerra nuclear. Por supuesto, se puede disparar con ellos una solución enriquecida, pero su alcance, en el mejor de los casos, no supera los setecientos metros. Se trata de lanzadores de disparo manual que, además, son peligrosos para el que los dispara, si no cuenta con un blindaje protector. Y el blindaje pesa ciento treinta kilos.

—De hecho, sólo tenemos objetos pesados a bordo —dijo el coordinador, en un tono que nadie supo si era en serio o en broma.

—¿Lo has calculado todo bien, verdad? —su pregunta iba dirigida al físico.

—Sí. Pero hay una variante. Los disparos de dos lanzadores, situados al menos a una distancia de cien metros entre sí, tan concéntricos que los dos rayos coinciden en el blanco. De los dos rayos subcríticos surge entonces un volumen hipercrítico, que provoca una reacción en cadena.

—Esto sirve bien como entretenimiento en el campo de ejercicios de tiro —observó el químico—. Pero en condiciones de combate real me cuesta mucho imaginarme tal precisión.

—¿Todo esto significa que no disponemos ni de un solo lanzador atómico?

El cibernético se inclinó hacia adelante asombrado. Estaba dominado por la ira.

—¿A qué viene entonces toda esta discusión, todo ese alboroto sobre si debemos o no debemos salir con armas tan mortíferas? ¡Estamos dando vueltas en círculo!

—Concedo que hacemos muchas cosas sin la suficiente perspectiva —dijo el coordinador, que seguía conservando la calma—. Admito que lo hemos hecho ya antes. No podemos seguir permitiéndonos semejante lujo. Pero no es enteramente como tú dices.

Miraba al cibernético.

—Hay la primera variante del empleo del lanzador, o sea, disparar la mitad del volumen del contenedor, lo que provoca una explosión en el blanco. Lo único que hace falta es disparar desde la mejor cobertura y desde la mayor distancia posibles.

—¿Significa esto que antes de abrir fuego hay que sepultarse un metro bajo tierra?

—Por lo menos metro y medio, tras un parapeto de dos metros de altura —observó el físico.

—Eso puede resultar en una guerra de posiciones, pero en las exploraciones es simplemente ridículo.

El químico frunció los labios despectivamente.

—Tú olvidas la situación en que nos encontramos —replicó el coordinador—. En caso necesario, uno de nosotros deberá posibilitar el regreso de los demás utilizando el lanzador.

—¡Ah, vaya! O sea, sin haber excavado una trinchera de un metro de profundidad.

—Si no hay tiempo, sin trinchera.

Callaron durante algunos instantes.

—¿Cuánta agua tenemos?

—Apenas mil doscientos litros.

—Es muy poco.

—Muy poco.

—Bien, ahora les ruego que pasemos a las propuestas concretas —dijo el coordinador.

En su blanco vendaje se dibujaba una mancha roja.

—Nuestro objetivo es salvarnos..., y salvar a los habitantes del planeta.

Se produjo un instante de silencio y entonces se oyó, de pronto, tras la pared, una música apagada. Escucharon emocionados los lentos compases de una melodía que todos ellos conocían.

—El aparato no ha sufrido daños —murmuró, asombrado, el cibernético.

Nadie respondió.

—Estoy esperando —prosiguió el coordinador—. ¿Nadie tiene nada que decir? Bien, entonces decido lo siguiente: continuaremos las exploraciones. Si conseguimos establecer contacto en condiciones favorables, haremos todo lo posible por llegar a un entendimiento. Nuestra reserva de agua es extremadamente escasa; como carecemos de medios de transporte, sólo con grandes dificultades lograremos reponerla. Por consiguiente, tenemos que dividirnos. La mitad de la tripulación trabajará permanentemente en el cohete, mientras la otra mitad explora los alrededores. Mañana nos dedicaremos a reparar el todoterreno y a montar los lanzadores. Si lo conseguimos, haremos esa misma tarde una salida en el autómatas. ¿Alguien quiere hacer alguna observación?

—Sí, yo.

El ingeniero, con la cara entre las manos, parecía contemplar el suelo a través de los dedos.

—El doctor tiene que quedarse en el cohete...

—¿Por qué?

El cibernético parecía asombrado. Pero los demás habían comprendido.

—Él..., no tomará ninguna iniciativa. Si es eso lo que has querido decir.

El coordinador habló lentamente, eligiendo con gran cuidado las palabras. La roja mancha de su vendaje era ahora algo mayor.

—Te equivocas, si le juzgas así.

—¿No podríamos llamarle? No quisiera...

—Habla —dijo el coordinador.

—Todos ustedes saben cómo se portó en la fábrica. Pudo haberse matado.

—Sí. Pero fue el único que me ayudó a esparcir las cenizas del cadáver calcinado.

—Eso es cierto.

El ingeniero apartó las manos del rostro:

—Retiro lo dicho.

—¿Alguien quiere tomar la palabra?

El coordinador se incorporó ligeramente, se llevó la mano a la cabeza, tocó la venda y miró sus dedos. Tras la pared seguía sonando la música.

—¿Qué más da aquí o ahí fuera, en la llanura? ¿Quién sabe dónde los encontraremos primero? —dijo el físico, con voz apagada, al ingeniero.

—¿Lo echamos a suertes? —preguntó el químico.

—Eso no daría resultado. Tienen que quedarse siempre los que tengan trabajo en el cohete, es decir, los especialistas.

El coordinador se levantó lentamente, con una cierta inseguridad. De pronto se tambaleó. El ingeniero se puso en pie de un salto y le sostuvo. Le miró la cara. El físico le ayudó del otro lado. Entre los dos le mantuvieron en pie. Los demás dispusieron almohadas sobre el suelo.

—No quiero echarme —dijo.

Había cerrado los ojos.

—Ayúdenme. Gracias. No es nada. Creo que se han soltado los puntos.

—Voy a apagar el aparato.

El químico se dirigió a la puerta. El coordinador abrió los ojos.

—No, no, deja que siga sonando.

Llamaron al doctor. Le cambió el vendaje, le puso algunas grapas adicionales y le suministró una bebida tónica. Luego todos se fueron a dormir a la biblioteca. Eran ya cerca de las dos de la noche cuando apagaron la luz. En la nave espacial reinaba el silencio.

Capítulo Sexto

Al día siguiente, por la mañana, el físico y el ingeniero sacaron de la reserva de la pila atómica cuatro litros de una solución salina de uranio enriquecido. El pesado líquido se hallaba en el laboratorio, que habían limpiado entretanto, en un recipiente de plomo, cuya tapa únicamente podía moverse con tenazas. Los dos hombres se habían puesto trajes protectores de plástico, hinchados como vejigas. Bajo las capuchas llevaban máscaras de oxígeno. Midieron con extremo cuidado las porciones del valioso líquido en una probeta graduada, tomando grandes precauciones para que no se derramara ni una sola gota. Un volumen de tan sólo cuatro centímetros cúbicos podía provocar una reacción en cadena. Unos tubitos capilares especiales de vidrio de plomo servían de mecanismos de carga para los lanzadores, que habían sido firmemente sujetos a soportes colocados sobre la mesa. Una vez finalizado el trabajo, comprobaron con el contador Geiger si la válvula del recipiente estaba herméticamente cerrada e hicieron girar en todas las direcciones cada uno de los lanzadores. No descubrieron escapes.

—No hay aceleración, se mantiene en el nivel normal —dijo el físico, lleno de satisfacción. La máscara le desfiguraba la voz.

La puerta blindada de la cámara acorazada radiactiva, una pesada plancha de plomo, se abrió lentamente, obedeciendo el giro de la manivela. Depositaron dentro el recipiente con el uranio. Cuando se corrieron de nuevo los cerrojos, se quitaron, con un suspiro de alivio, las capuchas y las máscaras de oxígeno de sus sudorosos rostros.

El resto del día se afanaron con el todoterreno. Dado que la puerta de carga estaba bloqueada con el agua contaminada, su primera tarea consistió en desmontar el vehículo pieza a pieza, y luego las sacaron a la superficie a través del túnel. Para ello fue preciso ensancharlo en dos de sus puntos más estrechos. En realidad, el vehículo apenas necesitaba reparaciones, pero hasta entonces no habían podido utilizarlo, porque,

mientras el reactor atómico estuviera fuera de servicio, no tenían la mezcla de isótopos que generaban directamente la corriente para sus motores eléctricos. El vehículo apenas tenía las dimensiones de una colchoneta de campaña. Había espacio para cuatro personas, incluido el conductor. En la parte posterior disponía de una rejilla para el equipaje, con una capacidad de carga útil de doscientos kilogramos. Lo más pequeño eran las ruedas. Su diámetro podía regularse durante la marcha a base de inyectar aire en los neumáticos. De esta forma podían salvar obstáculos de hasta metro y medio de altura.

La preparación de la mezcla propulsora exigió seis horas, pero sólo requería la vigilancia de un hombre, que controlaba el trabajo de la pila atómica. El ingeniero y el coordinador, mientras tanto, recorrían a gatas el túnel, colocando y controlando conductos en un trayecto de ochenta metros entre la sala de control en un extremo y los aparatos de distribución de la sala de máquinas. El químico había montado en el exterior, al amparo del cohete, una especie de infiernillo y, en recipientes resistentes al fuego, hervía una pasta que gorgoteaba como un volcán pantanoso. Desmenuzaba, mezclaba y fundía los pedazos de material plástico que, previamente cribados, había subido en cubos desde la nave. A un lado esperaban ya las matrices. Tenía la intención de fundir de nuevo las placas destrozadas del tablero de mandos de la sala de control. No era aconsejable entablar conversación con él: estaba furioso porque los primeros moldes se le habían resquebrajado.

El coordinador, el químico y el doctor tenían el propósito de emprender una exploración hacia las cinco, tres horas antes de la caída del crepúsculo, en dirección al sur. Como de costumbre, no pudieron cumplir el plazo, y eran ya las seis cuando lo tuvieron todo a punto y debidamente empaquetado. Habían reservado la cuarta plaza para el lanzador. Llevaban consigo un reducido equipaje y aprovecharon el espacio libre para colocar en la rejilla un recipiente de cien litros de capacidad. Los de mayor tamaño no cabían por el túnel.

Tras la comida, el ingeniero se armó de unos grandes prismáticos y se arrastró cuidadosamente a lo largo del casco de la nave, que emergía diagonalmente de la tierra. El cohete había penetrado en el suelo siguiendo un ángulo muy agudo, pero, debido a su longitud, el extremo del casco, con los tubos de propulsión, se alzaba sobre la tierra a una altura superior a la de un edificio de dos pisos. Cuando encontró un lugar cómodo, entre la abertura ensanchada en forma cónica del tubo superior y el recodo que allí formaba el casco, fue dejando resbalar la mirada hacia abajo a lo largo del gigantesco fuselaje iluminado por el sol: ante la negra mancha de la boca del túnel estaban los hombres, apenas mayores que escarabajos. El ingeniero se llevó los prismáticos a los ojos y los asentó firmemente sobre los pómulos. El aumento era considerable, pero la imagen se movía. La postura le cansaba los brazos, tenía que apoyar los codos sobre las rodillas y la empresa no tenía nada de fácil. «Lo único fácil aquí es caerse», pensó. La dura superficie de keramit era tan lisa que resultaba resbaladiza, como si estuviera recubierta de una fina capa de grasa. Se sujetó con la suela de goma perfilada de su calzado contra el tubo situado al frente y comenzó a explorar sistemáticamente el horizonte con los prismáticos.

La luz reverberaba por el calor. Sintió una presión casi física en la cara cuando miró directamente hacia el sur y dio con el sol. No tenía gran esperanza de descubrir algo. Estaba contento porque el doctor hubiera aceptado el plan propuesto por el coordinador y aprobado por todos. Fue él mismo quien se lo expuso al doctor, que, por su parte, no quiso ni oír hablar de disculpas. Bromeó sobre ello. Sólo el final de la conversación le extrañó, incluso le sorprendió. Estaba a solas con el doctor, y parecía que ya no tenían nada más que añadir, cuando de pronto éste se tocó el pecho, como abstraído.

—Quería preguntarte una cosa..., ¡ah, sí! ¿Sabes cómo se puede poner el cohete en posición vertical cuando lo hayamos reparado?

—Primero tendremos que reparar los autómatas de carga y las excavadoras —comenzó a decir.

—No —le interrumpió el doctor—, no estoy al tanto de los detalles técnicos, ya lo sabes. Dime sólo si tú, tú personalmente, sabes cómo hay que hacerlo.

—Te asustan esas diez mil toneladas, ¿verdad? Arquímedes era capaz de mover la Tierra si le daban un punto de apoyo. Tenemos que cavar debajo del cohete y...

—Perdona, no se trata de eso. No te pregunto si lo sabes teóricamente, si conoces los métodos según los libros de consulta. Lo que te pregunto es si tienes la certeza de saber hacerlo..., ¡un momento!..., y si puedes darme tu palabra a fin que cuando me respondas me estarás diciendo lo que piensas.

Aquí el ingeniero había vacilado. Es cierto que quedaban algunos puntos oscuros en el programa de trabajo, por lo demás todavía nebuloso, pero siempre se decía que cuando tuviera que acometer esta fase extremadamente difícil, sabría salir adelante del modo que fuese. Pero antes que pudiera responder nada, el doctor le tomó la mano y se la oprimió:

—No, nada más, Henryk. ¿Comprendes ahora por qué me gritaste de aquella manera? No te lo reprocho. Eres exactamente tan estúpido como yo, sólo que no lo quieres confesar —lo dijo sonriendo de tal modo que al ingeniero le recordó la foto de la época estudiantil que el doctor conservaba en el cajón de su mesa.

El doctor añadió:

—Credo quia absurdum. ¿Has estudiado latín?

—Sí, pero lo he olvidado completamente.

El doctor frunció los ojos, retiró la mano y se alejó. El ingeniero se quedó atrás. Sintió cómo poco a poco iba desapareciendo la presión de los dedos del doctor en su mano y pensó que había querido decir algo completamente diferente y que, si reflexionaba sobre ello, acabaría por descubrir lo que realmente le importaba. Pero en vez de concentrarse, sintió, por alguna razón desconocida, angustia y miedo. En aquel momento, el coordinador reclamó su presencia en la sala de máquinas, donde afortunadamente se acumulaba tal cantidad de trabajo que no tuvo ni un solo segundo para reflexionar.

Ahora recordaba aquella escena y aquella sensación, pero como si se la estuviera contando otra persona. No había conseguido avanzar ni un solo paso. Los prismáticos le mostraban la llanura, que se extendía en suaves ondulaciones hasta donde alcanzaba el horizonte azul celeste y aparecía surcada por franjas de sombra. Lo que había pensado en la víspera, y que se había reservado para sí, es decir, que los descubrirían y que tal vez a la mañana siguiente se verían obligados a combatir, no había sucedido. Ya se había propuesto con frecuencia no entregarse a aquellos pensamientos que le asaltaban constantemente y en los que creía pese a todo. Entornó los ojos para poder ver mejor. A través de los prismáticos observó las acumulaciones de aquellos esbeltos y grises cálices. A veces aparecían cubiertos de polvo que el viento levantaba en remolinos. Debía soplar allí una brisa bastante fuerte, aunque desde su observatorio no podía percibirla. La llanura se elevaba poco a poco en el horizonte y todavía más al fondo —aunque no estaba seguro de si lo que estaba viendo eran simplemente nubes que cruzaban el paisaje a una distancia de doce a quince kilómetros— brillaban largos espesamientos de un color algo más oscuro. De vez en cuando, algo se elevaba allí hacia lo alto y se disolvía o desaparecía. La visión era tan mala que no podía distinguir nada con claridad. Había, sin embargo, en aquella visión una incomprensible regularidad. No sabía qué es lo que estaba viendo, pero podía distinguir el ritmo con que se producía el cambio y se propuso comprobarlo. Con la mirada fija en el segundero, contó ochenta y cuatro segundos entre una aparición y la siguiente.

Colocó los prismáticos en el estuche e inició el descenso, apoyando siempre toda la superficie de las suelas de los zapatos en las láminas de keramit. Entonces oyó pasos a sus espaldas. Se volvió tan rápidamente que perdió el equilibrio, extendió las manos, vaciló y se cayó cuán largo era. Antes de alzar la cabeza percibió con absoluta claridad el

eco de su propia caída. Se enderezó un poco, con sumas precauciones. A unos nueve metros de distancia, en el borde de la tobera de dirección superior, vio algo, pequeño como un gato, que le observaba atentamente. El animalillo —la impresión que se trataba de un animal se le impuso como algo evidente— tenía un pequeño vientre hinchado, de un gris pálido. Ofrecía el aspecto de una ardilla, y pudo ver sus patas sobre el vientre, las cuatro terminadas en garras graciosamente recogidas en el centro. Abrazaba el borde del revestimiento de keramit con algo que brillaba con tonos amarillos, a modo de gelatina solidificada, y sobresalía por debajo de su cuerpo. Su redonda y gris cabeza gatuna no tenía ojos ni boca, pero estaba cubierta por todas partes de negras y brillantes perlas de cristal, a modo de una almohadilla con muchas cabezas de aguja. El ingeniero dio tres pasos en dirección al animal. Estaba tan asombrado que había olvidado dónde se encontraba. Oyó un triple eco, como respuesta a sus pasos. Comprendió que el animalito tenía la facultad de imitar los sonidos. Se fue acercando lentamente y llegó incluso a pensar si no debería quitarse la camisa para utilizarla como red. Pero, en un determinado momento, el pequeño animal se transformó.

Las patitas en el pequeño vientre en forma de tambor se recogieron, la brillante parte posterior se amplió y expandió como un gran abanico, la pequeña cabeza gatuna se enderezó sobre el largo y desnudo cuello y el animal echó a volar, rodeado de una aureola de débil resplandor. Durante algunos momentos flotó inmóvil sobre él, luego giró en espiral, ganó altura, trazó un círculo más y desapareció.

El ingeniero descendió y describió con todo lujo de detalles lo que le había ocurrido.

—Es incluso una buena noticia. Me extrañaba mucho que no hubiera aquí animales voladores —opinó el doctor.

El químico aludió a las «flores blancas» del arroyo.

—Pero aquellas cosas parecían más bien insectos —objetó el doctor—, algo así como mariposas. El aire está aquí muy poco «poblado». Cuando en un planeta se desarrollan organismos vivos, surge una presión biológica en virtud de la cual se llenan todos los medios posibles, los llamados nichos ecológicos. Aquí me ha llamado la atención la ausencia de aves.

—Aquello parecía más bien un murciélago —precisó el ingeniero—. Incluso tenía piel.

—Es posible —replicó el doctor.

No sentía el menor deseo de hacer valer su monopolio en lo referente a conocimientos biológicos. Y más llevado de la amabilidad que del interés, preguntó:

—¿Dices que era capaz de imitar el sonido de los pasos? Es curioso. Es posible que sea algún tipo de adaptación, con una finalidad concreta.

—Sería necesario hacer una comprobación más detenida sobre el terreno, pero no resultaría —opinó el coordinador, saliendo de debajo del vehículo.

El ingeniero se sentía desilusionado ante la indiferencia con que habían acogido su descubrimiento. Pero se dijo para sí que lo que más le había sorprendido eran las circunstancias del encuentro, y no el animalito en sí.

Todos experimentaban un cierto temor del instante de la separación. Los que se quedaban se hallaban junto al cohete y miraban cómo el curioso aparato trazaba en torno a ellos círculos cada vez mayores, guiado por la firme mano del coordinador, sentado a horcajadas en el asiento delantero, ante el parabrisas protector. El doctor y el químico se sentaron detrás de él. En el asiento de al lado tenía el lanzador, con su delgado tubo. En un determinado momento se acercó mucho al cohete, y dijo:

—Procuraremos estar de vuelta hacia medianoche. Hasta la vista.

Aceleró bruscamente, y al cabo de poco tiempo ya sólo podía divisarse un polvo áureo que ascendía cada vez más alto y se desplazaba poco a poco hacia el oeste.

Estrictamente hablando, el todoterreno era poco más que un esqueleto de metal; su piso era transparente, para que el conductor pudiera ver los accidentes del terreno hasta en sus mínimos detalles. Los motores eléctricos estaban adosados a los cubos de las

ruedas. En la parte posterior, encima del recipiente para el agua, se bamboleaban dos ruedas de repuesto. Mientras el terreno fue llano, avanzaron a sesenta kilómetros por hora. Muy pronto, el doctor, que miraba constantemente en todas direcciones, perdió de vista el último vestigio del cohete. Los motores rrrunneaban suavemente, el polvo se elevaba en nubes desde el seco suelo, se disolvía y volvía a depositarse sobre el estepario paisaje.

Permanecieron silenciosos durante largo tiempo. Por lo demás, el parabrisas de plástico sólo protegía contra el viento al conductor, mientras que los que ocupaban los asientos traseros recibían directamente el aire en el rostro, de modo que sólo a gritos podían mantener una conversación. El terreno ascendía y se tornaba cada vez más ondulado. Habían desaparecido los últimos cálices grisáceos. Pasaron junto a aislados bosquecillos muy distanciados entre sí. De vez en cuando se alzaban semirresecos árboles respirantes, con lacios brotes que colgaban y de vez en cuando se estremecían con un débil pulso intermitente. Ante ellos, a lo lejos, se divisaban largos surcos, muy separados los unos de los otros. Pero no pudieron ver ningún disco vibrante. Cada vez que cruzaban un surco, el vehículo daba un salto. Emergían del suelo rocas de agudas aristas, blancas como huesos resecos por el sol, con grandes pedregales en su base. La áspera gravilla chirriaba bajo las panzudas ruedas cuando el vehículo rodaba sobre ella. El desnivel aumentó y ahora avanzaban con cierta lentitud. Aunque la potencia de los motores les habría permitido mayor velocidad, el coordinador la reducía cuando entraban en terreno accidentado.

Más arriba, entre las pardas ondulaciones, algo brillaba ante ellos. Era una franja larga y estrecha. El coordinador redujo aún más la marcha. Atravesada con la pendiente de la ladera, en el lugar en que ésta desembocaba en una altiplanicie sobre la que se alzaban formas borrosas por la distancia, se extendía a derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, una resplandeciente faja, firmemente empotrada en el suelo. El todoterreno se detuvo cuando las ruedas anteriores tocaron su borde. El coordinador saltó de su asiento, tanteó con la culata del electrolanzador la brillante superficie, golpeó con más fuerza y, finalmente, probó en varios lugares con los pies. No se produjo ni el más mínimo temblor.

—¿Cuántos kilómetros hemos recorrido? —preguntó el químico, cuando el coordinador montó de nuevo.

—Cincuenta y cuatro —respondió.

Conducía con precaución. El todoterreno se bamboleaba suavemente. Cruzaron la faja. Parecía un canal uniforme, lleno de mercurio congelado. Iban dejando tras de sí, con creciente velocidad, los mástiles en sus zócalos, que les flanqueaban a derecha e izquierda. En sus puntas aparecían remolinos oscilantes. Luego, las largas filas de mástiles torcieron, trazando un gran arco, hacia el este. La aguja de la brújula marcaba incesantemente la letra S.

La altiplanicie presentaba un aspecto sombrío. La flora retrocedía poco a poco en su lucha con las masas arenosas arrastradas por el abrasador viento del este. En las pequeñas dunas crecían negruzcos matorrales que, a ras del suelo, mostraban un pálido color carmín. Vainas coriáceas caían de ellos. De vez en cuando, algo ceniciento se deslizaba rápidamente en la reseca maleza. Una o dos veces un animal fugitivo saltó ante las ruedas del todoterreno, pero se precipitó con tal rapidez en la espesura que no pudieron distinguir sus formas.

El coordinador evitaba la maleza. Una vez incluso se vio obligado a retroceder, porque habían avanzado a lo largo de una estrecha vereda que acababa en un montículo arenoso en medio de los matorrales. La región se tornaba cada vez más abrupta e impenetrable, acusando la falta de agua. La mayoría de las plantas estaban quemadas por el sol y crujían sordamente, como si fueran de papel, al cálido viento. El todoterreno se abría paso infatigablemente entre las paredes de ramas colgantes. De los racimos

aplastados surgía un polvo amarillento que cubría el parabrisas, las ropas, los rostros. Desde los arbustos ascendía hasta ellos un calor sofocante que dificultaba la respiración. El doctor se alzó de su asiento y se inclinó hacia adelante. Chirriaron los frenos y se detuvieron.

La altiplanicie, hasta entonces tan lisa como una mesa, se interrumpía a quince pasos delante de ellos. El matorral se prolongaba como un negro cepillo, de color ambarino bajo el sol, hasta el borde mismo de la fractura. Al otro lado del valle, que permanecía oculto a sus miradas, se alzaban las laderas de las montañas. El coordinador se bajó y avanzó hasta el último arbusto, cuyas largas ramas se mecían suavemente contra el fondo del cielo.

—Descenderemos —decidió al regresar.

El vehículo avanzaba con grandes precauciones. De pronto se elevó la parte posterior y estuvo a punto de dar una vuelta de campana. El bidón para el agua chocó estrepitosamente contra la rejilla del portaequipajes y los frenos chirriaron premonitoriamente. El coordinador conectó la bomba. Las ruedas aumentaron a ojos vistas su diámetro y en seguida se notaron menos las desigualdades de la empinada pendiente. Se deslizaron sobre una lanosa capa de nubes, de cuyo interior brotaba una maza cilíndrica, bulbosa en la parte superior, de humo marrón. El humo apenas se disolvía en el aire, ascendía verticalmente sobre la cima de las montañas. Esta erupción volcánica por así decir, duró aproximadamente ochenta segundos. Luego, la columna de humo se desvaneció con gran rapidez y se ocultó entre las blancas nubes hasta desaparecer por completo en ellas, tragada por las mismas gigantescas fauces que antes la habían expulsado.

Todo el valle aparecía dividido en dos planos: el superior yacía bajo el cielo soleado; el de abajo permanecía oculto a la mirada, tras una opaca capa de nubes hacia la que el todoterreno se dirigía, meciéndose y brincando, en un chirriar de frenos. Los rayos del sol, ya muy bajo en el horizonte, iluminaron todavía algunos instantes las lejanas laderas del otro lado, donde resplandecían, entre la espesura de arbustos grises y violeta, bajas formas con brillantes superficies. Resultaba difícil distinguir lo que eran, porque el sol se reflejaba en ellas. La blanca capa de nubes estaba ahora directamente delante de ellos. El límite de la altiplanicie, nítidamente marcado por la dentada línea de los arbustos, quedaba ya muy por encima de sus cabezas. Fueron reduciendo cada vez más la velocidad. En cierto momento se vieron rodeados por ondeantes vapores. Percibieron una sofocante humedad. Ya casi había oscurecido. El coordinador frenó aún más. Ahora avanzaban casi al paso. Pronto sus ojos se acostumbraron a la lechosa penumbra. El coordinador encendió los faros, pero los apagó al instante porque su luz se perdía inútilmente en la niebla. De repente desaparecieron los vapores. Arreció el frío, el aire rezumaba humedad. Ahora se hallaban en una pendiente más suave, justamente bajo las nubes que se extendían a lo lejos, hasta las grises y negruzcas manchas, en el fondo del valle. Algo brillaba ante ellos en el aire, como una capa de líquido aceitoso. Era como si de pronto estuvieran viendo las cosas a través de un velo. El doctor y el químico se restregaron los ojos, pero en vano. Desde el opalescente vaho avanzaba en línea recta hacia ellos un punto oscuro. El vehículo rodaba ahora sobre un terreno prácticamente llano. Era tan liso como si hubiera sido nivelado y cementado artificialmente. El punto negro ante ellos aumentó de tamaño y vieron que rodaba sobre redondos globos. Se trataba de su propio vehículo, reflejado sobre la superficie. Cuando la imagen se hizo tan grande que ya casi podían reconocer sus propios rostros, comenzó a diluirse y acabó por desvanecerse. Pasaron por el lugar en el que esperaban encontrar el espejo invisible, sin tropezar con ningún obstáculo. Sólo les persiguió una tibia onda de calor, como si cruzaran una ardiente barrera invisible. Al mismo tiempo desapareció también aquel molesto fenómeno que les empañaba los ojos y les dificultaba la visión.

Los neumáticos chapotearon. El vehículo cruzaba una llana zona pantanosa, más bien una charca. El suelo estaba cubierto por oscuros charcos de agua. Desde ellos ascendía un olor amargo, como de restos de un incendio. De vez en cuando formaban irregulares ondulaciones en los claros del suelo. La tierra parecía empapada y el agua se escurría en arroyuelos que se juntaban formando pozas. Un poco hacia la derecha se elevaban oscuras ruinas de aspecto desagradable. No montones de escombros, sino semejantes a sucios tejidos arrugados que se amontonaban y entrecruzaban hasta alcanzar varios metros de altura o bien se ovillaban directamente sobre el suelo, con vacías e irregulares bocas negras. El vehículo pasó al lado de unas fosas. No podían ver su contenido. El coordinador frenó, dirigió el vehículo hacia el esponjoso montículo arcilloso hasta que lo tocó con la rueda delantera, paró, se bajó y trepó por la ladera. Se inclinó sobre una fosa rectangular. Cuando los otros vieron cómo cambiaba su expresión, saltaron de sus asientos y escalaron la pendiente. Un terrón arcilloso se deslizó bajo los pies del doctor y el lodo salpicó. El químico le sujetó firmemente.

En la fosa, cuyas perpendiculares paredes parecían como trazadas por una máquina, yacía de espaldas un cadáver desnudo, con el rostro hundido en el agua sucia. Sólo la parte superior de los gruesos músculos pectorales, en los que se distinguía un torso infantil, sobresalían por encima del negro espejo del agua.

Los tres alzaron la cabeza, se miraron unos a otros y regresaron. El agua rezumaba en la pastosa arcilla cuando pisaban sobre ella.

—¿Es que sólo hay tumbas en este planeta? —preguntó el químico.

Se hallaban junto al vehículo y parecían no saber qué camino tomar. El coordinador volvió la pálida cara y dirigió una mirada a su alrededor. En filas irregulares se alzaban por doquier aquellas colinas arcillosas. A la derecha volvían a distinguirse porciones de las harapientas ruinas. Entre ellas serpenteaba una línea de blanco brillo. Al otro lado, detrás de las manchas de arcilla revuelta, resplandecía una empinada superficie que se estrechaba hacia arriba. Parecía hecha de un poroso metal terroso. En su base confluían varias franjas dentadas. A lo lejos, entre nubes que se desplazaban perezosamente, algo resplandecía, negro como la pared de una gigantesca caldera. Pero también podía ser otra cosa, porque a través de los jirones de la niebla o entre los vapores sólo podían distinguirse fragmentos aislados del conjunto. Lo único que se percibía era que allí se alzaba algo gigantesco, como si estuviera excavado en una montaña.

El coordinador quería subir inmediatamente al vehículo cuando llegó hasta ellos un gemido profundo, como si surgiera de debajo de la tierra. Los blancos velos de niebla de la izquierda, que hasta entonces lo habían ocultado todo, se dispersaron en un poderoso soplo, y al instante siguiente los tres hombres se vieron envueltos por un penetrante y amargo hedor. Contemplaron la estructura, dirigida hacia las nubes, de una extraña chimenea. De ella surgía, como si fuera una catarata invertida, una oscura columna de unos cien metros de espesor, que chocaba contra las lechosas nubes ondulantes y desaparecía en ellas. El espectáculo duró cerca de un minuto y luego retornó el silencio. Resonó de nuevo el apagado gemido, el soplo de aire agitó sus cabellos y cambió de dirección y las nubes descendieron de nuevo. De ellas surgieron largos penachos que rodearon, hasta casi ocultarla, la negra chimenea.

A una señal del coordinador subieron al vehículo. El todoterreno avanzó entre sacudidas sobre montículos de arcilla hasta la siguiente fosa. Miraron dentro. Estaba vacía, en ella sólo había agua negra. De nuevo se percibió a lo lejos un apagado rumor. Las nubes se abrieron; de la volcánica chimenea surgió un oscuro geiser y se repitió de nuevo la succión. Pero ahora apenas si se fijaron en aquel cambio rítmico, aquel bullir de las nubes y del humo en la caldera del valle, porque la marcha reclamaba toda su atención. Cubiertos de barro hasta las rodillas, saltaban entre los pastosos montones de arcilla, trepaban por las resbaladizas colinas y miraban el interior de las fosas. A veces, el

agua se deslizaba bajo sus pies y el suelo resbalaba. Descendían, montaban de nuevo en el vehículo y reemprendían la marcha.

En siete de las dieciocho fosas que exploraron encontraron cadáveres. Pero, extrañamente, a cada nuevo descubrimiento iba siendo menor su horror, su repugnancia, su aversión. Habían recuperado su capacidad de observación. Advirtieron así que el agua disminuía en las fosas a medida que, avanzando en zigzag sobre el pantanoso suelo, se acercaban a la pared de vapor que alternativamente cubría y descubría el negro coloso. Cuando se inclinaron, una vez más, sobre una de aquellas fosas rectangulares, cuyo suelo estaba cubierto por un cuerpo encorvado, advirtieron que, de alguna manera, aquel cadáver se diferenciaba de los demás. Parecía más pálido y con otra forma distinta. No pudieron confirmar su impresión. Prosiguieron la marcha, bajaron del vehículo, encontraron otras dos fosas, esta vez vacías, y, en la cuarta, ya seca y apenas alejada unos pasos de la empinada superficie en forma de pala, descubrieron un cadáver que yacía de costado y cuyo pequeño torso mantenía las manos extendidas. Una de ellas aparecía escindida en su extremo en dos gruesas prolongaciones.

—¿Qué es eso? —exclamó agitadamente el químico, oprimiendo el hombro del doctor—. ¿Lo ves?

—Sí.

—Éste parece distinto. No tiene dedos.

—Tal vez un minusválido —murmuró el coordinador, pero no parecía muy convencido.

Se detuvieron una vez más en la última fosa antes de la empinada ladera. Daba la impresión de ser muy reciente. La arcilla se desprendía de las paredes lenta y temblorosamente, como si una enorme pala la hubiera arrancado sólo unos momentos antes del cuadrado hoyo.

—¡Dios mío! —masculló el químico y, pálido como un cadáver, saltó del montículo. Estuvo a punto de caer rodando.

El doctor dirigió una mirada interrogativa al coordinador.

—¿Me ayudarás a trepar fuera?

—Desde luego. ¿Qué te propones?

El doctor se arrodilló, se apoyó en el borde de la fosa y se deslizó cuidadosamente, procurando no tocar con los pies el gran torso. Se inclinó sobre él y retuvo instintivamente la respiración. Visto desde arriba, daba la impresión que bajo los músculos pectorales, justo por debajo del punto en el que el carnoso torso emergía de entre los dos pliegues cutáneos, una barra metálica se había hundido en la masa inerte.

Pero de cerca comprobó que se había equivocado.

De entre los pliegues de la piel sobresalía una prolongación umbilical gris oscura y delgada. Estaba unida a un pequeño tubo metálico, cuyo largo y curvado extremo estaba tapado por la joroba de la criatura muerta. El doctor lo tocó, al principio con muchas precauciones; luego se acercó, se inclinó aún más y comprobó que la embocadura de metal, que brillaba a través de la piel que la recubría, estaba unida a ésta por una especie de costura de pequeñas perlas brillantes, colocadas en fila. Durante algunos instantes meditó si no sería mejor arrancar el tubito junto con la prolongación. Lentamente echó mano del cuchillo que llevaba en el bolsillo, todavía indeciso, pero cuando se enderezó, su mirada cayó sobre la carita pequeña y plana que se apoyaba sobre la pared de la fosa, en posición innatural, y sintió un sobresalto.

Allí donde la criatura que había visitado el cohete tenía la nariz, ésta tenía un ojo azul, muy abierto, que parecía contemplarle con silenciosa fuerza. Alzó la mirada. «¿Qué pasa ahí?», oyó preguntar al coordinador. Vio su cabeza negra contra el fondo de las nubes, y comprendió por qué no lo habían advertido desde arriba: la pequeña cabeza estaba reclinada de tal modo contra la pared que había que situarse donde él estaba ahora para poder descubrirla.

—Ayúdenme a subir —dijo, y se apoyó sobre las puntas de los pies.

Se asió a la mano que le tendía el coordinador, quien, a su vez, le sujetó por el cuello del traje y le izó con ayuda del químico. El doctor miró a los dos con los ojos entornados.

—¡No entendemos nada de esto! ¿Me oyen bien? ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

Más tranquilo, añadió:

—Jamás, hasta este momento, habría podido imaginarme una situación en la que un hombre no pudiera entender nada, verdaderamente nada.

—¿Qué has descubierto? —preguntó el químico.

—Se distinguen unos de otros —dijo el doctor, mientras se encaminaban al todoterreno—. Unos tienen dedos, y otros, no. Algunos tienen nariz, pero no ojos; otros tienen un ojo, pero carecen de nariz. Algunos son grandes y oscuros y otros son blancos y con un torso más pequeño. Los unos...

—¿Y qué importancia tiene? —le interrumpió, con impaciencia, el químico—. También entre los seres humanos hay diversas razas, diferentes rasgos y varios colores de piel. ¿Y qué es lo que hay aquí que no puedes entender? Lo que aquí importa es algo diferente: se trata de saber quién ha llevado a cabo esa espantosa carnicería y con qué objeto.

—No estoy tan seguro que se trate de asesinatos —replicó el doctor suavemente, con la cabeza inclinada.

El químico le miró estupefacto.

—¿Qué estás imaginando?

—No sé nada —dijo el doctor haciendo un esfuerzo. Se limpiaba mecánicamente con un pañuelo la arcilla de las manos—. Pero de una cosa sí estoy seguro.

Se irguió súbitamente.

—No puedo explicarlo, pero estas diferencias no me dan la impresión de ser como las raciales dentro de un mismo género. Ojos y nariz, sentido de la vista y sentido del olfato son cosas demasiado importantes.

—También en la Tierra hay hormigas que han alcanzado niveles aún más altos de especialización. Unas tienen ojos, y otras, no. Las hay que pueden volar mientras que otras sólo pueden caminar, hay obreras y soldados. ¿Quieres que te dé lecciones de biología?

El doctor movió los hombros.

—Para todo lo que sucede aquí tienes un esquema completo y acabado traído de la Tierra. Si hay un detalle, un hecho que no encaja, simplemente lo ignoras. No puedo demostrártelo aquí y ahora, pero simplemente sé que lo de aquí no tiene nada que ver ni con las diferencias raciales ni con las diversas especializaciones dentro de un mismo género. ¿Recuerdan aquella pieza, el extremo de tubo que parecía la punta de una aguja, la que encontré cuando hice la autopsia? Naturalmente, todos creíamos (y yo el primero) que alguien, no sé quién, había asesinado o pretendido asesinar a aquella criatura. Pero lo de aquí es algo completamente diferente. Éste de aquí tiene un apéndice, mamario tal vez, o algo parecido, y el tubito ha sido simplemente implantado, insertado. Lo mismo que cuando se practica una traqueotomía y se le coloca al enfermo un tubito en la tráquea. Claro que esto no tiene nada que ver con una traqueotomía; de hecho, la criatura no tiene tráquea en ese lugar. No sé de qué se trata y no entiendo absolutamente nada, pero eso, por lo menos, sí lo sé.

Subió al todoterreno y preguntó al coordinador, que rodeaba el vehículo para ir a su puesto:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Que debemos seguir —contestó, y agarró el volante.

Capítulo Séptimo

Cayó el crepúsculo. Dando un amplio rodeo, bordearon la empinada superficie. No se trataba, en contra de lo que habían imaginado, de una estructura arquitectónica, sino de la punta más avanzada de una corriente de lava, ya aplanada, cuyas dimensiones sólo ahora podían abarcar. Desde la parte superior del valle descendía a lo largo de la pendiente, se había solidificado en docenas de escarpadas fracturas y cascadas, y, en su sección inferior, aparecía llena de abolladuras, como escorias metálicas. Sólo muy arriba, donde la pendiente era claramente más pronunciada, sobresalían desnudas aristas de roca en aquel oleaje petrificado.

Al otro lado, el paso, de varios centenares de metros de longitud, con su seco suelo arcilloso cruzado por zigzagueantes grietas, estaba bloqueado por la pared de una cadena montañosa, cuyas cimas se perdían en las nubes. La cadena parecía estar cubierta —hasta donde podía verse a través de los claros de las nubes— de un negruzco cinturón de flora. A la plomiza luz del atardecer, la coagulada corriente, seguramente residuo de alguna poderosa erupción volcánica, producía, con las brillantes crestas de sus olas solidificadas, la impresión de un gran iceberg.

El valle era mucho más ancho de lo que parecía visto desde arriba. Detrás del paso se abría un brazo lateral que avanzaba sobre un terreno liso, junto a las protuberancias magmáticas con forma de hogazas de pan. A la derecha, el suelo casi pelado ascendía por la montaña en franjas oblicuas a modo de terrazas. Algunos aislados jirones de nubes grises pasaban por encima. Aún más arriba, exactamente delante de ellos, podía oírse cada pocos segundos, en la profundidad de la caldera superior del valle, el geiser, tapado en aquel momento por los peldaños de piedra. Entonces, un zumbido sordo y prolongado llenaba todo el valle.

El paisaje iba perdiendo poco a poco sus colores. Las formas se diluían, como sumergidas bajo una capa de agua. En la distancia se perfilaban los ocres pliegues de paredes o laderas rocosas. Sobre todo aquel confuso caos flotaba un suave resplandor, como el de los rayos del sol poniente, aunque el sol estaba oculto tras las nubes.

A ambos lados del paso, cada vez más amplio, se alzaban oscuros colosos en forma de maza, en una doble fila regular. Parecían estrechos globos, enormemente altos. Cuando el vehículo cruzó por debajo del primero de ellos, las sombras de la gran forma acentuaron el crepúsculo. El coordinador encendió los faros y al instante todo lo que caía fuera del cono de luz se tornó oscuro, como si de pronto hubiera descendido la noche.

Las ruedas se deslizaban sobre dunas de escoria petrificada. Los fragmentos de escoria tintineaban como cristal. Los conos de luz exploraban las tinieblas. Cuando caían sobre las paredes de los contenedores o de los globos, se encendían con todos los colores del arco iris. Habían desaparecido los últimos vestigios de suelo arcilloso. Ahora rodaban sobre una superficie suavemente ondulada, parecida a lava petrificada. En las hondonadas había oscuros y superficiales charcos de agua, que se dispersaban, chasqueando, bajo las ruedas. Ante la pared de nubes se divisaba una construcción negra semejante a una columnata, tan delicada como una telaraña. La tenue tela unía dos construcciones en forma de maza, distanciadas entre sí unos doscientos metros, y en las que aparecían máquinas caídas de costado. En la abovedada arquería había grandes aberturas. Podían verse en ellas puntas de las que colgaban jirones quemados. El vehículo se detuvo. Comprobaron que el metal estaba corroído por el orín. Así entonces, las máquinas debían estar allí desde mucho tiempo atrás.

El aire era cada vez más húmedo. Llegaba hasta ellos un viento que les traía un olor a quemado. El coordinador redujo la marcha y se dirigió a los cimientos de la siguiente construcción en forma de maza. Cruzaron una plancha, de bordes desconchados en algunos lugares, engarzada con láminas transversales provistas de un sistema de muescas. La parte inferior del edificio era una larga línea negra que se ensanchaba, aumentaba y, finalmente, se transformaba en una entrada. El tabique que la coronaba se abovedaba en forma cilíndrica. Era imposible calcular a primera vista sus verdaderas

dimensiones. Sobre el hueco que se abría oscuramente y llevaba a una profundidad desconocida se alzaba un techo fungiforme, que colgaba rugoso, como si el arquitecto se hubiera olvidado de él y lo hubiera abandonado en aquella forma inacabada.

Avanzaban ya bajo el amplio techo. El coordinador levantó el pie del acelerador. La espaciosa entrada finalizaba en las tinieblas. Las luces de los faros se perdían desvalidamente en ellas. A derecha e izquierda se sucedían anchos montones de ruinas cóncavas abovedadas, que ascendían como las vueltas de enormes espirales. El vehículo frenó y avanzó lentamente, siguiendo el canal que llevaba a la derecha.

Una absoluta oscuridad les rodeaba. Ante los conos de luz aparecían durante segundos, en los bordes del canal, largas filas de mástiles inclinados, insertados como telescopios. De pronto, algo flameó sobre ellos con múltiples luces. Al levantar la cabeza, divisaron una danza de fantasmas que despedían un pálido fulgor. El coordinador conectó el faro de gran ángulo junto al volante e iluminó el entorno. El rayo luminoso se deslizó sobre blancas formas parecidas a escarabajos, como si ascendieran por los peldaños de una escalera. Surgidas de la oscuridad, resplandecían con un óseo brillo blanco y desaparecían al instante. Miles de imágenes reflejadas les herían los ojos con cegadoras llamaradas.

—Esto no sirve.

La voz del coordinador estaba desfigurada por el alto y metálico eco del espacio cerrado.

—Un momento, tenemos los flashes.

Descendió. A la luz de los faros se movía como una negra sombra en el borde del canal. Se oyó un choque metálico, y luego gritó:

—¡No miren a los lados, miren hacia arriba!

Retrocedió de un salto. Casi en el mismo momento se inflamó el magnesio con un terrible silbido y un fulgente resplandor fantasmal arrojó en un instante las tinieblas hacia los lados.

El canal, de cinco metros de anchura, en el que se encontraban, finalizaba un poco más arriba en un arco que desembocaba en un pasillo transparente, más bien un pozo. El pozo ascendía recto y penetraba, como un tubo plateado, en la terrible y resplandeciente aglomeración de cápsulas que colgaban sobre ellos, y, como hormigueantes celdas de una colmena de cristal, llenaban todo el espacio cupuliforme. El reflejo del flash se multiplicaba en las delgadas y transparentes paredes. Detrás, en el interior de las celdas cristalinas, que mostraban una envoltura abovedada, en cierto modo esponjosa, podía verse toda una galería de esqueletos deformados, osamentas blancas como la nieve, casi fulgurantes, apoyadas en zócalos en forma de pala, con un abanico de costillas que brotaban, a modo de radios, de un disco óseo ovalado. Cada una de aquellas cajas torácicas abiertas por delante albergaba un delgado esqueleto, un poco inclinado hacia adelante, que podría haber pertenecido a un ave o a un mono pequeño, y estaba coronado por una esférica y desdentada calavera. Filas interminables brillaban como encerradas en huevos cristalinos y ascendían más y más alto, en espiral, a través de numerosos pisos, cada vez más anchos y más altos. Miles de paredes vesiculares multiplicaban y descomponían la luz, hasta el punto que no podían distinguirse las formas verdaderas de sus imágenes reflejadas.

Permanecieron completamente inmóviles durante varios segundos. Luego extinguieron las luces de magnesio. De nuevo reinó la oscuridad, rasgada por un último relámpago amarillento, en el que centellearon una vez más los vientres de los cristales vesiculares. Al cabo de casi un minuto advirtieron que los faros del vehículo seguían encendidos. Sus conos luminosos descansaban en el suelo de las cristalinas cápsulas.

El coordinador condujo el todoterreno directamente hasta la entrada del pozo, donde desembocaba el canal en una embocadura cónica. Chirriaron los frenos. El vehículo giró

ligeramente y se situó en diagonal respecto de la pendiente, para evitar que se precipitara hacia abajo si fallaban los frenos. Se bajaron.

El túnel, con su transparente tubo, ascendía abruptamente, pero ayudándose de los brazos parecía posible acometer el ascenso. Sacaron el reflector de un soporte esférico y treparon por el pozo, arrastrando tras de sí el cable de conexión.

Cuando ya habían avanzado cerca de cuarenta metros, comprobaron que el pozo cruzaba todo el interior de la cúpula. Las transparentes celdas quedaban a ambos lados, justo encima del cóncavo suelo sobre el que se veían obligados a avanzar muy encorvados, lo que resultaba sumamente fatigoso. Pero al poco tiempo disminuyó la inclinación. Cada cápsula se achataba en el punto en que tocaba la pared de la cápsula siguiente y se unía al túnel con una extremidad en forma de trompa, cuyo acceso estaba cerrado con una redonda tapa lenticular de cristal oscuro, que ajustaba perfectamente a la abertura. Prosiguieron la marcha. A la movediza luz desfiló la danza de huesos. Los esqueletos tenían diversas formas. Pero sólo lo advirtieron al cabo de un rato, cuando ya habían pasado revista a toda una serie de ellos. Para distinguir su variedad era preciso comparar los ejemplares de jaulas muy distantes entre sí.

Cuanto más ascendían, más claramente se advertía que se iban cerrando las cajas torácicas de los esqueletos. Los pies eran más pequeños, como devorados por el ancho disco óseo. Los torsos, en cambio, tenían cabezas más grandes, los cráneos mostraban curiosas tumefacciones laterales, las sienes se redondeaban, de modo que algunos de ellos poseían en cierto modo como tres bóvedas craneanas, una mayor en el centro y otras dos laterales, a la altura de los orificios auditivos.

Los tres hombres, que avanzaban en fila india, habían recorrido ya un piso y medio de la espiral cuando una súbita sacudida los detuvo. El cable de conexión entre el proyector y el todoterreno no daba más de sí. El doctor quiso seguir adelante alumbrándose con su linterna, pero el coordinador se opuso. Desde el túnel principal arrancaban, cada dos metros, otros túneles secundarios, de modo que hubiera sido muy fácil extraviarse en aquel laberinto, como soplado en cristal. Empezaron el regreso. De pasada, intentaron abrir una de las tapas. Lo intentaron con una segunda y una tercera, pero todas ellas estaban como fundidas con los bordes del transparente revestimiento.

El suelo de las cápsulas aparecía cubierto de una capa de fino polvo blanco, en el que, según el diferente grosor, se dibujaban curiosas figuras. El doctor, que iba en último lugar, se detenía a cada paso delante de las abovedadas paredes. No lograba descubrir cómo estaban suspendidos los esqueletos, en qué se apoyaban. Intentó rodear uno de aquellos «racimos» por un pasillo lateral, pero el coordinador le apremiaba. Por tanto, tuvo que renunciar a su exploración, tanto más cuanto que el químico, que llevaba el proyector, se había alejado y reinaba una oscuridad total entre las centelleantes paredes.

Descendieron rápidamente. Al fin pudieron respirar con alivio el aire, que junto al todoterreno era mucho más fresco que el estancado y recalentado del túnel de cristal.

—¿Regresamos? —preguntó, indeciso, el químico.

—Todavía no —replicó el coordinador.

Situó el vehículo en el canal. Los faros describieron un gran arco en la fulgurante oscuridad. Descendieron a lo largo de la tortuosa línea inclinada y se acercaron a la entrada, que inundada por la última luz crepuscular producía la impresión de una pantalla.

Ya fuera, el coordinador decidió rodear la cilíndrica construcción. La base tenía una especie de ménsula cónica y abovedada de metal fundido. Todavía no habían hecho la mitad del recorrido cuando ante la luz de los faros aparecieron largos bloques unidos entre sí, con bordes tan afilados como cuchillas de afeitar, que les cerraron el paso.

El coordinador dirigió el faro central hacia los lados. Ante la inquietante luz surgió, en el fondo, una negra cascada de lava. El magma se precipitaba desde la altura de una pendiente invisible en la oscuridad y colgaba sobre su entorno como una pared semilunar, apoyado en un espeso bosque de pilares, de mástiles y brazos hundidos en tierra

oblicuamente. Era imposible seguir. La maraña de aquellas construcciones, con las oscuras sombras movedizas bajo la luz de los faros, presionaba, como un sistema de sólidos escudos unidos entre sí, contra la punta de la solidificada ola de lava. En algunos lugares se habían desplomado grandes lienzos, de color mate en la parte superior y brillantes como negro cristal en las secciones rotas, y habían colmado de escombros la empalizada de metal. Al mismo tiempo, el frente de magma había crecido, desplazado y separado en varios lugares los escudos, había penetrado entre ellos, había doblado los mástiles y los había arrancado de su anclaje.

Aquella imagen de la impotente lucha contra las fuerzas telúricas del planeta impresionaba por su obstinación, pero los hombres estaban tan familiarizados con ella, la sentían tan de cerca, que de alguna manera les infundía valor. El todoterreno retrocedió al espacio abierto entre los colosos en forma de maza y avanzó por el valle.

La extraña avenida se prolongaba en línea recta. De pronto se hallaron entre plantaciones, parecidas a trigales, de aquellos esbeltos cálices que ya habían visto en la llanura junto al cohete. En los dedos luminosos del proyector, sinuosos arbustos mostraban frutos carnosos de color rosáceo. Cuando les alcanzaba la luz, se encogían como sobresaltados, pero se trataba de un movimiento demasiado somnoliento como para transformarse en una acción decidida. Tan sólo una onda de débil temblor se deslizaba algunos metros por delante de la luz de los faros.

Se detuvieron una vez más ante la penúltima construcción cilíndrica. La entrada estaba bloqueada por algunas secciones que se habían desprendido. Algo chirriaba bajo sus pies. Alumbraron dentro, pero la luz de la linterna era demasiado débil. Tuvieron que recurrir de nuevo al reflector del todoterreno. Penetraron con él en el interior.

Un fuerte hedor llenaba la oscuridad y la mancha de luz que dentro de ella saltaba de un punto a otro, un hedor como de materia orgánica atacada por elementos químicos. Ya a los primeros pasos se hundieron hasta las rodillas en montones de vidrios rotos. El químico se enredó en una red metálica. Cuando consiguió librarse de ella, vieron bajo los escombros largos fragmentos amarillentos. El proyector descubrió en la altura un hueco abierto en la bóveda del que colgaban racimos de cristal. Algunos estaban abiertos y vacíos. Había por todas partes restos de esqueletos. Regresaron al vehículo y prosiguieron la marcha. Pasaron ante un cúmulo de ruinas ocultas en una hondonada. El reflector barrió una nueva pendiente y oblicuas construcciones, ampliadas en su parte superior en forma de cráter, que estaban ancladas en el suelo mediante curvos garfios y apoyaban la pendiente. El todoterreno dejó de saltar y bambolearse; ahora se deslizaba sobre una lisa superficie, como construida con cemento. Ante las luces que muy delante se pulverizaban en pequeñas nubes grises, surgió un borroso espaldar que cerraba el camino, una larga fila de columnas y luego otra, todo un bosque, sobre el que se apoyaba una bóveda de medio punto. Aquella curiosa nave sin paredes estaba abierta en todas las direcciones. Debajo del punto en el que los arcos, como alas prestas a alzar el vuelo, abandonaban las columnas, se veían los arranques enrollados en forma de hojas, empastados, brotando delicadamente, de nuevos arcos posibles aún sin terminar.

El todoterreno avanzó entre las columnas, sobre una serie de escalones finos como dientecillos. Su forma presentaba una curiosa regularidad, no geométrica, sino más bien vegetal. Aunque todos se parecían, no había dos iguales. Surgían por doquier minúsculas desviaciones de las proporciones, cambios de sitio de los nudosos espesamientos que albergaban los brotes de las aladas hojas.

El vehículo rodaba silenciosamente sobre la pétreo meseta. Iban dejando rápidamente a sus espaldas las largas filas de columnas y, con ellas, el bosque de las planas sombras giratorias. Todavía una segunda fila, luego otra más, y la bóveda desapareció. Se hallaban en el espacio abierto. A lo lejos se divisaba un débil resplandor.

El todoterreno se deslizó despacio sobre la roca fundida. Los frenos chirriaron suavemente y el vehículo se detuvo a un metro de distancia de una pétreo garganta, cuyo talud se abría inesperadamente delante de ellos.

A sus pies se dibujaba una confusa maraña de muros que, al modo de las antiguas fortificaciones terrestres, estaban sólidamente afianzados en el suelo. Sus puntas llegaban a la altura en que ellos se hallaban. Contemplaron, como a vista de pájaro, el negro interior de las estrechas y retorcidas callejuelas y las verticales paredes. En los muros podían distinguirse filas de aberturas cuadradas con redondeadas esquinas, algo más oscuras, que se inclinaban hacia atrás y destacaban oblicuamente contra el cielo. Los perfiles pétreos, no iluminados por luz alguna, se confundían en una masa uniforme. Mucho más al fondo, sobre las crestas de los siguientes muros, allí donde la vista no podía alcanzar, titilaba un resplandor irregular. A una distancia aún mayor, las manchas de luz se hacían más numerosas. Como una inmóvil niebla dorada, diluían en el polvo, fundidos en un único resplandor, los confines de piedra.

El coordinador se puso en pie y dirigió el reflector hacia la calle que se hallaba justamente a sus pies. El haz de luz cayó sobre una solitaria columna fusiforme que se alzaba, a unos cien pies de distancia de ellos, entre paredes arqueadas e inclinadas hacia atrás. Por sus costados fluía el agua, temblaba y brillaba silenciosamente. En las planchas triangulares en torno a la columna se divisaba un poco de arena de río. Cerca, en el borde de la luminosidad, descansaba una plana vasija volcada. Sintieron el hálito del viento nocturno al que, en las callejuelas, respondía un suave susurro, como de paja deslizándose sobre la piedra.

—Esto debió ser un poblado —dijo reflexivamente el coordinador, y dejó vagar cada vez más lejos la luz del reflector.

A partir de una pequeña plaza, con una fuente, se ramificaban estrechas calles, flanqueadas por paredes perpendiculares. Los muros producían la impresión de espolones de naves unidos entre sí. Los espacios intermedios asemejaban una obra fortificada, con hondas aberturas rectangulares inclinadas hacia atrás. Desde las aberturas ascendían a lo alto negras franjas desgastadas, como huellas de un incendio que hubiera devastado en otro tiempo aquel lugar. El rayo luminoso del reflector rastreó en el otro lado, resbaló sobre los puntiagudos muros, saltó a la negra cavidad de la entrada de un zaguán y siguió avanzando por las abiertas gargantas de las callejuelas.

—¡Apaga la luz! —exclamó de pronto el doctor.

El coordinador siguió la indicación. Sólo al sobrevenir la oscuridad advirtió el cambio que se había producido en el espacio abierto ante ellos.

El uniforme y fantasmal resplandor que abarcaba las almenas de los distantes muros y las siluetas de los tubos o chimeneas del primer plano se fraccionó en islas aisladas y se hizo más débil. Una ola de oscuridad, que rodaba desde el centro hacia los extremos, lo iba extinguiendo. Durante algunos instantes todavía brillaron algunas columnas solitarias; luego también se apagaron. La noche fue devorando, uno tras otro, todos los tramos de los pétreos caminos hundidos, hasta que desapareció el último vestigio de luz. Ni una sola chispa temblaba en la oscuridad total.

—Saben que estamos aquí —dijo el químico.

—Es posible —contestó el doctor—; pero, ¿por qué había luces allí? ¿Y han notado cómo se han apagado? A partir del centro.

Nadie respondió.

El coordinador se sentó. Las tinieblas les rodeaban como un negro manto.

—No podemos bajar ahí con el todoterreno. Si lo dejamos aquí, alguien tiene que quedarse con él —dijo.

Callaron. Ni siquiera podían ver sus rostros. Tan sólo percibían el susurro del viento que soplaba, desde algún punto, por encima de ellos. Luego, desde atrás, desde la nave sin paredes, les llegó un ligero rumor, como si alguien se acercara caminando

sigilosamente. El coordinador escuchó con concentrada atención, giró con lentitud el apagado reflector, apuntó a ciegas y lo encendió. En el semicírculo de las blancas manchas luminosas, de las columnas y de las negras sombras sólo les contemplaba el inmóvil vacío.

—¿Quién se queda? —preguntó.

No hubo respuesta.

—Bien, entonces me quedo yo —decidió.

Asió el volante. El todoterreno avanzó, con los faros encendidos, por el borde del poblado. Apenas cien pasos más adelante tropezaron con una escalera descendente, incrustada entre murallas de piedras, con estrechos y bajos peldaños.

—Yo me quedo aquí —dijo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó el químico.

—Son las nueve. Les doy una hora. Dentro de una hora deben estar aquí de vuelta. Pueden topar con dificultades al regresar. Exactamente dentro de cuarenta minutos lanzaré un flash. Diez minutos después encenderé el segundo, y otros cinco minutos después, el tercero. Procuren estar en algún punto elevado a esas horas, para que puedan ver la señal. Vamos a sincronizar los relojes.

En el silencio que los rodeaba sólo se percibía el sonido del viento. El aire era mucho más frío.

—Dejen aquí el lanzador grande. En esos lugares tan estrechos no tiene utilidad.

Al hablar, el coordinador, igual que los otros, bajaba la voz.

—Tienen que arreglárselas con los electrolanzadores. Por lo demás, debemos establecer contacto, pero no a cualquier precio. Está todo claro, ¿no?

Se dirigía al doctor, que hizo un signo de asentimiento. Por la noche no es precisamente el momento más favorable para ello. Tal vez lo mejor sea que se limiten a orientarse en la región. Sería lo más razonable. En todo caso, podemos volver aquí más tarde. Deben procurar mantenerse siempre juntos, el uno debe cubrir siempre al otro y no se adentren demasiado en ningún rincón.

—¿Cuánto tiempo esperarás? —preguntó el químico.

El coordinador esbozó una sonrisa. Al reflejo de las luces su cara tenía un aspecto ceniciento.

—Hasta que tengamos éxito. Marchen ya.

El químico se colgó el electrolanzador del cuello para tener libres los brazos. El arma se balanceaba en el pecho. Iluminó con la linterna los peldaños de la escalera. A continuación bajó el doctor. De pronto, una blanca luz irradió desde arriba. El coordinador les alumbraba el camino. Las irregularidades de la pétreo superficie aparecían gigantescamente agrandadas y llenas de sombras. Avanzaron en los largos pozos de luz bordeando la pared, hasta que en la esquina opuesta apareció un amplio zaguán. Estaba flanqueado a ambos lados por columnas que, a medida altura, sobresalían del muro, como si quisieran escapar de él. Arriba, una escultura en forma de racimo de uvas coronaba el dintel. El débil rayo de luz del reflector del todoterreno caía, como un abanico circular, sobre el negro barniz del zaguán, cuyo umbral parecía desgastado como por miles de pisadas. Penetraron lentamente. La entrada era muy amplia, como si hubiese sido construida para gigantes. En las paredes interiores no había vestigios de juntas; parecía que todo el edificio hubiera sido fundido en una sola pieza. El zaguán acababa en una pared ligeramente inclinada hacia dentro. A ambos lados podían verse filas enteras de nichos. Cada uno de ellos tenía profundas concavidades en el suelo, a modo de hornacinas. Por encima, una especie de chimenea sobresalía del muro. Las linternas sólo iluminaban la parte inferior, triangular, que tenía negras paredes recubiertas de barniz.

Salieron al exterior. A medio centenar de metros se perdió la luz que les acompañaba, porque el muro trazaba un recodo. De aquel punto partía una callejuela, enmarcada en un hexaedro regular. Apenas habían entrado en ella, cuando algo cambió inesperadamente.

El pétreo gris del contorno se extinguió, como apagado por un soplo. El químico miró a su alrededor. La oscuridad le rodeaba por todas partes. El coordinador había apagado el reflector, cuyos últimos destellos todavía penetraban hasta aquel lugar.

El químico alzó la mirada. No podía ver el cielo. Sólo podía adivinarlo, sentir en el rostro su lejana y fría presencia.

Sus pasos volvieron a resonar en el silencio. La piedra respondía uniformemente. En las callejuelas, el eco sonaba breve y apagado. Como puestos de acuerdo, ambos alzaron la mano izquierda y avanzaron a lo largo del muro. La piedra era fría y casi tan lisa como el cristal.

Al cabo de un momento, el doctor encendió la linterna, porque creía ver un espesamiento de oscuras manchas. Se hallaban en una plazoleta, circunvalada de muros como el suelo de un pozo. En las cóncavas paredes, sólo interrumpidas por las callejuelas que allí desembocaban, aparecía una doble hilera de ventanas, inclinadas hacia atrás y orientadas hacia el firmamento, de modo que era casi imposible verlas desde abajo. Iluminaron con las linternas todos los rincones. En la callejuela más estrecha descubrieron unos empinados peldaños que conducían hacia abajo; por encima corría una viga horizontal de piedra directamente adosada a los muros. Debajo colgaba una oscura tina, ensanchada en los extremos como un clepsidra. Eligieron la calle más ancha. Muy pronto advirtieron que el aire cambiaba. El rayo luminoso de la linterna, dirigido hacia arriba, mostraba una bóveda, agujereada como un colador, como si alguien hubiera hecho aberturas triangulares en la lisa capa pétreo distendida como una piel.

Siguieron avanzando. Caminaron por calles empedradas y espaciosas como galerías, cruzaron bajo bóvedas de las que pendían tinajas o campanas informes. De los dinteles de las puertas, adornados con rica ornamentación vegetal, colgaban jirones como de telarañas. Miraron los amplios zaguanes vacíos, cuyas bóvedas, como toneles, tenían grandes aberturas redondas. De ellas sobresalían trozos de roca a modo de piñas. Sobre los muros reaparecían inclinadas estrías con espesamientos transversales orientados hacia arriba, parecidos a restos de escaleras sobre las que se hubiera derramado una masa solidificada. De vez en cuando sentían en el rostro una vaharada de aire cálido. Durante algunos cientos de pasos avanzaron sobre planchas casi blancas, hasta llegar a la siguiente bifurcación. Eligieron la calle descendente. Los muros se apoyaban en sólidos cimientos, en los que había nichos llenos de hojas marchitas. Siguió bajando cada vez más a lo largo de una inclinada superficie de peldaños finalmente dentados. Bajo sus pies, el polvo vibraba a la luz de las linternas. A derecha e izquierda se abrían entradas de criptas, de las que les llegaba un aire estancado y sofocante. Los rayos de luz de sus linternas eran impotentes frente a las tinieblas reinantes y quedaban colgados de un caos de formas incomprensibles que parecían abandonadas a su suerte desde mucho tiempo atrás. El camino ascendía de nuevo. Siguió avanzando, hasta que desde arriba sopló el hálito de alturas súbitamente descubiertas.

Recorrieron nuevas calles, pasaron junto a numerosos pasadizos que se entrecruzaban, atravesaron plazas. La luz rebotada en las paredes. Las sombras parecían tener alas y echarse a volar, en negras bandadas, ante sus pies; se amontonaban y se perdían en los pasajes abiertos, ante cuyas entradas acechaban columnas que sobresalían de los muros y se inclinaban las unas hacia las otras. El eco de sus pasos acompañaba incansablemente sus movimientos.

Les dio la impresión que había algún ser vivo cerca de ellos. Apagaron las linternas y se arrimaron a una pared. El corazón les palpitaba fuertemente. Algo se deslizaba, se arrastraba. Se percibió el eco inconfundible de ruido de pasos; se debilitó. A lo largo de los muros fluyó un suave murmullo, como de arroyos subterráneos o, a veces, como si brotara de la profundidad de un pozo. Desde un nicho de piedra surgía un gemido inacabado, en medio de vahos enrarecidos. ¿Era la voz de un ser vivo o el susurro del aire tembloroso? Siguió avanzando.

En la oscuridad les parecía que a su alrededor se deslizaban formas. Observaron cómo desde una callejuela lateral avanzaba un pequeño rostro, pálido a la luz, marcado por profundas arrugas. Cuando llegaron a aquel punto había desaparecido; sobre las piedras sólo se veía un jirón de hoja de oro, delgado como el papel. El doctor guardó silencio. Sabía muy bien que aquella excursión, con todos sus peligros, en condiciones nocturnas, era una absoluta insensatez. Y todo por su culpa, ya que el coordinador había aceptado aquel riesgo porque el tiempo apremiaba y porque él, el doctor, había insistido tan obstinadamente en aquel intento de comunicación. Docenas de veces había decidido ir sólo hasta el próximo recodo, hasta la próxima callejuela lateral, y luego dar la vuelta, pero seguía avanzando. En una alta galería cayó al suelo, unos pasos delante de ellos, una vaina en forma de racimo. La levantaron. Estaba todavía caliente, como si hubiera estado en contacto con una mano. Pero lo que más les extrañaba era aquella oscuridad, en la que no se veía el brillo de una sola luz. Y, sin embargo, los habitantes del planeta tenían ojos, tenían el sentido de la vista. Era indudable que habían advertido su presencia y, por consiguiente, debían contar con que en algún momento toparían con centinelas. Les sorprendía aquella quietud en un lugar habitado, como testificaban las luces que habían divisado antes desde arriba.

Cuanto más se prolongaba la expedición, más les parecía una pesadilla. Pero lo que más echaban en falta era la luz. Las linternas eran sólo una ilusión de ella, no hacían sino acentuar aún más las tinieblas a su alrededor, en las que únicamente percibían fragmentos aislados, desligados del conjunto y, por tanto, incomprensibles. En cierto momento oyeron los dos, muy cerca, el claro sonido de unos pies que se arrastraban por el suelo. Cuando corrieron tras él, se hizo más rápido. La callejuela se llenó del rumor de la huida y la persecución. El eco rebotaba en las angostas paredes. Avanzaban con las linternas encendidas. Les acompañaba un gris resplandor sobre sus cabezas, como una bóveda, que casi les tocaba cuando se inclinaba y luego volvía a elevarse rápidamente. El techo de luz flotaba en ondas, desfilaban rápidamente las negras gargantas de las callejuelas transversales. Al fin, agotados por aquella insensata cacería en el vacío, se detuvieron.

—Escucha, quizás sólo quieren atraernos —dijo el químico, tosiendo.

—¡Tonterías! —susurró el doctor agriamente, y dirigió el haz de luz de la linterna a su alrededor.

Se hallaban junto al seco brocal de piedra de un pozo. En los muros se abrían negras cavidades. En una de ellas se pudo ver durante un instante una pálida y delgada carita. Pero cuando dirigieron hacia allí el cono de luz, la abertura estaba vacía.

Reanudaron la marcha. Era ya seguro que estaban rodeados por alguna clase de criaturas. Las sentían por todas partes. La presión se hizo insoportable. Al doctor se le ocurrió que un ataque, una lucha en esa oscuridad, sería mejor que aquella insensata excursión que no llevaba a ninguna parte. Miró el reloj. Había pasado ya casi media hora, pronto tendrían que regresar.

El químico, que le precedía unos pasos, alzó la linterna. En un recodo del muro se abría una puerta, coronada por una ojiva. A ambos lados del umbral se hallaban dos bulbosos troncos de piedra. Cuando penetró en la oscura entrada dirigió hacia arriba la linterna. El rayo de luz resbaló sobre una serie de nichos en la pared y cayó sobre varias desnudas y apretujadas jorobas, que permanecían inmóviles y aovilladas.

—Aquí están —susurró, y retrocedió instintivamente.

El doctor se acercó. El químico seguía alumbrando. El desnudo grupo se apretujaba como petrificado contra la pared. En un primer momento llegó a creer que no tenían vida. A la luz de la linterna, gotas acuosas brillaban en sus espaldas. Se detuvo algunos instantes, desconcertado.

—¡Eh! —dijo suavemente, y sintió que en aquella situación no había ni un ápice de lógica.

Fuera, en algún lugar en la altura, sonaba un penetrante y vibrante silbido. Un gemido de muchas voces ascendió hacia la pétrea bóveda. Ninguno de los seres aovillados hizo el más mínimo movimiento. Sólo gemían, con voces roncas. Al mismo tiempo se produjo agitación en la calle. Se oía un lejano rumor de pasos que se transformó en galope. Varias figuras oscuras pasaron rápidamente con grandes saltos; el eco respondía cada vez más lejos. El doctor miró por la puerta, pero no se veía nada. Su desconcierto se transformó en ardiente ira. Se hallaba de pie, en la entrada, y apagó la linterna para oír mejor. Desde la oscuridad brotó un cercano rumor de pasos.

—¡Vuelven!

El doctor notó que el químico alzaba el arma. La agarró por el cañón y la dirigió hacia el suelo, mientras empujaba hacia atrás al químico.

—¡Nada de disparos! —gritó.

El recodo de la calle se pobló de pronto. Ante el cono de luz pasaban brincando gibas que pululaban por doquier. Oían entrechocar los grandes y blancos cuerpos. Sombras gigantescas, como aladas, volaban al fondo; al mismo tiempo se alzó un griterío, una tos ronca. Varias voces rotas empezaron a gemir lastimeramente. Una enorme masa se desplomó ante los pies del químico y chocó contra sus piernas. Mientras caía, divisó, durante una fracción de segundo, un pequeño rostro que le contemplaba fijamente con blancos ojos. La linterna cayó sobre las piedras; se hizo una oscuridad total. La buscó desesperadamente, tanteando como un ciego en el pavimento.

—¡Doctor, doctor! —gritó.

Su voz se perdió en el estruendo. A su alrededor se deslizaban rápidamente docenas de cuerpos. Los enormes torsos con sus pequeñas manitas se empujaban unos a otros. Pudo aferrarse a un cilindro de metal y se puso en pie, pero entonces un fuerte golpe le arrojó contra la pared. Arriba resonaba un silbido. Parecía venir del extremo superior del muro. Durante un segundo todo pareció paralizarse. Sintió la oleada de calor que brotaba de los ardientes cuerpos. Algo chocó con él, vaciló y gritó al sentir el repugnante y viscoso contacto. De pronto se vio rodeado de jadeantes respiraciones.

Oprimió el contacto de la linterna. Brilló la luz. Durante unos segundos desfilaron ante él poderosos torsos gibosos en sinuosas líneas. Desde arriba le miraban parpadeando, hasta donde alcanzaban a ver, ojos cegados; oscilaron las rugosas y pequeñas cabezas, y luego los desnudos cuerpos, empujados por otros, se precipitaron hacia adelante. Lanzó un grito. En la salvaje confusión no pudo percibir su propia voz. Tenía la espalda magullada. Incrustado entre los húmedos y cálidos cuerpos, sus pies perdieron contacto con el suelo. Ni siquiera intentó defenderse; sintió que era golpeado, arrastrado, empujado. El agudo hedor le sofocaba. Con crispación, sujetó la linterna que estaba aprisionada sobre su pecho. Iluminó algunos de los rostros que le rodeaban. Le contemplaban aturdidos y retrocedían. Pero la multitud no dejaba espacio libre. El estrépito de voces excitadas inundaba las tinieblas. Los pequeños torsos, empapados en un acuoso líquido, buscaban protección en los pliegues de los músculos pectorales. De pronto, una gigantesca onda expansiva lanzó contra la entrada al grupo en el que se encontraba el químico. En medio del tumulto pudo distinguir, a través de la espesura de manos y torsos entremezclados, la brillante luz de la linterna y el rostro del doctor; su boca estaba abierta profiriendo un grito. Luego, la imagen desapareció. Creyó que el penetrante hedor le asfixiaría. La linterna brincaba con el cristal bajo su mandíbula iluminaba en la oscuridad rostros sin ojos, sin nariz, sin boca, rostros planos, ancianos, abatidos, y todos estaban como rociados con agua. Sintió los golpes que le asestaban las gibas. Durante un instante hubo un poco de espacio abierto a su alrededor, pero luego fue oprimido de nuevo, lanzado de espaldas contra la pared. Su nuca chocó contra una pequeña columna, la sujetó firmemente e intentó abrazarse a ella. Pero las nuevas oleadas que venían presionando le arrojaron hacia atrás. Intentó no retroceder con todas

sus fuerzas, luchó por mantenerse en pie. Si caía, era el fin. Palpó un peldaño de piedra; no, era un trozo de roca. Trepó por ella y elevó la linterna sobre su cabeza.

El espectáculo que aparecía ante sus ojos era estremecedor. Un mar de cabezas se desplazaba de una a otra pared. Los que se hallaban ante el nicho le miraban fijamente con ojos hendidos. Veía sus desesperados y convulsos esfuerzos, como acometidos por un paroxismo, por alejarse de él. Pero eran empujados, como parte de la desnuda masa, hacia la callejuela, y los que se hallaban a los lados eran golpeados contra las paredes. Un estrépito espantoso llenaba la plaza. Y entonces divisó de nuevo al doctor. Había perdido la linterna y se movía, más bien nadaba, entre la multitud, unas veces hacia adelante y otras hacia los costados, como perdido entre los grandes torsos, más altos que él. Unos jirones flotaban en el aire. El químico se defendía ahora de los que le presionaban utilizando el electrolanzador, que sujetaba, como mejor podía, por la culata y el cargador. Notó cómo se le iban paralizando las manos. Los húmedos y escurridizos cuerpos chocaban como arietes contra él, retrocedían y le acosaban de nuevo. La masa se disolvió poco a poco, pero nuevos grupos se acercaban en tromba en la oscuridad. La linterna se apagó. De vez en cuando, un balbuceo, un gemido en medio de las impenetrables tinieblas. El sudor le resbalaba por los ojos, inhaló una bocanada de aire que le quemó los pulmones y estuvo a punto de perder el conocimiento.

Se desplomó en el escalón de piedra, se apoyó de espaldas sobre las frías rocas y recuperó el aliento. Ahora sólo alcanzaba a percibir pisadas aisladas, largos saltos resonantes. El coro de lamentos se alejó. Apoyó las manos en la pared y se puso de pie. Le parecía que sus piernas eran de algodón. Quiso llamar al doctor, pero de su garganta no brotó ningún sonido. De pronto, un blanco brillo arrancó de la oscuridad la cornisa de la pared del frente.

Tardó algunos instantes en comprender que el coordinador les indicaba, con una luz de magnesio, el camino de vuelta.

Se inclinó en busca de la linterna. Ya no recordaba en absoluto cómo o cuándo se le había escapado de las manos. A ras del suelo el aire estaba impregnado de un repugnante hedor, tan insoportable que estuvo a punto de vomitar. Se enderezó. Oyó, en la distancia, un grito, una voz humana.

—¡Aquí, doctor! —chilló. :

Le respondió un nuevo grito, ya más cercano. Una lengua de luz surgió entre las negras paredes. El doctor se dirigía hacia él, vacilando y tropezando, como si estuviera borracho.

—¡Ah! —dijo—, estás aquí, bien...

Agarró al químico por el brazo.

—Me han arrastrado un buen trecho, pero conseguí meterme en un zaguán. ¿Has perdido la linterna?

—Sí.

El doctor seguía sujetándose en su brazo.

—Es sólo un mareo sin importancia —declaró con tono tranquilo, pero todavía sin aliento—. No es nada, se pasará pronto.

—¿Qué era aquello? —susurró el químico, como si se dirigiera la pregunta a sí mismo.

El otro no respondió. Ambos escuchaban en la oscuridad. Se acercó de nuevo el rumor de pisadas, las tinieblas se poblaron de ruidos. A veces llegaba flotando hasta ellos un apagado gemido. De nuevo una luz iluminó las cornisas de los muros, tembló, descendió con un destello amarillento, como una corta y rápida salida y puesta de sol.

—Vamos —dijeron los dos a la vez.

Sin aquellas señales no habrían conseguido regresar antes del amanecer. Pero ahora, guiados por el resplandor que iluminó otras dos veces, como una antorcha, la oscuridad de los hondos caminos de piedra, pudieron mantener la dirección. De vez en cuando tropezaban con alguno de aquellos fugitivos que, asustados por la luz de la linterna, huían

rápidamente a campo abierto. En una empinada escalera tropezaron con un cadáver ya frío. Saltaron silenciosamente por encima de él. Pocos minutos más tarde se encontraron de nuevo en la pequeña plaza con el pozo de piedra. Apenas cayó sobre él la luz de la linterna del doctor, brillaron sobre ellos los focos de los reflectores con su triple resplandor.

El coordinador se hallaba arriba, en lo alto de la escalera que subieron jadeando. Les siguió lentamente hasta el vehículo, en cuyos estribos se sentaron. Apagó los faros y se paseó de un lado a otro en la oscuridad. Aguardaba a que pudieran hablar.

Tras habérselo contado todo, se limitó a decir:

—Bien. Bien. Me alegra que todo haya acabado así. Aquí hay uno, saben...

No le entendieron. Sólo cuando encendió el faro lateral y lo dirigió hacia atrás se pusieron en pie de un salto: a una docena de pasos detrás del todoterreno yacía, inmóvil, un doble.

El doctor fue el primero que llegó hasta él. La luz del reflector era tan fuerte que podía verse hasta la más mínima hendidura en las losas de piedra.

El doble estaba desnudo. La parte superior de su gran torso se alzaba oblicuamente. Un gran ojo azulado, situado entre los entreabiertos músculos pectorales, les contemplaba fijamente. Sólo pudieron ver el extremo del pequeño rostro plano, como a través de la ranura de una puerta entreabierta.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó el doctor.

—Vino desde abajo, unos minutos antes que ustedes. Cuando encendí el flash, huyó, pero luego regresó de nuevo.

—¿Regresó?

—Sí, a este sitio.

Se hallaban allí sin saber qué hacer. La criatura respiraba entrecortada, como tras una larga carrera. El doctor se inclinó e intentó acariciarla, tocar su espalda. La criatura tembló, gruesas gotas acuosas aparecieron sobre su pálida piel.

—Tiene miedo de nosotros —dijo en voz baja—. ¿Qué hacemos?

—Dejarle y marcharnos —propuso el químico—. Ya es hora.

—No vamos a ninguna parte. Escuchen...

El doctor vacilaba:

—¿Saben lo que...?

—No, sentémonos antes.

El doble no se movía. De no haber sido por los movimientos regulares de su pecho, ensanchado como una coraza, se habría dicho que estaba muerto. Siguiendo el ejemplo del doctor, se sentaron en torno al doble, sobre las losas de piedra. Desde las tinieblas les llegó el lejano susurro del geiser. De vez en cuando murmuraba el viento en los invisibles bosquecillos. Una noche impenetrable cubría el poblado. Tenués velos de niebla flotaban en el aire. Al cabo de unos diez minutos, cuando ya casi habían perdido la esperanza, se asomó el doble a través de la hendidura de su cobijo interno. Un involuntario movimiento del químico bastó para que los músculos se cerraran de nuevo, pero esta vez por poco tiempo.

Finalmente, al cabo de una media hora, se puso en pie el gigante. Media casi dos metros, pero habría llegado a mayor altura de haberse enderezado por completo. Al caminar, cambiaba la parte inferior de su informe cuerpo. Daba la impresión que podía estirar y encoger las piernas a su voluntad, pero, en realidad, se trataba del movimiento de los músculos, que sobresalían con la contracción.

Nadie supo explicar cómo el doctor consiguió —y más tarde declaró que tampoco él lo sabía—, tras acariciar varias veces la espalda del doble —que había sacado su torso móvil del nido interior—, y después de haberle dirigido varios gestos de aliento y sugerencias, tomarle por la delgada mano y llevarle hasta el todoterreno. Su pequeña

cabeza, que colgaba hacia adelante, les contemplaba con ingenuo asombro cuando aparecieron en el cono luminoso del reflector.

—¿Y ahora qué? —preguntó el químico—. Aquí no vas a poder entenderte con él.

—¿Qué significa eso de ahora qué? —replicó el doctor—. Nos lo llevamos con nosotros.

—¡Tú estás chiflado!

—Lo estamos bastante —reflexionó el coordinador—, pero pesa por lo menos media tonelada.

—Eso no es problema. El vehículo está calculado para cargas mayores.

—¡Tú no estás bien! Somos tres, aparte del equipaje, lo que supone más de trescientos kilos. Podrían romperse las barras de torsión.

—¿Sí? —dijo el doctor—. Entonces nada. Tendrá que irse.

Empujó al doble hacia la escalera. A la luz del proyector, que cayó inmediatamente sobre él, pareció como si le hubieran cortado la cabeza y se la hubieran cambiado por otra, extraña, demasiado pequeña y, además, hundida en el cuerpo. La gran criatura se acurrucó de repente, como si se hubiera desplomado. En un instante, su piel se cubrió de gotas opalescentes.

—¡No, por todos los diablos! Lo he hecho en broma —balbuceó el doctor.

También los otros dos contemplaron estupefactos aquella reacción. Sólo con grandes esfuerzos consiguió el doctor calmar al doble. Resultó difícil hacer sitio al nuevo pasajero. El coordinador sacó casi todo el aire de las ruedas, de modo que el chasis rozaba el suelo. A la luz del reflector portátil desmontaron los dos asientos posteriores y los colocaron en la rejilla del equipaje. Encima de todos los bultos colocaron el lanzador. Pero el doble se resistía a subir al vehículo. El doctor le acarició, le dirigió palabras tranquilizadoras, le empujó, se subió al todoterreno y luego saltó al suelo. En otras circunstancias habría resultado un espectáculo divertido. Era ya más de medianoche y aún les quedaba para regresar al cohete más de un centenar de kilómetros, en la oscuridad, por terrenos difíciles y casi siempre ascendentes. Al final, el doctor perdió la paciencia. Tomó de la mano al torso, y gritó:

—¡Empújenle por detrás!

El químico vaciló, pero el coordinador apoyó el brazo en la joroba del doble, que emitió un lastimero gemido, vaciló y subió de un salto al vehículo. A continuación, todo discurrió con rapidez. El coordinador inyectó aire en las ruedas y el vehículo avanzó obedientemente, a pesar de la sobrecarga. El doctor se sentó delante del nuevo pasajero. El químico aceptó con paciencia la incomodidad y se sentó detrás del coordinador.

Avanzaron bajo el triple rayo del proyector por los corredores de columnas y luego a lo largo de la «avenida de la maza». En terreno llano, el vehículo desarrollaba una notable velocidad; sólo bajo las masas colgantes de lava tuvieron que reducir la marcha. Al cabo de algunos minutos alcanzaron las colinas de arcilla con su terrible contenido.

Durante algún tiempo avanzaron a través de un terreno pantanoso, donde el vehículo chapoteaba espantosamente, pero luego descubrieron las huellas de sus propias ruedas en el barro y las siguieron. Bajo sus ruedas, el vehículo salpicaba chorros de agua y lodo, y se deslizaba hábilmente entre las arcillosas colinas que aparecían a derecha e izquierda en la triple franja luminosa de los faros. A lo lejos tembló una pequeña llama borrosa que se acercaba a ellos y crecía por instantes.

Pronto pudieron distinguir tres luces diferentes. El coordinador no redujo la marcha. Sabía que era su propio reflejo. El doble se agitaba inquieto, gruñía, se acurrucaba peligrosamente en un rincón, de modo que el todoterreno se inclinaba todavía más hacia el lado izquierdo. El doctor trató de tranquilizarle con suaves palabras, pero sin resultados apreciables. Cuando se volvió a mirarle una vez más, advirtió que la blanca silueta tenía el aspecto de un pilón de azúcar redondeado en su parte superior. El doble había encogido el torso y apenas parecía respirar. Sólo cuando cruzaron la cálida onda y

desapareció la imagen reflejada, dejando a sus espaldas la misteriosa línea, se calmó el pesado pasajero. Ya no se movió ni dio señales de inquietud durante el resto del viaje nocturno, aunque el vehículo ascendía trabajosamente por las montañas, se balanceaba y oscilaba con violentos movimientos. Las ruedas rozaban a veces la carrocería y se veían obligados a avanzar cada vez con más lentitud. El fuerte zumbido del fatigado motor apagaba el estrépito de los neumáticos. En un par de ocasiones, la parte delantera del todoterreno se alzó peligrosamente sobre el suelo. Apenas avanzaban. De pronto, el vehículo resbaló hacia atrás. Bajo sus ruedas se deslizó un banco de arena. El conductor dio un golpe de volante. Se pusieron de pie.

Giró cuidadosamente y retrocedió de nuevo al valle, avanzando en diagonal sobre la pendiente.

—¿Adónde vas? —exclamó el químico.

El frío viento nocturno arrojaba finas gotas de agua en sus rostros, aunque no llovía.

—Buscaremos otro sitio para pasar —le gritó, hacia atrás, el coordinador.

Pararon de nuevo. El rayo del reflector portátil horadaba la altura y palidecía cada vez más en la distancia. Forzaron la vista, pero era poco lo que alcanzaban a ver. Decidieron, entonces, proseguir la marcha confiando en la suerte. Muy pronto, la pendiente se hizo tan empinada como aquella por la que habían resbalado, aunque el terreno estaba seco y el vehículo pudo ascender laboriosamente. Pero apenas el coordinador intentó dirigirlo hacia el norte se alzó peligrosamente y las ruedas delanteras casi quedaron al aire sobre las ruedas traseras. Por tanto, se vieron obligados a viajar desviándose cada vez más hacia el oeste. La situación no les resultaba agradable, porque siguiendo aquella dirección tenían que contar con la eventualidad de tener que cruzar por medio de la maleza. El coordinador recordó que casi todo el borde de la altiplanicie hacia la que se dirigían estaba poblada de arbustos. En realidad, no les quedaba ninguna otra opción. Los faros tropezaron en la oscuridad con una doble fila de blancas figuras que se movían. Eran jirones de niebla. De pronto penetraron en una nube. Aumentó la oscuridad. La respiración se hacía más difícil. También arreció el frío. Sobre el parabrisas delantero y en los tubos de níquel de los asientos se acumulaba el agua que resbalaba en pequeñas gotas condensadas. Era imposible maniobrar en una dirección determinada. El coordinador conducía a ciegas, procurando tan sólo ascender lo más posible hacia arriba.

De improviso, los faros iluminaron de nuevo el suelo. Habían dejado ya a sus espaldas los lechosos ovillos de niebla. Bajo las claras franjas de luz divisaron la empinada cresta de la colina y el negro cielo encima. Todos se sintieron algo mejor.

—¿Cómo va nuestro pasajero? —se informó el coordinador, sin volverse.

—Bien. Parece que duerme —respondió el doctor.

La ladera por la que ascendían era cada vez más empinada. El vehículo se balanceaba incómodamente. Las ruedas delanteras obedecían cada vez menos al volante. El centro de gravedad se había desplazado hacia atrás.

Súbitamente, el vehículo empezó a girar sobre sí mismo, su parte anterior se levantó y a continuación se deslizó varios metros de costado.

—Escucha, ¿no sería mejor que me sentara delante, en el parachoques, entre los faros? —sugirió intranquilo el doctor.

—Todavía no —respondió el coordinador.

Extrajo un poco de aire de las ruedas. El vehículo se hundió un poco y durante algún tiempo avanzó mejor. Las franjas de luz iluminaban ya, muy arriba, la zigzagueante línea de arbustos. Habían dejado atrás la gran llanura arcillosa desnuda. Los arbustos estaban cada vez más cerca, orlaban, como un negro cepillo, la arcillosa fractura. Era impensable poder cruzarla, pero tampoco era posible dar un rodeo para buscar un paso mejor. Siguieron, entonces, avanzando, hasta que el vehículo se detuvo a una docena de pasos de una pared de dos metros de espesor. El firme bloqueo de los frenos recorrió, como una

sacudida, el todoterreno. A la fuerte luz de los faros brillaba el barro amarillo, surcado por raíces filamentosas.

—¡Estamos como al principio! —exclamó el químico.

—Dame la pala.

El coordinador descendió, extrajo una palada de arcilla, la derramó bajo las ruedas traseras del vehículo y volvió a la fractura. Descendió por ella. El químico se apresuró a seguirle. El doctor oyó cómo se abría paso entre la seca maleza. Crujieron ramas, brilló la luz de la linterna del coordinador, desapareció, reapareció en otro lugar.

—¡Repugnante! —oyó refunfuñar al químico.

Algo se deslizó rápidamente. La mancha de luz brincaba en la oscuridad y luego se detuvo inmóvil.

—Esto es peligroso —oyó de nuevo la voz del químico.

—La astronáutica es así —replicó el coordinador.

Y gritó:

—¡Doctor! Tenemos que allanar un trecho, aquí, en el borde. Creo que luego podremos proseguir el viaje. Procura que nuestro pasajero no se asuste.

—De acuerdo.

El doctor se volvió al doble, que seguía acurrucado e inmóvil. Desde algún punto llegaba el ruido de la arcilla deslizándose por la pendiente.

—¡Otra vez! —gritó, tosiendo, el coordinador.

Arroyos de arcilla rodaron sobre la vertiente. Inesperadamente, algo se agrietó con sordo estruendo: una enorme masa pasó rozando el todoterreno y se precipitó en la profundidad. Terrones de tierra chocaron contra el cristal delantero. Abajo resonaba el estrépito de la masa que se iba deteniendo. Durante algún tiempo, la tierra se fue deslizando hacia abajo, a lo largo de la pared. El doctor se inclinó hacia adelante —al doble no le afectaba absolutamente nada lo que estaba ocurriendo— y dirigió el reflector portátil hacia un lado. En la arcillosa pendiente había surgido un ancho boquete en forma de cráter. El coordinador cavaba enérgicamente con la pala. Había pasado ya la medianoche cuando sacaron la bobina de remolque, las pequeñas anclas y los ganchos, afirmaron un extremo de la cuerda en el vehículo, entre los reflectores, y llevaron el otro a través de la brecha, hacia arriba, en la espesura, donde lo aseguraron con un doble nudo. A continuación, el coordinador conectó los motores de todas las ruedas y el de los tambores anteriores. La cuerda se tensó y arrastró al vehículo, paso a paso, a través de la arcillosa garganta. Tuvieron que ensanchar una vez más el boquete, pero media hora más tarde la cuerda y las anclas estaban ya nuevamente empaquetadas y guardadas, y el todoterreno se abría paso, con espantosos chasquidos y crujidos, a través de la espesura. Durante algún tiempo avanzaron muy lentamente. Sólo cuando raleó la maleza, que afortunadamente no ofrecía resistencia, porque estaba seca y era frágil, pudieron acelerar la marcha.

—¡La mitad del trayecto! —dijo el químico al doctor.

Observaba atentamente el cuentakilómetros por encima del brazo del coordinador. Pero según las estimaciones de éste, todavía les faltaba más de la mitad. Calculaba en una docena de kilómetros el rodeo que habían tenido que hacer para salvar la pendiente de la ladera. Inclinado hacia adelante, con la cara casi pegada al cristal, observaba el camino o, mejor dicho, el terreno; intentaba soslayar los obstáculos mayores y salvar los más pequeños pasándolos entre las ruedas. Aun así, el vehículo saltaba y brincaba, de modo que el bidón de hojalata se desplazaba ruidosamente. En los agujeros más pequeños, el todoterreno saltaba hacia arriba y aterrizaba chirriando sobre las cuatro ruedas con los amortiguadores. Pero la visión no era mala. De momento no se había producido ninguna sorpresa. Delante de ellos, allí donde los haces de luz de los faros se dispersaban en la oscura niebla, algo cruzaba fugazmente, una línea, después otra y luego una tercera y una cuarta. Eran los mástiles, cuya fila estaban atravesando. El doctor

intentó observar, sobre el trasfondo del cielo, si las puntas de los mástiles estaban siempre rodeadas de aire en vibración, pero la noche era demasiado oscura. Las estrellas brillaban suavemente. El doble, a sus espaldas, permanecía inmóvil. Sólo en cierto momento se desplazó a un lado, como si la postura le cansara. Este movimiento, tan netamente humano, le produjo una particular impresión al doctor.

Los neumáticos saltaban sobre surcos transversales. Ahora marchaban valle abajo, sobre una llanura de amplias ondulaciones. El coordinador redujo ligeramente la velocidad. Tras un saliente terraplén calcáreo divisaba ya, en el cono de luz, los surcos siguientes. Desde la izquierda le llegó un silbido cada vez más penetrante, un espantoso y sordo zumbido. Luego, una masa ondulante cruzó su camino, su enorme forma resplandeció bajo la luz de los faros y desapareció. Los frenos chirriaron agudamente. Una sacudida. Sintieron sobre sus rostros un hálito caliente y amargo. Se acercaba un nuevo silbido. El coordinador apagó los faros. Cayó la oscuridad; a pocos pasos de ellos pasaron volando, una tras otra, figuras con forma de trombón. Góndolas fosforescentes pasaban rápidamente muy por encima del suelo, mecidas por invisibles discos vibrantes. Se inclinaban un poco, como si se arquearan para formar una curva. Los hombres las contaron: ocho, nueve, diez... Tras la decimoquinta hubo una pausa y pudieron seguir el viaje. El doctor comentó:

—Nunca habíamos visto tantos.

De nuevo se oyó algo. Era un sonido nuevo, desconocido, mucho más profundo. Se acercaba lentamente. El coordinador dio marcha atrás y retrocedió un buen trecho hacia la ladera. Los neumáticos resbalaron sobre el terreno calcáreo cuando el vehículo frenó. En la oscuridad se deslizó una forma indefinible, acompañada de un bajo y profundo estruendo, que hizo vibrar al todoterreno. La luz de las estrellas, muy encima de los árboles, se había hecho más oscura y el suelo oscilaba como si se desplomara sobre él un alud. Como un gigantesco escarabajo, la siguiente aparición pasó bramando, y luego otra. No se veían góndolas, sino tan sólo el contorno irregular, terminado en punta en sus extremos, como una estrella, de un objeto de color rojizo fosforescente que giraba lentamente contra la dirección del movimiento.

Se hizo de nuevo el silencio. En la distancia resonaba el eco de un suave zumbido, que aumentaba y disminuía con ritmo acompasado.

—¡Eran colosales! ¿Los han visto? —exclamó el químico.

El coordinador esperó todavía un rato, luego encendió de nuevo los faros y soltó los frenos. El vehículo se deslizó hacia adelante por su propio peso. Era más cómodo avanzar a lo largo de los surcos, porque evitaban las mayores desigualdades, pero el coordinador no quiso correr riesgos. Podía sobrevolarlos desde atrás alguna de aquellas gigantes y transparentes máquinas. Con un ligero giro del volante, procuró mantener la dirección de los vehículos que se habían cruzado en su camino. Procedían del noroeste y se habían alejado hacia el este. Pero esto no significaba nada. Describían curvas y podían haber hecho antes otras muchas. No hablaba, pero se sentía inquieto.

Eran ya las dos cuando apareció ante ellos, a la luz de los faros, la franja resplandeciente. El doble no se había movido cuando se encontraron con aquellas extrañas formas. Pero desde hacía unos instantes había sacado la cabeza y miraba a su alrededor. Cuando llegaron al cinturón reflectante comenzó de pronto a toser y a jadear, se puso en pie gimiendo y presionó hacia un lado, como si quisiera saltar del vehículo.

—¡Alto, alto! —gritó el doctor.

El coordinador frenó. Se pararon a unos metros delante de la banda reflectante.

—¿Qué pasa?

—Quiere escapar.

—¿Por qué?

—No tengo la menor idea. A lo mejor porque estamos precisamente aquí. Apaga los faros.

El coordinador siguió las indicaciones. Apenas se hizo la oscuridad, el doble regresó a su sitio. Prosiguieron la marcha con las luces apagadas. Durante un largo segundo, las estrellas se reflejaron sobre las negras planchas a ambos lados del vehículo. Ahora el todoterreno avanzaba de nuevo sobre suelo arenoso. Los faros volvieron a brillar en la noche. Se hallaban en la llanura. El vehículo avanzaba a tal velocidad que todo en él vibraba. Las pequeñas rocas calcáreas y sus grandes sombras, que giraban en la arena como en torno a un eje vertical, volaban hacia atrás. La arena saltaba bajo las ruedas. El aire frío les azotaba el rostro y les cortaba la respiración. El motor zumbaba, rugía. Las piedras rechinaban contra el chasis. El químico se encogió para resguardar la cabeza, lo mejor que pudo, detrás del parabrisas. Avanzaban sobre terreno llano. La velocidad iba en aumento. Esperaban divisar el cohete de un momento a otro.

Habían convenido en que los que se quedaran colgarían una linterna en la popa de la nave. Aquella trémula luz era lo que ahora buscaban, pero los minutos pasaban. El vehículo redujo la velocidad y trazó una curva. Se dirigieron hacia el nordeste, pero a su alrededor todo era oscuridad. Desde hacía algún tiempo avanzaban sólo con las luces de posición. Con todo, en aquel momento el coordinador también las apagó, asumiendo así el riesgo de tropezar con algún obstáculo. De pronto creyeron ver una luz parpadeante y fueron hacia allí a toda velocidad, pero al cabo de algunos minutos tuvieron que convencerse del hecho que se trataba de una lejana estrella. El reloj marcaba las dos y veinte.

—Quizá la linterna se ha estropeado —aventuró el químico.

No recibió respuesta. Al cabo de cinco kilómetros trazaron una nueva curva. El doctor se levantó de su asiento y escudriñó la oscuridad. Súbitamente, el vehículo dio un salto, primero las ruedas delanteras, luego las traseras. Habían cruzado por encima de un surco.

—Gira a la izquierda —indicó el doctor.

El vehículo describió un arco. Bajo las luces de posición, ahora de nuevo encendidas, aparecieron montoncitos de arena. Atravesaron un segundo surco, de cerca de medio metro de profundidad. Y entonces vieron, de pronto, un resplandor difuso y delante una larga sombra oblicua, cuya cima apareció rodeada durante unos instantes por una aureola. Al desaparecer la aureola, también perdieron de vista la cima. El vehículo se dirigió a toda velocidad hacia aquel punto. Un nuevo fulgor de la linterna situada en la popa de la nave espacial les permitió distinguir tres figuras. El coordinador encendió los faros. Los tres corrieron hacia ellos con las manos alzadas.

El coordinador frenó y se detuvo cuando los que venían a su encuentro le abrieron paso, a pocos metros detrás de ellos.

—¿Están aquí los tres? —gritó el ingeniero y se acercó al vehículo, pero retrocedió al instante, asustado, cuando contempló la cuarta figura sin cabeza, que se agitaba inquieta.

El coordinador puso las manos sobre los hombros del ingeniero y del físico, como si quisiera apoyarse en ellos. Aparecieron bajo la luz del reflector lateral. El doctor dirigía suaves palabras al doble.

—Todo ha ido bien —dijo el químico—. ¿Y aquí?

—Según se mire —contestó el cibernético.

Se miraron durante algunos segundos. Nadie hablaba.

—¿Quieren que les informemos ahora o nos vamos a dormir? —preguntó el químico.

—¿Tú podrías dormir? ¡Es grandioso! —exclamó el físico—. ¡Dormir! ¡Dios mío! ¡Estuvieron aquí! ¿Lo sabías?

—Me lo imaginaba —dijo el coordinador—. ¿Han luchado con ellos?

—No. ¿Y ustedes?

—Tampoco. Creo que el hecho que ya hayan descubierto el cohete puede ser más importante que lo que nosotros hemos visto. Cuéntennos. Tal vez lo mejor sea que empieces tú, Henryk.

—¿Lo han hecho prisionero? —preguntó el ingeniero.

—Hablando con propiedad, él nos ha hecho prisioneros a nosotros. Es decir, se dejó capturar voluntariamente. Pero es una larga historia. Complicada, aunque por desgracia no entendemos nada.

—Lo mismo nos ha ocurrido a nosotros —dijo el cibernético—. Vinieron aproximadamente una hora después de haberse marchado ustedes. Creí que era el fin —confesó en voz baja.

—¿No tienen hambre? —preguntó el ingeniero.

—Me parece que lo habíamos olvidado completamente. Doctor, ven, por favor —llamó el coordinador.

—¿Celebramos un consejo?

El doctor se acercó a ellos, pero sin perder nunca de vista al doble, que ahora, con movimientos notablemente rápidos, saltó del vehículo y se acercó lentamente a los hombres. Apenas alcanzó el límite del círculo de luz retrocedió y permaneció inmóvil. Le miraron en silencio. La gran criatura se encogió y se echó en el suelo. Durante un segundo contemplaron su cabeza, luego los músculos se contrajeron y sólo dejaron libre un repliegue. A la luz de los faros pudieron ver que su ojo azul descansaba en ellos.

—¿De modo que han estado aquí?

En aquel momento, el doctor era el único que no miraba al doble.

—Sí. Han venido. Veinticinco discos vibrantes, parecidos a aquel que conquistamos. Pero además había otras cuatro máquinas más grandes, no discos verticales, sino como trompos transparentes.

—Nos hemos encontrado con ellos —exclamó el químico.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Hace aproximadamente una hora, cuando regresábamos. Casi hemos chocado con ellos. ¿Qué han hecho aquí?

—No mucho —comenzó a decir el ingeniero—. Vinieron en fila, no sabemos de dónde, porque cuando subimos (fue pura casualidad, pero lo cierto es que los tres estábamos dentro del cohete, literalmente llevábamos cinco minutos) aparecieron uno tras otro y rodearon la nave. No se acercaron más. Creímos que se trataba de tropas de inspección, de una patrulla. Así que pusimos el lanzador bajo el cohete y esperamos. Pero ellos se limitaron a girar a nuestro alrededor, siempre en la misma dirección y a la misma distancia. Esto duró aproximadamente una hora y media. Luego aparecieron las grandes peonzas. ¡Cada una medía treinta metros! ¡Verdaderos colosos! Pero mucho más lentos. Era evidente que sólo podían avanzar siguiendo los surcos que trazaban los otros. Los discos vibrantes les hicieron sitio en su círculo, de modo que, alternativamente, una máquina grande seguía a otra pequeña. Siguieron dando vueltas a nuestro alrededor, unas veces más deprisa, otras más lentamente. Hubo un momento en que dos de ellos estuvieron a punto de chocar. En realidad, sólo se tocaron los bordes. Se oyó un enorme crujido, pero no sucedió nada. Siguieron vibrando.

—¿Y ustedes?

—¿Nosotros? Sudábamos al lado del lanzador. La situación no tenía nada de agradable.

—Lo creo —dijo gravemente el doctor—. ¿Y qué pasó luego?

—¿Luego? Al principio pensé que nos atacarían de un momento a otro; después, que nos mantendrían bajo vigilancia. Pero estaba asombrado por el orden estricto que mantenían, así como por la circunstancia que ellos no se detuvieron ni un solo momento, cuando sabemos que esos discos pueden quedarse inmóviles sobre un lugar. Habían pasado ya más de siete horas y entonces envié al físico a buscar la linterna de señales. Queríamos colgarla para que les sirviera de guía. Pero ustedes no habrían podido verla a través de aquel muro. Sólo entonces me vino la idea que podía tratarse de un asedio. De todas formas pensé que lo primero que había que hacer era intentar establecer contacto

con ellos, mientras fuera posible. Seguíamos igual que al principio junto al lanzador, y empezamos a hacer señales con la linterna, siguiendo una serie: primero dos destellos, luego tres, luego cuatro.

—¿Según Pitágoras? —preguntó el doctor.

El ingeniero intentó inútilmente, a la luz de la linterna, saber si el doctor hablaba en serio o quería burlarse.

—No —dijo finalmente—. Series numéricas absolutamente normales.

—¿Y qué hicieron ellos?

El químico le miraba impaciente.

—¿Cómo se lo describiría? Realmente nada.

—¿Qué es «realmente»? ¿Y qué es «irrealmente»?

—Quiero decir que hicieron diferentes cosas antes que comenzáramos a hacer las señales, mientras las emitíamos y también después, pero no hubo nada que se pueda considerar como un intento de respuesta o un contacto.

—¿Entonces qué hicieron?

—Giraban más lento o más de prisa, se acercaban unos a otros y luego se separaban. En las góndolas algo se movía.

—¿También los grandes trompos tienen góndolas?

—Antes has dicho que también las han visto ustedes.

—Sí, pero estaba demasiado oscuro cuando nos encontramos con ellas.

—No tienen góndolas. Dentro no hay absolutamente nada. Están sencillamente vacías, En cambio, en el borde corre, o mejor dicho, flota un gran contenedor, arqueado hacia el exterior y cóncavo hacia el interior, que puede situarse en varias posiciones. A los lados tiene una serie de cuernos, de espesamientos cónicos. Totalmente sin sentido, desde mi punto de vista, por supuesto. Pero como iba diciendo, ah, sí, estos trompos abandonaban a veces el círculo e intercambiaban su puesto con los discos menores.

—¿Con qué frecuencia?

—Variaba. En cualquier caso, de allí no pudimos extraer ninguna secuencia numérica. Les digo que he registrado todo lo que podría tener alguna conexión con sus movimientos, porque esperaba una respuesta. Incluso realizaron un complicado intercambio. Por ejemplo, durante la segunda hora, las mayores iban tan lentamente que casi estaban paradas. Delante de cada trompo había un disco más pequeño, que se acercaba lentamente hacia nosotros. Pero sólo se adelantaba, como máximo, quince metros en nuestra dirección, seguido por el gran trompo, y luego empezaban a moverse de nuevo en círculo. Hasta entonces había dos círculos, uno interior, en el que giraban cuatro grandes y cuatro pequeñas, y otro exterior, con el resto de los discos planos. Yo me había propuesto hacer algo para facilitar vuestro retorno, cuando súbitamente formaron una larga fila y se retiraron, primero en espiral y luego en línea recta, hacia el sur.

—¿Cuándo ocurrió?

—Algunos minutos después de las once.

—Esto significa que son distintos de los que nosotros hemos encontrado —dijo el químico al coordinador.

—No necesariamente. Han podido detenerse en alguna parte.

—Ahora cuenten ustedes.

—Que informe el doctor —dijo el coordinador, haciéndole una seña.

—Bien. Pues...

El doctor describió con breves pinceladas el desarrollo de la expedición. Luego prosiguió:

—Tengan en cuenta, por favor, que todo lo que aquí ha sucedido nos trae en parte el recuerdo de cosas distintas que conocemos en la Tierra, pero sólo en parte. Faltan algunas piezas en el rompecabezas. Esto es muy significativo. Sus vehículos han

aparecido aquí en orden de batalla. Tal vez se trataba de una patrulla de vigilancia o quizá de la vanguardia de un ejército. O tal vez también del inicio de un asedio. Dicho de otra forma, de todo un poco; pero, al final, no ha ocurrido nada. Y eso es todo lo que sabemos. Aquellas fosas arcillosas eran, por supuesto, horribles. Pero, ¿qué significan en realidad? ¿Son sepulcros? Eso parece. Y luego el poblado, o como queramos llamarlo. Absolutamente increíble. Una horrorosa pesadilla. ¿Y los esqueletos? ¿Un museo? ¿Un matadero? ¿Una capilla? ¿Una fábrica de productos biológicos? ¿Una cárcel? Todo es posible, incluso un campo de concentración. Pero no encontramos allí a nadie que quisiera detenernos o entrar en contacto con nosotros. Y esto es lo más incomprensible, al menos en mi opinión. Es indudable que la civilización de este planeta tiene un elevado nivel. Desde el punto de vista técnico, su arquitectura está muy desarrollada. La construcción de cúpulas como las que hemos visto obliga a resolver difíciles problemas. Y, a su lado, el poblado de piedra, que recuerda una ciudad medieval. ¡Una asombrosa mezcla de niveles de civilización! Es también evidente que deben disponer de excelentes redes de comunicación, puesto que han podido apagar las luces de su antigua ciudad literalmente un minuto después de nuestra llegada. Hemos viajado con gran rapidez y, sin embargo, no hemos encontrado a nadie en el camino... Indudablemente están dotados de inteligencia, pero la multitud que se nos vino encima se comportaba, presa del pánico, como un rebaño de ovejas, sin en el menor rastro de organización... Al principio, parecía que huían de nosotros, pero luego nos rodearon, nos aplastaron, se produjo un caos indescriptible. Nada de todo esto tiene sentido; da más bien la impresión de ser algo demencial. Y así en todo. El ejemplar que hemos matado estaba cubierto con una lámina plateada. Los de allá estaban desnudos. Sólo unos pocos llevaban algún tipo de ropa o de harapos. El cadáver de la fosa tenía un tubito, inserto en una prolongación de la piel y, lo que es más curioso, tenía también un ojo, como el doble que tenemos aquí. Otros carecían de ojos, pero no de nariz, y a la inversa. Cuando pienso en todo esto, me temo que tampoco nos va a servir de mucha ayuda el que hemos traído con nosotros. Naturalmente, intentaremos comunicarnos con él, pero me inclino a pensar que no lo conseguiremos...

—Debemos poner por escrito y catalogar todo el material informativo recogido hasta ahora —propuso el cibernético—, porque de lo contrario nos vamos a desorientar. Y debo añadir..., seguramente el doctor está en lo cierto, pero..., ¿eran los esqueletos realmente esqueletos? Y toda esa historia de la multitud en la calle, que primero les rodeó y luego huyó...

—He visto los esqueletos tan claramente como te estoy viendo a ti ahora. Resulta casi increíble, pero así es. Bien, y en cuanto a la multitud...

El doctor inclinó la cabeza, desconcertado.

—Era absolutamente demencial —afirmó el químico.

—Quizá despertaron a los del poblado y les asustaron. Imagínate un hotel de la Tierra en el que aparece de pronto uno de esos discos vibrantes. ¡Por supuesto que estalla el pánico!

El químico meneó la cabeza. El doctor sonrió:

—Tú no estuviste allí; por eso es difícil explicártelo. Pánico, sí, ¿por qué no? Pero si todas las personas se han escondido o han huido y cuando avanza el disco por la calle uno de los fugitivos corre temblando de miedo, desnudo, como si acabara de saltar de la cama, va detrás del disco y da a entender al comandante que quiere irse con él..., entonces, ¿qué?

—Sí, pero él no lo ha pedido.

—¿Qué no? Pregúntales a ellos si no me crees a mí. Ellos pueden decirte lo que pasó cuando fingí que quería empujarle hacia abajo para que volviera con los suyos. Y por lo demás: ¿un hotel y un terreno sembrado de tumbas, de tumbas abiertas, llenas de cadáveres?

—Amigos, son las cuatro menos cuarto —dijo el coordinador—, y mañana, es decir, hoy, podemos recibir nuevas visitas. La verdad es que aquí puede ocurrir cualquier cosa y en cualquier momento. A mí ya no me sorprende nada. ¿Qué han hecho en el cohete? — la pregunta iba dirigida al ingeniero.

—Poca cosa, hemos dedicado cuatro horas enteras al lanzador. Hemos revisado un cerebro electrónico del tipo «micro» y la instalación de radio podrá entrar pronto en funcionamiento. El cibernético te informará con más exactitud. Por desgracia, se han roto muchas cosas.

—Me faltan dieciséis diodos de niobio-tantano —dijo el cibernético—. Los critrones están bien, pero sin los diodos no puedo hacer nada con el cerebro electrónico.

—¿No los puedes tomar de los otros?

—Los tengo en cantidad. Más de setecientos. Pero no de este tipo.

—¿No hay en alguna otra parte?

—Quizá en el protector, pero no pude llegar hasta allí. Está abajo de todo.

—¿Nos vamos a pasar toda la noche aquí fuera?

—Tienes razón. Vamos. Un momento, ¿qué hacemos con el doble?

—¿Y con el todoterreno?

—Tengo que decirles algo poco agradable: a partir de este momento, tenemos que montar la guardia.

El coordinador los miró de uno en uno.

—Ha sido una perfecta estupidez que no lo hayamos hecho ya antes. ¿Quién se ofrece para las dos horas siguientes, hasta el amanecer?

—Yo mismo.

El doctor alzó la mano.

—¿Tú? De ningún modo, alguno de nosotros —dijo el ingeniero—. Por lo menos, hemos estado aquí.

—Y yo he estado en el todoterreno, bien sentado. No estoy más cansado de lo que puedas estar tú.

—Está bien. Primero el ingeniero, luego el doctor —decidió el coordinador.

Se puso en pie, se frotó las manos, que se le habían quedado frías, subió al vehículo, encendió los faros y le hizo rodar lentamente bajo el casco del cohete.

—Escucha —el cibernético estaba ante el doble que yacía inmóvil—. ¿Qué hacemos con él?

—Lo mejor es que se quede donde está. Seguramente está dormido. No escapará. Si no, ¿para qué ha venido?

—Pero así no se puede quedar, de alguna manera hay que buscarle un refugio —objetó el químico.

Pero ya los demás entraban, uno tras otro, en el túnel. Miró a su alrededor, sacudió malhumorado los hombros y los siguió.

El ingeniero colocó un par de cojines en el suelo, junto al lanzador, y se sentó sobre ellos. Luego, al darse cuenta que podía dominarle el sueño, se puso en pie y comenzó a pasear con pasos regulares de un lado a otro.

La arena crujía suavemente bajo la suela de su calzado. En el este apareció la primera luz gris; poco a poco, las estrellas fueron dejando de titilar y se extinguieron. Un aire frío y puro le llenaba los pulmones. Intentó percibir de nuevo aquel extraño olor que aún recordaba de cuando pisaron por vez primera la superficie del planeta, pero no lo consiguió. El flanco del doble se alzaba y descendía rítmicamente. De pronto, el ingeniero vio que unos delgados y largos palpos salían del pecho de la criatura y le agarraban la pierna. Tiró violentamente, con desesperación, vaciló, estuvo a punto de caer..., y abrió los ojos. Se había dormido mientras caminaba. Aumentó la claridad. Pequeñas nubecillas sueltas formaban una línea oblicua por el este. Sus crestas empezaron a brillar poco a poco. El gris difuso del cielo se mezclaba con el azul, en el que desapareció la última

estrella. Las nubes grises adquirieron tintes dorados, se encendió fuego en sus bordes. Una franja rosada, mezclada con un blanco inmaculado, cruzó el firmamento. El borde achatado y como requemado del planeta se hundió de pronto en sí mismo al contacto del pesado disco rojo. La escena podía haber acontecido en la Tierra.

El ingeniero sintió una indecible y honda desesperación.

—¡Relevo de guardia! —gritó a sus espaldas una voz alta. Se sobresaltó.

El doctor le contemplaba sonriendo. El ingeniero quiso darle las gracias, quiso decirle que..., el mismo no sabía qué. Era algo de una importancia inmensa, pero no halló las palabras adecuadas. Meneó la cabeza, respondió con una sonrisa y desapareció en la oscuridad del túnel.

Capítulo Octavo

Alrededor de mediodía, cinco hombres semidesnudos, con caras y cuellos tostados por el sol, descansaban a la sombra, bajo el blanco vientre del cohete, rodeados de toda clase de vasijas y utensilios. En la lona de la tienda de campaña reposaban los trajes, los zapatos y las toallas. De un termo abierto salía el aroma de café recién hecho. Por la extensa planicie se deslizaban las sombras de unas nubes. Reinaba el sosiego, y de no ser por la criatura desnuda inmóvil que permanecía acurrucada a unos pasos de distancia bajo el casco, sería aquélla la escena de una acampada idílica.

—¿Dónde se ha metido el ingeniero?

El físico se incorporó perezosamente sobre los codos y miró hacia adelante. En sus gafas oscuras se reflejaba un cirrus.

—Escribe su libro.

—¿Qué libro? ¡Ah!, la descripción de las reparaciones.

—Sí, y saldrá un libro grueso e interesante, te lo aseguro.

El físico miró a los que hablaban.

—Tienes buen humor. Eso vale mucho. Tu herida está ya casi curada, ¿no? En la Tierra no se habría cerrado tan pronto.

El coordinador se palpó la frente y enarcó las cejas.

—Puede ser. La nave espacial era estéril y las bacterias de aquí son inofensivas para nosotros. Y parece que aquí no hay insectos. Hasta ahora no he visto ninguno, ¿y ustedes?

—Las mariposas blancas del doctor —farfulló el físico; con aquel calor le costaba hasta hablar.

—Bueno, sólo es una hipótesis.

—¿Y qué no es una hipótesis aquí? —el doctor le miró.

—Nuestra presencia —repuso el químico girando sobre su espalda—. Me gustaría cambiar de sitio...

—A mí también —observó el doctor.

—¿Te has fijado en lo roja que se ha vuelto su piel en los pocos minutos que le ha dado el sol? —preguntó el coordinador.

El doctor asintió:

—Sí. Eso quiere decir que hasta ahora no se ha expuesto al sol, o que tenía un vestido, o se cubría la cabeza o...

—¿O qué?

—O quizá, otra cosa, que yo no sé...

—El asunto no va mal.

El cibernético alzó la vista de una hoja de papel escrita.

—Henryk me ha prometido desmontar los diodos del protector. Si mañana termino la revisión y todo está a punto, mañana mismo podemos poner en funcionamiento el primer

autómata. Y a él le mando hacer el resto. En cuanto ensamble tres piezas, todo lo demás saldrá de un tirón. Reparamos los autómatas de carga y las excavadoras, colocaremos derecho el cohete y... —se interrumpió.

—¿Qué? —gritó el químico—; entonces, ¿crees que no es más que sentarnos ahí dentro y echar a volar?

El doctor rió.

—La astronáutica es un fruto puro e inmaculado de la curiosidad humana. ¿Han oído? ¡El químico no quiere marcharse!

—Menos bromas, doctor. ¿Qué ocurre con el doble? Has estado todo el día sentado junto a él.

—Así es.

—¿Qué pasa? No seas tan misterioso, que de misterios ya tenemos bastantes a nuestro alrededor...

—No soy tan misterioso. ¿Para qué? Se comporta como un niño. Como un niño psíquicamente retrasado. Me conoce. Cuando le llamo, acude. Cuando le empujo, se sienta..., a su manera.

—Le has llevado a la sala de máquinas. ¿Cómo ha reaccionado?

—Como un bebé. No ha mostrado el menor interés. Si me agachaba detrás del generador y no podía verme, empezaba a sudar de miedo. Si eso es sudor, y si significa miedo...

—¿Habla algo? En una ocasión le he oído algo parecido a un cloqueo.

—No emite sonidos articulados. He hecho una grabación y he analizado las frecuencias. Sí oye la voz, al menos reacciona a ella. Es miedoso y tímido. Y toda esta sociedad está compuesta de ejemplares como éste. A no ser que él... Pero ya sería casualidad.

—A lo mejor es joven. Quizá son así de grandes desde el principio.

—No, no, éste no es joven. Se puede apreciar en la piel, en las arrugas. Es una característica biológica general. Y en las plantas de los pies, el espesamiento de la parte que apoya al andar, con duras callosidades. De cualquier manera, no es un niño como nosotros lo entendemos. Además en el todoterreno, cuando volvíamos por la noche, ha reaccionado a su modo antes que nosotros a determinadas cosas, por ejemplo, al espejismo del que les hablé. Expresó temor ante él. Y también parece tener miedo de su poblado. ¿Por qué huiría de allí, si no?

—Tal vez podríamos enseñarle algo. Si han sabido construir fábricas y discos vibrantes, tienen que ser inteligentes —reflexionó el físico.

—Éste no lo es.

—Espera. ¿Sabes lo que se me ha ocurrido?

El químico se levantó a pulso, se puso en pie y sacudió los granos de arena que se le habían pegado en los codos.

—¿No será un enfermo psíquico, un subnormal, o...?

—¡Ah!, ¿tú piensas que aquello sería un manicomio?

El doctor también se incorporó:

—¿Te estás burlando?

—¿Por qué iba a burlarme? Podía ser un lugar aislado donde guardan a sus enfermos.

—Para experimentar con ellos —agregó el químico.

—¿Consideras que son experimentos lo que has visto?

El coordinador entró en la conversación.

—No lo considero desde el punto de vista moral. ¿Cómo podría hacerlo? No sabemos nada —replicó el químico.

El doctor descubrió allí, en uno de los dobles, un tubito parecido al que encontró en el cuerpo del cadáver diseccionado...

—¡Claro! ¿Y eso quiere decir que el que se coló en el cohete también venía de allí? ¿Qué había huido y vino a parar aquí por la noche?

—¿Por qué no? ¿Es imposible?

—¿Y los esqueletos?

La cara del físico mostraba a las claras su escepticismo ante las hipótesis del químico.

—Bueno..., no lo sé. Tal vez sea un sistema de conservación o los tienen ahí para mostrarlos como método curativo. Quiero decir algo así como «choques» psíquicos.

—Naturalmente. También ellos tienen su Freud —dijo el doctor—. Déjalo, vamos. No vayas a decirnos ahora que les sirve de diversión o que es un castillo embrujado. Es una instalación formidable. Se necesita una buena cantidad de química para embutir los esqueletos en esos bloques de vidrio.

—El hecho que no puedas sacar conclusiones de ese doble, no quiere decir nada —comentó el físico—. Deberías intentar saber algo sobre la civilización terrestre preguntando al conserje de mi universidad.

—Entonces será un conserje subdesarrollado —replicó el químico.

Todos se echaron a reír, pero en seguida enmudecieron. El doble estaba frente a ellos. Movía sus huesudos dedos y su cara plana, que colgaba del cuello, temblaba.

—¿Qué pasa? —preguntó el químico.

—Se ríe —contestó el coordinador.

Su torso se sacudía con una especie de hipo, que parecían convulsiones de hilaridad. Con sus pies grandes e informes daba saltitos sobre el mismo lugar. Al observar los cinco pares de ojos que se clavaban en él, se fue tranquilizando poco a poco. Paseó su mirada azul celeste de uno a otro, contrajo el torso, las manitas y la cabeza, se asomó una vez más por la hendidura de los músculos y volvió pesadamente a su sitio, donde, tras un leve suspiro, se sentó.

—Si eso es risa —masculló el físico.

—Eso tampoco significaría nada. También los monos pueden reír.

—Un momento —dijo el coordinador. Sus ojos brillaban en su enjuta cara tostada por el sol—. Supongamos que entre ellos existe una diferencia considerablemente mayor en las facultades biológicas congénitas que entre nosotros. En una palabra, que hay clases o grupos, castas para el trabajo creativo, constructores y además muchos otros que no sirven para ningún trabajo. Y que, en este contexto, a los inútiles...

—...se les mata. Se hace experimentos con ellos. O se los comen —añadió el doctor al razonamiento—. Di, di sin miedo cuanto se te ocurra. Nadie se va a burlar de ti, porque todo es posible. Por desgracia, el hombre no es capaz de comprender todo lo que es posible.

—¡Espera! ¿Qué piensas de lo que he dicho?

—¿Y los esqueletos? —agregó el químico.

—Después de comer, los utilizan como material didáctico —aclaró el cibernético con sarcasmo.

—Si te explicase todas las teorías que me pasan por la cabeza desde ayer —dijo el doctor—, resultaría un libro cinco veces más gordo que el que ahora escribe Henryk, aunque no tan lógico. Cuando era joven conocí a un cosmonauta que había visto más planetas que pelos tenía en la cabeza. Y no era calvo. Con la mejor intención quiso describirme el paisaje de una luna, no recuerdo de cuál. Allí hay esto..., y tienen aquello..., y esto es así..., y el cielo es distinto del nuestro, distinto, pero... Repitió lo mismo muchas veces, hasta que por fin se echó a reír y desistió. A quien nunca ha estado en el espacio no se le puede aclarar qué es flotar en el vacío y tener las estrellas debajo de ti. ¡Y se trata solamente de cambios en las condiciones físicas! Aquí tenemos ante nosotros una civilización que se ha desarrollado durante cincuenta siglos, por lo menos. Por lo menos, repito. ¿Y nosotros vamos a comprenderla en unos días?

—Tenemos que esforzarnos, porque el precio que tendremos que pagar si no la comprendemos puede ser muy alto.

El coordinador calló un momento, se aproximó al doctor, y dijo:

—En tu opinión, ¿qué deberíamos hacer?

Lo que hemos hecho hasta ahora. Pero me temo que no tenemos muchas posibilidades, más o menos una entre..., bueno, digamos el número de años que tenga la civilización en Edén.

El ingeniero apareció en la salida del túnel. Al ver a los amigos tumbados a la sombra, como en la playa, arrojó el traje y se unió a ellos.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó el coordinador.

—No va mal. He hecho ya las tres cuartas partes... Aunque hace rato que lo dejé. Luego me he entretenido en revisar nuestra opinión respecto a que la primera fábrica, la del norte, funcionaba así porque estaba fuera de control... ¿Qué ocurre? ¿Qué les hace gracia? ¿Por qué se ríen?

—Quiero decirles —explicó el doctor, que era el único que había permanecido serio— que, en cuanto la nave esté lista para el despegue, se va a armar un alboroto. Nadie querrá volar hasta que no haya sabido... Si ya ahora, en lugar de apretar tornillos con el sudor de nuestra frente... —hizo un ademán de desconcierto.

—¿También se ocupaban ustedes del asunto? ¿Y a qué conclusión han llegado?

—A ninguna. ¿Y tú?

—A la misma que ustedes. Pero he buscado determinados rasgos generales, comunes a todo lo que hemos visto, y se me ha ocurrido que la fábrica, la automática, ya saben, además de producir en círculo cerrado, lo hacía con imprecisiones. Los «productos finales» se diferencian unos de otros. ¿Recuerdan?

Escuchó un murmullo de asentimiento.

—Bien, el doctor nos explicó ayer que los dobles se distinguen entre sí de una manera característica. Unos no tienen ojos, otros no tienen nariz, difieren en el número de dedos o el color de la piel. Todo dentro de ciertos límites. Y ello parece fruto de una inexactitud del proceso de tecnología «orgánica», por así decirlo...

—Eso es verdaderamente interesante —exclamó el físico, que le había escuchado con la mayor atención.

—Sí, por fin algo sustancioso —comentó el doctor—. Pero, ¿y qué más?

El ingeniero sacudió la cabeza confuso.

—De verdad, no tengo valor para decirlo. Cuando estás tan sólo, te viene a la cabeza todo lo imaginable...

—¡Cuenta ya! —gritó el químico enojado.

—Una vez que se ha empezado... —le animó el cibernético.

—He pensado lo siguiente. Encontramos allí un proceso circular de producción, destrucción y nueva producción. Y ayer ustedes han descubierto algo que también se parece a una fábrica. Si era una fábrica tenía que producir algo.

—No; allí no había nada —dijo el químico—. Nada, salvo esqueletos... Claro que no inspeccionamos a fondo —agregó inseguro.

—¿Y si esa fábrica produce dobles?... —preguntó el ingeniero en voz baja. Como nadie respondía, continuó—: El sistema de producción sería análogo. Producción en serie, masiva, pero con diferencias que, digamos, no son causadas por una falta de control, sino por la peculiaridad de unos procesos tan complejos que admiten desviaciones de la norma proyectada, dentro de ciertos límites, y no se pueden reconducir. Incluso los esqueletos mostraban diferencias...

—¿Y tú crees..., que matan a los «mal producidos»? —preguntó el químico con voz ronca.

—¡Vamos! Pienso que los cuerpos que han encontrado no han vivido nunca. La síntesis fue capaz de lograr la producción de organismos musculosos, dotados de todos

los órganos internos, pero se desviaron mucho de la norma, eran incapaces de ejercer su función, no tenían vida en absoluto y por eso les retiraron, les separaron del ciclo de la producción...

—Y las tumbas ante el poblado, ¿qué son? ¿También «desechos»? —preguntó el cibernético.

—No lo sé, pero tampoco hay que excluirlo...

—No, excluido no está.

El doctor observaba la empañada franja azul del horizonte.

—En lo que dices, hay algo..., esos tubitos rotos, el uno y el otro...

—Tal vez han añadido de ese modo alguna sustancia vivificadora durante la síntesis.

—Ello también explicaría, en parte, por qué el doble que han traído está en cierta medida psíquicamente subdesarrollado —añadió el cibernético—. Lo crearon ya «adulto». No habla, le faltan experiencias...

—No —replicó el químico—. Nuestro doble sabe al menos una cosa. No sólo tenía miedo de volver a ese manicomio de piedra, lo que, al fin y al cabo, es comprensible, también le asustaba el cinturón especular. Además, sabía algo de aquel espejismo, de las fronteras invisibles que atravesamos...

—Si desarrollásemos la hipótesis de Henryk, resultaría un cuadro que difícilmente podríamos aceptar.

El coordinador miraba absorto a la arena.

—La primera fábrica produce piezas que no se utilizan. ¿Y la segunda? ¿Tal vez seres vivos? ¿Para qué? ¿Crees tú que también éstos son parte de un proceso cíclico?...

—¡Por Dios!

El cibernético dio un respingo:

—Eso, ¿no lo dirás en serio?

—Un momento.

El químico se sentó.

—Si los vivos volvieran a las retortas, sería del todo superfluo desprenderse de los seres imperfectos a los que no se puede dar vida. Además, no hemos encontrado la menor huella de un proceso semejante...

En el silencio que siguió, el doctor se puso en pie y paseó la mirada por sus amigos.

—Saben —comenzó—, tienen que perdonarme..., pero tengo que decirlo. Todos nos hemos dejado influir por lo que el ingeniero cree haber descubierto, y ahora nos esforzamos por ajustar los hechos a esa «hipótesis de producción». De todo ello sólo resulta una cosa concluyente, que somos unos ingenuos...

Le miraban con creciente asombro mientras proseguía.

—Hace un momento han empezado a cavilar las cosas más horribles de las que son capaces, y han llegado a una imagen que muy bien podría haberse construido un niño. Una fábrica que produce seres vivos para pulverizarlos después... Queridos amigos, la realidad puede ser aún peor.

—¡Vamos, hombre! —saltó el cibernético.

—Espera. Deja que hable —dijo el ingeniero.

—Cuanto más pienso en lo que nos ha ocurrido en ese poblado, más convencido estoy del hecho que hemos visto algo muy distinto de lo que creíamos ver.

—Explícate con más claridad. ¿Qué sucedió allí realmente? —le urgió el físico.

—Lo que pasó, no lo sé. Pero sí sé, y con toda seguridad, lo que no pasó.

—¡Por favor, déjate de misterios!

—Sólo quiero decir una cosa: después de la larga peregrinación en aquel laberinto subterráneo, fuimos súbitamente asaltados por una multitud que nos molestó un poco con las apreturas, pero que luego se dispersó y huyó. Como al acercarnos a la colonia observamos que se apagaban las luces, creímos, naturalmente, que aquello estaba relacionado con nuestra llegada y que los habitantes se escondían de nosotros. De toda

esa serie de hechos he vuelto a recordar lo que sucedió con nosotros y en torno a nosotros, y les digo que fue algo muy diferente, algo contra lo que la razón choca como contra un absurdo.

—Ibas a hablar sin rodeos —le recordó el físico.

—Voy al grano. Les invito a reflexionar sobre esta situación: en un planeta habitado por criaturas inteligentes aterrizan seres procedentes de las estrellas. ¿Qué reacciones queda esperar de los habitantes del planeta?

Como nadie contestaba, el doctor siguió:

—Aunque los habitantes de ese planeta hayan sido producidos en tubos de ensayo o hayan venido al mundo en condiciones aún más fantásticas, sólo veo tres posibles reacciones: que intenten entrar en contacto con los recién llegados, que procuren atraparlos, o el pánico. Pero se ha demostrado que hay una cuarta posibilidad: ¡la completa indiferencia!

—Pero tú mismo has contado que casi les parten las costillas. ¡A eso lo llamas indiferencia! —exclamó el cibernético.

El químico mostró sorpresa durante las explicaciones del doctor. Parecía que se aclaraban algo.

—Si te encuentras ante un rebaño de vacas que huye de un fuego, puede ocurrirte lo peor, pero eso no quiere decir que el rebaño repare en ti —continuó el doctor—. Les digo que la muchedumbre que se nos echó encima ni nos vio siquiera. No se interesaba por nosotros en absoluto. Es cierto que cundió el pánico, pero no a causa nuestra. Nos vimos envueltos por pura casualidad. Naturalmente, estábamos convencidos del hecho que nosotros fuimos el motivo de la repentina oscuridad y del caos, de todo lo que vimos. Pero no es cierto. No fue así.

—¡Pruebas! —dijo el ingeniero.

—Antes me gustaría oír lo que opina mi acompañante.

El doctor miró al químico. Estaba allí sentado y movía los labios en silencio, como si hablase consigo mismo. De pronto se sobresaltó.

—Sí —dijo—. Así debió ser. Seguro. Hay algo en este asunto que me ha estado inquietando, que no me deja tranquilo. Me parecía que se trataba de una dislocación, de un malentendido o, como lo diría, era como si leyese un texto embrollado y no fuese capaz de descifrar el orden de las frases. Ahora está todo claro. Así ha tenido que ser. Sólo temo que no lo podamos demostrar, que no sea demostrable. Haría falta estar allí, en medio de aquella masa. Sencillamente, no nos vieron. Excepto los más próximos, claro, pero precisamente los que me rodearon no eran presa del pánico general. Al contrario, sostendría que el verme les calmaba. Mientras me observaban, eran, sencillamente, unos habitantes del planeta perplejos, extrañados sobremanera ante un ser desconocido. En absoluto trataron de hacerme algún daño. Recuerdo que, en cierto modo, hasta me ayudaron a librarme de aquellas apreturas, dentro de lo que se podía...

—¿Y si alguien lanzó la turba contra ustedes? ¿Si, en realidad, fue una batida? —propuso el ingeniero.

El químico sacudió la cabeza.

—No era nada de eso, no había orden, ni guardias armados, ni organización. Era un caos completo, nada más. Es curioso —añadió— que hasta ahora no lo haya comprendido. Los que me veían de cerca parecían recobrar el juicio. Los demás se comportaban como dementes.

—Si fue como dicen —dijo el coordinador—, fue una casualidad muy extraña. ¿Por qué iban a apagarse las luces precisamente cuando nosotros llegamos?

—¡Ah!, cálculo de probabilidades —masculló el doctor.

Y añadió en voz alta:

—No vería en ello nada extraordinario, exceptuando la hipótesis no fundada que tales condiciones se diesen con relativa frecuencia.

—¿Qué condiciones?

—Las de pánico generalizado.

—¿Y que lo desata?

—Posiblemente el proceso inverso de civilización en el planeta —opinó el cibernético tras un instante de silencio—. Un período de desarrollo negativo. Dicho de otro modo: la civilización es devorada por una especie de cáncer social...

—Eso es muy confuso —objetó el coordinador—. Como se sabe, la Tierra es un planeta medio. Ha tenido épocas de involución, han surgido y desaparecido civilizaciones enteras, pero, si consideramos el transcurso de los milenios, obtenemos la imagen de una complejidad cada vez mayor de la vida y su protección creciente. A esto lo llamamos progreso. El progreso se da en planetas medios. Pero, según la ley de los grandes números, también hay desviaciones estadísticas de la media, tanto positivas como negativas. No hace falta recurrir a la hipótesis de una degeneración periódica, de un desarrollo negativo. Es posible que aquí las circunstancias perniciosas que acompañan al desarrollo de la civilización sean y hayan sido mayores que otros sitios. Tal vez hemos llegado durante un proceso de desviación negativa...

—Demonismo matemático —comentó el ingeniero.

—La fábrica existe —observó el físico.

—La primera, sí. La existencia de la segunda es una hipótesis insostenible.

—En una palabra, es necesaria una nueva expedición —concluyó el químico.

—A ese respecto no tenía, ni tengo, la menor duda.

El ingeniero miró en torno suyo. El sol declinaba, ya cerca del horizonte; las sombras se alargaban en la arena. Soplaban un viento suave.

—¿Hoy...?

El ingeniero miró.

—Hoy tenemos que ir por agua y nada más.

El ingeniero se levantó.

—Una discusión muy interesante —dijo, con una expresión como si pensara en otra cosa.

Recogió su traje, pero estaba tan caliente por el sol que lo soltó en seguida.

—Creo que por la tarde haremos una salida al arroyo con el todoterreno. No dejemos que nada nos desvíe de nuestro programa, a no ser que nos sintamos directamente amenazados.

Se volvió hacia sus compañeros, que permanecían sentados sobre la arena, les miró durante unos segundos, y añadió titubeante:

—Debo confesarles..., que estoy algo intranquilo.

—¿Por qué?

—No me gusta que nos dejen en paz, tras esa visita de hace dos días. Así no se comporta ninguna sociedad en la que cae del cielo una nave tripulada.

—Eso apoyaría mi tesis, en cierto modo —comentó el cibernético.

—¿La del cáncer que devora a Edén? Bueno, desde nuestro punto de vista, eso no sería lo peor, sólo...

—¿Qué?

—Nada. Oigan, tenemos que ocuparnos ya del protector. Hay que quitar los trastos de encima. Seguro que los diodos están intactos.

Capítulo Noveno

Durante dos horas trabajaron duramente. Sacaron de la cámara inferior los restos de los autómatas destrozados, las piezas incrustadas unas en otras, que apenas podían separarse. El choque las había desprendido de las armaduras y las había lanzado sobre

el almacén del protector. Retiraron los trozos más pesados con la grúa de tijeras, y el ingeniero y el coordinador desmontaron todo lo que no cabía por la puerta. Cortaron dos placas de blindaje aprisionadas entre la torre del protector y una caja de ladrillos de plomo, valiéndose del arco voltaico, después de haber bajado desde la sala de máquinas un cable conectado al cuadro de distribución del reactor. El cibernético y el físico seleccionaron cuanto se podía salvar de aquellos retorcidos restos. Tiraban como chatarra lo que no se podía reparar. El químico se encargaba de seleccionar la chatarra por materiales. Cuando tenían que izar una pieza muy pesada, los demás dejaban su trabajo y corrían a ayudarles. Poco antes de las seis, el acceso a la achatada cabeza del protector estaba lo bastante libre como para poder desenroscar su tapa superior.

El cibernético fue el primero en saltar a su oscuro interior. Acto seguido pidió una linterna. Se la descolgaron con un cable. Y oyeron un contenido grito de triunfo, que venía como del fondo de un pozo.

—¡Están aquí!

Sacó un momento la cabeza afuera:

—No tenemos más que sentarnos y ponerlo en marcha. ¡Toda la instalación está intacta!

—Lógico. El protector está preparado para aguantar un golpe.

El ingeniero estaba radiante, a pesar que sus antebrazos sangraban porque se había arañado al arrastrar la caja de las válvulas de repuesto.

—Colegas, son las seis. Si queremos ir por agua, tenemos que hacerlo en seguida —gritó el coordinador—. El cibernético y el ingeniero tienen mucho que hacer. Opino que utilicemos la misma fórmula que ayer.

—¡No estoy de acuerdo!

—Tú comprendes... —empezó a decir el coordinador.

Pero el ingeniero le interrumpió:

—De esto entiendes tú tanto como yo. Esta vez te quedas tú.

Discutieron un poco, y al cabo cedió el coordinador. El equipo expedicionario quedó formado por el ingeniero, el físico y el doctor. Con el doctor no valieron argumentos; se empeñó en ir.

—No se sabe dónde se está más seguro, si aquí o fuera —dijo, se enfadó por las objeciones que ponía el ingeniero y comenzó a subir la escalera de acceso.

—Los contenedores ya están preparados —gritó el coordinador.

—Hasta el arroyo hay algo más de veinte kilómetros. Regresen en seguida con el agua, ¿entendido?

—Cuando la traigamos, volvemos otra vez —dijo el ingeniero—. Así tendremos cuatrocientos litros.

—Ya veremos luego si hay que volver.

El químico y el cibernético se disponían a salir con ellos, pero el ingeniero les cerró el paso.

—Nada de largas despedidas, no tienen sentido. Así que hasta luego. Uno debe quedarse arriba.

—Ese puedo ser yo —dijo el químico—. Como ves, estoy sin trabajo.

El sol estaba ya alto en el cielo. El ingeniero supervisó la sujeción de los bidones, el volante y las reservas de mezcla de isótopos, y se sentó delante en el vehículo. Apenas se hubo montado el doctor, el doble, que estaba bajo el cohete, se incorporó cuan grande era y se dirigió a ellos arrastrando los pies. El todoterreno arrancó. Aquella enorme criatura lanzó un gemido y corrió tras ellos a una velocidad que dejó al químico boquiabierto. El doctor dijo algo al ingeniero; el coche paró.

—¿Qué quieres hacer? —farfulló el ingeniero—. ¿No pensarás traerlo con nosotros?

El doctor estaba confuso. No sabía qué hacer. Vio al gigante, que le miraba, pataleaba de impaciencia y profería roncós sonidos.

—Enciérrale en el cohete, si no, nos seguirá —aconsejó el ingeniero.

—O duérmelo —añadió el físico—. Si corre detrás de nosotros, puede tirar a alguien del coche.

Eso les convenció. El ingeniero acercó lentamente el todoterreno al cohete. El doble les siguió dando extraños saltos. El doctor atrajo al gigante hacia el túnel. Fue una tarea laboriosa. Pasado un cuarto de hora volvió el doctor enfadado y nervioso:

—Lo he encerrado en la antesala de la enfermería. No hay cristales ni objetos afilados. Pero me temo que se va a poner furioso.

—Vamos, vamos —repuso el ingeniero—, no seas ridículo.

El doctor iba a replicar, pero calló. Trazaron un círculo amplio alrededor del cohete. El químico les siguió con la mirada incluso hasta cuando no veía de ellos más que un elevado rastro de polvo. Luego reanudó su guardia junto al lanzador enterrado.

Dos horas después, más o menos, vio asomar entre los delgados cálices, que arrojaban sombras alargadas, una nubecilla de polvo. El disco solar, achatado, rojo, grande, se posaba sobre el horizonte. En el norte se agrupaban unas nubes azuladas. No se percibía el fresco que habitualmente se levantaba a esa hora. El aire seguía siendo sofocante. El químico dejó la sombra del cohete para observar cómo el todoterreno saltaba sobre los surcos que habían excavado los discos vibrantes.

Corrió hacia el vehículo. No necesitaba preguntar por el éxito de la expedición. La deformación de los neumáticos indicaba el aumento de la carga. En todos los bidones chapaleaba el agua. Hasta en el asiento vacío había otro contenedor.

—¿Cómo les fue? —preguntó el químico.

El ingeniero se quitó las gafas oscuras. Se limpió el polvo y el sudor de la cara con un pañuelo.

—Muy bien —respondió.

—¿Se han encontrado con alguien?

—Los discos estaban allí, como de costumbre, pero sólo los vimos de lejos. Nos acercamos por el otro lado, donde la plantación se une al desfiladero. Allí apenas había surcos. Tuvimos dificultades para llenar los bidones. Echamos en falta una bomba pequeña.

—Nos vamos otra vez —añadió el físico.

—Primero tendrán que trasvasar el agua...

—No merece la pena —replicó el físico—. Hay aquí tantos bidones, que mejor tomamos ahora otros y luego vaciamos todos de una vez. ¿De acuerdo?

Y miró a los ojos al ingeniero como si estuviera pensando en otra cosa.

El químico no se dio cuenta. Sólo se extrañó de su innecesaria prisa. Descargaron los bidones con la prisa del que va a apagar un fuego. Apenas habían fijado los nuevos en la rejilla de equipajes (menos que la primera vez), saltaron al coche y partieron dejando tras de sí una enorme estela de polvo. Cuando el coordinador subió, la polvareda, penetrada por la luz purpúrea del sol poniente, se posaba sobre la llanura.

—¿No han llegado todavía? —preguntó.

—Ya han estado aquí, han cambiado los bidones y se han ido otra vez.

El coordinador se quedó más perplejo que enfadado.

—Pero, ¿cómo? ¿Se han marchado otra vez?

Antes de volver al interior del cohete, prometió al químico relevarle en seguida. El cibernético estaba trabajando en los autómatas universales. Hubiera sido difícil conversar ahora con él. Tenía en la boca unos veinte transistores, que iba escupiendo en la mano como si fuesen pepitas. De su pecho colgaban varios cientos de conexiones, fuera de sus fundas de porzelit, que unía con rápidos movimientos de los dedos. De cuando en cuando se detenía y permanecía varios minutos como en trance ante el gran esquema que tenía a la vista.

Así que el coordinador volvió a salir y relevó él mismo al químico para que pudiese prepararse la cena. Se sentó junto al lanzador y se dispuso a entretener el aburrimiento añadiendo algunas observaciones en el libro de montaje preparado por el ingeniero.

Llevaban dos días rompiéndose la cabeza con qué hacer con los noventa mil litros de agua radiactiva que habían inundado el compartimiento situado sobre la entrada de carga. Siempre llegaban a un círculo vicioso. Para descontaminar el agua necesitaban los filtros, pero para llegar al cable de corriente que los alimentaba había que pasar por la habitación inundada. Tenían a bordo un traje de buzo, pero en este caso era preciso un traje que también protegiese de la radiación. Y no merecía la pena adaptarlo cubriéndolo de plomo. Para eso era mejor esperar a que pudiesen sumergirse en el agua los autómatas que estaban reparando.

El coordinador se sentó bajo la popa del cohete. Desde que empezó a oscurecer, se encendía allí una luz cada tres segundos. Durante esos breves resplandores se apresuraba a escribir lo que le venía a la cabeza. Luego se reía para sí mismo al ver los garabatos. Una ojeada al reloj: eran casi las diez.

Se levantó y comenzó a caminar de arriba abajo. Se detuvo a escudriñar el terreno en busca de los faros del todoterreno. No se veía nada. Por otra parte, la lámpara intermitente dificultaba la observación. Así que decidió alejarse un poco del cohete en la dirección desde la que debía venir el coche.

Como era su costumbre cuando estaba solo, contemplaba las estrellas. La Vía Láctea se elevaba recta en la oscuridad. Su mirada corría desde Escorpión hacia la izquierda cuando se detuvo perplejo. Las estrellas más brillantes de Aries apenas se apreciaban. Se ocultaban tras una pálida luz, como si la Vía Láctea se hubiera extendido y las hubiera absorbido; en realidad, estaban fuera de sus límites. De repente lo comprendió. Era un incendio, allá, sobre el horizonte del poniente. Su corazón comenzó a palpar con fuerza, espaciadamente. Sintió un ahogo en la garganta. En seguida pasó. Apretó los maxilares y siguió avanzando. El blanco fulgor del incendio pendía en lo hondo del horizonte y flameaba caprichosamente. Cerró los ojos y escuchó con la mayor concentración en el silencio, pero sólo oyó el flujo de su propia sangre. Ya casi no se podían ver las constelaciones. Se quedó inmóvil, mirando fijamente al cielo, que se iba cubriendo de un turbio resplandor.

Al principio pensó volver al cohete y llamar a los demás. Podían acudir con el lanzador. A pie les hubiera costado tres horas por lo menos. Además del vehículo todoterreno tenían un helicóptero pequeño, pero estaba aprisionado entre cajones en la cubierta media, que estaba inundada de agua. Sólo sobresalía la parte superior. Una de las dos hélices se partió en el accidente y la cabina también parecía dañada. Sólo quedaba el protector. El coordinador reflexionó: tal vez si se metían dentro de él y abrían con teledirección la escotilla de carga, cuyo tablero de mando estaba en la sala de máquinas... En cuanto se abriese la escotilla, el agua se derramaría. En el protector estaban a resguardo de la radiactividad. Pero no era seguro que pudiesen abrir la escotilla, ni tampoco sabrían qué hacer luego si el terreno donde estaba el cohete se transformaba en una mancha radiactiva. A pesar de todo, si al menos estuviese seguro que la escotilla cedería...

Decidió esperar diez minutos. Si hasta entonces no divisaba las luces del todoterreno, partirían. Pasaban trece minutos de las diez. Dejó caer la mano con el reloj. La luz del fuego —sí, no se equivocaba— se esparcía lentamente a lo largo del horizonte, ya llegaba al Alfa Fénix y se trasladaba hacia el norte formando una cinta, roja en su parte superior y de un blanco vidrioso en la inferior. Miró de nuevo la hora. Faltaban todavía cuatro minutos. Entonces divisó los faros. Primero eran sólo un débil destello, una estrellita que temblaba con agitado ritmo, luego se dividieron en dos luces que saltaban arriba y abajo, y brillaban con más fuerza. Ya oía el zumbido de las ruedas. Venían deprisa, pero él sabía

que al vehículo se le podía pedir más. Esto le tranquilizó. Pero, como siempre en estas circunstancias, sintió un creciente enojo.

Sin darse cuenta, se había alejado al menos trescientos pasos del cohete. El todoterreno frenó bruscamente. El doctor gritó:

—¡Monta!

Corrió, saltó al asiento libre. Al retirar el bidón advirtió que estaba vacío. Miró a los tres. En apariencia, no les había ocurrido nada. Se inclinó a tocar el tubo del lanzador: estaba frío.

El físico contestó a su mirada con una expresión neutra en los ojos. Así que el coordinador permaneció callado hasta que llegaron al cohete. El ingeniero torció con brusquedad, y la fuerza centrífuga apretó al coordinador contra el asiento. Los bidones vacíos se golpearon con estrépito. El vehículo se detuvo ante la entrada del túnel.

—¿Se ha secado el agua? —preguntó el coordinador en tono indiferente.

—No pudimos recoger nada.

El ingeniero se volvió hacia él.

—No llegamos al arroyo.

Y señaló con la mano hacia el este.

Nadie se movía de su sitio. El coordinador miró interrogante primero al físico, luego al ingeniero.

—Ya la primera vez descubrimos que allí había cambiado algo —concedió el físico—. Pero no sabíamos qué era y queríamos cerciorarnos.

—Y si ese cambio les hubiese impedido regresar, ¿para qué nos habría servido esa cautela?

El coordinador no disimulaba ya su enfado:

—¡Vamos, por favor, cuenten todo, pero sin cuentagotas!

—Hacían algo allí, delante y detrás del arroyo, en torno a la colina, en todas las hondonadas, a lo largo de los surcos mayores, y a lo largo de varios kilómetros —comenzó el doctor.

El ingeniero asentía.

—La primera vez, cuando aún había luz, habíamos observado únicamente manadas enteras de esos trompos. Marchaban en formación en V e iban desplazando tierra, como si fuesen excavando. Las descubrimos por primera vez al regreso de la colina. No me gustaron.

—¿Y qué es lo que no te gustaba de ellas? —preguntó el coordinador.

—Que formaban en ángulo, y el vértice apuntaba hacia nosotros.

—¡Estupendo! Y sin decirnos una sola palabra, se marchan otra vez. ¿Sabes cómo se llama eso?

—Quizá hemos hecho una tontería —dijo el ingeniero—. Lo más seguro. Pero pensamos que era mejor que volver a deliberar sobre si debíamos volver, y otra vez la discusión de quién podría arriesgar su inestimable vida y quién no, y acordamos resolver el asunto lo antes posible. Contaba con que al anochecer iluminarían de algún modo las superficies donde trabajaban.

—¿Les han visto?

—Creo que no. En todo caso, no ha ocurrido nada que demuestre lo contrario. No nos han atacado.

—¿Por dónde han ido ahora?

—Casi todo el tiempo al resguardo de la colina, a cierta distancia de la cumbre para que no nos pudieran ver contra el fondo del cielo. Sin luces, naturalmente. Por eso ha durado tanto.

—Lo cual quiere decir que ustedes ya habían desechado la idea de acarrear agua, y que sólo llevaron los bidones para engañar al químico.

—No, no fue así —replicó el doctor. Continuaban sentados en el vehículo, a la luz estable de la lámpara—. Nuestra intención era llegar al arroyo por detrás, desde el otro lado, pero no pudo ser.

—¿Por qué?

—Efectúan allí los mismos trabajos. Ahora, es decir, desde que oscureció, vierten en las excavaciones un líquido luminoso. Despide mucha luz, puede distinguírsele perfectamente.

—¿Qué es? —El coordinador miró al ingeniero. Éste se encogió de hombros.

—Acaso una colada de algo. Pero me ha parecido poco denso para ser metal fundido.

—¿En qué lo echaban?

—Ni idea. Colocaban algo en los surcos. Supongo que era una canalización, pero no lo puedo afirmar con seguridad.

—¿Metal fundido por una tubería?

—Te digo sólo lo que he podido ver en la oscuridad con unos prismáticos, en pésimas condiciones de visibilidad. En el centro brillaban las excavaciones como un quemador de mercurio. Todo alrededor estaba oscuro. Nunca llegamos a acercarnos a menos de setecientos metros.

La lámpara de señales se apagó, y estuvieron varios minutos sin verse unos a otros. Luego volvió a lucir.

—Pienso que debemos alejarnos de ellos —dijo el coordinador lanzando una mirada hacia arriba—. Y en seguida..., ¿qué es...?

En la oscuridad miró hacia donde el químico salía del túnel en ese momento. Intercambiaron unas palabras entre ellos, y el ingeniero bajó y desconectó la alimentación de corriente en la sala de máquinas. La lámpara dio el último destello, luego les rodeó la oscuridad. Ahora veían mejor la luz del horizonte, que, entretanto, se había desplazado hacia el sur.

—Por allí hay muchísimos..., como granos de arena —dijo el ingeniero, ya de vuelta.

Los rasgos de su cara parecían pintados de gris al inmóvil reflejo del incendio.

—¿Los grandes trompos?

—No, dobles. Se podía reconocer su silueta a la luz de la pasta incandescente. Se daban mucha prisa. Probablemente el líquido se enfriaba y se espesaba. Colocaban una especie de rejillas detrás y a los lados. Dejaban libre la parte orientada hacia nosotros.

—Bueno, ¿ahora qué? ¿Nos vamos a quedar esperando con los brazos cruzados? —preguntó el químico alzando la voz.

—De ningún modo —contestó el coordinador—. Inmediatamente vamos a examinar el sistema de mando del protector.

Callaron durante unos instantes y contemplaron la luz del horizonte. A veces, destellaba con más intensidad.

—¿Vas a evacuar el agua? —preguntó con voz sombría el ingeniero.

—Esperaremos cuanto sea posible. Ya había pensado en ello. Vamos a intentar abrir la escotilla. Si los pilotos de control indican que el mecanismo de cierre está bien, la cerramos de nuevo y esperamos. Si en el intento la escotilla se abre sólo unos milímetros, en el peor de los casos se derramará medio hectolitro de agua. Una mancha radiactiva tan pequeña no es grave, podemos controlarla. A cambio, tenemos la certeza de poder marchar de aquí con el protector en cualquier momento y de disponer de libertad de maniobra.

—En el peor de los casos quedará una mancha, pero nuestra —dijo el químico—. Me pregunto qué esperas de esos experimentos, si se produce un ataque atómico.

—El keramit resiste una explosión desde una distancia de trescientos metros del punto cero.

—¿Y si sólo es a cien metros?

—El protector también resiste una explosión a cien metros.

—Sí, cuando está sepultado —le corrigió el físico.

—De acuerdo. Si es necesario, nos sepultamos.

—Pero aunque la explosión fuese a cuatrocientos metros, la escotilla se atrancará por el calor y no sería posible salir. Nos coceríamos dentro como cangrejos.

—Esto no tiene sentido. Por el momento no están arrojando bombas, y además, ¡maldita sea!, tenemos que aceptar esto de una vez..., no podemos abandonar el cohete... Si destruyen el cohete, ¿de dónde vas a sacar otro? ¿Puedes decírmelo?

Sobrevino un silencio.

—Un momento.

El físico se acordó de algo.

—El protector está incompleto. El cibernético quitó los diodos.

—Sólo los de la orientación automática de disparo. Pero también se puede apuntar sin el automático. Además, ya sabes que si se dispara con antiprotones no hace falta afinar el tiro. El efecto es el mismo.

—Escuchen, tengo una duda —dijo el doctor.

Todos se volvieron a él.

—¿Cuál?

—Nada importante. Sólo curiosidad por saber qué hace nuestro doble...

Tras un segundo de perplejidad, estallaron en risas.

—¡Genial! —gritó el ingeniero.

Mejóro el ánimo del grupo, como si el peligro se hubiera disipado.

—Duerme —dijo el coordinador—. Al menos dormía a las ocho, cuando fui a verle. Es capaz de dormir casi sin tregua. No sé si come algo... —comentó dirigiéndose al doctor.

—Con nosotros no quiere comer nada. No sé lo que come. De lo que le he ofrecido, no ha probado nada.

—Sí, cada cual tiene sus preocupaciones —suspiró el ingeniero, y sonrió en la oscuridad.

—¡Atención!

Desde abajo resonó una voz:

—¡Atención! ¡Atención!

Todos se volvieron de golpe. Una figura grande y oscura salió del túnel, reclinó suavemente contra el suelo y se quedó de pie, parada. Tras ella, asomó el cibernético con una linterna encendida colgando sobre el pecho.

—¡Nuestro primer autómat universal! —exclamó triunfante—. ¿Qué ocurre...?

Miró a la cara de sus compañeros:

—¿Qué ha pasado?

—De momento, nada —contestó el químico—. Pero puede pasar más de lo que nos gustaría.

—Pero, ¿por qué? Ya tenemos un autómat —replicó desorientado el cibernético.

—¿Sí? Entonces dile que ya puede empezar en seguida.

—Empezar, ¿a qué?

—¡A cavar tumbas! —gritó el químico.

Apartó a sus compañeros y echó a andar en la oscuridad. El coordinador se quedó parado un segundo, luego le miró y salió tras él.

—¿Qué le pasa? —preguntó el cibernético, desorientado.

—Un «shock» —contestó el ingeniero—. Allá en los pequeños valles del oeste están preparando algo contra nosotros. Nos hemos dado cuenta al ir por el agua. Probablemente nos atacarán, pero todavía no sabemos cómo.

—¿Atacar...?

El cibernético estaba aún entusiasmado por el éxito de su trabajo. Parecía que no acababa de comprender lo que el ingeniero había dicho. Miró a los demás con ojos de

asombro, luego se dio la vuelta. Tras él se alzaba el autómata, que sobresalía por encima de los hombres, inmóvil, como esculpido en piedra.

—Hay que hacer algo... —masculló el cibernético.

—Queremos poner en funcionamiento el protector —dijo el físico.

—Tenemos que empezar a trabajar, valga o no valga para algo. Di al coordinador que nos envíe al químico, vamos abajo. Debemos reparar los filtros. El autómata nos conectará el cable. Ven. Lo peor es aguardar con los brazos cruzados.

Entraron en el túnel. El autómata dio media vuelta y les siguió.

—Mira, ya tiene acoplamiento con él —dijo lleno de asombro el ingeniero al doctor—. Eso nos va a resultar útil en seguida. Si el Negro debe sumergirse en el agua y no se pueden dar órdenes de palabra a quien está debajo del agua...

—¿Cómo, entonces? ¿Por radio? —preguntó el doctor distraído, como si sólo lo hubiera dicho para mantener la conversación. Seguía las dos siluetas que se dibujaban contra la luz del horizonte. Parecían paseantes nocturnos bajo las estrellas.

—Con un microemisor, ya lo sabes —comentó el ingeniero.

Siguió la mirada del doctor y añadió en el mismo tono:

—Esto ocurre porque él estaba seguro que nos saldría bien...

—Sí.

El doctor asintió:

—Por eso hoy por la mañana se opuso tan en redondo a marcharnos de Edén...

—No importa...

El ingeniero se dirigió de nuevo hacia la entrada del túnel.

—Le conozco. En cuanto esto empiece de verdad, se sobrepone.

—Sí, entonces se pasa todo —concedió el doctor.

El ingeniero se detuvo e intentó mirarle a la cara, pues no estaba seguro que en aquellas palabras no hubiese ironía. Pero estaba muy oscuro y no pudo advertir nada.

Más de un cuarto de hora después bajaron al cohete el coordinador y el químico. Entretanto, el Negro había levantado un terraplén de dos metros de altura alrededor de la entrada del túnel, lo había apisonado y afianzado, y además había bajado todas las cosas que habían dejado arriba. Salvo el lanzador enterrado, sólo quedó fuera el vehículo todoterreno. Querían ganar el tiempo que les hubiera costado desmontarlo y no deseaban renunciar a la ayuda del autómata.

Hacia medianoche se pusieron a trabajar febrilmente. El cibernético inspeccionó toda la instalación interna del protector. El físico y el ingeniero regularon la pequeña batería del filtro de radiactividad. El coordinador, con traje protector, estaba sobre la entrada del piso inferior a la sala de máquinas. El autómata, sumergido en el agua a dos metros de la superficie, trabajaba en las derivaciones del cableado.

Incluso después de la reparación, la permeabilidad de los filtros no era la óptima, porque tenían fallos en dos o tres secciones. Trataban de compensarlo acelerando la circulación de agua. La depuración del agua se realizó en condiciones bastante primitivas. Cada diez minutos, el químico sacaba pruebas del depósito y analizaba el grado de contaminación radiactiva. El indicador automático no funcionaba, y se habría necesitado mucho tiempo para repararlo.

Hacia las tres de la mañana el agua estaba limpia. El depósito del que se había salido tenía tres grietas. La inercia lo había desprendido de su alojamiento y fue a chocar de plano contra una cuaderna maestra del blindaje. En vez de soldar las grietas, optaron por bombear el agua al depósito superior, que estaba vacío. En situación normal habría sido inconcebible ese reparto asimétrico de la carga, pero, de momento, el cohete no estaba en condiciones de despegar. Terminado el bombeo del agua, inyectaron en las cámaras inferiores aire líquido. En las paredes quedaron algunos sedimentos radiactivos, pero no se les dio importancia. Por el momento nadie tenía el propósito de entrar allí.

Ahora venía lo más importante: la apertura de la escotilla. Los pilotos de control indicaban que el mecanismo de cierre funcionaba perfectamente, pero en un primer intento no abrió. Dudaron un momento si debían aumentar la presión del automatismo hidráulico, pero el ingeniero decidió que era mejor inspeccionar la escotilla por el exterior, así que subieron.

No fue fácil acceder a la escotilla. Se encontraba en la parte posterior del casco, a cuatro metros del suelo. Con trozos de metal construyeron un andamio. No tardaron mucho. El autómatas soldó los trozos a modo de travesaños, un tanto irregulares, pero firmes. Así pudo comenzar la inspección a la luz de las linternas y del faro.

Al este, el cielo se había tornado gris. Ya no se veía el resplandor del fuego. Las estrellas iban palideciendo. Por la plancha de keramit del casco resbalaban gruesas gotas de rocío.

—Es extraño —dijo el físico—, el mecanismo está perfectamente, la escotilla parece perfecta y sólo tiene un defecto: que no se puede abrir.

—No me gustan los enigmas —comentó el cibernético, y dio un golpe con el mango de la lima contra el metal.

El ingeniero callaba. Estaba enfadado.

—Un momento —dijo el coordinador—. Tal vez si intentamos con el viejo método, avalado por generaciones...

Agarró un martillo de ocho kilos que estaba en el andamio, a sus pies.

—Se puede golpear el borde, pero sólo una vez —advirtió el ingeniero tras unos titubeos. No era partidario de esos métodos.

El coordinador miró de reojo hacia abajo, al autómatas negro —que se dibujaba contra el gris de la mañana como una angulosa escultura— para cerciorarse que apoyaba el andamio con su pecho; tomó el martillo con las dos manos, lo elevó y comenzó a golpear. Sin tomar demasiado ímpetu, fue descargando golpes uniformes cada dos centímetros. El blindaje replicaba con un sonido breve y seco. No era cómodo blandir aquel martillo, pero el esfuerzo físico le hizo bien al coordinador. De pronto, con el martilleo regular se mezcló otro ruido, un quejido profundo, como salido de la misma tierra.

El coordinador dejó de golpear. Oyeron un penetrante silbido en lo alto, y a continuación, un estallido seco. El andamio tembló.

—¡Abajo! —gritó el físico.

Saltaron del andamio uno tras otro. Sólo el autómatas permaneció quieto.

Ya había clareado bastante. El cielo y la llanura tenían un color ceniciento. Sonó otro estallido. Los agudos silbidos parecían dirigirse a ellos. Se agacharon instintivamente y bajaron las cabezas, aunque estaban protegidos por el casco del cohete. A unos cientos de metros de distancia, el suelo saltó en un geiser vertical. El ruido que lo acompañó fue singularmente débil, como sofocado.

Corrieron al túnel. El autómatas les siguió. El coordinador y el ingeniero se quedaron unos instantes al abrigo del parapeto. En todo el horizonte del este bramaban truenos subterráneos. Un estruendo recorrió la llanura, el silbido iba en aumento, cada vez más fuerte; ya no podían distinguirse tonos diferentes. El cielo tocaba el órgano; era como si mil cazas supersónicos cayesen desde el cenit en tropel. Todo el campo estaba repleto de surtidores de arena, que se dibujaban en negro contra el fondo plomizo del cielo. La tierra temblaba una y otra vez. Pequeños fragmentos rodaron desde el parapeto hasta el túnel.

—Una civilización del todo normal —se oyó la voz del físico desde lo hondo—, ¿no es cierto?

—Han apuntado muy corto o demasiado lejos —murmuró el ingeniero.

El coordinador no le entendió, pues el aire silbaba sin tregua. La arena saltaba, pero los surtidores no se aproximaban al cohete.

Así permanecieron varios largos minutos, ocultos hasta los ojos. Todo seguía igual. El tronante clamor del horizonte fue transformándose en un estruendo grave, sostenido, casi

uniforme. No se oían explosiones. Los disparos caían casi en silencio. La arena lanzada a lo alto volvía al suelo. Era ya tan de día que podían distinguirse las pequeñas elevaciones del terreno causadas por los impactos. Parecían toperas.

—Denme los prismáticos —gritó el coordinador en dirección al túnel.

Poco después los tenía en la mano. No decía nada, pero su asombro iba en aumento. En un principio había supuesto que la artillería atacante trataba de corregir el tiro. Observó con los prismáticos todo el horizonte y encontró impactos por todas partes, más cerca o más lejos, pero ninguno a menos de doscientos metros.

—¡Vamos! ¿Qué pasa? ¿Nada atómico, eh? —llegó una voz sorda desde el túnel.

—¡No! —contestó en voz alta el coordinador.

—¿Ves? Son sólo granadas sin estallar —siseó el ingeniero a su oído.

—¡Ya veo!

—Nos rodean por todas partes.

Asintió. Ahora tomó el ingeniero los prismáticos para otear el campo.

De un momento a otro saldría el sol. El cielo, pálido y limpio, se tornaba de un azul aguado. Nada se movía en el llano, excepto los penachos de los impactos, que rodeaban la colina en que se hallaba el cohete y se iban aplanando poco a poco como un extraño seto vibrante.

El coordinador tomó la iniciativa. Salió del túnel y subió de tres zancadas a la cresta de la colina. Se arrojó al suelo y miró en la dirección que no se dominaba desde el túnel. La imagen era parecida: en todo el contorno se observaba una amplia franja de impactos con polvorientos surtidores que brotaban del árido suelo.

Alguien se arrojó a su lado sobre la arena seca. Era el ingeniero. Tendidos uno junto a otro observaron los acontecimientos. Apenas advertían ya el monótono trueno que en metálicas ondas avanzaba desde el horizonte. Algunas veces parecía alejarse, pero era efecto del viento que se había levantado con los primeros rayos del sol.

—¡No son granadas sin estallar! —gritó el ingeniero.

—¿Qué, entonces?

—No lo sé. Esperemos...

—¡Vamos al cohete!

Bajaron la cuesta corriendo y entraron en el túnel. Dejaron al autómatas fuera. Se refugiaron en la biblioteca. Allí casi no se oía nada. Ni siquiera se percibía apenas el temblor del suelo.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Intentan asediarnos? ¿Quieren rendirnos por hambre? —preguntó el físico, asombrado, después que todos hubiesen expuesto lo que pensaban.

—El diablo lo sabe. Me gustaría ver de cerca un proyectil de éstos —dijo el ingeniero—. Si se toman un descanso, quizá valdría la pena salir a ver.

—El autómatas lo hará —decidió escueto el coordinador.

—A él no le pasará nada. No hay miedo.

Sintieron que el casco tembló. Un temblor más violento que otras veces. Se miraron.

—¡Un impacto! —gritó el químico poniéndose en pie de un salto.

—¿Habrán corregido el tiro...?

El coordinador corrió al túnel. En apariencia nada había cambiado. El horizonte rugía. Bajo la popa del cohete destacaba algo negro sobre la soleada arena, algo parecido a un saco de chatarra reventado. El coordinador trató de encontrar el lugar del casco en que había golpeado ese extraño proyectil. Pero en el keramit no se apreciaba el menor rastro. Antes que los demás pudieran impedirselo, corrió hacia allí, y con ambas manos metió unos trocitos desparramados, aún calientes, en la funda de los prismáticos.

Cuando volvió con el paquete, todos cayeron sobre él, el químico más irritado que nadie.

—¡Debes estar loco. Puede ser radiactivo!

Entraron en el cohete. Los trozos eran muy raros, pero no radiactivos. El contador Geiger no se movió cuando los pusieron delante. Ni rastro de recubrimiento o cuerpo metálico. Sólo una infinidad de pequeñísimas migajas, que se desintegraban entre los dedos en virutas metálicas como gruesos granos de brillo grasiento.

El físico puso el polvo bajo la lupa, alzó las cejas, sacó un microscopio de un armario, miró por él y lanzó un grito de asombro. Casi con violencia los demás le arrancaron de la lente.

—Nos envían..., ¡relojes! —dijo el químico con voz queda tras mirar por el microscopio.

En el portaobjeto aparecían ruedecillas y cadenitas, docenas, cientos de ruedecillas dentadas, excéntricas, muelles y diminutos ejes. Corrieron el portaobjeto de un lado a otro, pusieron otras pruebas bajo el objetivo, pero siempre veían lo mismo.

—¿Qué puede ser esto? —gritó el ingeniero.

El físico caminaba de un lado a otro por la biblioteca, se tiraba del pelo, se detenía, miraba a sus compañeros con expresión confusa, seguía caminando.

—Un mecanismo extraordinariamente complicado, casi monstruoso.

El ingeniero sopesaba un montoncito del polvo metálico en la mano:

—Aquí hay miles de millones, quizá billones de esas condenadas ruedecillas.

—¡Vamos arriba! —dijo en un arranque.

—Veamos qué pasa.

El cañoneo seguía imperturbable. Desde el comienzo de su vigilancia, el autómatá había contabilizado 1.109 impactos.

—Probemos ahora con la escotilla —aconsejó el químico cuando estuvieron de vuelta en el cohete.

El cibernético miraba por el microscopio en silencio.

Realmente era difícil sentarse y no hacer nada. Se dirigieron a la sala de máquinas. Los pilotos de control del mecanismo de cierre seguían encendidos. El ingeniero movió la manilla y el indicador osciló obediente. La escotilla se movió. Cerró otra vez en seguida, y dijo:

—Podemos viajar con el protector cuando queramos.

—La escotilla queda en el aire —observó el físico.

—No importa. A lo sumo, será un metro y medio sobre tierra. Para el protector eso es un juego de niños. Lo puede saltar.

Pero como de momento no existía una necesidad urgente de partir, volvieron a la biblioteca. El cibernético seguía inclinado sobre el microscopio. Estaba como en trance.

—Déjenle, a lo mejor encuentra algo —dijo el doctor—. Pero ahora conviene alguna actividad. Propongo que continuemos con la reparación de la nave...

Se levantaron de sus asientos perezosamente. ¿Qué otra solución les quedaba? Bajaron los cinco a la sala de mando, donde eran mayores los destrozos. El regulador requería un fatigoso trabajo de relojero. Primero examinaron los circuitos con los fusibles sueltos, luego los que tenían corriente. El coordinador subía de vez en cuando y volvía silencioso. Nadie le preguntaba. En la sala de mando, quince metros bajo la tierra, se apreciaba un leve temblor del suelo.

Así llegó el mediodía. A pesar de todo, siguieron con el trabajo. Con la ayuda del autómatá hubiera ido mucho más rápido, pero el puesto de observación era necesario. A la una había registrado más de ocho mil impactos.

Aunque no tenían hambre, prepararon el almuerzo como todos los días, para acopiar fuerzas y cuidar su salud, como decía el doctor. Ya no tenían que lavar los platos, se encargaría el lavavajillas. A las dos y doce minutos cesó el temblor. Dejaron el trabajo al instante y corrieron por el túnel hacia arriba. Una pequeña nube encendida de oro tapaba el sol. La llanura yacía tranquila bajo el calor. El polvo fino que habían levantado las explosiones se depositaba lentamente. Reinaba un silencio sepulcral.

—¿Se acabó...? —preguntó titubeante el físico.

Su voz sonó singularmente alta. En las largas horas precedentes se habían acostumbrado al fragor incesante. El último impacto que contó el autómeta fue el número 9.604. Uno tras otro, todos salieron del túnel. No ocurrió nada. A una distancia de doscientos cincuenta a trescientos metros se extendía alrededor del cohete un cinturón de arena revuelta, molida. En muchos lugares, los cráteres se unían formando zanjas.

El doctor comenzó a trepar el parapeto.

—Todavía no.

El ingeniero le detuvo.

—Esperemos.

—¿Cuánto?

—Media hora por lo menos. Mejor una.

—¿Detonadores retardados? ¡Si no tenían carga explosiva!

Nunca se sabe.

La nube se retiró y lució el sol. Estaban allí de pie, mirando a su alrededor. El viento casi había cesado. Hacía calor. El coordinador fue el primero en oír un rumor.

—¿Qué es eso? —masculló.

Aguzaron los oídos. Los demás también creyeron oír algo. Un susurro, como si el viento moviese las hojas de un matorral. Pero en su campo de observación no había matorrales ni hojas; nada más que un atormentado círculo de arena. El ardiente aire cesó; a lo lejos, sobre las dunas, humeaba de calor. El susurro continuaba.

—¿Viene de allí?

—Sí.

Conversaban en voz baja. El susurro venía por igual de todas las direcciones.

—No sopla el viento... —dijo quedamente el químico.

—No, eso no es el viento. Es ahí, donde han caído los disparos...

—Voy a ver.

—¡Estás loco! ¿Y si son detonadores retardados?

El químico palideció. Dio un paso atrás, como si fuese a refugiarse en el túnel, pero el cielo estaba tan despejado, todo parecía tan tranquilo, todos estaban allí..., apretó los dientes y los puños, y se quedó. El susurro se mantenía, regular; con una sorprendente asiduidad, parecía venir de todas partes. Permanecían inclinados, con los músculos tensos, sin temblar, como esperando un golpe inconscientemente. Aquello era mil veces peor que el bombardeo. El sol colgaba del cenit, las sombras de unas nubes algodonosas avanzaban sin prisa por la llanura. Las nubes se habían apilado, eran planas en la base y parecían islas blancas.

En el horizonte no se movía nada. Por todas partes, soledad y vacío. Incluso habían desaparecido los pálidos cálices, cuyas imprecisas siluetas emergían poco antes en las lejanas dunas. Hasta entonces no se habían dado cuenta.

—¡Ahí!

Con el brazo estirado, el físico señaló un punto en la arena delante de sí. Sucedió en todas las partes a un tiempo. Mirasen donde mirasen, la misma imagen. El suelo bombardeado temblaba, se movía. Allí donde los disparos habían caído, algo brillaba, algo empujaba hacia afuera. Una formación casi perfecta de semillas brillantes en cuatro, cinco, hasta seis líneas. Brotaba algo de la tierra, y tan de prisa que si se miraba fijamente casi se podía apreciar su crecimiento.

Alguien salió del túnel y echó a correr, sin mirar a nadie, hacia el nuevo fenómeno. El cibernético. Los demás gritaron y corrieron tras él.

—¡Lo sé! —gritó—. ¡Lo sé!

Se arrodilló junto a las líneas de semillas. Ya emergían un dedo del suelo en tallos del tamaño de un puño. En la profundidad, algo temblaba febrilmente. Se afanaba, se removía. Era como si se oyera derramar miríadas de finísimos granitos de arena.

—¡Semillas mecánicas!

El cibernético intentaba cavar con las manos alrededor de una semilla. No le resultaba fácil. La arena quemaba. El cibernético levantó las manos. Alguien corrió en busca de una pala. Comenzaron a cavar. Como raíces entrelazadas, largos tendones de una masa cristalina brillaban en la tierra. La masa era dura, los golpes de la pala producían un ruido metálico. Cuando la excavación llegó a un metro de profundidad, intentaron arrancar aquel extraño cuerpo. No se movió. Estaba firmemente unido a la masa.

—¡Negro! —gritaron todos a coro.

El autómata se acercó de prisa. La arena saltaba a sus pasos.

—¡Arranca esto!

Las tenazas prensoras se cerraron en torno a los tendones, que eran tan gruesos como el brazo de un hombre. La coraza del autómata se tensó. Observaron que sus pies se hundían poco a poco en el suelo. Surgía de la coraza un débil zumbido, como el de una soga que estira hasta el máximo. Al tratar de enderezarse, el autómata se hundía en el suelo aún más.

—¡Déjalo! —gritó el ingeniero.

El Negro salió de la arena y se quedó inmóvil. El vallado cristalino tenía casi medio metro de altura. Abajo, justo sobre la superficie de la tierra, iba adquiriendo un color azul lechoso. Por arriba crecía sin parar.

—Así que esto era —dijo el coordinador con voz sosegada.

—Sí.

—¿Quieren encerrarnos?

Se quedaron unos momentos en silencio.

—Pero esto es bastante ingenuo. Podemos marcharnos ahora —dijo el químico.

—¿Y dejar el cohete? —replicó el coordinador—. La patrulla de observación debió inspeccionarlo todo bien. ¡Mira, han disparado con buena puntería en los surcos que hicieron con sus discos!

—¡En efecto!

—Semillas inorgánicas.

El cibernético ya se había tranquilizado. Se sacudió la arena de las manos.

—Semillas inorgánicas. Comprenden. Las han sembrado con su artillería.

—Eso no es metal —dijo el químico—. Lo hubiese doblado el Negro. Probablemente es algo así como supranita o keramit, con tratamiento de dureza.

—¡Vamos!, era arena, sencillamente —gritó el cibernético—. Un cambio inorgánico de la materia. En un proceso catalítico transforman la arena en un derivado del silicio de alto peso molecular, y con él hacen esos tendones, igual que hacen las plantas con las sales del suelo.

—¿Crees eso de verdad?

El químico se agachó, tocó la brillante superficie y elevó la cabeza:

—¿Y sí hubiesen caído en otra tierra?

—Se habrían adaptado a ella. ¡Estoy convencido! Por eso son tan endiablidamente complejos. Su cometido es construir con lo que tengan a mano la sustancia más dura y resistente de todas las posibles.

—Si es sólo eso, el profesor podrá morderlo sin romperse los dientes —dijo el ingeniero, divertido.

—¿Ha sido realmente un ataque? —preguntó el doctor en voz baja.

Los demás le miraron sorprendidos.

—¿Qué otra cosa pudo ser?

—Yo diría, más bien..., un intento de una defensa. Quieren aislarnos.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Debemos sentarnos aquí a esperar hasta que nos encierren como gusanos en una quesera?

—¿Para qué quieren el protector?

Durante unos segundos callaron todos.

—Ya no necesitamos agua. Seguramente habremos reparado el cohete dentro de una semana. Pongamos diez días. Los sintetizadores atómicos estarán listos en unas horas. Supongo que esto formará una quesera. Serán unos muros altos, un obstáculo que ellos no puedan salvar y creen que nosotros tampoco. Gracias a los sintetizadores, tendremos comida. No necesitamos nada de ellos, y ellos no han podido encontrar otra forma mejor de darnos a entender que no desean nada de nosotros...

Le oían con gesto sombrío. El ingeniero se volvió. La punta de los brotes le llegaban ya a la rodilla, se entrelazaban y crecían juntos. Entretanto, el ruido crecía en intensidad. Como cientos de invisibles colmenas bajo la tierra. Las raíces azuladas del suelo eran ya casi como troncos de árbol.

—Por favor, trae aquí al doble —dijo el coordinador de pronto.

El doctor le miró como si no hubiese entendido bien:

—¿Ahora? ¿Aquí? ¿Para qué?

—No sé..., bueno... Me gustaría sencillamente que le trajeras, ¿entendido?

El doctor asintió con la cabeza y se fue. Los demás se quedaron callados, de pie, al sol. Al poco, el gigante desnudo salió trabajosamente del túnel detrás del doctor y saltó el parapeto. Parecía despabilado y contento, se mantenía siempre cerca del doctor y cloqueaba débilmente. De repente se tensó su carita plana, el ojo azul se quedó paralizado, empezó a jadear, a girar con todo su cuerpo y a gemir horriblemente. En pocas zancadas se precipitó contra el brillante vallado, que no cesaba de crecer, como si fuese a lanzarse encima, pero se limitó a recorrerle tambaleante sin dejar de gemir. Luego comenzó a toser con un ronquido extraño, corrió hacia el doctor, empezó a manosear su traje con sus deditos nodulosos y a rascar la tela elástica. Miró al doctor a los ojos. El sudor goteaba por su cuerpo. Chocó contra el doctor, saltó hacia atrás, miró en torno suyo una vez más y, tras doblar el torso con un sonido ronco, desapareció en la negra boca del túnel.

Todos se quedaron callados. Pasados unos segundos, el doctor preguntó al coordinador:

—¿Habías esperado esto?

—No... Creo que apenas..., realmente. Había pensado que quizá no le sería extraño. Esperaba alguna reacción. Una reacción incomprensible, diría. Pero no ésta...

—¿Quiere eso decir que es comprensible? —preguntó el físico en voz baja.

—En cierto modo, sí —contestó el doctor—. El conoce esto. En todo caso, conoce algo parecido y le produce temor. Para él es espantoso; probablemente esté relacionado con un peligro de muerte.

—¿Una ejecución a la Edén, acaso? —preguntó el químico en voz baja.

—No lo sé. De cualquier modo parece indicar que este «muro viviente» no sólo se usa contra visitantes del espacio. Seguro que también se puede plantar sin recurrir a la artillería.

—A lo mejor se asusta simplemente de todo lo que brilla —dijo el físico.

—Es una asociación sencilla. Ello aclararía la historia del cinturón.

—No. Ya le he mostrado un espejo y no manifestó ningún miedo, no se alteró en absoluto —replicó el doctor.

—O sea, que no es tan tonto ni tan subnormal —propuso el físico, mientras se acercaba a la refulgente barrera de cristal, que ya le llegaba a la cintura.

—Gato escaldado huye del fuego.

—¡Escuchen!

El coordinador levantó la mano.

—Me parece que estamos en un punto muerto. ¿Qué hacer? La reparación es importante, naturalmente, pero yo quisiera...

—¿Otra expedición? —preguntó el doctor.

El ingeniero rió con ironía:

—Yo siempre estoy dispuesto. ¿Adónde? ¿A la ciudad?

—Eso significaría lucha, con seguridad —previno el doctor—. No tenemos otro modo de salir que con el protector. Y para el grado de civilización que con solidario empeño querríamos conseguir (de todas formas, disponemos de un lanzador antiprotones), hay que pensárselo tres veces antes de empezar a disparar. Debemos evitar la lucha a toda costa. La guerra es el peor método para acopiar conocimientos de una cultura desconocida.

—No he pensado nunca en la guerra —contestó el coordinador—. El protector es un refugio extraordinario por su gran resistencia. Todos los datos parecen indicar que los habitantes de Edén se dividen en varias clases y que, hasta ahora, no hemos podido establecer contacto con la clase que tiene un comportamiento más racional. Entiendo que una incursión hacia la ciudad puede interpretarse como una respuesta. Pero nos queda el oeste, que todavía no hemos investigado en absoluto. Con dos hombres basta para el manejo del vehículo. Los demás se quedan aquí trabajando en el cohete.

—¿Tú y el ingeniero?

—No necesariamente, aunque puedo ir yo con Henryk, por supuesto.

—¿A quién le gustaría ir?

Todos querían. El coordinador no pudo por menos que reírse.

—Apenas ha acabado el ruido de los cañones y ya les devora el veneno de la curiosidad.

—Bueno, entonces vamos nosotros —dijo el ingeniero—. El doctor querrá venir como representante de la sensatez y la benevolencia. Estupendo. Me parece bien que te quedes —añadió volviéndose hacia el coordinador.

—Tú conoces el orden de los trabajos. Lo mejor es que empleen al Negro como autómatas de carga, pero no comiencen con las excavaciones bajo el cohete antes que volvamos. Quiero revisar los cálculos estáticos.

—Como representante de la sensatez, quisiera preguntar por el objetivo de esta excursión —dijo el doctor—. Para desbrozar el camino, entramos, querámoslo o no, en una etapa conflictiva.

—Entonces, haz una contrapropuesta —replicó el ingeniero.

A su alrededor susurraba suave, casi melodiosamente, la valla en crecimiento, que en algunas partes ya había alcanzado la altura de un hombre. Contra sus musculosas trenzas rompía el sol en rayos blancos e irisados.

—No tengo ninguna —admitió el doctor—. Los acontecimientos siempre se nos han anticipado, pero hasta ahora no han frustrado nuestros planes. Quizá lo más sensato sería no hacer más salidas. Dentro de pocos días, el cohete estará listo para despegar. Si circundamos el planeta a baja altura, tal vez podamos enterarnos de más cosas sin ningún estorbo.

—Eso ni tú mismo lo crees —replicó el ingeniero—. Si no nos enteramos ahora de nada, y podemos investigar todo de cerca, ¿qué vamos a sacar de un vuelo por encima de la atmósfera? Y en cuanto a la sensatez, ¡cielo santo!... Si los hombres fueran sensatos, no nos encontraríamos nosotros aquí. ¿Qué hay de sensato en naves que vuelan a las estrellas?

—Eso es demagogia —protestó el doctor, que ahora paseaba lentamente a lo largo de la barrera de cristal—. Ya sabía que no les iba a convencer.

Los demás volvieron al cohete.

—No cuentes con descubrimientos sensacionales. Supongo que hacia el oeste se extiende un terreno parecido a éste —dijo el coordinador al ingeniero.

—¿Por qué lo supones?

—No vamos a haber caído precisamente en medio de una mancha desértica. Al norte, la fábrica; al este, la ciudad; al sur, la cadena de colinas con el «poblado» en el fondo del

valle. Probablemente estamos en el borde de una lengua de desierto que se extiende hacia el oeste.

—Es posible. Ya veremos.

Capítulo Décimo

Pocos minutos después de las cuatro tembló la rampa de carga, que descendió con lentitud, como el brazo de un cascanueces, y se quedó colgando en el aire oblicuamente, como un puente levadizo. Hasta el suelo mediaba más de un metro.

Estaban bajo el cohete, a ambos lados de la entrada. Miraron hacia arriba. En la puerta aparecieron unas orugas anchas que avanzaban con un zumbido creciente, como si la poderosa máquina fuese a echar a volar. Durante unos segundos vieron su piso color gris amarillento, luego se balanceó sobre sus cabezas, se inclinó hacia abajo, golpeó con las orugas contra la rampa, que retumbó, y se dirigió hacia el suelo. Salvó el vacío de un metro de altura y alcanzó la tierra con las orugas. Por un segundo pareció que las dos bandas se habían quedado inmóviles, pero en seguida avanzó el protector, elevó su achatada cabeza en posición horizontal, se desplazó una docena de metros por el suelo y se detuvo con un melodioso rumor.

—Bien, ahora, amigos —exclamó el ingeniero, cuya cabeza sobresalía por la escotilla de acceso posterior—, refúgiense en el cohete. Va a hacer mucho calor. No se dejen ver hasta dentro de media hora, por lo menos. Lo mejor es que envíen por delante al autómatas, para que inspeccione el suelo por si hubiese restos radiactivos.

La rampa se cerró. Los tres hombres desaparecieron en el túnel. Llevaron consigo al autómatas. La entrada del túnel se aseguraba por dentro con una coraza hermética. El protector permanecía inmóvil. El ingeniero limpió la pantalla e inspeccionó los mandos. Finalmente dijo con voz tranquila:

—Larguémonos.

El hocico corto y fino del protector, provisto de un abultamiento anular, se movió lentamente hacia adelante. El ingeniero orientó el retículo óptico hacia la masa cristalina del vallado, miró al lado para determinar la situación de los tres pequeños discos, el blanco, el rojo y el azul, y apretó el pedal.

Durante un segundo, la pantalla se ennegreció, como si se hubiera cubierto de hollín. Por la oscilación del protector parecía que le hubiera golpeado una gran ola y emitió un sonido, como si un gigante en la tierra hubiera exclamado: «¡Umpf!» La pantalla volvió a iluminarse.

Una nube esférica y ardiente se dilataba en todas direcciones. El aire pesaba como cristal derretido. En una anchura de diez metros desapareció el vallado. Se elevaba vapor de una hondonada con retorcidos bordes de incandescente rojo cereza. Pocos pasos delante del protector, el suelo parecía cristalizado, centelleaba de sol. Sobre el protector llovían cenizas blancas.

«He dado un poco más de la cuenta», pensó el ingeniero, pero se limitó a decir:

—Todo en orden. Nos vamos.

El casco, bajo y corpulento, tembló, rodó con insospechada suavidad hacia la brecha y se balanceó levemente al cruzarla. En el suelo se coagulaba un líquido brillante, tierra silíceas fundida.

«De hecho, somos los bárbaros —se le ocurrió al doctor—. ¿Qué se nos ha perdido aquí...?»

El ingeniero ajustó el rumbo y aceleró la marcha. El protector se desplazaba como por una autopista. Se percibía un ligero chasquido cuando la elástica superficie interior de los eslabones pasaba por los rodillos de rodadura. Viajaban casi a sesenta, sin notarlo.

—¿Se puede abrir? —preguntó el doctor desde lo hondo del pequeño sillón.

La abombada pantalla sobre sus hombros parecía un ojo de buey.

—Claro que podemos, pero...

El ingeniero puso en marcha el compresor. Desde el extremo de la torre lanzó dardos de un líquido incoloro contra la coraza para limpiar los restos de ceniza radiactiva. Entonces clareó, se abrió la cabeza acorazada, su tapa se corrió hacia atrás, los lados se hundieron en el casco. Sólo quedaron protegidos por un grueso cristal curvo que formaba un anillo en torno a los asientos. Por arriba entraba el viento y agitaba el pelo de los tres hombres.

—Me parece que el coordinador está en lo cierto —murmuró el químico al cabo de un rato.

El paisaje no cambiaba. Seguían nadando en un mar de arena. El pesado vehículo se balanceaba con suavidad al cruzar las gibosas dunas. Cuando el ingeniero aumentó la velocidad de marcha fueron arrojados de un lado a otro y las cadenas de las orugas empezaron a chirriar horriblemente. El morro del protector saltaba de una duna a otra, cavaba en ellas, levantaba densas nubes de polvo, y un par de veces se cubrió de arena.

El ingeniero disminuyó la velocidad. Cedió el exagerado balanceo. Así anduvieron dos horas enteras.

—Quizá tenga razón —dijo el ingeniero mientras modificaba apenas perceptiblemente el rumbo del oeste al oeste-suroeste.

Una hora más tarde volvió a modificar el rumbo. Ahora se dirigían abiertamente hacia el suroeste. Habían recorrido ya ciento cuarenta kilómetros.

La arena blanca y suelta que se trenzaba polvorienta a su paso fue haciéndose poco a poco más pesada y rojiza. Ya no se levantaba tanto polvo. Cuando las cadenas de las orugas la levantaban del suelo, volvía a caer pronto. Las dunas eran menos frecuentes y de menor altura. De vez en cuando asomaban las puntas de arbustos cubiertos por la arena. A lo lejos aparecieron unas pequeñas manchas poco definidas, ligeramente desviadas de la dirección de la marcha. El ingeniero torció hacia ellas. Rápidamente crecieron a sus ojos y pocos minutos después distinguieron tres superficies planas que brotaban perpendiculares del suelo. Parecían restos de muros o paredes. El ingeniero redujo la velocidad cuando acometieron un paso estrecho. A derecha e izquierda se alzaban muros desgastados por la erosión. En medio les cerraba el camino un gran tronco empedrado. El protector elevó la cabeza y salvó el obstáculo sin dificultades. Se encontraban en una calleja estrecha. Por el resquicio que había entre las placas verticales se observaban otras ruinas. También allí había realizado la erosión su actividad destructora. A través de un área de escombros llegaron al campo abierto. Otra vez cruzaron dunas, aunque ahora de tierra firme, como apisonada, que no desprendía polvo. El terreno iniciaba un suave declive. Descendieron por una ligera pendiente. Algo más abajo vieron unas rocas pequeñas, romas, en forma de maza, y los blanquecinos contornos de unas ruinas. Llegaron al término de la pendiente. Atravesaron el fondo del valle, que estaba lleno de rocas picadas, y acometieron la pendiente opuesta, que se extendía hasta el horizonte. Las cadenas de las orugas apenas se hundían en el suelo, ahora duro. Emergieron los primeros montones de esponjosos arbustos; eran casi negros, pero a la luz del sol poniente se teñían de rojo como si las pequeñas vejigas de las hojas estuviesen llenas de sangre. Hacia el suroeste, los arbustos eran más grandes. Aquí y allá les cerraban el camino. Para el protector no representaban ningún problema. Hundía un poco las cadenas, pero apenas perdía impulso por ello. Sólo que cada vez se producía un desagradable alboroto de miles de ampollitas reventadas. Salpicaban contra la placa de keramit un sebo oscuro y pegajoso. Pronto quedó el casco entero, hasta la torre, embadurnado de color pardo.

Habían recorrido doscientos kilómetros. El sol rozaba ya el horizonte del poniente. La agigantada sombra del protector se mecía, se curvaba y se extendía cada vez más. De pronto se oyó un crujido espantoso bajo las cadenas; durante un momento pareció que el

vehículo se quedaba suspendido; luego, tras un matraqueo ensordecedor, descendieron sobre algo hecho añicos. El ingeniero frenó. Avanzaron aún unas docenas de metros hasta que el vehículo se detuvo. En las anchas roderas, de matorral apisonado que dejaban tras sí, advirtieron restos de una herrumbrosa construcción. El peso del protector la había pulverizado. Continuaron la marcha. Pero ahora el blindado rodaba sólo con una oruga sobre fragmentos de rejas, postes torcidos y pedazos de chapa rota, que estaban completamente ocultos bajo arbustos papilares. El protector pulverizaba todo y lo batía con el aceite de las uvas reventadas, formando una masa chirriante. Al cabo de un rato, el muro de maleza se elevó todavía más. Había cesado el desagradable rascar y batir de la chatarra. De repente, los tallos negruzcos con sus espesamientos papilares, que golpeaban contra el casco, se separaron a ambos lados. Llegaron a una vereda de varios metros de anchura. Ante ellos se alzaba una oscura pared de matorrales, parecida a la que acababan de salvar. El ingeniero torció en la vereda y subió por ella como por un camino forestal de suave pendiente. El suelo arcilloso era firme. Unas costras de fango indicaban la esporádica presencia del agua.

La vereda no era recta. Ya aparecía frente a ellos el ardiente disco solar, rojo escarlata, y les cegaba, ya se ocultaba en las curvas y apenas traspasaba con rayos de sangre aquel matorral añil de dos o tres metros de alto. El camino se fue estrechando y la pendiente se hizo más pronunciada. De repente se toparon de cara con todo el sol poniente. Entre ellos y el disco solar se extendía, a varios cientos de metros bajo sus pies, una llanura de vivos colores. Más allá brillaba una superficie de agua que reflejaba la luz roja del sol. La irregular orilla del mar estaba cubierta de manchas de oscuros matorrales. Acá y allá podían reconocerse fortificaciones artificiales y máquinas de patas muy separadas. Algo más cerca, al pie del declive (a cuyo borde había frenado con brusquedad el protector), formaban un caprichoso mosaico varias construcciones dispuestas a lo largo de claras franjas, filas enteras de mástiles de luminoso brillo, no mayores que una cerilla. Abajo se observaba un vivo movimiento. Columnas de puntitos grises, blancos y marrones corrían en distintas direcciones. Se mezclaban entre ellas y, en algunos lugares, formaban aglomeraciones que luego volvían a disolverse en largos cordones. En las zonas densamente pobladas brillaban ininterrumpidamente tenues destellos, como si los vecinos de docenas de edificios abriesen y cerrasen las ventanas para reflejar el sol del crepúsculo.

El doctor dejó escapar una voz de admiración:

—¡Henryk, lo has conseguido! ¡Por fin, algo normal, la vida cotidiana, y qué magnífico punto de observación!

Se dispuso a salir de la torre, con las piernas por delante. El ingeniero le detuvo:

—Espera, ¿ves el sol? Dentro de cinco minutos desaparecerá y no podremos ver nada. Tenemos que filmar en seguida el panorama, si no, será demasiado tarde.

El químico ya había sacado la cámara de debajo del asiento. Le ayudaron a montar con toda rapidez el mayor teleobjetivo, con un tubo que parecía un mosquetón antiguo. Como tenían prisa, quitaron el trípode. El ingeniero desenrolló una cuerda de nylon, la anudó a la torre, arrojó los dos extremos hacia la proa del protector y saltó a tierra.

Entretanto, sus compañeros tomaron el trípode y corrieron al borde del declive. El ingeniero los sujetó a los extremos de la cuerda.

—Con tanta pasión se van a caer al precipicio —dijo.

El sol ya empezaba a sumergirse en las inflamadas aguas del mar cuando montaron la cámara. El mecanismo zumbaba, el gran objetivo miró hacia abajo. El doctor se arrodilló para sostener las dos patas delanteras del trípode, de forma que no resbalara por el abismo. El químico pegó un ojo al punto de mira e hizo una mueca.

—¡Los diafragmas, rápido!

El ingeniero volvió rápidamente al protector y trajo el mayor que tenían. Lo instalaron con la mayor celeridad. El sol estaba ya sumergido en el mar hasta la mitad. El ingeniero

agarró el riel guía con las dos manos y dirigió la cámara por igual hacia la izquierda y la derecha. El químico frenaba de vez en cuando este movimiento y orientaba el objetivo hacia el lugar donde se observaba un movimiento mayor de manchas y formas. Ajustó la graduación del diafragma y modificó la distancia focal. El doctor continuaba arrodillado. La cámara zumbaba con suavidad, la bobina dejaba correr la película. Se gastó el primer rollo. Lo cambiaron a toda prisa. Ya corría el segundo. Cuando el objetivo se centró en el punto de mayor movimiento, sólo asomaba un pequeño segmento del disco solar sobre el agua, que se oscurecía por momentos. El doctor se inclinó un poco más, sostenido por la cuerda en tensión, para no estorbar las tomas fotográficas. Alcanzó a ver los herrumbrosos pliegues de la fangosa pared, que caía en vertical, de un rojo que poco a poco palidecía. En los últimos metros del segundo rollo desapareció el disco rojo. El cielo seguía lleno aún de reflejos luminosos, pero sobre el llano y el mar habían caído ya sombras de gris y azul. Salvo las pequeñas luces, no se veía nada más.

El doctor se incorporó ayudándose con la cuerda. Entre los tres transportaron la cámara como un tesoro.

—¿Crees tú que habrá salido la toma? —preguntó el químico al ingeniero.

—No del todo. Una parte saldrá mal, por sobreexposición. Ya veremos. En cualquier caso, podemos volver aquí otra vez.

Guardaron la cámara, los rollos y el trípode, y se acercaron una vez más al borde del declive. Entonces advirtieron una costa escarpada al este que al fondo se convertía en un muro rocoso vertical, cuya cumbre aún relucía con los últimos destellos rosáceos del sol, que acababa de ocultarse. Allá, una columna de humo fungiforme se alzaba en el cielo, donde ya se veían las primeras estrellas. Permaneció un rato sin cambios. Luego se hundió tras la barrera montañosa y desapareció de la vista.

—¡Ajá! Ahí está el valle —gritó el químico al doctor.

Miraron una vez más a la llanura. Largas filas de luces blancas y verdes que recorrían lentamente la orilla del mar en diversas direcciones, formaban un arroyuelo de flujo desigual. A tramos desaparecían y surgían otras más grandes. Iba oscureciendo y cada vez había más luces. Detrás de los tres hombres susurraba apacible el alto matorral, negro como la noche. El panorama era tan hermoso que les costó trabajo marcharse de allí. No olvidarían tan pronto la imagen del mar con el reflejo de las estrellas lácteas.

Mientras caminaban por el embarrado suelo de la vereda, el doctor preguntó al químico:

—¿Qué has visto?

Éste sonrió turbado.

—Nada. No he pensado en absoluto en lo que veía; todo el tiempo he estado pendiente de la nitidez de la imagen. Además, Henryk movía el objetivo por todo el campo tan rápidamente que no me podía orientar.

—No importa —dijo el ingeniero mientras se recostaba contra el casco del protector, ahora más frío.

Hemos hecho doscientas tomas por segundo. Veremos todo lo que hay allí cuando se revele la película. Es hora de regresar.

—Una excursión idílica —murmuró el doctor.

Subieron la cuesta. El ingeniero giró hacia atrás la mirilla de la telepantalla y metió la marcha atrás.

Retrocedieron unos metros, hasta dar la vuelta en un ensanchamiento de la vereda; luego marcharon directamente hacia el norte a buena velocidad.

—No volveremos por el mismo camino —dijo el ingeniero—. Serían doscientos kilómetros más. Mientras pueda, iré por la vereda. Dentro de dos horas habremos llegado.

Volvían por un terreno menos ondulado que a la ida. En ocasiones, el protector tenía que abrirse camino a través de espesos matorrales. Oían los latigazos de las ramas contra la curva del grueso cristal. De vez en cuando, sobre las rodillas del químico o del doctor caían unas uvas. El doctor se acercó un racimito a la nariz, y dijo admirado:

—Tienen un olor muy agradable.

Estaban de excelente humor. La bóveda del cielo se hizo más clara y más alta. La cola de la galaxia aparecía sobre ellos como una figura grumosa y resplandeciente. Rachas de viento peinaban el matorral en espaciados susurros. El protector rodaba suavemente con un melodioso rumor apenas perceptible.

—Es curioso que en Edén no existan brazos captoreadores —observó el doctor—. En todos los libros que he leído siempre hay brazos que atrapan y estrangulan en los demás planetas.

—Y sus habitantes tienen seis dedos —agregó el químico—. Seis, casi siempre. ¿Sabes por qué?

—Seis es un número místico —contestó el doctor—. Es dos veces tres, y tres veces dos tienes que pensártelo antes de preguntar.

—Dejen de decir tonterías, que me desvío del rumbo —dijo el ingeniero, que estaba sentado un poco más arriba que ellos.

Todavía no era capaz de decidirse a dar las luces, aunque apenas veía. La noche era muy bella, y sabía que su hechizo desaparecería en cuanto encendiese los faros. Tampoco quería conducir con radar, pues para eso debía cerrar la torre. Casi no veía sus propias manos al volante. Sólo la aguja de rumbo y los demás instrumentos del cuadro de mando, situado delante de él, más abajo y detrás del vehículo, lucían en gris pálido y rosa, y los indicadores del reloj atómico temblaban débilmente como diminutas estrellas color naranja.

—¿Puedes comunicarte con el cohete? —preguntó el doctor.

—No —respondió el ingeniero—. Aquí no existe la capa E, o, mejor dicho, existe, pero tiene más agujeros que un colador. Tampoco hay posibilidad de comunicación en onda corta y no hemos tenido tiempo para instalar otro emisor, como ya sabes.

Al poco tiempo, las cadenas de las orugas rechinaron con estrépito. El vehículo vaciló. El ingeniero encendió un momento los faros y advirtió que iban sobre rocas blancas pulimentadas. A considerable altura sobre el matorral brillaban a la luz formas fantásticas de agujas calcáreas. Marchaban por un áspero desfiladero.

Aquello no le gustó al ingeniero. No tenía la menor idea de a dónde conduciría ese camino. Ni siquiera el protector podría escalar aquellas paredes tan verticales. Siguieron adelante. Cada vez había más piedras. A la luz de los faros, los matorrales formaban manchones negros. El camino emprendió una subida que desembocó en una meseta casi plana. Por uno de los lados, las rocas fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo. El protector llegó a una pradera ligeramente empinada. En su parte alta acababa en unos escalones calcáreos hendidos por pequeños canales de erosión. Entre las rocas, unos tallos largos y retorcidos, de brillo gris planteado a la luz de los faros, recorrían el suelo.

Hacía ya un cuarto de hora que viajaban con una considerable desviación al nordeste. Convenía rectificar el rumbo, pero el surco calcáreo en el que había caído el protector no le permitía maniobrar.

—Ha habido suerte —dijo el químico—. Hemos podido caer al mar o meternos contra las rocas, y dudo que hubiéramos podido salir.

—Es verdad... —el ingeniero se interrumpió.

—Un momento...

Un obstáculo les cerraba el camino. Parecía una red con largos flecos peludos. El protector avanzó lentamente hasta el obstáculo. Dio con el morro contra él. El ingeniero

pulsó el acelerador con cuidado. Con la leve presión, la extraña red se rasgó y desapareció bajo las orugas, que la aplastaron contra el suelo. Las luces rescataron de la oscuridad unas formas negras, un bosque entero de ellas, como un ejército de piedra desplegado en orden de combate. Un afilado pedestal emergió ante el vehículo. Casi chocan contra él. Encendieron el gran faro central. Su luz trepó por la columna negra.

Era una escultura de enorme tamaño, en la que, con algún esfuerzo, podía distinguirse el torso de un doble, pero con el pequeño torso descomunadamente agrandado. Tenía las manos elevadas y entrelazadas, y una cara casi plana con cuatro huecos similares, de forma que su aspecto era diferente del que ya conocían. Y se inclinaba hacia un lado, como si desde lo alto mirase con las cuatro cuencas de sus ojos.

La impresión fue tan fuerte que durante unos instantes nadie se atrevió a moverse o a decir algo. Después, la lengua de luz del faro abandonó la estatua, se deslizó en las tinieblas y fue a dar con otros pedestales. Unos eran altos y estrechos; otros, bajos. Sobre ellos se erguían torsos negros, manchados. Aquí y allá se veía también algunos blancos lechosos, que parecían esculpidos en hueso. Todas las caras tenían cuatro ojos, algunas extrañamente desfiguradas, como hinchadas, provistas de frentes elevadas. Más lejos aún, a unos doscientos metros de distancia, corría una pared de la que sobresalían manos extendidas, o entrelazadas, de tamaño superior al normal. Parecía que señalaban distintas sendas del estrellado cielo.

—Esto tiene que ser un cementerio —susurró el químico.

El doctor descendía ya por el casco del protector, y el químico tras él, cuando el ingeniero orientó el faro hacia el lado opuesto, donde antes se había alzado la barrera caliza. Ahora descubrió allí una delgada fila de figuras con facciones deformes, intrincadas mallas de formas donde la mirada se perdía sin remedio. Apenas creía percibir algo conocido cuando volvía a escapársele de la mente.

Mientras, el químico y el doctor caminaban con lentitud entre las estatuas. El ingeniero les iluminó desde el protector. Durante unos instantes creyó oír en la lejanía un quejido lloroso, pero como su atención estaba absorta en aquel extraño escenario, no se ocupó de las voces, tan débiles y oscuras que ni siquiera podía aventurar de dónde venían.

La luz del faro tembló sobre las cabezas de los dos hombres y arrancó de la oscuridad figuras nuevas. De pronto oyeron cerca un silbido venenoso. Entre la fila de estatuas avanzaban lentamente nubes grises. Un tropel de dobles corría entre ellas con largos gemidos, toses y lamentos. Sobre ellos ondeaban una especie de harapos, mientras, a ciegas, se empujaban y atropellaban unos a otros.

El ingeniero se dio la vuelta en su asiento, agarró la palanca e, instintivamente, quiso acercarse a sus compañeros. Unos cien metros delante de él, al final de la pequeña avenida, vio las pálidas caras del doctor y del químico, que observaban perplejos aquellas formas. Pero no podía acercarse, porque los fugitivos, sin advertir la presencia del vehículo, pasaban corriendo junto a él. Varios cuerpos grandes cayeron. El horrible silbido estaba muy cerca, parecía brotar de la tierra. Entre los siguientes pedestales que iluminaron los faros del protector, a unos centímetros del suelo, un tubo flexible, del que brotaba un chorro de espuma hirviendo que cubría la tierra y humeaba con tal intensidad que todo se cubrió de una niebla gris.

Cuando los primeros vapores cayeron sobre la torre, el ingeniero sintió como si miles de púas le rasgasen los pulmones. Saltaron lágrimas de sus ojos, lanzó un grito sordo. Entre ahogos y sollozando de dolor apretó violentamente el acelerador. El protector saltó hacia adelante, derribó la negra estatua y rodó con estrépito sobre las ruinas. El ingeniero apenas podía respirar, pero no cerraba la torre, pues antes tenían que subir sus compañeros. Siguió adelante. Las lágrimas no le dejaron ver cómo el protector derribaba también las demás estatuas. El aire estaba un poco más limpio. Oyó, antes de verles, al químico y al doctor, que salían corriendo de los matorrales y trepaban por el casco. Quiso gritar «¡adentro!», pero de su garganta abrasada sólo arrancó un graznido. Los dos

saltaron adentro tosiendo. A ciegas, apretó la palanca. La cúpula metálica se cerró, pero la niebla que les ahogaba también llenaba el interior. El ingeniero exhaló un quejido y, con sus últimas fuerzas, abrió la válvula de una tubería de acero. Del reductor salió oxígeno a presión muy alta. Sintió su golpe en la cara. Estaba tan comprimido que fue como si le hubieran golpeado en el entrecejo.

Poco le importó. Aquel chorro vivificante ayudaba. Los otros dos jadeaban sobre sus hombros. Los filtros trabajaban. El oxígeno expulsaba la nube venenosa. Sintieron en el pecho un dolor punzante, como si a cada inspiración algo rozase una herida abierta en la tráquea. Pero pronto cedió. A los pocos segundos, el ingeniero pudo ver bien de nuevo. Conectó la pantalla.

En la avenida lateral, donde no había entrado, entre los pedestales de las estatuas triangulares se estremecían aún algunos cuerpos. La mayor parte ya no se movía. Pequeñas manos, pequeños torsos, cabezas, todo revuelto, aparecían y desaparecían al paso de las nubes grises. El ingeniero conectó el audífono de exterior. A su oído llegaron lejanas toses y sollozos que se iban debilitando. De nuevo se levantó un coro de ruidos entrecortados procedentes de las figuras blancas entrelazadas, pero no se veía nada, aparte de la ola de niebla gris. El ingeniero se aseguró del hecho que la torre estaba herméticamente cerrada; luego, con los dientes apretados, pulsó unas palancas. El protector giró poco a poco, las cadenas chirriaron contra los escombros de piedra. Los tres haces de faros intentaban traspasar la nube. Pasó junto a las estatuas destrozadas en busca del tubo silbante, que suponía escondido a unos diez metros, donde el barro saltaba a lo alto. La oscilante onda de vapor llegaba ya hasta las manos en alto de la figura próxima.

—¡No! —gritó el doctor—. ¡No dispires! ¡Puede haber alguien con vida!

Demasiado tarde. La pantalla se oscureció durante una fracción de segundo. El protector, como alcanzado por un enorme puño, saltó y cayó con pavoroso estrépito. Apenas se disparó el rayo de ondas por el extremo del generador que iba oculto en el morro, cuando llegó a su destino, es decir, al punto que expulsaba la hirviente espuma. La carga de antiprotones se había unido a la cantidad de materia equivalente. Cuando la pantalla volvió a iluminarse, entre los escombros de los pedestales, ahora muy lejos unos de otros, se abrió un cráter de fuego.

El ingeniero no lo miró. Trataba de averiguar qué había pasado con el resto de la tubería, por dónde había desaparecido. Volvió a girar el protector noventa grados y avanzó lentamente a lo largo de la fila de estatuas derribadas. La niebla gris se iba disolviendo. Pasaron junto a tres o cuatro cuerpos cubiertos de harapos. El ingeniero debió maniobrar para no aplastarlos. Más lejos, al frente, se distinguía una figura grande inmóvil. Allí se abrió un calvero largo, al fondo del cual unas formas plateadas brillaban a la luz de los faros. Huían a los matorrales. En lugar de pequeños torsos blancos llevaban corazas o yelmos extraordinariamente largos, planos por los lados y que arriba terminaban en punta. Algo chocó, con un golpe sordo, contra la proa del vehículo. La pantalla se oscureció y al instante volvió a iluminarse. El faro izquierdo se había apagado.

El ingeniero dirigió el faro móvil central al oscuro borde de la plantación y, como por encanto, extrajo de la oscuridad, entre las ramas, varias manchas de brillo argentino, detrás de las cuales algo comenzó a agitarse con ritmo creciente. En todas direcciones volaban ramas, trozos de arbustos arrancados; una gran masa se agitaba en el aire a la luz del faro. El ingeniero dirigió el morro hacia el lugar de mayor actividad y apretó el pedal. Un poderoso golpe seco sacudió la torre. Cuando la pantalla volvió a iluminarse, el ingeniero hizo girar la torre.

Fue como si hubiera salido el sol. El protector estaba aproximadamente en la mitad del claro. Más abajo, donde antes se hallaba la plantación, el horizonte se había convertido en un blanco mar de fuego. Las estrellas habían desaparecido, el aire temblaba. Delante de esa sucia pared de humo rodaba hacia el protector una hinchada bola brillante de

fuego. El ingeniero oyó solamente el rugido del fuego. El protector parecía un enano agachado, ante las monstruosas dimensiones de la bola, que se tornaba en un remolino de la altura de una casa subdividido en el medio por una línea negra zigzagueante. Ya tenía el ingeniero la bola en el retículo cuando descubrió, a unos cientos de pasos más lejos, pálidas formas que huían.

—¡Sujétense! —gritó.

Sintió como si se le clavaran agujas en la garganta.

Un crujido infernal. El protector pareció partirse en dos. Habían chocado con algo. Por un instante creyó que la torre se rompía. El protector gimió, los amortiguadores de choque chirriaron, el casco retumbó como una campana. La pantalla se oscureció durante unos segundos; luego volvió a iluminarse. El estruendo no cedía. Era como si cien martillos endiablados golpeasen frenéticamente contra la cubierta acorazada. Luego fue amainando ese ruido ensordecedor. Los golpes se sucedían cada vez a intervalos mayores. Algunas veces cortaba el aire, silbante, un brazo anguloso. De pronto, una masa de hierro se desplomó con un ruido sordo a lo largo del protector, y algunas figuras con forma de brazos, que contraían y extendían sus miembros de arácnidos, cayeron delante del protector. Una de ellas dio unos redobles rítmicos contra el casco, como si quisiera acariciarle. Pero también este movimiento se fue debilitando y, al poco tiempo, dejó de oírse por completo. El ingeniero intentó arrancar, pero las cadenas sólo obedecían a medias a los movimientos del volante y chirriaban agarrotadas. Metió la marcha atrás. Ahora sí respondió. El vehículo retrocedía como un cangrejo para salir de los escombros, arrastrándose trabajosamente. De repente cedió la presión, se oyó un ruido metálico y la máquina saltó libre hacia atrás.

A la luz de la pared de fuego de la plantación incendiada, aquel derrelicto se parecía a una araña aplastada de treinta metros de alto. El muñón de uno de los brazos hurtaba aún el suelo febrilmente. Entre las largas y afiladas piernas se advertía una cúpula angulosa, de donde saltaban formas con resplandores plateados. El ingeniero comprobó instintivamente si estaba libre la línea de tiro y apretó el pedal.

Otra vez un sol tronante desgarró el claro. Los restos de aquella estructura volaron silbantes en todas las direcciones. En el centro brotaba hacia lo alto una columna de barro y arena en ebullición, y surcaban los aires grandes copos de hollín. Al ingeniero le asaltó repentinamente una sensación de debilidad. Notó que estaba a punto de retorcerse en convulsiones. Un sudor frío le corría por la nuca. Apenas había acercado su temblorosa mano a la palanca, cuando oyó gritar al doctor:

—¡Da la vuelta! ¡¿Oyes?! ¡Da la vuelta!

Humo rojo luminiscente subía del hoyo ardiendo, como si allí donde antes se alzaba la plantación, se hubiera abierto un volcán. Escorias en ebullición corrían por la pendiente e incendiaban los restos del aplastado matorral.

—Ya está —dijo el ingeniero—. Ahora vuelvo.

Pero no se movía. Gotas de sudor le corrían por la cara.

—¿Qué te pasa?

Oía la voz del doctor como si llegara de muy lejos. Luego distinguió su cara sobre él. Sacudió la cabeza y abrió los ojos bruscamente.

—¿Cómo? No, nada —balbució.

El doctor se echó de nuevo hacia atrás.

El ingeniero puso el motor en marcha. El protector se estremeció. Giró en el sitio. No oían nada. El fragor del gigantesco incendio ocultaba los demás ruidos. Volvieron por el mismo camino por donde habían llegado.

La luz del único faro —los centrales se habían perdido en el choque— se deslizaba con rapidez por cadáveres y escombros de estatuas. Todo estaba cubierto de un sedimento gris metálico. Pasaron entre los fragmentos de un par de figuras blancas y torcieron hacia el norte. El protector cortaba la maleza como un barco que se desliza por el agua.

Algunas formas blancas huían despavoridas del haz de luz. El protector bramaba al aumentar la velocidad y sacudía con fuerza a sus ocupantes. El ingeniero respiraba con dificultad. Apretaba la mandíbula para no flaquear. Tenía aún la visión de los agitados copos de hollín —eso era todo lo que había quedado de las emergentes formas de plateado resplandor—. Abrió los ojos. La luz descubría ahora un fango amarillo, una pendiente pronunciada y escarpada.

El protector alzó el morro y atacó la cuesta. Las ramas azotaban el casco. Las cadenas rodaban chirriando sobre un piso inseguro. El protector corría con velocidad creciente. Unas veces subía, otras bajaba. Aquí y allá atravesaban la tierra pequeños declives. Se hundían en retorcidas gargantas y abatían el matorral arbóreo. El vehículo rugió como un ariete contra una plantación de árboles arácnidos. Sus erizados cuerpos de insectos bombardearon el casco con golpes flojos, sin fuerza. Los crujidos y silbidos de los tallos y ramas aplastados hacían un ruido espantoso. En la pantalla trasera brillaba todavía el fuego. Poco a poco fue empañándose. Por último, reinó en torno suyo una oscuridad absoluta.

Capítulo Duodécimo

Llevaban ya una hora marchando a toda velocidad por la llanura. Era una noche despejada. Cada vez más espaciadamente, algunos matorrales cortaban veloces el rítmico rugido de la máquina, hasta que también los últimos se quedaron atrás. Ya no había nada, salvo las largas y suaves convexidades del terreno, que cobraban vida a la luz del faro y parecían ondularse. El protector las tomaba con saltos, como si tratase de elevarse en el aire. Los asientos amortiguaban los saltos con suavidad. El monótono chirrido de las cadenas de las orugas recordaba el penetrante soniquete de un taladro en el metal. Luces rosas, verdes y rojo-anaranjadas en el cuadro de mandos. El ingeniero buscaba en la pantalla el piloto señalizador del cohete.

El haberse marchado sin comunicación por radio, cosa que antes habían aceptado maquinalmente, ahora le parecía una locura. Tenían tanta prisa, que no pudieron esperar ni las dos horas que habría costado la instalación de una emisora. Temía haber perdido el cohete en aquella oscuridad, y haberse alejado excesivamente al norte. Pero no, al fin lo descubrió. Parecía una burbuja de luz. Redujo la velocidad. Siempre era una visión extraña, cuando el piloto del cohete se iluminaba y aparecía el casco con los distintos niveles que dividían la luz en innumerables arcos iris resplandecientes. El reflejo iluminaba la arena.

Como el ingeniero no quería disparar otra vez, dirigió la roma nariz del protector hacia el sitio donde había horadado antes el muro de cristal. Pero la abertura se había vuelto a cerrar por ambas partes. La única huella de la primera brecha era un resto de arena escorificada.

Con toda su masa de dieciséis toneladas, el protector chocó contra el muro. La pared aguantó.

El ingeniero retrocedió unos doscientos metros, apuntó y disparó. Justo en ese momento, una campana de luz emergió de la oscuridad. Arrancó sin dar tiempo a que se enfriasen los hirvientes bordes del boquete. La parte alta de la torre chocó contra el material reblandecido, que cedió. El protector, tuerto, penetró en el círculo diáfano. Su zumbido fue languideciendo mientras se acercaba al cohete.

Sólo les saludó el Negro, que desapareció inmediatamente. Limpiaron la capa radiactiva de la superficie exterior del protector y examinaron la intensidad de la radiación del entorno antes de abandonar la angostura de la máquina.

Se iluminó la lámpara. El coordinador fue el primero en salir del túnel. De una ojeada advirtió las manchas negras del morro del protector, el faro destrozado y las caras pálidas y hundidas de los expedicionarios. Y dijo:

—Han luchado.

—Sí —respondió el doctor.

—Pueden bajar. Sólo son 0,9 Röntgen por minuto. El autómata negro se quedará aquí.

Los demás callaron. Bajaron por el túnel hasta el cohete. El ingeniero advirtió la presencia de un segundo autómata, pequeño, que reparaba tuberías en el pasillo que daba a la sala de máquinas, pero no se detuvo. Había luz en la biblioteca. La pequeña mesa estaba preparada: platos de aluminio, cubiertos, una botella de vino. El coordinador dijo:

—Pensábamos en una modesta celebración. Los autómatas han supervisado el regulador gravimétrico. Está bien... La pila principal funciona. Si somos capaces de enderezar el cohete, podemos partir. Ahora hablen ustedes.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. El doctor miró al ingeniero, comprendió, y dijo:

—Tenías razón. Hacia el oeste se extiende un desierto. Hemos viajado casi doscientos kilómetros, haciendo un gran arco en dirección al sur.

Contó cómo llegaron a la llanura habitada junto al mar, que habían filmado, y cómo a la vuelta fueron a dar con la colección de estatuas... Aquí se detuvo.

—Realmente, parecía un cementerio o un lugar de culto. No se puede describir con facilidad lo que ocurrió luego. Ni puedo explicar con certeza su significado, aunque el tema les sonará. Una multitud de dobles huía despavorida. Era como si hubieran estado ocultos y una batida los hubiese ahuyentado para cazarlos entre las estatuas. Digo que parecía eso; pero no sabría decir. Unos cientos de metros más abajo, pues todo esto ocurría en un terreno en declive, había una pequeña plantación. Allí estaban escondidos otros dobles, de los plateados, como el que matamos. Detrás de ellos, probablemente camuflado, había uno de los grandes trompos. Pero nosotros no habíamos advertido su presencia..., ni sabíamos que los dobles que estaban escondidos en la plantación habían extendido por el suelo una tubería flexible, una especie de tobera por la que salía a presión una sustancia venenosa, una espuma que se transformaba en emulsión o en gas. Puede analizarse, pues habrá quedado depositada en los filtros, ¿verdad?

Se volvió hacia el ingeniero, quien asintió con la cabeza.

—Yo bajé con el químico, porque queríamos ver las estatuas, y la torre se quedó abierta. Casi nos asfixiamos. Quien peor lo pasó fue Henryk, porque la primera oleada de gas alcanzó al protector. Una vez que entramos, después de ventilar con oxígeno el interior, Henryk disparó contra la tubería, o mejor dicho, contra el sitio donde la habíamos visto, pues nos hallábamos en medio de una nube espesa.

—¿Con antimateria? —preguntó el coordinador.

—Sí.

—¿No podías haber usado el lanzador pequeño?

—Podía, pero no lo hice.

—Todos estábamos... —el doctor se detuvo un instante a buscar una palabra adecuada—, estábamos exasperados. Veíamos a los que caían. Esos dobles no iban desnudos. Llevaban harapos. Me dio la impresión que eran desgarrones producidos por la lucha, pero no estoy seguro de ello. Todos, o casi todos, sucumbieron ante nuestros ojos. Poco faltó para que también nosotros fuéramos envenenados. Así fue. Luego, Henryk intentó encontrar el resto de la tubería, si recuerdo bien, ¿no es cierto?

El ingeniero asintió.

—Después bajamos a la plantación y allí descubrimos a los plateados. Llevaban máscaras. Supongo que para filtrar el aire. Nos dispararon, no sé con qué. Perdimos un

faro. Entonces se puso en marcha el gran trompo. Trató de atacarnos por un lado. Salió de los matorrales. Entonces, Henryk disparó una serie completa.

—¿En la plantación?

—Sí.

—¿Contra los plateados?

—Sí.

—¿Y contra la peonza?

—No. Se lanzó hacia nosotros y se estrelló contra el protector. Naturalmente, se produjo un incendio. Los matorrales se secaron con la onda térmica de la explosión y ardieron como papel.

—¿No intentaron contraatacar?

—No.

—¿Les persiguieron?

—No lo sé. No es probable. Los discos vibrantes podían habernos alcanzado, sin duda.

—No en ese campo. Hay ahí muchas gargantas y desfiladeros, como en nuestros montes Jura, piedras, escalones, aglomeraciones de rocalla —aclaró el ingeniero.

—¿Y luego volvieron aquí directamente?

—No del todo; nos desviamos hacia el este.

Permanecieron en silencio unos segundos. El coordinador alzó la cabeza.

—¿Han matado a muchos?

El doctor miró al ingeniero. Al darse cuenta que éste vacilaba en responder, dijo:

—Estaba oscuro. Y se escondían en la maleza. Creo que, por lo menos, he contado hasta veinte reflejos de una vez. Pero más al fondo del matorral brillaba también algo. Pudieran ser más.

—Los que les dispararon, ¿eran dobles, con seguridad, o eran otros?

—Ya he dicho que se cubrían con máscaras que parecían yelmos. Pero a juzgar por su forma, sus dimensiones y su modo de moverse, eran dobles.

—¿Con qué les dispararon?

El doctor calló.

—Probablemente eran proyectiles no metálicos —dijo el ingeniero—. Claro que sólo puedo juzgar por la impresión. No he investigado los impactos ni los he visto siquiera. Me pareció que su fuerza de penetración era pequeña.

—Sí, muy pequeña.

El físico apoyó esta opinión.

—He observado los faros por encima. Hay huellas de impactos, pero no los han perforado.

—Uno de los faros se rompió en el choque contra el trompo —aclaró el químico.

—Y ahora, las estatuas. ¿Cómo eran?

El doctor las describió lo mejor que pudo. Cuando llegó a las figuras blancas, se detuvo. Tras una pausa, añadió con una tibia sonrisa:

—Por desgracia, esto sólo se puede contar con gestos...

—¿Cuatro ojos? ¿Frentes altas? —repetía lentamente el coordinador.

—Sí.

—¿Eran esculturas? ¿De piedra? ¿Metal? ¿Fundición?

—No puedo asegurarlo. Fundición no, seguramente. Por si te interesa, las dimensiones eran mayores de las naturales. Y también se apreciaba una cierta deformación, una modificación de las proporciones.

Titubeó.

—¿Qué?

—Como un empeño en magnificar —dijo el doctor sin convencimiento—. Pero sólo es una impresión. Es que tampoco tuvimos tiempo para verlas con calma, pues en seguida vino todo lo demás... Naturalmente, esto se presta de nuevo a muchas analogías

elementales. El cementerio. Los pobres perseguidos. Una batida de la policía. Una bomba con gas tóxico. La policía con máscaras de gas. Empleo estas imágenes a propósito, que bien pudieran ser realidad, pero no lo sabemos. Ante nuestra mirada, los unos mataban a los otros. Esa es una realidad incuestionable. Pero quién a quién, y si eran de la misma especie o de otra diferente, eso no lo sé.

—Y en caso que fuesen diferentes, ¿estaría ya todo explicado? —preguntó el cibernético.

—No, claro. Pero también he contemplado esa posibilidad. Reconozco que no deja de ser algo macabro, desde nuestro punto de vista. Como es sabido, el hombre condena el canibalismo con la máxima severidad. Pero, en opinión de nuestros moralistas, comerse un mono asado no pasa, en general, de ser algo de mal gusto. ¿Qué pasaría si aquí la evolución biológica hubiese discurrido de tal modo que las diferencias entre las especies inteligentes, como la humana, y las que no han rebasado la escala animal fuesen mucho menores que las que separan a los hombres de los primates? Si así fuese, quizá lo que hemos presenciado ha sido una cacería.

—¿Y las tumbas ante la ciudad? —objetó el ingeniero—. ¿Eran también trofeos de caza? Me maravillan tus subterfugios, doctor; son más propios de un picapleitos.

—Mientras no tengamos la certeza...

—Aún nos queda la película —le interrumpió el químico—. No sé por qué razón, hasta ahora no hemos conseguido observar la vida ordinaria en este planeta. Estas tomas muestran lo común, lo cotidiano. Ésa es mi impresión, al menos...

—¿Es que no vieron nada? —preguntó el físico extrañado.

—No. Tuvimos que darnos prisa para aprovechar la última claridad. La distancia era relativamente grande, unos ochocientos metros, o, tal vez, más, pero hemos rodado dos rollos con el teleobjetivo. ¿Qué hora es? Aún no son las doce. Podemos revelarlos ahora mismo.

—Dáselos al Negro —dijo el coordinador—. Ya saben, al segundo autómatas. Doctor, Henryk, veo que están abatidos por este asunto. Maldita sea, es cierto que estamos metidos hasta el cuello en esto...

—¿Es que tiene que acabar siempre así la comunicación entre dos civilizaciones desarrolladas? —dijo el doctor—. Me gustaría encontrar respuesta a esta pregunta...

El coordinador sacudió la cabeza, se incorporó y tomó la botella que estaba sobre la mesa.

—La guardaremos para otra ocasión.

El ingeniero y el físico salieron a examinar el protector. El químico quería, a toda costa, estar presente en el revelado de la película. Una vez que se quedaron solos, el coordinador tomó al doctor del brazo, se acercó con él a la inclinada estantería, y dijo en voz baja:

—Escucha, ¿no es posible que esa huida aterrorizada fuese inducida por vuestra inesperada aparición y que, en realidad, intentaron atacarles a ustedes, no a los que huían?

El doctor le miró con ojos de sorpresa.

—Eso no se me había ocurrido.

Se quedó pensativo unos instantes.

—No lo sé —dijo finalmente—. No parece... A lo sumo, que se tratase de un ataque frustrado que se volviera contra algunos de ellos... Naturalmente —añadió mientras se levantaba—, todo tendría una interpretación bien distinta. Sí, ahora lo veo claro. Suponte que fuéramos a parar a una zona vigilada. Pongamos que los que huyeron eran un grupo de peregrinos, o algo así. El guardia que vigilaba ese lugar dirigió el arma (la consabida tubería) hacia las estatuas en el momento en que el protector se detuvo. Sí, pero la primera oleada de gas les alcanzó a ellos, no a nosotros... Bueno, supongamos que, desde su punto de vista, fue un accidente. Entonces sí pudo ocurrir de ese modo.

—Entonces, ¿no puedes descartar esa posibilidad?

—No, no puedo. ¿Y sabes que cuanto más pienso en ello, más justificada encuentro esa interpretación? Es muy posible que al difundirse la noticia de nuestra presencia montasen diversos puestos de vigilancia en la región. Cuando estuvimos en el valle aún no sabían nada, y por eso no encontramos allí gente armada... Aquella tarde aparecieron por primera vez junto al cohete los discos vibrantes.

—Es una pena que hasta ahora no hayamos topado con ningún rastro de sus redes de información —exclamó el cibernético desde el salón—. Telégrafo, radio, escritos, documentos, objetos de esta índole... Toda civilización crea esos medios para dejar constancia de su historia y de su experiencia. Seguramente, ésta también. ¡Si pudiésemos entrar en la ciudad!

—Con el protector entraríamos —respondió el coordinador—. Pero entonces se produciría un choque, cuyo desarrollo y resultado no podemos prever. Eso ya lo sabes.

—Si lográsemos comunicarnos con uno de sus expertos, con un técnico...

—¿Y cómo íbamos a conseguirlo? ¿Saliendo de caza?

—¡Si yo supiera el modo! ¡Podría resultar tan sencillo! Llegas al planeta con un montón de intercomunicadores y cerebros electrónicos traductores, dibujas el triángulo de Pitágoras en la arena, intercambias regalos...

—¡Vamos, deja de contar cuentos!

El ingeniero apareció en el dintel.

—Vengan, la película ya está revelada.

Decidieron proyectarla inmediatamente en el mismo laboratorio. Cuando llegaron, la película estaba secándose en el tambor. El coordinador se colocó detrás del aparato para detenerlo en cualquier momento o retroceder cuando hiciera falta. Todos tomaron asiento. El autómatas apagó la luz.

Los primeros metros estaban totalmente negros. Luego, centellearon varias veces fragmentos del mar. Apareció la orilla. Estaba fortificada. En algunos lugares caían hacia el agua largas diagonales, sobre las que se alzaban torres muy separadas unidas con cintas transparentes. La imagen apareció borrosa durante unos segundos. Cuando se recuperó la nitidez, vieron que las torres tenían en el vértice dos hélices de cinco palas que giraban en sentidos opuestos. Se movían muy lentamente, porque la toma estaba rodada a una velocidad excesiva. En las diagonales que caían al mar se movían objetos que aparentemente terminaban por hundirse en el agua. No podía distinguirse su contorno. Además, todo transcurría con una lentitud exagerada. El coordinador rebobinó una docena de metros de cinta y dio más velocidad al proyector. Los objetos que descendían tanto por cintas estrechas y apenas visibles como por cuerdas gruesas y vibrantes, ahora se deslizaban con rapidez y se precipitaban al agua. Formaban círculos en la superficie. En la orilla estaba un doble, con la espalda hacia los espectadores. La parte superior de su gran torso sobresalía por encima de un dispositivo en forma de tonel, sobre el que se elevaba un delgado látigo terminado en una mancha borrosa.

La orilla desapareció. Ahora corrían por la pantalla formas planas, como cajas, que eran colocadas en postes transparentes. Encima había numerosas formas parecidas al tonel en que estaba metido el doble. Todos estaban vacíos, algunos se movían perezosamente en parejas o tríos en la misma dirección, se paraban y volvían hacia atrás.

La imagen siguió avanzando. Con frecuencia, la cruzaban destellos que aparecían como manchas negras. La película tenía una exposición excesiva. Por añadidura, las manchas estaban rodeadas de anillos oscuros. Detrás de estos círculos nebulosos titilaban diminutas formas vistas desde arriba, empequeñecidas, por tanto.

Se veían dobles que marchaban de dos en dos en distintas direcciones. Sus pequeños torsos estaban cubiertos de algo como sayal. Sólo asomaban las cabecitas. La imagen no era tan clara como para reconocer los rasgos de las caras.

Ahora inundó la imagen una gran masa que ascendía y descendía regularmente, y, como un jarabe espumoso, fluyó hacia el borde inferior de la pantalla. Docenas de dobles marchaban dando vueltas sobre bases elípticas. Se diría que llevaban algo en las manos, tocaban la masa y la aplanaban o recogían un poco. De cuando en cuando se apilaban formando una elevación piramidal. De ella brotaba algo grisáceo que asemejaba la forma de un cáliz. La imagen avanzó, pero aquella masa llenaba todavía la pantalla. Ahora se apreciaban los detalles con claridad. En el centro se formaba una aglomeración de cálices delgados, como si creciese con mirarla. Delante de cada uno había dos o tres dobles que se inclinaban sobre ellos. Permanecían unos instantes en esa posición y luego echaban sus caras hacia atrás. Esto se repitió varias veces. El coordinador rebobinó la cinta y la volvió a proyectar a mayor velocidad. Ahora daba la impresión que los dobles besaban el interior de los cálices. Otros, que se mantenían en segundo plano y que antes habían pasado inadvertidos, permanecían de pie con el pequeño torso medio recogido y parecía que observaban la acción.

La imagen avanzó. Ahora se veía el borde de la masa, ribeteada por una línea oscura. Al lado pasaron discos vibrantes. Eran mucho más pequeños que los que ya conocían. Giraban lentamente y como a tropezones. Se podía distinguir la oscilación de las alas transparentes. Era un efecto de la filmación que disociaba la rotación en movimientos separados.

La pantalla se fue llenando de una agitación creciente, pero al reducir la velocidad de la proyección, se resolvió en un ambiente muy denso, sin aire. Ahora aparecían los arrabales, que los tres exploradores habían confundido con el centro de la ciudad. Era una espesa red de pequeñas zanjas, en las que se desplazaban en varias direcciones unas formas, semejantes a toneles, cortadas en bisel por un lado y redondeadas por el otro. En ellas se advertían figuras de dobles muy juntas entre sí, en número de dos a cinco. En la mayoría viajaban tres. Parecía como si sus torsos pequeños estuvieran atados con algo. Pero tal vez pudiera ser el reflejo. Las sombras que dibujaba el sol poniente eran muy largas y resultaba difícil separar los elementos individuales de la imagen. Sobre las arterias excavadas se tendían ligeros puentecillos de graciosas formas. En algunos de estos puentes había grandes trompos que giraban sin desplazarse del sitio, y también ese giro se descomponía en la pantalla en series de complicados movimientos de rotación y apoyo como si sus apéndices, semejantes a extremidades corporales, agarrasen del aire algo invisible. Un trompo se detuvo, y descendieron unas formas que estaban cubiertas de una sustancia muy brillante. Como era una película en blanco y negro, no pudieron asegurar que el brillo fuera plateado. Cuando descendió el tercer doble, que arrastraba tras de sí algo borroso, la imagen corrió. Una cuerda gruesa atravesaba el centro de la pantalla. Se encontraba mucho más cerca del objetivo que lo que aparecía en el fondo. La cuerda (¿o quizá era un conducto?) se mecía; de ella colgaba un cigarro que desprendía algo centelleante, como una nube de hojas. Los pequeños objetos seguramente eran más pesados que hojas, pues no volaban en el descenso, sino que caían grávidos en vertical. Allí había varias líneas de dobles en una superficie cóncava. De sus manitos centelleaban incesantemente finos rayos hacia el suelo. La imagen era absolutamente incomprensible, pues la nube de objetos que caía desapareció sin alcanzar a los que estaban debajo. Lentamente, el objetivo se deslizó hacia adelante. Justo al borde había dos dobles tendidos, inmóviles. Un tercero se acercó a ellos. Entonces los dos primeros se incorporaron lentamente. Uno de éstos comenzó a tambalearse. Con el pequeño torso oculto parecía un pilón de azúcar. El coordinador hizo retroceder la película y repitió la proyección. Detuvo la imagen cuando aparecieron los cuerpos tendidos. Quería observar con mayor detalle. Se acercó a la pantalla con una lupa, pero no pudo ver más que grandes manchas descompuestas.

Oscurecía. La primera película terminó. El comienzo de la segunda mostraba la misma imagen, un poco desenfocada y algo más oscura. Parecía evidente que la luz se había

debilitado de tal modo que no se pudo compensar con la apertura máxima del objetivo. Los dos dobles se alejaban uno del otro lentamente, el tercero permanecía medio tumbado. En la pantalla apareció un revuelo de rayas. El objetivo se desplazaba tan rápido que no se podía ver nada. Al poco rato apareció una gran red con mallas pentagonales. En cada malla había un doble; en algunas, dos. Bajo esa red se percibía confusamente la vibración de otra. Tardaron un rato en advertir que la primera era real y la segunda su sombra. El suelo era liso, como cubierto de una sustancia semejante al hormigón. Las formas que colgaban de las mallas de la red llevaban vestidos oscuros y holgados, que las hacían más gruesas y anchas. Casi todas ejecutaban los mismos movimientos. Sus torsos pequeños, cubiertos de un tejido transparente, se inclinaban lentamente hacia un lado. Esta curiosa gimnasia se realizaba con una extraordinaria parsimonia. La imagen vibraba. Estaba desenfocada. Durante unos instantes apenas pudieron reconocer nada. Además, se oscurecía por momentos. Apareció el borde de la red, sostenida en tensión por unas cuerdas. Una de éstas terminaba en un gran disco en posición diagonal. Más atrás se representaba la misma escena de «tráfico callejero» que ya habían visto antes. Formas que recordaban a un tonel, llenas de dobles, circulaban en varias direcciones.

La cámara se detuvo de nuevo en la red, esta vez desde el otro lado. Estaba estirada. Surgieron peatones, filmados desde arriba con fuerte reducción. Andaban en parejas, contoneándose como patos. Luego apareció una multitud, dividida por una calle larga y estrecha. Por el centro de la calle corría una cuerda sobre ruedecillas apenas perceptibles, hasta rebasar el marco de la imagen. Tiraba de un objeto alargado que despedía rayos muy penetrantes. Parecía un cristal largo de aristas vivas o un tronco cubierto de espejos. Oscilaba de un lado a otro y arrojaba sobre la multitud un resplandor oscilante. De pronto se detuvo un instante y se volvió transparente. En su interior había una figura tendida. Alguien ahogó un grito. El coordinador rebobinó la cinta y detuvo la imagen en el momento en que aquel objeto alargado, tras las oscilaciones, mostraba su contenido. Todos se acercaron a la pantalla. Entre una fila de dobles, allí, en mitad de la calle, yacía un hombre.

Se hizo un silencio sepulcral.

—Creo que vamos a perder la razón —comentó alguien en la oscuridad.

—Acabemos de ver la película.

El coordinador volvió a su asiento. Los demás le siguieron. La cinta zumbó, tembló la imagen y cobró vida. Entre la gente desfilaban paralelepípedos con forma de ataúd. Iban cubiertos de un tejido claro, tan largo que arrastraba por el suelo. La imagen volvió a avanzar. Se mostraba ahora un páramo ribeteado por un muro oblicuo con algunos matorrales a su pie. Un solitario doble corría por un surco que atravesaba todo el campo de la imagen. De repente saltó al margen horrorizado y voló por los aires en una arremetida violenta. Un trompo se deslizó por el surco. Algo brilló con intensidad. Parecía que la imagen se había cubierto de niebla. Cuando se desvaneció, el doble apareció tendido a un lado, con el cuerpo negro. Entretanto, la escena se había sumido en la penumbra. Parecía que el doble se había movido y comenzaba a arrastrarse. La pantalla se pintó de franjas oscuras y luego se iluminó de un blanco estridente. La película había concluido. Cuando dieron la luz, el químico tomó el carrete y fue con él a la cámara oscura para preparar ampliaciones de las escenas escogidas. Los demás permanecieron en el laboratorio.

—Ahora —dijo el doctor—, la penuria de las interpretaciones. Yo tengo preparadas ya dos o tres diferentes.

—¿Es que quieres desesperarnos a toda costa? —gritó enfadado el ingeniero—. Si hubieras estudiado a fondo la psicología del doble, sobre todo la psicología sensorial, ahora sabríamos muchas más cosas.

—¿Cuándo he tenido ocasión de hacerlo? —preguntó el doctor.

—¡Colegas!

El coordinador elevó la voz:

—Esto comienza igual que una sesión del Instituto Cosmológico. Es obvio que nos ha impresionado a todos esa figura humana. Sin duda, era una imagen, una reproducción rígida, fundida en algún material. Es muy probable que hayan enviado nuestro retrato a todas las colonias del planeta a través de su red de información y que, basándose en estas descripciones, hayan fabricado muñecos de forma humana.

—¿Cómo han logrado nuestro retrato? —preguntó el doctor.

—Desde hace dos días no dejan de dar vueltas en torno al cohete, así que han podido observarnos al detalle.

—¿Y para qué necesitarán esa reproducción?

—Para fines científicos o religiosos. No lo vamos a saber por más vueltas que le demos. No obstante, es un fenómeno que tiene cierta explicación. Hemos visto un pequeño centro donde se realizaban trabajos creativos. Tal vez también hemos observado sus juegos y pasatiempos y hemos visto cómo funciona su «arte». O quizá un tráfico callejero normal. Además, trabajos en un embarcadero con esas cosas tan extrañas que caían...

—Una definición excelente —dijo con sorna el doctor.

—También podían ser «escenas de la vida militar». Posiblemente, esos de ropajes plateados son militares. Aunque no se comprende bien el final. Claro que puede ser el castigo de un individuo que se haya opuesto al orden imperante al circular por una vía destinada al trompo.

—¿No te parece que la ejecución inmediata por ocupar un surco prohibido es un castigo demasiado severo? —inquirió el doctor.

—¿Por qué intentas ridiculizarlo todo?

—Porque pienso que no hemos visto más de lo que hubiese visto un ciego.

—¿Quién tiene algo que añadir? —preguntó el coordinador—. ¿Algo que no sea una confesión de agnosticismo?

—Yo —dijo el físico—. Parece que los dobles sólo se desplazan a pie en casos excepcionales. Ello explicaría la desproporción entre el tamaño de las extremidades y del cuerpo. Creo que sería muy fructífero que intentásemos trazar en lo posible la línea evolutiva por la que se ha podido llegar a ese tipo de seres. ¿Se han fijado en la viveza de su gesticulación? Pero nadie ha usado las manos para levantar un peso o para transportar o arrastrar algún objeto, cosa que, en la Tierra, en cualquier ciudad, puede observarse de ordinario. Puede que a ellos las manos les sirvan para otros menesteres.

—¿Para cuáles? —preguntó con curiosidad el doctor.

—No lo sé. Ese es tu campo. De todos modos, en esto nos falta mucho por hacer. Puede ser que hubiésemos avanzado más si, en vez de querer comprender directamente el edificio de su sociedad, hubiésemos investigado antes las piedras que lo componen.

—Me parece correcto —dijo el doctor—. Las manos..., cierto, es un problema importante, con toda seguridad. Y la evolución también. Ni siquiera sabemos si son mamíferos. Podría encargarme de encontrar respuesta a esas cuestiones en pocos días, pero me temo que no hallaría ninguna para lo que más me ha impresionado de la proyección.

—¿Y qué es?

—No he visto a ningún peatón que fuese solo. Ninguno. ¿No les ha llamado la atención?

—Pero no, hubo uno, ya al final —dijo el físico.

—Sí, claro.

Todos callaron unos instantes.

—Tenemos que ver la película otra vez —dijo el coordinador, malhumorado—. Creo que el doctor tiene razón. No aparecían peatones solos; iban, al menos, en pareja. Aunque al comienzo había uno... El que estaba en el puerto.

—Ése estaba sentado en un aparato de forma cónica —replicó el doctor—. También en los discos había algunos solos. Yo hablo de peatones. Sólo de peatones.

—Pero no eran tantos...

—Varios cientos con seguridad. Imagínate la calle de una ciudad de la Tierra a vista de pájaro. El porcentaje de peatones que van solos tiene que ser grande. A determinadas horas, incluso la mayoría. Y aquí no aparecen.

—¿Qué puede significar? —preguntó el ingeniero.

—Por desgracia, no lo sé.

El doctor sacudió la cabeza.

—También me lo pregunto yo.

—Pero uno aislado vino con vosotros —dijo el ingeniero.

—Sí, pero, ¿conoces las circunstancias que le empujaron a ello?

El ingeniero no respondió.

—Escuchen —comenzó el coordinador—. Estas polémicas desembocan fácilmente en una discusión inútil. No hemos realizado una investigación sistemática, porque no somos una expedición investigadora. Tenemos otras preocupaciones, como la de luchar por la supervivencia. Ahora debemos determinar los pasos siguientes. Mañana estará lista la excavadora. Así que tendremos dos autómatas, dos semiautómatas, una excavadora y el protector, que tomando las debidas precauciones también puede ayudar a levantar el cohete. No sé si ustedes conocen el plan que he preparado con el ingeniero. La primera idea fue colocar el casco en posición horizontal y luego ir elevándolo poco a poco mediante un terraplén. Un método que ya emplearon los constructores de las pirámides. Ahora vamos a cortar nuestro muro de cristal en piezas de la dimensión adecuada y haremos un andamiaje con ellas. Tendremos suficiente material. Sabemos que esa sustancia se funde a elevadas temperaturas y se puede soldar. Utilizando este material que los habitantes de Edén nos han proporcionado con tanto derroche, estamos en condiciones de acortar radicalmente el proceso. Podríamos despegar en tres días... ¡Un momento! —levantó una mano cuando vio el movimiento entre los presentes—. También quería preguntarles si están ustedes de acuerdo con que nos marchemos.

—Sí —dijo el físico.

—No —voceó el químico casi a la vez.

—Todavía no —replicó el cibernético.

Se hizo una pausa. El ingeniero y el doctor no se habían pronunciado aún.

—Creo que debemos partir —dijo al fin el ingeniero.

Todos le miraron con asombro.

Como aquel silencio se mantenía —todos esperaban de él una explicación—, dijo:

—Antes opinaba de otro modo. Pero se trata del precio. Del precio, sencillamente. No hay duda en que podríamos conocer muchas cosas, pero tal vez a un precio excesivo. Para las dos partes. Después de todo lo sucedido, creo que no son realistas los intentos pacíficos de lograr un entendimiento y establecer contactos. Aparte de lo que aquí hayamos dicho, cada uno de nosotros tiene, lo quiera o no, una idea formada de este mundo. También yo tenía una. Me parecía que aquí ocurrían cosas monstruosas y que, por tanto, debíamos actuar. Mientras éramos Robinsones y teníamos que mover la tierra con las manos, no he dicho nada. Quería aguardar a conocer más y a disponer de nuestros medios técnicos. Ahora debo reconocer que no encuentro ningún motivo convincente para modificar mis opiniones sobre Edén. Pero toda intervención en favor de lo que nos parezca justo y bueno, todo intento de esta clase terminaría, muy probablemente, lo mismo que ha acabado nuestra expedición de hoy: con el empleo del

aniquilador. Claro que siempre encontraremos la justificación de su necesidad y demás, pero, en lugar de ayuda, llevaremos destrucción. Eso es todo.

—¡Si al menos tuviésemos una visión más clara de lo que aquí sucede en realidad!

El ingeniero sacudió la cabeza:

—En ese caso comprenderíamos que cada parte tenía «sus razones»...

—¿Qué importa que los asesinos tengan «sus razones»? —replicó el químico—. No nos van a interesar sus razones, sino nuestra salvación.

—Pero, ¿qué les podemos ofrecer aparte del aniquilador del protector? Supongamos que reducimos a cenizas medio planeta, para reprimir esas acciones de exterminio, esa incomprensible «producción», esas cacerías y envenenamientos... Y luego, ¿qué?

—Podríamos responder a esta pregunta si tuviésemos más conocimientos —insistió el químico.

—Eso no es tan sencillo —repuso el coordinador.

—Todo lo que aquí sucede es un eslabón de la cadena de un dilatado proceso histórico. La idea de ayudar obedece a la suposición que la sociedad se divide en «buenos» y «malos».

—¡Espera! —gritó el químico—. Di mejor: en perseguidos y perseguidores. No es lo mismo.

—De acuerdo... Imagínate la época de las guerras religiosas, hace varios siglos, y que una raza altamente desarrollada llega a la Tierra y quiere intervenir en el conflicto poniéndose al lado de los débiles. Valiéndose de su poder, prohíben la quema de herejes, la persecución de los que profesan otra fe, etc. ¿Crees que hubieran podido extender por la Tierra su racionalismo? Entonces casi toda la humanidad era creyente, y no les hubiese quedado más remedio que ir aniquilando uno tras otro a todos los hombres, para quedarse solos con sus ideas racionales.

—Pero, ¿tú crees realmente que no hay ninguna forma posible de ayuda? —preguntó.

El coordinador le miró largamente antes de responder:

—¡Ayuda, Dios mío! ¿Qué significa ayuda? Lo que aquí pasa, lo que aquí vemos, es el resultado de una determinada estructura social. Habría que destruirla para levantar otra nueva y mejor. ¿Cómo podríamos hacerlo? Son seres con otra fisiología, otra psicología, otra historia, distintas de las nuestras. No puedes aplicar aquí el modelo de nuestra civilización. Tendrías que concebir un plan que funcionase incluso después de nuestra marcha. Hace ya tiempo que he supuesto, naturalmente, que a alguno de ustedes le preocupaban pensamientos parecidos a los que han expresado el ingeniero y el químico. Creo que también el doctor compartía esa opinión y por ello ha echado agua sobre el fuego de las diversas analogías extraídas de la Tierra. ¿No es así?

—Así es —dijo el doctor—. Temía que en un ataque de espíritu redentor trataran de imponer «orden», lo que en la práctica hubiese significado «terror».

—Tal vez los perseguidos saben cómo quieren vivir, sólo que son demasiado débiles para conseguirlo —dijo el químico.

—Con que salvásemos la vida a un grupo de condenados, ya sería mucho...

—Ya hemos salvado la de uno —intervino el coordinador—. ¿Acaso sabes tú qué podemos hacer con él ahora?

No obtuvo respuesta.

—Si no me equivoco, el doctor se inclina por la partida —dijo el coordinador—. Bien. Como yo también opto por ello, hay mayoría...

Enmudeció. Sus ojos, clavados en la puerta, se agrandaron...

Sólo rompía el silencio un chapoteo de agua procedente de algún lugar indeterminado en la oscuridad...

Todos se volvieron.

En la puerta abierta había un doble.

—¿Cómo ha llegado...?

Las palabras del físico murieron antes de llegar a sus labios. Reconoció su error. No era su doble. Éste estaba encerrado en la enfermería. En el umbral había un individuo grande, de piel morena, con un pequeño torso muy doblado y que casi llegaba al marco de la puerta con la cabeza. Estaba cubierto por un tejido de color terroso, que caía liso desde arriba y rodeaba el pequeño torso como formando un cuello. Este cuello estaba cubierto por una malla de alambre. A través de una hendidura en el costado del capote se veía un ancho cinturón de brillo metálico que se ceñía firmemente al cuerpo. El doble permanecía inmóvil. Un velo transparente en forma de embudo envolvía la cara plana y arrugaba, con dos grandes ojos azules. Del velo colgaban delgadas tiras de color gris que rodeaban varias veces al pequeño torso. Estaban entrelazadas por delante y formaban una especie de nido, donde se movían las manos, también entrelazadas. Sólo salían fuera los nudosos dedos, que se tocaban entre sí con las puntas. Los hombres se quedaron completamente sorprendidos de la escena: El doble se inclinó aún más, carraspeó largamente y comenzó a avanzar con lentitud.

—¿Cómo ha entrado...? El Negro está en el túnel.... —masculló el químico.

El doble dio media vuelta, salió, permaneció un instante en la penumbra del pasillo y luego volvió a entrar de nuevo. Más exactamente, sólo asomó la cabeza por la puerta.

—Pregunta si puede pasar... —musitó el ingeniero, y exclamó:

—¡Por favor, entre usted, pase, pase!

El ingeniero se levantó y se situó junto a la pared. Los demás siguieron su ejemplo. El doble miró inexpresivo el centro vacío de la cámara. Entró y comenzó a mirar a su alrededor.

El coordinador fue hacia la pantalla, tiró de la barra para enrollarla, y mientras la tela se recogía y aparecía debajo la pizarra, dijo:

—Siéntese, por favor.

Tomó un trozo de tiza, dibujó una elipse y en su mitad derecha un círculo pequeño y tres más alejados. Luego se acercó al gigante, que se había situado en el medio y le puso la tiza entre los nudosos dedos.

El doble le miró, miró a la pizarra y se dirigió lentamente hacia ella. Debió inclinarse con el pequeño torso, que emergía oblicuo del cuello, para poder llegar a la pizarra con la mano atada. Todos le observaban sin pestañear. Escogió el tercer círculo de la elipse, visto desde el centro, golpeó en él varias veces con torpeza y luego le emborronó, de modo que casi quedó completamente cubierto de tiza.

El coordinador asintió con la cabeza. Todos respiraron.

—Edén —dijo, señalando el círculo de tiza.

—Edén —repitió.

El doble contemplaba su boca con manifiesto interés. Tosió.

—No habla —dijo el coordinador a sus compañeros—. No hay duda.

Se miraron unos a otros, sin saber qué hacer. El doble hizo un movimiento y soltó la tiza, que cayó al suelo. Se oyó un chasquido, como si se abriese una cerradura. El tejido de color terroso se abrió como una cremallera y descubrió el ancho cinturón de brillo dorado que rodeaba su cuerpo. El extremo del cinturón se desenrolló, crujiendo como una hoja de metal. El pequeño torso se inclinó aún más, como si quisiera saltar del cuerpo, se dobló por el centro, y con los pequeños dedos agarró el final de la hoja. Ésta se abrió en un largo arco que, al parecer, el doble tendía a los hombres. El coordinador y el ingeniero alargaron la mano a la vez. Los dos se sobresaltaron. El ingeniero incluso lanzó un grito ahogado. El doble pareció sorprendido, tosió repetidamente. Se ahuecó el velo que llevaba delante de la cara.

—Una descarga eléctrica, aunque débil —dijo el coordinador, mientras tocaba por segunda vez el borde de la hoja.

El doble la soltó. Observaron con atención la brillante superficie dorada. Era plana y estaba vacía. El coordinador volvió a tocar al azar con el dedo en un punto y sintió de nuevo una pequeña descarga eléctrica.

—¿Qué es esto?

El físico se acercó y pasó la mano con prudencia sobre la hoja. Recibía en los dedos descargas eléctricas, que producían contracciones en los tendones.

—¡El polvo de grafito! —gritó—. Está en el armario.

Extendió la hoja sobre la mesa, sin dar importancia al molesto temblor de los músculos de sus manos. Cubrió el arco cuidadosamente con el polvo que le dio el cibernético y sopló lo que sobraba.

En la brillante superficie dorada permanecían diminutos puntitos, aparentemente sin un orden reconocible.

—¡Lacerta! —gritó de pronto el coordinador.

—¡Alfa Cygni!

—¡La Lira!

—¡Cefeo!

Se volvieron hacia el doble, que les observaba tranquilamente. En sus ojos asomaba un brillo de triunfo.

—¡Un mapa astral! —constató el ingeniero.

—¡Naturalmente!

—Entonces sería como andar por casa.

El coordinador esbozó una sonrisa amplia.

El doble tosió.

—Tienen una escritura eléctrica.

—Eso parece.

—¿Cómo se fijarán las cargas?

—No tengo la menor idea. Tal vez sea electrín.

—Tienen que tener un sentido eléctrico.

—Puede ser.

—Un poco de calma, compañeros. Debemos proceder sistemáticamente —dijo el coordinador.

—¿Por dónde empezamos?

—Muéstrale de dónde venimos.

—Muy bien.

El coordinador borró la pizarra. Dibujó la constelación de Centauro, con algún titubeo, pues tenía que pintar de memoria la proyección desde Edén de esa parte de la Vía Láctea. Un punto más grueso quería indicar Sirius. Añadió una docena de pequeñas estrellas y en la zona de la Osa Mayor pintó una cruz, que significaba el Sol. Luego tocó sucesivamente su pecho y el de sus compañeros, señaló con la mano la habitación y golpeó con la tiza en la cruz.

El doble tosió. Tomó la tiza, acercó el torso con esfuerzo hasta la pizarra y completó el dibujo del coordinador con una proyección de la estrella Alfa de la constelación del Águila y del doble sistema del Procyon.

—¡Un astrónomo! —gritó el físico.

Y añadió en tono más moderado:

—Un colega...

—Muy posible —opinó el coordinador—. Ahora prosigamos.

Comenzó un amplio relato gráfico. El planeta Edén y la órbita de la nave espacial. La entrada en la cola de gas. El choque no quedó claro si el dibujo expresaba con claridad la catástrofe, pero no fueron capaces de hacerlo mejor. El aterrizaje representaba una sección de la colina con el cohete clavado en ella. Aquí se detuvieron, pues ya era complicado continuar con la historia gráfica.

El doble observó los dibujos y tosió. Volvió a estirar el torso hasta el encerado y luego lo recogió. A continuación, se acercó a la mesa, agarró un alambre delgado y flexible de la malla del cuello, se inclinó y con prodigiosa agilidad empezó a accionar sobre la hoja de brillo dorado. Aquello duró un buen rato. Una vez concluido, se retiró de la mesa. Cubrieron la hoja con grafito. Apareció una imagen muy rara. Según iban soplando el polvo surgían, cada vez más claros, los contornos del dibujo. En primer lugar, distinguieron una gran semiesfera con una columna oblicua. Luego apareció una pequeña mancha junto a la semiesfera, que iba agrandándose. Reconocieron la silueta del protector, esquemática y aproximada. Se abrió un boquete en la superficie de la semiesfera. Por esa abertura penetró el protector. Se borró la imagen. De nuevo cubrieron la hoja con polvo de grafito. Dibujada con largos trazos, apareció la figura de un doble. A sus espaldas tosió el visitante.

—Debe ser él mismo —dijo el coordinador.

Desapareció el mapa. Permaneció el doble solamente. Luego también desapareció su silueta y el mapa volvió a surgir. Esto se repitió cuatro veces. El polvo de grafito, como impulsado por un soplo invisible, se ordenó de nuevo para formar el croquis de la semiesfera con el orificio. La pequeña figura del doble se acercó a rastras a esa abertura y penetró por ella. La semiesfera se esfumó. La columna inclinada —el cohete— creció de tamaño. Delante, bajo el fuselaje, se advertía una protuberancia. El doble se incorporó desde abajo, subió por el orificio que allí había y entró en el cohete. El polvo de grafito se dispersó en caóticos montoncitos. Era el punto final de la información.

—Así que ha conseguido llegar hasta nosotros por la escotilla de carga.

El ingeniero sacudió la cabeza:

—¡Es que somos tontos! ¡Mira que dejarla abierta!

—Estaba pensando —comentó el doctor— que quizá con esa pared no tratan de encerrarnos, sino de impedir a sus científicos que vengan a vernos.

—Bien puede ser.

Se acercaron al doble. Éste tosió.

—Bueno, ya es suficiente —dijo el coordinador—. Es muy agradable esta reunión social, pero nos preocupan cosas más importantes. ¡Se acabó ya la improvisación! Debemos abordar esta cuestión sistemáticamente. Comencemos con las matemáticas. El físico se ocupará de ello. Luego, la teoría de la materia, atómica, energética. Después, teoría de la información, redes de información. Métodos de transmisión y fijación. Sin olvidar los factores constructivos del lenguaje, las funciones sintácticas. El esqueleto gramatical, la semántica. La ordenación de los conceptos. Las clases de lógica aplicada. Lenguaje. Vocabulario. Todo ello pertenece a tu campo —miró al cibernético—, y cuando hayamos tendido estos puentes seguirá lo demás: el metabolismo, la alimentación, la producción, las formas de relación entre grupos, las reacciones, las costumbres, la jerarquización social, los grupos conflictivos, etc. Con eso no hace falta que nos apresuremos. De momento —se volvió hacia el cibernético y el físico—, empiecen. Habrá que preparar también el *calculador*. Naturalmente, tienen las películas y la biblioteca como instrumentos de apoyo. Tomen todo lo que les pueda servir.

—Para empezar, podíamos enseñarle la nave —dijo el ingeniero—. ¿Qué te parece? Puede sugerirle muchas cosas; además, verá que no le escondemos nada.

El coordinador aprobó la idea.

—Sobre todo, es importante por el segundo motivo. Pero si no logramos hacernos entender por él, no le lleven a la enfermería. Podría dar lugar a un malentendido. Bien, vamos ya. ¿Qué hora es?

Eran las tres de la mañana.

El recorrido por las secciones del cohete exigió algún tiempo. El doble se mostró particularmente interesado por la pila atómica y por los autómatas. El ingeniero le dibujó una gran cantidad de esquemas y bocetos en blocs de papel, cuatro de los cuales fueron exclusivamente para la sala de máquinas. El autómata provocó en el invitado una admiración sin límites. Miró atentamente la microrred y se maravilló hasta lo indecible cuando vio que estaba sumergida en un recipiente refrigerado por helio líquido. Se trataba de un cerebro critrónico para reacciones excepcionalmente rápidas. Había comprendido indudablemente la finalidad de la refrigeración, porque tosió durante bastante tiempo y estudió con suma concentración los croquis que le dibujaba el cibernético. También resultaba evidente que se entendían con mucha mayor rapidez mediante conexiones eléctricas que a través de gestos o símbolos, incluso para expresar los más simples conceptos.

Eran ya las cinco de la mañana cuando el químico, el coordinador y el ingeniero se retiraron a descansar. Cuando cerraron la escotilla de carga, el Negro montó guardia en el túnel. Los otros tres se dirigieron con el doble a la biblioteca.

—Un momento —dijo el físico cuando pasaban delante del laboratorio—. Vamos a enseñarle la tabla de Mendeleiev. Allí están los esquemas de los átomos.

Entraron. El físico revolvió de un golpe montones de papeles bajo las estanterías. De pronto, algo empezó a vibrar. El físico no lo oyó, debido al fuerte crujido del papel, pero el doctor aguzó el oído.

—¿Qué es eso?

El físico se enderezó. También él percibió entonces la vibración. Interrogó con la mirada a sus compañeros, uno tras otro. En sus ojos se pintaba el pánico.

—Es el contador Geiger... ¡Alto! Una avería...

Se precipitó hacia el contador. El doble había permanecido hasta entonces inmóvil y dejaba vagar sus ojos sobre los aparatos. Pero cuando se acercó a la mesa, el contador se aceleró ruidosamente, como un largo redoble de tambor.

—¡Es él! —exclamó el físico.

Tomó el contador Geiger con ambas manos y lo orientó hacia el gigante. El aparato hizo un ruido estridente.

—¿Es radiactivo? ¿Qué significa esto? —preguntó, estupefacto, el cibernético.

El doctor palideció. Se acercó a la mesa, contempló la temblorosa aguja, tomó el aparato de manos del físico y dio vueltas alrededor del doble. Cuanto más elevaba el contador, más débil era el redoble. Cuando lo acercó a las gruesas y enormes piernas del invitado, la membrana chirrió. Una llanita roja flameó en la esfera del aparato.

—Contaminación radiactiva —murmuró el físico.

El doble deslizó asombrado los ojos de unos a otros, pero era evidente que no experimentaba ninguna inquietud ante la actitud, para él incomprensible, de los otros dos.

—Ha entrado a través de la brecha que abrió el protector —dijo suavemente el doctor—. Es una zona radiactiva. Ha pasado por ella...

—¡No te acerques a él! —gritó el físico—. Por lo menos irradia un mili-Röntgen por segundo. Espera, tendríamos que... Si le envolvemos en una hoja de keramit podríamos arriesgarnos a...

—No se trata en absoluto de nosotros —dijo el doctor—. Se trata de él. ¿Cuánto tiempo pudo estar en aquel lugar? ¿Cuántos Röntgen habrá recibido?

—No tengo la menor idea. ¿Cómo podría saberlo...?

El físico seguía contemplando fijamente, como antes, el contador con su tictac.

—Tienes que hacer algo. Un baño de ácido acético, abrasión cutánea. Mira, él no lo entiende.

El doctor salió corriendo del laboratorio sin decir una sola palabra. Regresó al cabo de un rato con un estuche para primeros auxilios en casos de contaminación radiactiva. Al

principio, el doble intentó oponer resistencia a aquellas incomprensibles medidas, pero luego les dejó hacer.

—¡Ponte los guantes! —gritó el físico, porque el doctor había tocado con las manos desnudas la piel del doble, acostado en el suelo.

—¿Despertamos a los otros? —reflexionó en voz alta el cibernético. Se hallaba en pie, indeciso, junto a la pared.

El doctor se colocó los gruesos guantes.

—¿Para qué? —se inclinó profundamente—. De momento, no se advierte nada... Dentro de diez o doce horas se producirá un enrojecimiento. Hasta entonces...

—Si pudiéramos comunicarnos con él —murmuró el físico.

—¿Una transfusión? Pero, ¿cómo? ¿De dónde sacamos la sangre?

El doctor tenía la mirada fija y vacía.

—¡El otro! —exclamó de pronto. Reflexionaba.

—No —añadió en voz baja—, no puede ser. Primero habría que analizar la sangre de los dos para ver si son compatibles. Pueden pertenecer a grupos diferentes.

—Escucha —el físico le apartó a un lado—. La cosa se pone fea. Me temo..., ¿comprendes? Debió pasar por la zona cuando bajó la temperatura. En los bordes de una pequeña reacción de aniquilación se producen siempre distintos isótopos radiactivos. Rubidio, troncio, iprio y todos los demás. Tierras extrañas. De momento no siente nada, lo más pronto será mañana, creo yo. ¿Tiene leucocitos?

—Sí, pero parecen totalmente distintos de los humanos.

—Todas las células de reproducción rápida se ven afectadas de la misma manera, sea cual fuere su género. Seguramente tiene una capacidad de resistencia algo mayor, pero...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aquí la radiactividad normal del suelo es dos veces mayor que en la Tierra. Por tanto, hasta cierto punto están adaptados. ¿No servirán tus antibióticos?

—Claro que no. Las bacterias aquí deben ser completamente diferentes.

—También yo lo he pensado. ¿Sabes? Tendríamos que comunicarnos con él a partir de una base más general. Los efectos tardarán en presentarse algunas horas por lo menos...

—¡Ah, es eso!

El doctor le dirigió una rápida mirada y luego bajó los ojos. Se hallaban a cinco pasos de distancia del doble, que yacía de costado y les contemplaba con sus pálidos ojos azules.

—¿Para saber de él todo lo que podamos antes que le llegue el fin?

—No he querido decir tal cosa —replicó el físico, irritado—. Admito que su comportamiento es parecido al de un ser humano. Es posible que conserve durante un par de horas su capacidad física, pero luego vendría la apatía. Y tú sabes perfectamente que, en su lugar, cada uno de nosotros pensaría ante todo en llevar a cabo su tarea.

El doctor se encogió de hombros, le dirigió una mirada sesgada y tuvo que reír involuntariamente.

—¿Cada uno de nosotros, dices? Sí, es posible, a condición que supiera qué es lo que ha sucedido. Pero hemos sido nosotros quienes lo hemos contaminado. ¡Ha sido por nuestra culpa!

—¿Y bien? ¿Quieres expiarlo? ¡No seas ridículo!

Su rostro enrojeció.

—No —dijo el doctor—. No estoy de acuerdo. ¿Es que no lo entiendes? Aquí hay un enfermo —apuntó al doble— y aquí —golpeándose el pecho— hay un médico. Y aparte del médico, aquí nadie tiene nada que hacer.

—¿Eso crees? —replicó sordamente el físico—. Pero es la única oportunidad que tenemos. Nosotros no le hemos hecho ningún mal. No es culpa nuestra que él...

—¡No es cierto! Se ha contaminado porque ha seguido el rastro del protector. Y ya basta. Tengo que extraerle sangre.

El doctor se acercó al doble con la jeringuilla, se detuvo indeciso ante él algunos instantes y luego regresó a la mesa y tomó la otra jeringuilla. Colocó en ambas las agujas que había sacado del esterilizador gamma.

—Échame una mano —dijo al cibernético.

Se acercó al doble y, ante sus ojos, se descubrió el brazo. El cibernético le hundió la aguja en la vena, extrajo un poco de sangre y retrocedió. El doctor tomó la segunda jeringuilla, tocó con ella la piel del yaciente doble, eligió una vena, le miró a los ojos y luego introdujo la aguja. El cibernético le observaba. El doble no hizo el menor movimiento. Su sangre, roja como un brillante rubí, fluyó en el cilindro de cristal. El doctor retiró cuidadosamente la aguja, colocó un poco de algodón sobre la herida, de la que manaba algo de sangre, y se marchó, llevando en alto la jeringuilla.

Los otros dos se intercambiaron una mirada. El cibernético sostenía aún en la mano la jeringuilla con la sangre del doctor. La dejó sobre la mesa.

—¿Y ahora? —preguntó.

—¡Podría decírnoslo todo!

El físico parecía como poseído por la fiebre.

—Pero ese..., ese...

Clavó sus ojos en los del cibernético.

—¿No podríamos despertarlos?

—Eso no serviría de nada. El doctor les diría lo mismo que me ha dicho a mí. Sólo existe una posibilidad: que él se decida por sí mismo. Si él quisiera, el doctor no podría oponerse.

—¿Él? —el cibernético le miró, con súbito desconcierto—. Bueno, de acuerdo, pero, ¿cómo va a decidirse? No sabe nada. Y nosotros no podemos decírselo.

—Sí que podemos.

El físico seguía contemplando la jeringuilla con la sangre, colocada junto al esterilizador.

—Disponemos de quince minutos, hasta que el doctor cuente los leucocitos. ¡Trae la pizarra!

—Pero eso no tiene sentido...

—¡Tú trae la pizarra! —exclamó el físico, y recogió los pequeños trozos de tiza esparcidos alrededor.

El cibernético tomó la pizarra de la pared y la colocaron frente al doble.

—Hay muy poca tiza. Trae la de colores de la biblioteca.

Cuando el cibernético salió, el físico tomó el primer trocito de tiza y dibujó rápidamente la gran semiesfera en que se encontraba el cohete. Sintió posada sobre él la inmóvil mirada azul pálida y dibujó cada vez más rápidamente. Cuando acabó, se volvió al doble, le miró fijamente a los ojos, golpeó con el dedo la pizarra, borró con la esponja y siguió dibujando. La pared de la semiesfera, todavía intacta. La pared y delante el protector. El cañón del protector y a continuación el proyectil lanzado. Buscó un trozo de tiza lila, emborrónó con ella una parte de la pared delante del protector y frotó la tiza con el dedo, de modo que surgió una abertura. La figura del doble. Se acercó a él, que seguía recostado en el suelo, le tocó el torso, regresó a la pizarra, golpeó con la tiza el dibujo de su figura, lo borró todo con tal vehemencia que salpicó el suelo de agua, trazó de nuevo rápidamente la brecha de la pared rodeada de un profundo color lila y, en la brecha, el doble. Luego borró todo lo que había alrededor. En la pizarra sólo quedó el dibujo del doble. El físico se colocó de tal forma que el doble pudiera ver todos sus movimientos y comenzó a frotar las piernas de la figura erguida con la tiza lila convertida en polvo. Dio media vuelta. El torso pequeño del doble, que estaba recostado en los cojines de goma previamente hinchados por el doctor, se estiró lentamente. Su rostro redondeado y

simiesco apartó de la pizarra los ojos, en los que aparecía un destello inteligente, y los dirigió con expresión interrogativa al físico.

Éste asintió, tomó una cajita de hojalata y un par de guantes protectores y salió corriendo del laboratorio. En el túnel estuvo a punto de chocar con el autómeta, que le hizo sitio apenas le reconoció. Corrió hacia arriba, se fue poniendo los guantes a la carrera y se precipitó hacia la brecha incendiada por el protector. Cayó de rodillas ante el pequeño cráter, recogió, a toda prisa, trozos de arena vitrificados y solidificados por el calor y los echó en la cajita. Se puso en pie de un salto y regresó corriendo a la nave. Había alguien en el laboratorio. El físico parpadeó cegado. Era el cibernético.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó.

—No ha vuelto todavía.

—Quítate de ahí. Es mejor que te pongas allí, junto a la pared.

Tal como había esperado, la arena vitrificada presentaba un color lila blanquecino. Justamente por eso había elegido el físico una tiza del mismo color. El doble volvió el rostro hacia él. Era evidente que había estado esperando su regreso.

El físico sacudió en el suelo, delante de la pizarra, el contenido de la cajita.

—¡Estás loco! —gritó el cibernético y saltó desde su sitio.

El contador, situado en el otro extremo de la mesa, comenzó a vibrar rápidamente.

—¡Estate quieto y no me molestes, por favor!

La voz del físico sonaba tan furiosa que el cibernético se quedó inmóvil, junto a la pared, como si hubiera echado raíces.

El físico lanzó una ojeada al reloj. Habían pasado doce minutos. El doctor podía regresar de un momento a otro. Se inclinó y señaló los oscuros fragmentos color lila de la arena semifundida. Tomó un puñado y con la mano abierta lo oprimió sobre el lugar donde aparecían dibujadas con tiza lila las piernas de la figura erguida, trituró unos pocos granos de arena sobre el dibujo y miró al doble a los ojos. Luego arrojó el resto al suelo, retrocedió algunos pasos y a continuación caminó decididamente hacia adelante, como si quisiera seguir avanzando, pero al llegar al centro de la mancha lila se detuvo unos momentos, cerró los ojos y se dejó caer lentamente, con los músculos flácidos. Su cuerpo chocó pesadamente contra el suelo. Permaneció tendido algunos instantes, luego se puso en pie, corrió hacia la mesa, tomó el contador Geiger, se lo puso delante como si fuera un proyector y se acercó a la pizarra. Apenas la boca del negro cilindro se acercó a las piernas dibujadas con la tiza, pudo percibirse una aguda vibración. El físico acercó y alejó varias veces el contador de la pizarra para repetir el efecto ante el doble, que le miraba inmóvil. Luego se dirigió hacia él y deslizó lentamente el extremo del contador por las desnudas plantas de sus pies. El contador crepitó.

El doble emitió un débil sonido, como si tragara algo. Durante algunos segundos —que al físico le parecieron una eternidad— le miró a los ojos con una mirada pálida e interrogante. La frente del físico estaba perlada de sudor. De pronto, el doble relajó su torso, cerró los ojos y se dejó caer desmayadamente sobre los cojines; los pequeños y nudosos dedos se distendieron extrañamente. Estuvo así, inmóvil, como muerto, durante algún tiempo. Luego, inesperadamente, abrió los ojos, se enderezó y miró fijamente al físico.

Éste asintió, colocó el aparato sobre la mesa, empujó con el pie la pizarra y dijo sordamente al cibernético:

—Ha comprendido.

—¿Qué es lo que ha comprendido? —farfulló el cibernético, que había seguido enervado toda la escena.

—Que va a morir.

El doctor entró, vio la pizarra y los granos vitrificados en el suelo, y los miró.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué significa esto?

—Nada especial. Que ahora tienes dos pacientes.

El doctor le contempló estupefacto. Entonces el físico tomó con gesto indiferente el contador de la mesa y dirigió el extremo hacia su cuerpo. El polvo radiactivo había penetrado en el tejido del traje. El contador rechinó terriblemente.

El rostro del doctor enrojeció. Durante algunos instantes permaneció inmóvil. Parecía que de un instante a otro iba a arrojar contra el suelo la jeringuilla que tenía en la mano. Poco a poco, la sangre refluyó de su cara.

—¿Sí? —dijo—. Está bien, ven conmigo.

Apenas abandonaron el laboratorio, el cibernético se puso el traje protector y sacó el semiautomático de limpieza del nicho de la pared para que recogiera el resto de los terrones vitrificados. El doble seguía tumbado inmóvil y contemplaba la actividad. A veces tosía débilmente. Al cabo de diez minutos regresaron el físico y el doctor. El físico vestía ropas de lino blanco. El cuello y las manos estaban cubiertos de gruesas vendas.

—Todo en orden —dijo, casi festivamente, al cibernético—. Nada especial. Primer grado o quizá ni siquiera eso.

El doctor y el cibernético trataron de poner en pie al doble. Cuando éste comprendió lo que querían, se levantó y abandonó obedientemente el laboratorio.

—¿Y a qué viene todo esto?

El cibernético recorría nerviosamente la sala de un extremo a otro, apuntando las negras fauces del contador hacia todos los ángulos y rincones. De vez en cuando la vibración se hacía más rápida.

—Ya lo verás —dijo tranquilamente el físico—. Si tiene la cabeza en su sitio, lo verás.

—Pero, ¿por qué no te pusiste el traje protector? ¿Es que no podías esperar ni un minuto?

—Tenía que mostrárselo del modo más sencillo posible —respondió el físico—. Con la mayor naturalidad, sin aspavientos, ¿comprendes?

Callaron. La aguja del reloj de pared se deslizaba lentamente. El cibernético se sentía somnoliento. El físico intentaba extraer torpemente, con los dedos que sobresalían de las vendas, un cigarrillo. Con la bata manchada, el doctor se precipitó en la habitación. Se dirigió furioso al físico:

—¡Has sido tú! ¿Qué has tramado con él?

—¿Qué ocurre?

El físico levantó la cabeza.

—No quiere permanecer echado. Apenas le pongo las vendas, se levanta y se dirige a la puerta. ¿Qué le has...? —dijo, un poco más calmado.

Entró el doble. Cojeaba torpemente. Arrastraba por el suelo el extremo de un rollo de vendas de gasa.

—No puedes curarle contra su voluntad —replicó fríamente el físico. Arrojó el cigarrillo al suelo, se irguió y lo apartó con el pie—. Vamos a tomar el calculador de la sala de navegación, ¿de acuerdo? Tiene el máximo campo de extrapolación.

Ahora se dirigía al cibernético, que se encogió de hombros, se levantó, miró medio adormilado y salió rápidamente. Dejó la puerta abierta. El doctor estaba de pie, en el centro del laboratorio, con los puños apretados hundidos en los bolsillos de su bata. Miró al gigante, que se acercaba lentamente, y lanzó un suspiro.

—¿Lo sabes ya? —preguntó—. ¿Lo sabes, verdad?

El doble tosió.

Los otros tres hombres habían dormido durante todo el día. Cuando se despertaron casi caía ya el crepúsculo. Fueron a la biblioteca. Ante su mirada se ofrecía un espectáculo estremecedor. La mesa, el suelo, todos los asientos libres estaban cubiertos por montones de libros, mapas, álbumes abiertos. Cientos de hojas repletas de dibujos aparecían desparramadas por el piso, piezas de aparatos mezcladas con libros, clavijas de colores, latas de conserva, platos, vidrios ópticos, aritómetros, bobinas. La pizarra estaba apoyada en la pared, y a su alrededor fluía agua caliza. Los hombros, los dedos y

las rodillas de los tres hombres estaban manchados de tiza. Se hallaban sentados frente al doble, sin afeitar, con los ojos enrojecidos, y bebían grandes tazas de café. En el centro, donde antes estaba la mesa, se alzaba ahora el gran calculador electrónico.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó, en el umbral, el coordinador.

—Magníficamente. Hemos fijado ya mil seiscientos conceptos —contestó el cibernético. El doctor se puso en pie. Todavía llevaba la bata blanca.

—Me han obligado, aunque tiene contaminación radiactiva —señaló al doble.

—¡Contaminación!

El coordinador cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué significa eso?

—Entró por la brecha radiactiva del muro —explicó el físico.

Puso la taza de café a un lado y se inclinó de nuevo ante el aparato.

—En estos momentos tiene un diez por ciento menos de leucocitos que hace siete horas —informó el doctor—. Degeneración hialina, igual que en los seres humanos. Quise aislarle, necesitaba reposo, pero no quiere tratamientos. El físico le ha dicho que todo eso no sirve de nada.

—¿Es cierto?

El coordinador se dirigía al físico, que hizo un signo de asentimiento, sin apartarse del silbante aparato.

—¿Y..., no se le puede salvar? —preguntó el ingeniero.

El doctor se encogió de hombros.

—No lo sé. Si se tratara de un hombre, diría que tiene un treinta por ciento de posibilidades a favor. Pero no es un hombre. Es un poco apático. Pero también puede tratarse de agotamiento, porque no ha dormido. ¡Si pudiera aislarle!

—Pero, ¿qué más quieres? ¿Es que vas a hacer con él lo que se te antoje? —dijo el físico, sin volver la cabeza siquiera.

Manipulaba el aparato sin cesar, con sus manos vendadas.

—¿Y a ti qué te ha ocurrido? —preguntó el coordinador.

—Le he explicado que tiene contaminación radiactiva.

—¿Se lo has explicado con esa exactitud? —gritó el ingeniero.

—No tuve más remedio.

Callaron durante algún tiempo.

—Ya no se puede cambiar nada —dijo con lentitud el coordinador—. Para bien o para mal, ha sucedido así. Por lo demás, ¿se han enterado de algo?

—De muchísimas cosas —dijo el cibernético—. Ahora domina una gran cantidad de nuestros símbolos, sobre todo matemáticos. De hecho, dominamos la teoría de la información. Donde peor han ido las cosas ha sido con su escritura eléctrica. Sin un aparato especial, no la podemos aprender, y no tenemos ni el aparato ni tiempo para fabricarlo. ¿Recuerdan aquellas piezas introducidas en sus cuerpos? Pues son sencillamente mecanismos para escribir. Cuando un doble llega al mundo, se le inserta ese tubito, lo mismo que entre nosotros, en el pasado, se les hacía a las niñas un agujero en los lóbulos de las orejas. A ambos lados del cuerpo mayor poseen órganos eléctricos. Por eso es tan grande. En cierto modo, es el cerebro y, al mismo tiempo, una batería de plasma. La batería transmite directamente las cargas al «conducto de la escritura». En este doble, el conducto acaba en esos alambres del cuello, pero es diferente en cada uno. Por supuesto, tienen que aprender a escribir. Esta operación de implantación de los alambres, practicada durante milenios, ahora es sólo una fase preparatoria.

—Entonces, ¿es verdad que no puede hablar? —preguntó el químico.

—¡Ah, sí! La tos que han oído es su modo de hablar. Una sola tos es una frase entera, pronunciada con gran rapidez. Lo hemos grabado en una cinta. Se descompone en una escala de frecuencias.

—¡Vaya, es eso! Una lengua basada en el principio de la frecuencia modulada de las oscilaciones de la voz.

—Más bien sonidos. No tiene voz. Con los tonos sólo expresa sentimientos, situaciones emocionales.

—¿Y los órganos eléctricos? ¿Son sus armas?

—No lo sé. Pero podemos preguntárselo.

Se inclinó, sacó de entre los papeles una gran plancha, en la que podía verse una sección vertical esquemática del doble, señaló las dos formas segmentadas longitudinales de su interior, acercó el micrófono a los labios, y preguntó:

—¿Armas?

Por el altavoz que habían colocado al otro lado, frente al gigante acostado en el suelo, se oyó una especie de graznido. El doble, que había elevado un poco el torso pequeño cuando entraron los otros, permaneció en silencio algunos momentos y luego tosió.

—Armas, no —desgranó el altavoz—. Numerosos movimientos planetarios en otro tiempo. Arma.

El doble tosió de nuevo.

—Órgano rudimentario-evolución biológica-adaptación secundaria-civilización —crepitó el altavoz, sin la menor inflexión.

—Fíjate —murmuró el ingeniero. El químico escuchaba atentamente, con los ojos entornados.

—Increíble —susurró el coordinador—. ¿Y qué pasa con sus conocimientos científicos?

—Son muy curiosos desde nuestro punto de vista.

El físico se levantó.

—No puedo eliminar ese maldito ruido —observó, dirigiéndose al cibernético.

—Grandes conocimientos en el campo de la física clásica —prosiguió—: óptica, electricidad. Mecánica en conexión específica con la química, algo así como química mecánica. En este campo han obtenido interesantes resultados.

—¿Sí?

El químico se acercó un poco más.

—Los detalles, más tarde. Lo hemos registrado todo, no te preocupes. En la otra dirección, y a partir de esta base, han llegado a la teoría de la información. Pero se les ha prohibido profundizar en el estudio, salvo en algunos casos concretos. Su situación es peor en el campo de la investigación atómica, en especial en la química nuclear.

—Un momento, ¿qué es eso de prohibido? —preguntó asombrado el ingeniero.

—Sencillamente, que no pueden realizar investigaciones en este campo.

—¿Quién lo ha prohibido?

—Es una cuestión muy complicada y por ahora no sabemos mucho sobre este asunto —apuntó el doctor—. Desconocemos casi todo de su dinámica social.

—En mi opinión —dijo el físico—, les ha faltado estímulo para la investigación nuclear. Tienen toda la energía que necesitan.

—Primero vamos a poner en claro una cosa. ¿Qué es eso de la prohibición de investigar?

—Siéntense, vamos a seguir preguntando —dijo el cibernético.

El coordinador quiso hablar por el micrófono, pero el cibernético le apartó.

—Espera, el problema es que a medida que se complica la construcción de la frase, el calculador tropieza con crecientes dificultades gramaticales. Además, parece que el analizador de sonidos tiene poca capacidad selectiva. A menudo nos encontramos con auténticos jeroglíficos. Lo van a ver ahora mismo.

—Ustedes son muchos en el planeta —dijo el físico clara y lentamente—. ¿Cuál es la estructura dinámica de ustedes, los que son muchos, en este planeta?

El altavoz crepitó dos veces. El doble vaciló algún tiempo antes de dar la respuesta. Luego tosió roncamente.

—La estructura dinámica-doble. Las relaciones-doble —farfulló el altavoz—. La sociedad-dirigida-central-todo el planeta.

—Magnífico —exclamó el ingeniero.

Al igual que los otros dos que acababan de incorporarse, se sentía muy excitado. Los tres restantes estaban sentados, inmóviles y con rostros indiferentes, tal vez debido al cansancio.

—¿Quién gobierna la sociedad? ¿Quién está en la cumbre? ¿Un individuo o un grupo? —preguntó el coordinador ante el micrófono.

El altavoz crujió, se oyó un prolongado zumbido y en la pantalla del aparato brilló varias veces una aguja roja.

—No pueden plantearse así las preguntas —se apresuró a explicar el cibernético—. Si dices «en la cumbre», hablas en sentido figurado, y en el vocabulario del calculador no hay una expresión equivalente. Espera, voy a intentarlo.

Se inclinó hacia adelante:

—¿Cuántos están en el timón de la sociedad? ¿Uno? ¿Algunos? ¿Un gran número?

Se oyeron unos ruidos roncos por el altavoz.

—¿Es que no dices «timón» en sentido figurado? —preguntó el coordinador.

El cibernético movió la cabeza.

—Es un concepto de la teoría de la información.

Tuvo tiempo de responder, porque ya se oía la respuesta del doble y el altavoz declaraba con sonidos rítmicamente divididos:

—Uno-algunos-muchos-timón-no conocido. No-conocido —repitió.

—¿Cómo que no conocido? ¿Qué significa eso? —preguntó asombrado el coordinador.

—Lo vamos a averiguar ahora mismo.

—¿No conocido por ti o no conocido por nadie en el planeta? —dijo el micrófono.

El doble respondió y el calculador tradujo por el altavoz:

—Relación-dinámica-doble. Primero-es-conocido. Después-no es-conocido.

—No entiendo absolutamente nada.

El coordinador miró a los demás.

—Un momento —pidió el cibernético.

El doble acercó de nuevo la cara al micrófono y tosió varias veces. El calculador tradujo:

—Muchas revoluciones del planeta-antes-dirección central distribuida. Pausa. Un doble-un timón. Pausa. Ciento trece revoluciones del planeta es así. Pausa. Ciento once revoluciones del planeta un doble-timón-muerte. Ciento doce revoluciones del planeta-un doble-timón-muerte. Pausa. Otro-timón-muerte. Pausa. Uno-uno-muerte. Pausa. Luego-un doble timón-no conocido-quién. No conocido-quién-timón. Conocido-timón-central. Pausa. No conocido-quién-timón. Pausa.

—Es un auténtico rompecabezas —dijo el coordinador—. ¿Qué sacan ustedes de todo esto?

—Nada de rompecabezas —replicó el cibernético—. Ha dicho que hasta el año ciento trece, contando hacia atrás a partir de este momento, tuvieron un gobierno central compuesto por varias personas. «Dirección central distribuida». Luego vinieron gobiernos de un solo individuo. Supongo que como en las monarquías o las tiranías. En los años ciento doce y ciento once (contados a partir de este momento, ahora es el año cero) se registraron violentas revoluciones palatinas. En el curso de dos años hubo cuatro gobernantes y la muerte puso fin a su gobierno. Evidentemente, no fue una muerte natural. Apareció entonces un nuevo gobernante, pero no se sabe quién fue. Se sabía que existía. Pero no se sabía quién era.

—Entonces, ¿un gobernante anónimo? —preguntó asombrado el ingeniero.

—Eso parece. Vamos a intentar averiguar nuevos datos.

Se volvió al micrófono:

—Ahora se sabe que hay un individuo en el timón de la sociedad, pero no se sabe quién es. ¿Es así? —preguntó.

El calculador carraspeó algo ininteligible, el doble tosió, pareció dudar, volvió a toser repetidas veces y al fin el altavoz respondió:

—No. No así. Pausa. Sesenta revoluciones del planeta-conocido, un doble timón central. Pausa. Luego conocido, nadie. Pausa. Nadie. Nadie timón central. Así conocido. Nadie timón. Pausa.

—Ahora tampoco yo entiendo nada —confesó el físico.

El cibernético estaba sentado delante del aparato. Se inclinó, mordiéndose los labios.

—Un momento. La información general es que no existe un poder central, ¿es así? —dijo ante el micrófono—. Y la verdad es que existe un poder central. ¿Es así?

El calculador se comunicó con el doble mediante carraspeantes sonidos. Con la cabeza vuelta hacia el altavoz, esperaron.

—Ésa es la verdad. Sí. Pausa. Quien información-hay timón central-ese es-no es. Quien así información-ese es, no es. Es antes, luego no es.

Se miraron en silencio.

—Quien diga que hay una autoridad, deja de existir. ¿Es eso lo que ha dicho?

El cibernético hizo un signo de asentimiento.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó el ingeniero—. La autoridad tiene una sede, debe promulgar decretos, dictar leyes, debe contar con órganos ejecutivos en la base de la jerarquía (el ejército). De hecho, hemos topado con seres armados.

El físico le puso la mano sobre el brazo. El ingeniero calló. El doble tosió durante largo rato. El verde ojo del calculador susurró, zumbó. En el aparato se dejó oír un zumbido. El altavoz anunció:

—Información-doble. Pausa. Una información-quién es. Pausa. Segunda información-quién-el que es antes, luego no es. Pausa.

—¿Hay información bloqueada? —preguntó el físico en el micrófono—. Quien hace preguntas acerca de esta información corre peligro de muerte. ¿Es así?

De nuevo pudo oírse, en el otro extremo del aparato, el crujido del altavoz y la tos del doble.

—No, no así —contestó el calculador con su voz monótona. Seguía cortando las palabras en secuencias rítmicas—. El que es una vez, luego no es-no muerto. Pausa.

Dejaron escapar un suspiro.

—Así entonces, no se trata de una sentencia de muerte —exclamó el ingeniero—. Pregúntale qué le sucede entonces —pidió al cibernético.

—Me temo que no va a ser posible —respondió.

Pero el coordinador y el ingeniero insistieron. Advirtió:

—¿Qué futuro tiene el que difunde información bloqueada? —preguntó al micrófono.

El ronco diálogo del calculador con el doble, que yacía inmóvil, se prolongó durante algún tiempo. Al final, el altavoz desgranó:

—Quien esa información es incorporado grupo autodirigido grado desconocido probabilidad degeneración ámbito. Pausa. Efecto acumulativo falta concepto adaptación esta necesidad lucha retardación de la fuerza potencial falta concepto. Pausa. Pequeño número revoluciones planeta muerte. Pausa.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron al unísono el químico, el coordinador y el ingeniero.

El cibernético se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Ya les he dicho que no se puede hacer así. El problema es demasiado complicado. Tenemos que avanzar paso a paso. Sospecho que no es envidiable el destino de un individuo así. Le espera una muerte prematura; la última frase lo ha dicho claramente, pero ignoro el mecanismo de este proceso. Ciertos grupos autodirigidos. Pueden elaborarse muchas hipótesis sobre este tema, pero estoy harto de combinaciones caprichosas.

—Bien —dijo el ingeniero—. Pregúntale entonces por la fábrica del norte.

—Ya lo hemos hecho —contestó el físico—. También es un asunto complicado. Sobre esto tenemos la siguiente teoría...

—¿Cómo una teoría? ¿No les ha respondido con claridad? —interrumpió el coordinador.

—No. También se trata de un fenómeno de rango superior. Respecto de la fábrica, fue abandonada a sí misma cuando se inició la producción. De eso estamos bien seguros. Pero no están tan claras las razones por las que lo hicieron. Hace aproximadamente cincuenta años pusieron en marcha un programa de reconstrucción biológica para modificar las funciones corporales, y quizás también de las formas del cuerpo. Un asunto oscuro. Durante varios años, casi toda la población fue sometida a una serie de intervenciones. Al parecer, no se trataba de modificar a aquella generación, sino más bien a la siguiente, mediante mutaciones controladas de las células de la reproducción. Así es como lo interpretamos nosotros. En el campo de la biología es muy difícil la comunicación.

—¿Qué clase de transformación andaban buscando? ¿En qué sentido? —preguntó el coordinador.

—No hemos podido averiguarlo —dijo el físico.

—Pero algo sí sabemos ya —replicó el cibernético—. Entre ellos, la biología, y en particular la investigación de los procesos vitales, tiene un carácter singular, que parece ser doctrinario, y en todo caso distinto del de otros campos de la ciencia.

—Tal vez sea religioso —intervino el doctor—. Convendría no perder de vista que su fe es más bien un sistema de preceptos y reglas relativos a la vida temporal y que no contiene elementos trascendentales.

—¿Nunca han creído en un Creador? —preguntó el coordinador.

—No lo sabemos. Ten en cuenta que el calculador no puede fijar de forma clara e inequívoca conceptos abstractos, como fe, dios, moral, alma. Hemos tenido que proponerle un montón de preguntas concretas, y, a partir de la masa de respuesta, de los malentendidos y de la equivalencia parcial de los significados, hemos intentado hacer una extrapolación racional y generalizada. A mi entender, lo que el doctor llama religión son costumbres que se han acumulado, como capas, a lo largo de la historia.

—Pero, ¿qué tienen que ver la religión o la tradición con las investigaciones biológicas? —preguntó el ingeniero.

—Eso es precisamente lo que no podemos determinar. En cualquier caso, existe una conexión muy estrecha.

—¿No habrán intentado adaptar determinados hechos biológicos a sus prejuicios?

—No. El asunto es mucho más complicado.

—Volvamos a los hechos —propuso el coordinador—. ¿Qué consecuencias tuvo la implantación del programa biológico?

—Las consecuencias fueron la aparición de individuos sin ojos y de otros con un número de ojos variable, de individuos sin capacidad de supervivencia, degenerados, sin nariz, y además un considerable número de minusválidos psíquicos.

—¡Ah, ya! Nuestro doble y todos los demás.

—Sí. Evidentemente, habían partido de una falsa teoría. En el transcurso de unas pocas decenas de años aparecieron decenas de miles de mutantes deformados, mutilados. La sociedad sigue padeciendo todavía hoy las trágicas consecuencias de aquel experimento.

—¿Se ha abandonado el programa?

—Apenas le hemos preguntado sobre esto —confesó el cibernético, y se dirigió al micrófono.

—¿Existe todavía el programa de modificación biológica? ¿Qué futuro tiene?

Durante algún tiempo pareció como si el calculador discutiera, crepitando, con el doble, que se limitaba a emitir un débil carraspeo.

—¿No se encuentra bien? —preguntó en voz baja el coordinador al doctor.

—Mejor de lo que yo esperaba. Está agotado, pero antes no quería irse de aquí. Ni siquiera puedo hacerle una transfusión, porque la sangre de nuestro otro doble aniquila sus leucocitos. Evidentemente...

—¡Chisst! —susurró el físico.

El altavoz rechinó con un sonido ronco:

—El programa es-no es. Pausa. Ahora programa antes-no era. Pausa. Ahora mutaciones enfermedad. Pausa. Información verdadera-programa era-ahora no es.

—No entiendo absolutamente nada —confesó el ingeniero.

—Quiere decir que actualmente se niega la existencia del programa, como si nunca hubiera existido, y que, al parecer, las mutaciones son una especie de enfermedad. La verdad es que el programa se puso en marcha, pero luego fue abandonado. Sólo que se ocultó el fracaso de cara a la opinión pública.

—¿Quién?

—La autoridad supuestamente inexistente.

—Un momento —intervino el ingeniero—. ¿Cómo hay que entender eso? Cuando dejó de existir el último gobernante anónimo, se inició un período de cierta anarquía, ¿no es así? Entonces, ¿quién introdujo el programa?

—Lo has oído tú mismo. Nadie. No hubo tal programa. O, por lo menos, eso es lo que se dice hoy.

—Ahora sí, pero hace cincuenta años o más...

—Entonces lo presentaron de otra forma.

—No. Es sencillamente incomprensible.

—¿Por qué? No ignoras que también en la Tierra ocurren ciertas cosas que no se mencionan en público, pero que todo el mundo sabe que existen. La convivencia social sería imposible sin una cierta dosis de hipocresía. Lo que entre nosotros es un fenómeno marginal, es aquí la corriente principal.

—Todo esto parece complicado e increíble —dijo el ingeniero—. ¿Y qué tiene que ver con la fábrica?

—Tenía que producir algo relacionado con el programa y su ejecución, tal vez los instrumentos para las intervenciones o quizá objetos que no eran necesarios entonces, pero que deberían ser de utilidad para las futuras generaciones «modificadas». De cualquier forma, son sólo suposiciones —concluyó el cibernético con énfasis—. No sabemos qué es lo que realmente deseaban producir.

—Seguramente hubo más de una fábrica de este tipo.

—¿Hubo pocas o muchas fábricas para el programa biológico? —preguntó el cibernético al micrófono.

El doble tosió y el calculador respondió casi al instante:

—No sabido. Fábricas probablemente muchas. Pausa. Información no hay fábricas.

—Un orden social verdaderamente espantoso —exclamó el ingeniero.

—¿Y por qué? ¿No has oído hablar de secretos militares y cosas parecidas?

—¿Con qué clase de energía funcionaban las fábricas? —preguntó el ingeniero al cibernético.

Lo dijo tan cerca del micrófono que el calculador tradujo inmediatamente la pregunta. El altavoz vibró algunos instantes, y luego recitó:

—Anorgánico falta concepto. Bio, bio. Pausa. Entropía constante bio sistema.

El resto se perdió en un zumbido cada vez más alto. Sobre la escala brilló una luz roja.

—Lagunas de vocabulario —explicó el cibernético.

—¿Qué te parece si le conectamos en polivalente? —propuso el físico.

—¿Para qué? ¿Para que empiece a hablar como un esquizofrénico?

—A lo mejor entonces podemos entender más cosas.

—¿De qué se trata? —preguntó el doctor.

—Quiere reducir la capacidad de elección del calculador —explicó el cibernético—. Si la escala conceptual de una palabra no es exacta, el calculador responde que falta el concepto. Si le conecto en polivalente, se contaminará. Formará conglomerados de palabras que no existen en ninguna lengua humana.

—Pero de este modo nos acercáramos a su lenguaje —replicó obstinadamente el físico.

—Podríamos intentarlo.

El cibernético cambió la clavija. El coordinador contemplaba preocupado al doble, que yacía con los ojos cerrados. El doctor se acercó a él, le examinó durante algún tiempo y luego regresó a su puesto sin pronunciar una sola palabra.

El coordinador dijo al micrófono:

—Al sur de este lugar, de aquí, hay un valle. Allí hay edificios altos, en los edificios hay esqueletos, en los alrededores, en la tierra, hay tumbas. ¿Qué es esto?

—Un momento. Tumba no significa nada.

El cibernético acercó el brazo flexible del micrófono:

—Al sur (construcción arquitectónica, cerca de ella), cuerpos muertos en hoyos, en la tierra. Dobles muertos. ¿Qué significa esto?

Ahora el calculador intercambió sonidos chirriantes con el doble durante más tiempo. Observaron que, por primera vez, parecía que la máquina preguntaba algo por su cuenta. Al final, el altavoz contestó monótonamente:

—Dobles ningún trabajo físico. Pausa. Órgano eléctrico trabajo sí, pero aceleroinvolución degeneración abuso. Pausa. El sur una ejemplificación de procrústica autodirigida. Pausa. Biosociocortocircuito antimuerte. Pausa. Aislamiento social ninguna violencia, ninguna coacción. Pausa. Decisión voluntaria. Pausa. Microadaptación del grupo autoimpulso central producción si no. Pausa.

—¡Ahí lo tienes! —el cibernético miraba agriamente al físico—. «Autoimpulso central», «antimuerte», «biosociocortocircuito»... Te lo había advertido. ¿Qué sacas en limpio?

—Vamos a tomarlo con calma.

El físico alzó la mano.

—Esto tiene algo que ver con trabajos forzados.

—No es cierto. Ha dicho «no violencia, no coacción», «decisión voluntaria».

—¿Sí? Entonces vamos a preguntarle otra vez.

El físico atrajo hacia sí el micrófono:

—No entendido. Responde, responde muy sencillamente. ¿Qué hay en el sur, en el valle? ¿Una colonia? ¿Un grupo de presidiarios? ¿Aislamiento? ¿Producción? ¿Qué clases de producción? ¿Quién produce? ¿Qué? ¿Y para qué? ¿Con qué fin?

Una vez más, el calculador se comunicó con el doble. La tarea exigió cerca de cinco minutos. Luego dijo:

—Microgrupo aislamiento libre decisión interadhesión. No coacción. Pausa. Cada doble contrapuesto microgrupo aislamiento. Pausa. Relaciones principales autoimpulso centrípeto. Pausa. Eslabón irodio. Pausa. Quien culpa, castigo. Pausa. Quien castigo, microgrupo de aislamiento libre decisión. Pausa. ¿Qué es microgrupo de aislamiento? Pausa. Interrelaciones poliindividuales inversas acoplamiento irodio autocontención irodio autocontención. Pausa. Circulación interna sociopsicológica. Antimuerte. Pausa.

—¡Un momento! —gritó el cibernético, al ver que los demás se mostraban inquietos—. ¿Qué significa «autocontención»? ¿Qué clase de contención?

—Autoconservación —murmuró el calculador, sin dirigirse esta vez al doble.

—¡Ah! ¡El instinto de conservación! —gritó el físico, y el calculador asintió:

—Instinto de conservación. Sí. Sí.

—¿Quieres decir que entiendes lo que ha dicho?

El ingeniero se había puesto en pie de un salto y paseaba agitado de un punto a otro.

—No sé si lo entiendo, pero me hago una idea. Al parecer, se trata de partes integrantes de su sistema punitivo. Evidentemente, había algún tipo de microsociedades, grupos autónomos que, en cierto modo, se mantenían en jaque entre sí.

—¿Y cómo? ¿Sin centinelas? ¿Sin controladores?

—Sí. Ha dicho expresamente que no hay coacción.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué? Imagínate dos hombres, el uno tiene las cerillas y el otro tiene la caja. Pueden odiarse, pero si quieren tener fuego, no les queda más remedio que cooperar. Iro dio, esto suena a ira más odio, o algo parecido. La cooperación surge en el grupo a consecuencia de los acoplamientos de reversión, como en mi ejemplo, aunque no de forma tan simple. La coacción surge por sí misma, la provoca, por así decirlo, la situación interna del grupo.

—Está bien, pero, ¿qué hacen allí? ¿A qué se dedican? ¿Quién está en esas tumbas? ¿Por qué?

—¿No has oído lo que ha dicho el calculador? «Procrústica»: del lecho de Procrustes.

—¡Tú deliras! ¿Cómo ha podido el doble oír hablar de Procrustes?

—El calculador, no el doble. Elige los conceptos que, dentro del espectro semántico, tienen una resonancia más cercana. Allí, en esos grupos, se lleva a cabo un trabajo agotador. Es posible que sean trabajos sin objeto y sin sentido. Dijo «producción si no». Es decir, que producen, y tienen que hacerlo, porque se trata de un castigo.

—¿Por qué tienen que hacerlo? ¿Quién les obliga, si no hay controladores?

—Eres más terco que una mula. Que haya o no producción es algo que no aseguro, pero es la situación misma la que produce la coacción. ¿No has oído hablar de situaciones forzosas? En un barco que se está hundiendo, por ponerte un ejemplo, tienes pocas posibilidades de elección. Tal vez a lo largo de toda su vida hayan tenido bajo sus pies la cubierta de un barco a punto de naufragar... Como les molesta el trabajo físico, sobre todo el agotador, se produce un «biocortocircuito», quizá dentro de aquel órgano eléctrico.

—Dijo «biosociocortocircuito». Tiene que ser una cosa diferente.

—Pero de significación parecida. En el grupo hay una adhesión, una fuerza de atracción mutua, es decir, que un grupo aislado de la sociedad depende en cierto modo de sí mismo.

—Todo esto es terriblemente oscuro. ¿Qué hacen allí?

—¿Qué quieres que te diga? No sé más que tú. En nuestra conversación se producen malentendidos, desviaciones de los conceptos, no sólo por nuestra parte, sino también entre el calculador y el doble. A lo mejor tienen una disciplina científica especial: la «procrústica», una teoría de la dinámica de estos grupos. Planifican desde arriba el tipo de acciones, de conflictos y de atracciones mutuas en su campo. Las funciones están distribuidas y planificadas de tal modo que se produce un equilibrio específico, un equilibrio, un intercambio de ira, miedo y odio, para que estos sentimientos se fusionen, pero sin que, al mismo tiempo, puedan hallar un lenguaje común con nadie fuera del grupo.

—Estas son tus variaciones privadas de las manifestaciones esquizofrénicas del calculador, pero no una traducción —exclamó el químico.

—Pues entonces ocupa tú mi sitio. A lo mejor tienes más suerte.

Permanecieron en silencio durante algún tiempo.

—Está totalmente agotado —dijo el doctor—. A lo sumo, una o dos preguntas más. ¿Quién quiere hacerlas?

—Yo —dijo el coordinador—. ¿Cómo has conocido nuestra presencia?

—Información-meteorito-nave —respondió el calculador, tras haber intercambiado algunos cortos y chirriantes sonidos con el doble—. Nave-de otros planetas-rayos cósmicos-degeneración de seres vivos. Pausa. Causar muerte. Pausa. Muro de vidrio con

objetivo liquidación. Pausa. Observatorio. Pausa. Trueno. He tomado medidas. Dirección del ruido-Fuente del trueno-Centro de impacto cohete. Pausa. Vine cuando fue noche. Pausa. Esperé-protector abrió muro. Entré dentro. Estoy. Pausa.

—Anunciaron que había caído una nave con seres monstruosos, ¿no es así? —preguntó el ingeniero.

—Sí. Que habíamos degenerado bajo el influjo de radiaciones cósmicas. Y que se proponían encerrarnos, aislarnos, mediante la masa de vidrio. Hizo mediciones acústicas de la trayectoria de disparo, dio con su objetivo, y así nos ha encontrado.

—¿No tenías miedo de los monstruos? —preguntó el coordinador.

—«Tener miedo» no significa nada. Un momento, ¿qué palabra dijo? ¡Ah, sí! Irodio. ¿Tal vez lo traduce así?

El cibernético repitió la pregunta en la extraña jerga del calculador.

—Sí —repitió el altavoz casi al instante—. Sí. Pero era una oportunidad única en un millón de revoluciones del planeta.

—Bien puedes decirlo. Todos y cada uno de nosotros habríamos hecho lo mismo.

El físico asintió comprensivamente.

—¿Quieres quedarte con nosotros? Te curaremos. No habrá muerte —dijo el doctor lentamente—. ¿Te quedarás con nosotros?

—No —contestó el altavoz.

—¿Quieres irte? ¿Quieres..., volver con los tuyos?

—Volver-no —respondió el altavoz.

Se miraron entre sí.

—Es cierto que no morirás. Te curaremos, seguro —exclamó el doctor—. Di, ¿qué quieres hacer cuando estés curado?

El calculador chirrió; el doble respondió con un breve sonido, casi inaudible.

—Cero —dijo el altavoz tras algunas vacilaciones. Y al cabo de un momento añadió, como si no estuviera seguro de haber sido entendido correctamente:

—Cero, cero.

—No quiere quedarse y no quiere irse —murmuró el químico—. ¿No estará delirando?

Contemplan al doble. Sus pálidos ojos azules descansaban inmóviles en ellos. En el silencio oyeron su respiración, pesada y lenta.

—Ya basta —dijo el doctor, poniéndose en pie—. Salgan todos.

—¿Y tú?

—Iré dentro de un rato. He tomado dos psiquedrinas. Puedo permanecer sentado con él un poco más.

Cuando los hombres se levantaron y se dirigieron a la puerta, el torso pequeño del doble, que hasta entonces había estado como sostenido por un invisible apoyo, se desplomó súbitamente. Sus ojos se cerraron y la cabeza cayó sin fuerza hacia atrás.

—Curioso. Le hemos hecho muchas preguntas. ¿Por qué no nos ha preguntado nada él? —reflexionó en voz alta el ingeniero, mientras caminaban ya fuera.

—No, antes nos hizo muchas preguntas —respondió el cibernético—. Se interesó por las condiciones imperantes en la Tierra, por nuestra historia, por el desarrollo de la astronáutica. Hablaba mucho más antes que llegaran ustedes.

—Debe encontrarse muy débil.

—Seguro. Ha recibido una dosis radiactiva fuerte. Y, por supuesto, también ha tenido que cansarle mucho el viaje por el desierto, sobre todo porque es bastante viejo.

—¿Cuánto viven?

—Aproximadamente sesenta revoluciones del planeta, es decir, algo menos de sesenta años de los nuestros. Edén gira en torno a su sol más rápidamente que la Tierra. Pueden asimilar directamente varias sustancias anorgánicas.

—Eso es realmente extraordinario —dijo el ingeniero.

—¡Es verdad! El primero sacó la tierra —gritó el químico, orgulloso porque se le hubiera ocurrido de nuevo la idea.

Permanecían todos en pie, como a punto de despedirse.

—Sí, pero se alimentaban así hace ya algunos milenios. Ahora es sólo un caso excepcional. ¿Recuerdan los delgados cálices de la llanura? Por decirlo de algún modo, son sus acumuladores de alimentos.

—¿Son seres vivos?

—No lo sé. En todo caso, toman del suelo, según un principio de selección, sustancias que les sirven a los dobles de alimento, y las almacenan en el cáliz. Los hay de muchas clases.

—Sí, por supuesto. Seguro que los crían, o mejor dicho los cultivan —dijo el químico—. En el sur hemos visto plantaciones enteras de estos cálices. Pero, ¿por qué revolvía la arcilla el primer doble?

—Porque cuando cae la noche los cálices se hunden en el suelo.

—Pero tenía tierra de sobra por todas partes. ¿Por qué buscó precisamente la del cohete?

—A lo mejor porque ya estaba desmenuzada y tenía hambre. No hemos hablado de ello con nuestro doble astrónomo. Es posible que el primero viniera huyendo del sur.

—Bien, amigos, ahora tienen que ir a descansar —dijo el coordinador, volviéndose al físico y al cibernético y poniendo fin a la conversación—. Nosotros vamos a ponernos a trabajar. Son cerca de las doce.

—¿Las doce de la noche?

—¡Caray! Veo que has perdido por completo el sentido del tiempo.

—En estas circunstancias...

Oyeron pasos a sus espaldas. El doctor venía de la biblioteca. Le miraron interrogativamente.

—Se ha dormido —dijo—. No se encuentra bien. Cuando ustedes se fueron, creí que... No completó la frase.

—¿Has hablado con él?

—Sí, lo he hecho. Quiero decir, creo que he llegado a entenderle. Le pregunté si podíamos hacer algo por ellos. Por todos ellos.

—¿Y qué te ha contestado?

—Cero —repitió lentamente el doctor, y creyeron estar oyendo la voz plana del calculador.

—Ahora que están todos aquí —dijo el coordinador, al cabo de unos momentos—, quiero aprovechar la ocasión para preguntarles si quieren partir.

—Sí —respondió el ingeniero.

—Sí —respondieron, casi al unísono, el físico y el químico.

—Sí —repitió de nuevo el químico.

—¿Y tú? ¿No dices nada?

El coordinador miraba al doctor:

—Estoy pensándolo. Ya saben que nunca he sido demasiado curioso...

—Lo sé. Lo que te preocupa es cómo ayudarles. Pero ahora ya sabes que...

—No, no lo sé —dijo en voz baja el doctor.

Capítulo Decimocuarto

Una hora más tarde, el protector se deslizaba a través de la escotilla de carga. El ingeniero le dirigió, hasta situarle a unos doscientos metros de distancia del muro de cristal, cuyo borde superior se inclinaba hacia dentro, como una bóveda inacabada, y empezó a trabajar. La oscuridad huía con saltos enormes hacia el desierto. Las

fulminantes líneas de corte, más resplandecientes que el sol, arrancaban fragmentos de la reflectante pared. Láminas incandescentes caían con estrépito al suelo. Una blanca humareda flotaba sobre aquel hervidero. El ingeniero dejó las láminas en el suelo para que se enfriaran y siguió cortando con el aniquilador, abriendo boquetes en la cúpula, de la que goteaban témpanos ardiendo. Largas filas de orificios rectangulares surgieron en la deslustrada y casi transparente cubierta, dibujando un ajedrez contra el cielo estrellado. El humo flotaba sobre la arena. En las arterias de la formidable pared de cristal se oían jadeos y gemidos, los fragmentos se cubrían de oscura incandescencia. Por último, el protector retrocedió hacia el cohete. El ingeniero comprobó desde lejos la radiación de los fragmentos. Los contadores zumbaron en señal de alarma.

—Tendríamos que esperar por lo menos cuatro días —dijo el coordinador—. Pero enviaremos al Negro y los purificadores.

—Perfecto. La radiactividad está sobre todo en la superficie. Un buen chorro de arena acabará pronto con ella. Reuniremos en algún lugar los trozos pequeños y los enterraremos.

—Sería mejor cargarlos en el tanque de popa.

El coordinador contemplaba fija y pensativamente el fulgor rojo de los residuos.

—¿Tú crees? ¿Y para qué? —el ingeniero le miró asombrado—. No nos sirve de nada, es sólo carga inútil.

—Preferiría no dejar restos radiactivos... No conocen la energía atómica, y es mejor que sigan sin conocerla.

—Tal vez tengas razón —murmuró el ingeniero.

—Edén..., ¿sabes? —añadió pensativamente al cabo de unos instantes—, poco a poco me he ido haciendo una idea a base de las palabras de ese doble, de ese astrónomo, o más bien..., del calculador... Monstruoso.

—Sí —el coordinador asintió con un lento movimiento.

—Un abuso extremo de la teoría de la información, pero tan consecuente que provoca admiración. ¿Sabes? Ha resultado ser un instrumento que puede infligir torturas mucho más terribles que todos los tormentos físicos. Seleccionar, restringir, bloquear informaciones. Se podría construir así una «procrústica» geométricamente exacta, odiosa, tal como dijo el calculador.

—¿Crees que ellos..., que él lo comprende?

—¿Qué significa comprender? ¿Te refieres a si piensa que esta situación es normal? En cierto sentido, tal vez sí. No conoce otra cosa. Aunque se remite a la historia anterior, a la de los tiranos habituales y luego a la de los anónimos. Por tanto, posee una escala comparativa. Es absolutamente seguro que sin esta escala no habría podido decirnos nada.

—Si invocar las tiranías significa recordar tiempos mejores..., ¡muchas gracias!

—De todas formas. Se trata, en el fondo, de un proceso evolutivo coherente. Es evidente que a alguno de los tiranos se le ocurrió la idea que, dado el sistema de dominio imperante, el anonimato le podía reportar ventajas. Una sociedad que no puede concentrar la resistencia, que no puede dirigir sus sentimientos hostiles contra una persona concreta y determinada, es una sociedad inerme.

—¡Ah! ¿Es así como lo entiendes? ¡El tirano sin rostro!

—Tal vez sea una falsa analogía, pero cuando, al cabo de algún tiempo, se formaron los fundamentos teóricos de su «procrústica», uno de sus sucesores siguió avanzando en aquella dirección. En apariencia, eliminó hasta el mismo incógnito, se destituyó a sí mismo y al sistema de gobierno; por supuesto, sólo en el campo de los conceptos, de las palabras, de la comunicación pública...

—Pero, ¿por qué no hay aquí movimientos de liberación? ¡No me entra en la cabeza! Incluso en el caso que castiguen a sus «prisioneros» de tal modo que los desarticulan en grupos autónomos aislados, cuando no existe ningún tipo de vigilancia, de control, de

poder exterior, debe ser posible la fuga de algunos individuos e incluso la resistencia organizada.

—Para que pueda surgir una organización, deben existir antes medios de comunicación.

El coordinador deslizó el extremo del contador Geiger a través de la escotilla de la torre. Su vibración era cada vez más débil.

—Ten en cuenta que determinados fenómenos no son para ellos anónimos en principio, ni siquiera en conexión con otros. Tanto los hombres como las conexiones que se presentan como cosas reales son únicamente máscaras. A las deformaciones provocadas por las mutaciones se las denomina epidemia. Y así debe ocurrir con todo lo demás. Para dominar el mundo, primero hay que nombrarlo. Sin conocimientos, sin armas y sin organización, incomunicados con otras formas de vida, no es mucho lo que pueden hacer.

—Tienes razón. Pero las escenas del cementerio y de las fosas ante la ciudad indican que tal vez el orden no sea aquí tan perfecto como desearía ese invisible gobernante. Añade el espantoso miedo que sintió nuestro doble ante el muro de cristal. ¿Lo recuerdas? Es evidente que aquí no marcha todo tan plácidamente.

Sobre sus cabezas todavía se oía el lento tictac del contador Geiger. Los escombros del muro que rodeaba la nave espacial habían adquirido tonos más oscuros. La tierra aún humeaba y, por encima, el aire vibraba de tal modo que las constelaciones oscilaban de una forma peculiar.

—Ya hemos decidido la marcha —prosiguió el ingeniero—. Además, tendríamos que conocer mucho mejor su lenguaje, tendríamos que saber cómo su maldita autoridad dispone a capricho, cómo simula hasta su propia inexistencia... Y..., ¿si les diéramos armas?

—¿A quién? ¿A estos infelices como nuestro doble? ¿Les confiarías tú el aniquilador? ¡Hombre!

—Al principio, podríamos nosotros mismos...

—¿Destruir esa autoridad? Hablando claro, ¿librarlos por la fuerza?

—Sí, si no hay otro medio.

—Para empezar, no son seres humanos, al menos no como nosotros. No debes olvidar que, en definitiva, sólo has hablado con el calculador y que sólo conoces al doble tal como lo concibe el calculador. En segundo lugar, nadie se lo ha impuesto. Al menos, nadie del cosmos. Son ellos mismos los que...

—Tal como razones, das la impresión de estar de acuerdo con todo esto. ¡Con todo! —exclamó el ingeniero.

—¿Y cómo quieres que razone? ¿Es que la población de este planeta es como un niño extraviado en una callejuela, que con sólo tomarle de la mano le puedes sacar de allí? ¡Si fuera tan sencillo, Dios mío! La liberación, Henryk, empezaría con que tendríamos que matar, y cuanto más encarnizada fuera la lucha, menor sería la racionalidad de nuestras acciones. Al fin, tendríamos que matar simplemente para mantener abierta la retirada o alguna vía de contraataque, y mataríamos a todos cuantos se opusieran a la marcha del protector. ¡Tú sabes muy bien lo fácil que es!

—Lo sé —murmuró el ingeniero.

—Por lo demás —añadió al cabo de unos instantes—, todavía no sabemos nada. Sin duda, nos están observando y no les habrán gustado mucho los boquetes que hemos abierto en su muro de contención. Supongo que dentro de poco tendremos que hacer frente a algún nuevo intento.

—Sí, es perfectamente posible —admitió el coordinador—. He pensado incluso si no sería conveniente situar puestos de vigilancia avanzada. Sensores electrónicos para captar imágenes y sonidos.

—Eso nos llevaría mucho tiempo y nos obligaría a emplear un material del que no andamos muy sobrados.

—También lo he tenido en cuenta; por eso sigo dudando.

—Dos Röntgen por segundo. Podríamos enviar a los autómatas.

—De acuerdo. Será mejor llevar el protector al cohete, para estar más seguros.

Por la tarde, el cielo se cubrió de nubes. Por vez primera desde su llegada al planeta cayó una lluvia fina y cálida. El muro de cristal se oscureció, el agua goteaba desde sus grandes y pequeños tallos y el rumor llegaba hasta el cohete. Los autómatas trabajaron incansablemente. Los látigos de arena que lanzaban los pulsomotores crujían y silbaban sobre la superficie de las láminas cortadas; pequeños fragmentos de vidrio vibraban en el aire. La arena, mezclada con la lluvia, formaba una delgada capa de lodo. El Negro transportó los contenedores con los residuos radiactivos, a través de la puerta de carga, hasta el cohete. El segundo autómata controlaba, con un contador Geiger, el cierre hermético de las tapas. A continuación, las dos máquinas arrastraron las planchas descontaminadas al lugar designado por el ingeniero, donde los fragmentos grandes se fundían en los chispeantes surtidores de los sopletes para formar la base de los futuros puntales.

Muy pronto pudo verse que no contaban con suficiente material. A la luz crepuscular — y bajo una lluvia que se precipitaba torrencialmente—, el protector salió por última vez del cohete y se apostó ante el muro agujereado. Lo que siguió fue un espectáculo grandioso. Los soles cuadrangulares explotaban en la oscuridad con brillo cegador, el estruendo de las detonaciones nucleares se mezclaba con el sordo eco de los bloques cristalinos que se desplomaban envueltos en llamas contra el suelo. Espesas nubes de humo y vapor se disparaban hacia lo alto. Los charcos de agua silbaban y borbotaban. La lluvia hervía ya antes de llegar a tierra. Muy arriba, los rayos de las explosiones se reflejaban en miríadas de arcos iris. El protector, tan negro como el carbón, retrocedió en la convulsión de los relámpagos, giró lentamente, alzó su romo hocico y de nuevo todo el espacio circundante se llenó del fragor de los estampidos.

—Así está bien —murmuró el ingeniero al oído del coordinador—. A ver si con este cañoneo se asustan un poco y nos dejan en paz. Necesitamos por lo menos otros dos días.

Su rostro, empapado de sudor, se asemejaba a una máscara de mercurio. La torre parecía un horno.

Cuando se retiraron a descansar, los autómatas prosiguieron su trabajo y su estrépito pudo oírse hasta el amanecer. Remolcaron las mangueras del chorro de arena, que armaron gran estrépito al chocar con las planchas de vidrio. La lluvia chisporroteaba y caía como un rocío de purísimo y deslumbrante azul sobre los sopletes. La escotilla de carga engulló nuevos contenedores con residuos radiactivos. La construcción parabólica tras la popa del cohete se iba elevando poco a poco; al mismo tiempo, el autómata de carga y la draga atacaban y perforaban obstinadamente en la pendiente, bajo el vientre de la nave espacial.

Cuando se levantaron, con la luz del amanecer, una parte de los materiales cristalinos sujetaba ya el cohete en los puntos correspondientes.

—Fue una buena idea —observó el coordinador.

Estaban sentados en la sala de navegación. Sobre la mesa reposaban pilas enteras de diagramas técnicos.

—De hecho, si quitáramos los puntales, podría derrumbarse el techo bajo el peso del cohete, arrastrando en la caída a los autómatas. No habrían tenido tiempo para salir del foso.

—¿Tenemos suficiente energía para el vuelo? —preguntó el cibernético, que estaba de pie, en la puerta abierta.

—¡Para diez vuelos! Además, en caso necesario, podríamos aniquilar los residuos radiactivos que hemos llevado al tanque de decantación. Pero no hará falta. Instalaremos tubos calefactores en las galerías, y así podremos regular con precisión la temperatura. Cuando se alcance el punto de fusión del vidrio, los puntales se desplomarán poco a poco por sí solos. Si el proceso es demasiado rápido, siempre podemos inyectar en los tubos aire líquido. De este modo conseguiremos sacar el cohete de la arena esta misma tarde. Luego lo pondremos en posición vertical...

—Eso es ya el capítulo siguiente —cortó el ingeniero.

Hacia las ocho de la mañana habían desaparecido las nubes y brillaba el sol. El gigantesco cilindro de la nave espacial, hasta entonces inmovilizado en la pendiente de la colina, empezó a oscilar. El ingeniero vigilaba con un teodolito el lento descenso de la popa. Bajo la proa de la nave, el suelo estaba ya profundamente socavado. En el lugar donde se había demolido la colina arcillosa se alzaba, a considerable distancia del cohete, un bosque de cristalinas columnas, ya casi tocando el muro que, con sus numerosos boquetes, semejava un coliseo de cristal.

Hombres y dobles habían sido evacuados mientras se llevaba a cabo la operación. El ingeniero contempló en la distancia la pequeña figura del doctor, que trazaba un gran arco en torno a la popa de la nave. Pero no retuvo la imagen en su mente, porque la vigilancia de los instrumentos reclamaba toda su atención. Tan sólo una delgada capa de tierra y el sistema de puntales hundidos, que iban cediendo, aguantaban el peso del cohete. Dieciocho gruesas maromas se tensaban desde los tubos de popa a los garfios afianzados en los sólidos escombros del muro. El ingeniero no se cansaba de elogiar este muro. Sin él, los trabajos para bajar el cohete y situarlo en posición vertical habrían durado cuatro veces más. A través de la tupida red de cables que serpenteaban sobre la arena fluía la corriente, por los tubos calefactores, al interior de la galería. De su boca, situada muy cerca del punto en el que el casco había penetrado en la pendiente de la colina, surgía un poco de humo. Perezosas nubes de color marrón se arrastraban por encima del suelo, todavía no del todo seco tras la lluvia nocturna. La popa descendía lentamente. Cuando se aceleró el movimiento, el ingeniero abrió la abrazadera de cierre del lado izquierdo del aparato. Al instante fluyó aire líquido desde los cuatro conductos anulares a las galerías y por la abertura brotaron con estruendo nubes de un blanco sucio.

De pronto, durante la siguiente fase de fusión del andamiaje de cristal, el casco se movió y el enorme cilindro, de casi cien metros de longitud, se inclinó hacia atrás con un chirriante gemido antes que el ingeniero tuviera tiempo para accionar la abrazadera. En una fracción de segundo, la popa describió un arco de casi cuatro metros, mientras que la proa del proyectil emergía de la colina, lanzando hacia lo alto una muralla de arena y barro. Luego, el coloso de keramit se quedó inmóvil; había enterrado debajo de sí los cables y los tubos metálicos; uno de los tubos se había roto y de él brotaba un ululante geiser de oxígeno líquido.

—¡Se mantiene, se mantiene! —gritó el ingeniero.

Necesitó algunos instantes para recuperar el dominio. A su lado, el doctor murmuraba algo.

—¿Qué? ¿Cómo? —farfulló el ingeniero como aturdido.

—Parece que realmente vamos a regresar..., volver a casa —repitió el doctor.

El ingeniero permaneció silencioso:

—Vivirá —añadió.

—¿Quién? ¿De quién estás hablando?

Luego comprendió. Volvió a cerciorarse del hecho que realmente el cohete estaba libre.

—Entonces, ¿qué? ¿Volará con nosotros?

Tenía prisa, quería comprobar cuanto antes el estado de la capa exterior de la punta del cohete.

—No —respondió el doctor, y caminó algunos pasos tras el ingeniero.

Luego pareció cambiar de idea y se detuvo. El surtidor de gas líquido que seguía brotando del tubo roto había enfriado sensiblemente la temperatura. Sobre el casco se destacaban pequeñas figuras. Una de ellas desapareció. Poco después, el surtidor se agotó. Durante algún tiempo siguió despidiendo espuma, sobre la que ondulaba un helado vapor, hasta que también éste se desvaneció. Sobrevino una extraña quietud. El doctor miraba estupefacto a su alrededor, como si no supiera cómo había llegado hasta allí; luego empezó a caminar de nuevo, lentamente.

El cohete se erguía ahora en posición vertical. Era blanco, más blanco que las soleadas nubes con las que parecía ya volar su aguda punta. Tras ellos quedaban tres días enteros de esfuerzos agotadores. Lo habían cargado todo. El gran andamio parabólico que habían tenido que añadir soldado con trozos del muro, ascendía por la ladera de la colina. Cuatro hombres se hallaban a ochenta metros sobre el suelo, en la escotilla abierta. Miraban hacia abajo. Podían reconocer, sobre la superficie gris amarillenta, dos pequeñas figuras, una más clara que otra. Apenas se habían alejado medio centenar de metros de los enormes tubos, que semejaban gigantescas columnas, y no se movían.

—¿Por qué no se van? —dijo el físico con impaciencia—. Así no podemos partir.

—No se irán —respondió el doctor.

—¿Qué significa esto? ¿Es que no quiere que nos vayamos?

El doctor sabía lo que aquello significaba, pero guardó silencio. El sol estaba alto en el cielo. Por el oeste se acercaban cúmulos de nubes. Como desde la ventana de una elevada torre que hubiera brotado súbitamente en el páramo, contemplaba las montañas de azulados reflejos hacia el sur, las cumbres confundidas con las nubes, el gran desierto hacia el oeste, que se extendía cientos de kilómetros en franja de dunas iluminadas por el sol y la capa color lila de los bosques que cubrían, por el este, las laderas. Un inmenso espacio se dilataba bajo el firmamento, con el pequeño sol abrasador en el cenit. Abajo, el círculo del muro rodeaba el cohete como una mantilla. La sombra de la nave espacial se posaba en él como la aguja de un titánico reloj solar, que casi alcanzaba ya a las dos pequeñas figuras.

Algo estalló en el este. El aire respondió con estridente silbido y del negro embudo de la explosión surgió una llama más brillante que la luz del sol.

—¡Vaya, algo nuevo! —dijo el ingeniero.

Un segundo trueno. El invisible proyectil se acercó aullando. El infernal silbido se dirigía hacia ellos, hacia la punta del cohete. La tierra gimió, una llama se elevó a la altura, a unos cincuenta metros de la nave. Sintieron el temblor del suelo.

—¡Todos los hombres a sus puestos! —ordenó el coordinador.

—¿Y esos dos? —preguntó con desazón el químico, mirando hacia abajo.

La escotilla se cerró.

Desde la sala de control no se oían los rugidos. En la pantalla posterior parecían saltar hacia lo alto, en la arena, penachos de fuego. Los dos puntos claros seguían inmóviles, a los pies del cohete.

—¡Abróchense los cinturones! —ordenó el coordinador—. ¿Preparados?

—Preparados —murmuraron todos, uno tras otro.

—Las doce y siete minutos. Listos para el despegue. ¡Potencia máxima!

—Conecto la pila —anunció el ingeniero.

—Alcanzado el punto crítico —anunció el físico.

—Circulación normal —anunció el químico.

—Gravímetro en el eje —anunció el cibernético.

El doctor contemplaba fijamente la pantalla posterior.

—¿Siguen ahí? —preguntó el coordinador.

Todos le miraron. Aquellas palabras no formaban parte del ritual de despegue.

—Siguen ahí —dijo el doctor.

El cohete fue alcanzado por una cercana onda explosiva y se estremeció.

—¡Despegue! —ordenó el coordinador.

Con rostro impasible, el ingeniero puso en marcha el motor. Pudieron oírse aún lejanas y débiles explosiones. Parecían venir de otro mundo que no tenía nada en común con ellos. El silbido se fue tornando, poco a poco, cada vez más alto, más penetrante. Todo parecía disolverse, diluirse. Se sintieron dulcemente acunados por unos brazos de incontenible poder.

—Estamos encima del fuego —dijo el ingeniero.

Esto significaba que el cohete se había elevado sobre la superficie del suelo y expulsaba los gases incandescentes necesarios para sostener su propio peso.

—Sinérgesis normal —ordenó el coordinador.

—Mantenemos la normal —anunció el cibernético, y las cuerdas de nylon empezaron a vibrar.

Los amortiguadores se deslizaron lentamente hacia atrás.

—¡Oxígeno! —gritó involuntariamente el doctor, como si se hubiera despertado de golpe, y mordió la boquilla elástica.

Doce minutos más tarde habían abandonado la atmósfera de Edén. Sin reducir la velocidad, se alejaron trazando una espiral cada vez más amplia hacia el negro espacio interestelar. Setecientas cuarenta luces, agujas, pilotos de control, escalas de instrumentos, latían, temblaban, refulgían y brillaban en la sala de control. Los hombres se desabrocharon los cinturones y los arrojaron al suelo junto con los mosquetones y los ganchos, se acercaron a los tableros de mando, con gesto incrédulo, pusieron las manos sobre ellos, comprobaron que los conductos no se recalentaban, que no se oían siseos de cortocircuitos, olfatearon ávidamente el aire por si olía a quemado, miraron las pantallas, inspeccionaron los indicadores de datos de los ordenadores astrodésicos; todo marchaba con absoluta precisión. El aire era puro, la temperatura suave y equilibrada, el regulador no parecía haber sido nunca un montón de chatarra.

En la sala de navegación, el ingeniero y el coordinador estaban inclinados sobre los mapas estelares.

Los mapas eran más grandes que la superficie de la mesa, colgaban por los lados y estaban rasgados por los bordes en varios sitios. Hacía ya mucho tiempo que se habían propuesto emplear en la sala de navegación una mesa más grande, porque pisaban los mapas. Pero todavía no la habían cambiado.

—¿Has visto Edén? —preguntó el ingeniero.

El coordinador le miró fijamente, sin comprender.

—¿Qué quiere decir si lo he visto?

—Ahora. Míralo.

El coordinador se dio la vuelta. En la pantalla llameaba una poderosa gota opalina, que apagaba el brillo de las estrellas cercanas.

—Hermoso —prosiguió el ingeniero—. Nos desviamos de nuestro rumbo porque era tan hermoso. Sólo queríamos sobrevolarlo.

—Sí, sólo queríamos sobrevolarlo —repitió el coordinador.

—Un brillo excepcionalmente bello. Los demás planetas no lo tienen tan puro. La Tierra es simplemente azul.

—Al final se han quedado —dijo el coordinador, al cabo de un rato.

—Sí. Así es como él lo quiso.

—¿Tú crees?

—Estoy casi seguro. Quiso que ocurriera por nuestro medio, no por medio de ellos. Era todo cuanto podíamos hacer por él.

Durante largo tiempo nadie dijo nada. Edén quedaba cada vez más lejano.

—¡Qué hermoso es!

El coordinador seguía mirando la pantalla.

—Pero, ¿sabes?, según el cálculo de probabilidades, hay otros aún más hermosos.

FIN